



EOIN COLFER  
ARTEMIS  
FOWL

Y SU PEOR ENEMIGO

Han pasado tres años desde las últimas aventuras de Artemis y, ahora, es un chico normal. Hechas las paces con el mundo mágico y convertido en una persona respetable, solo hay algo que le preocupa: la salud de su madre que se deteriora por momentos. Según el médico, padece una rarísima enfermedad incurable y le quedan pocos días de vida. Pero Artemis guarda un as en la manga: conserva magia del mundo elemental y está convencido de que puede curar a su madre. Al no ser así, no le quedará otro remedio que pedir ayuda al mundo mágico que le asegura que el antídoto de la enfermedad de su madre está en el cerebro de un animal que el propio Artemis mató ocho años atrás. A Artemis sólo le queda una posibilidad: volver ocho años atrás y recuperar el cerebro de ese animal...

Eoin Colfer

# **Artemis Fowl y su peor enemigo**

**Artemis Fowl - 6**

**ePub r1.0**

**OZN 09.09.13**

Título original: *Artemis Fowl: The Time Paradox*

Eoin Colfer, 2008

Traducción: Ana Alcaina Pérez

Retoque de portada: Orhi

Editor digital: OZN

ePub base r1.0



ARTEMIS  
FOWL  
Y SU PEOR ENEMÍGO

Eoin Colfer

# PRÓLOGO

## MANSIÓN FOWL, DUBLÍN, IRLANDA

A UNA HORA escasa al norte de la hermosa ciudad de Dublín está la finca de los Fowl, cuyos dominios han permanecido prácticamente invariables a lo largo de los últimos quinientos años.

La mansión, en el centro de la propiedad, no se ve desde la carretera principal, pues se halla rodeada por una serie de robles y un paralelogramo de altísimos muros de piedra. Las puertas son de acero armado y llevan incorporadas unas cámaras de seguridad en lo alto de los pilares. En el caso de obtener permiso de acceso a través de los portales discretamente electrificados, el visitante se encuentra con una avenida recubierta de gravilla que serpentea suavemente a través de lo que en otros tiempos una fuera cuidadísima extensión de césped pero que su actual y deliberado estado de abandono remite a un jardín selvático e impenetrable.

La arboleda se hace cada vez más espesa a medida que uno se aproxima al edificio de la mansión en sí, y surgen imponentes los robles y los castaños de Indias, alternándose con los más delicados fresnos y sauces. Los únicos signos de posibles labores de jardinería son un camino de entrada despejado de malas hierbas y las relucientes lámparas que flotan en lo alto, sin cuerdas ni cables que las sostengan, aparentemente.

La mansión Fowl ha sido escenario de múltiples y decisivas aventuras a lo largo de los siglos. En los últimos años, las aventuras han adquirido más bien ciertos tintes mágicos, aunque a la mayor parte de los miembros de la familia Fowl se le ha ocultado deliberadamente este hecho. No tienen la menor idea de que la entrada principal quedó completamente destruida cuando las Criaturas mágicas enviaron a un trol a enfrentarse a Artemis, el hijo mayor de la familia y un auténtico cerebro de las altas esferas delictivas.

Entonces tenía doce años. En la actualidad, sin embargo, las actividades que se llevan a cabo en el seno de la mansión Fowl son completamente legales. Las fuerzas especiales mágicas ya no asaltan las almenas, no hay elfas agentes de policía encerradas en la bodega, ni señales de ningún centauro actualizando sus aparatos de escucha ni realizando escaneos térmicos. Artemis ha hecho las paces con las Criaturas

mágicas y ha establecido unos sólidos lazos de amistad con sus antiguos rivales.

A pesar de que con sus actividades delictivas Artemis consiguió muchos beneficios, lo cierto es que también le salieron muy caras. Algunos de sus seres queridos han sufrido, han resultado heridos e incluso han sido secuestrados por culpa de sus maquinaciones. Durante los tres años anteriores, sus padres lo creían muerto, cuando en realidad estaba luchando contra los demonios del limbo, y a su regreso, se quedó estupefacto al comprobar que el mundo había seguido adelante sin él, y que ahora era el hermano mayor de dos gemelos de dos años, Beckett y Myles.

# CAPÍTULO I

## EXPRESO Y MELAZA



ARTEMIS estaba sentado en un sillón de piel de color rojizo, delante de Beckett y Myles. Su madre yacía en la cama con una gripe leve y su padre se encontraba con el médico en su habitación así que Artemis trataba de echar una mano encargándose de entretener a los gemelos. Y

qué mejor entretenimiento para un par de mocosos que una clase magistral. Había decidido vestirse con cierto aire informal, con una camisa de seda azul celeste, unos pantalones de lana gris perla y unos mocasines Gucci. Se había retirado el pelo negro de la frente, peinándolo hacia atrás, y estaba poniendo cara de contento, algo que, según tenía entendido, volvía locos a los críos.

—¿Artemis *tene* caca? —le preguntó Beckett, que estaba en cuclillas sobre la alfombra tunecina vestido únicamente con una camiseta larga que se había bajado hasta las rodillas.

—No, Beckett —contestó Artemis alegremente—. Solo intento poner cara de contento. ¿Y tú no tendrías que llevar un pañal?

—Pañal —soltó Myles, que había aprendido a hacer sus necesidades él solito sin precisar pañales a la edad de catorce meses, construyendo una escalera hasta lo alto de la taza del váter con tomos de enciclopedia.

—Pañal no —repuso Beckett, haciendo pucheros y dando un manotazo a una mosca que aún seguía zumbando atrapada en sus pegajosos rizos rubios—. Beckett no gusta pañal.

Artemis tenía serias dudas de que a la niñera se le hubiese olvidado ponerle un pañal a Beckett, y por un momento se preguntó dónde podía estar ese pañal.

—Muy bien, Beckett —continuó Artemis—. Dejaremos de lado el tema del pañal por el momento y pasaremos a la lección de hoy.

—¡Helado! ¡Sí, sí! ¡De chocolate! —exclamó Beckett, estirando los dedos para tratar de alcanzar un helado de chocolate imaginario.

—No, Beckett, no he dicho «helado», he dicho «de lado».

—¡Y un expreso! —añadió Beckett, cuyo curioso repertorio de sabores favoritos incluía las bolsitas monodosis de café expreso y la melaza. En la misma taza, a ser



posible. En cierta ocasión, Beckett había logrado engullir varias cucharadas de dicho mejunje antes de que se lo arrebataran de las manos por la fuerza. El niño no había pegado ojo en veintiocho horas.

—¿Podemos aprender las palabras nuevas, Artemis? —preguntó Myles, que quería volver cuanto antes junto al tarro de moho que tenía en su cuarto—. Es que estoy haciendo *experimentos* con el profesor Primate.

El profesor Primate era un mono de peluche, además del compañero de prácticas de laboratorio ocasional de Myles. El muñequito de trapo se pasaba la mayor parte del tiempo metido en un vaso de precipitados de vidrio de borosilicato en la mesa de *experimentos*. Artemis había reprogramado la laringe del mono para que respondiese a la voz de Myles con doce frases, entre las que se incluían «¡Está vivo! ¡Está vivo!» y «Éste día pasará a la historia, profesor Myles».

—Podrás volver a tu laboratorio enseguida —dijo Artemis con aprobación. Myles y él estaban cortados por el mismo patrón: su hermanito era un científico nato—. Bien, chicos, hoy vamos a aprender algunos términos relacionados con los restaurantes.

—Los estornudos se parecen a los gusanos —comentó Beckett, a quien no se le daba demasiado bien centrarse en un tema.

Su comentario dejó desconcertado a Artemis. Definitivamente, los «gusanos» no formaban parte del menú, aunque era posible que los caracoles sí figurasen en él.

—Olvídate de los gusanos.

—¡Olvidar gusanos! —exclamó Beckett, asustado.

—Solo de momento —trató de tranquilizarlo Artemis—. En cuanto hayamos terminado con nuestro juego de las palabras, podrás pensar en lo que te dé la gana. Y si te portas muy, muy bien, puede que hasta te lleve a ver los caballos.

Montar a caballo era el único ejercicio por el que Artemis había desarrollado cierta afición, y eso se debía sobre todo a que era el caballo el que hacía la mayor parte del esfuerzo. Beckett se señaló a sí mismo.

—Beckett —dijo con orgullo, convertidos ya los gusanos en un lejano recuerdo.

Myles lanzó un suspiro.

—Serás tonto-rrón...

Artemis empezaba a arrepentirse de haber preparado aquella clase, pero, ya que había empezado, estaba decidido a seguir adelante.

—Myles, no llates tontorrón a tu hermano.

—No pasa nada, Artemis. A él le gusta. Eres un tonto-rrón, ¿a que sí, Beckett?

—Becket tonto-rrón —convino el pequeñajo con alegría. Artemis se frotó las manos.

—Muy bien, hermanitos. Sigamos adelante. Imaginaos que estáis sentados en una cafetería en Montmartre.

—En París —apostilló Myles, alisándose con aire arrogante el fular que había tomado prestado de su padre.

—Sí, en París. Y por mucho que lo intentéis, no conseguís atraer la atención del camarero. ¿Qué hacéis?

Los niños se lo quedaron mirando perplejos y Artemis empezó a preguntarse si no estaría poniendo demasiadas expectativas en aquella clase. Experimentó cierto alivio, aunque también sorpresa, al ver una chispa de comprensión en los ojos de Beckett.

—Hummm... ¿decirle a Mayordomo que se ponga a saltar encima de su cabeza?

Myles se quedó impresionado.

—Estoy de acuerdo con este tontorrón.

—¡No! —exclamó Artemis—. Solo tenéis que levantar la mano así y decir: «*Ici, garçon*».

—¿«Y sí...» qué?

—¿Cómo dices? No, Beckett, no he dicho «y sí». —Artemis lanzó un suspiro. Aquello era imposible. Completamente imposible.

Y eso que ni siquiera había sacado todavía sus tarjetas educativas ni su nuevo puntero láser modificado, capaz tanto de resaltar una palabra como de atravesar varias planchas de acero agujereándolas con el calor, todo dependía de la función que se eligiese en el menú de ajustes.

—Vamos a intentarlo juntos. Levantad una mano y decid:

«*Ici, garçon*». Ahora, todos a la vez.

Los niños hicieron lo que les decía, ansiosos por complacer al chiflado de su hermano.

—*Ici, garçon* —repitieron a coro, levantando las manos regordetas. Acto seguido, por la comisura de la boca, Myles le susurró a su gemelo—: Artemis tonto-rrón.

Artemis levantó las palmas de las manos.

—Me rindo. Vosotros ganáis, se acabó la clase. ¿Por qué no pintamos unos dibujos, mejor?

—Estupendo —dijo Myles—. Yo podré pintar mi tarro de moho.

Beckett no las tenía todas consigo.

—¿No hay que aprender nada?

—No —contestó Artemis, alborotándole cariñosamente el pelo a su hermano y arrepintiéndose al instante—. No tendrás que aprender nada.

—Bien. Beckett ahora contento. Mira. —Y el niño volvió a señalarse a sí mismo, esta vez concretamente a la amplia sonrisa que le iluminaba la cara.

Los tres hermanos estaban estirados en el suelo, embadurnados hasta los codos de pintura al agua, cuando su padre entró en la habitación. Parecía cansado de su labor como enfermero, pero por lo demás tenía el aspecto vigoroso de alguien en forma, y se movía como un atleta profesional a pesar de su pierna biohíbrida. La pierna llevaba incorporado un hueso alargado artificialmente, prótesis de titanio e implantes de sensores para que las señales cerebrales de Artemis padre hicieran que se moviese. En ocasiones, al final del día, utilizaba una bolsa de gel de las que se calentaban en el microondas para aliviar la rigidez, pero, por lo demás, actuaba como si hubiese nacido con aquella pierna.

Artemis se incorporó y se puso de rodillas, sucio y chorreando pintura.

—He desistido del vocabulario en francés y me he puesto a jugar con los gemelos. —Sonrió, limpiándose las manos—. La verdad es que es una experiencia muy liberadora. Estamos pintando con pintura de dedos. He intentado aprovechar para darles una pequeña charla sobre cubismo, pero he recibido una salpicadura como agradecimiento.

Artemis advirtió entonces que su padre estaba algo más que cansado, estaba muy preocupado.

Se apartó de los gemelos y se dirigió junto a Artemis padre hacia la estantería de libros, que llegaba hasta el techo.

—¿Qué pasa? ¿Madre está peor de la gripe?

El padre de Artemis apoyó una mano en la escalera corrediza, desplazando así su peso de la pierna artificial. Tenía una expresión muy rara, una que Artemis no recordaba haber visto nunca en su cara.

Se dio cuenta entonces de que lo que sentía su padre no era preocupación: lo que sentía Artemis padre era verdadero miedo.

—¿Padre?

Artemis padre asió el travesaño de la escalera con tanta fuerza que la madera se

resquebrajó.

Abrió la boca para hablar, pero luego pareció cambiar de idea. Entonces fue Artemis el que empezó a preocuparse de veras.

—Padre, tienes que decírmelo.

—Por supuesto —contestó su padre con un sobresalto, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba—. Tengo que decírtelo...

En ese momento una lágrima le resbaló del ojo y le cayó en la camisa, cuyo azul se oscureció.

—Recuerdo la primera vez que vi a tu madre —le contó—. Yo estaba en Londres, en una fiesta privada del club. Era una sala llena de bribones y sinvergüenzas, y yo era el mayor de todos. Ella me hizo cambiar, Arty. Me rompió el corazón y luego volvió a recomponer los pedazos... Angeline me salvó la vida. Y ahora...

Artemis sintió que le flaqueaban las piernas de los nervios. La sangre le golpeaba los oídos como las olas del Atlántico.

—¿Se está muriendo madre, padre? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

La posibilidad le parecía absurda, imposible.

Su padre pestañeó, como si acabara de despertarse de un sueño.

—No si los hombres Fowl tienen algo que decir al respecto, ¿eh, hijo? Ha llegado la hora de hacer honor a tu reputación. —Los ojos de Artemis padre brillaban rebosantes de desesperación—. Haremos todo lo que sea necesario, hijo. Todo lo que haga falta.

Artemis sintió que una oleada de pánico se apoderaba de su cuerpo.

«¿Todo lo que sea necesario?».

«Tranquilízate —se dijo—. Tú puedes solucionar esto».

Artemis no conocía todavía todos los detalles, pero confiaba razonablemente en que fuese lo que fuese lo que padeciese su madre podría curarse con una chispa de magia de las Criaturas, y él era el único humano sobre la faz de la tierra con esa clase de magia en sus venas.

—Padre —dijo, con delicadeza—, ¿se ha ido ya el médico?

Por un momento, aquella pregunta pareció desconcertar a Artemis padre, pero luego recordó.

—¿Si se ha ido? No. Está en el recibidor. Pensé que tal vez querrías hablar con él, por si hay algo que a mí se me haya podido escapar preguntarle...

Artemis se sorprendió solo a medias al encontrarse en el vestíbulo con el doctor Hans Schalke, el principal experto de toda Europa en enfermedades raras, en lugar de ver al médico habitual de la familia.

Lógico, su padre habría mandado llamar al doctor Schalke en cuanto el estado de Angeline Fowl empezó a empeorar. Schalke esperaba debajo del emblema en filigrana de los Fowl, con un maletín de médico de cuero montando guardia junto a sus tobillos como un escarabajo gigante. Estaba atándose el cinturón de una gabardina gris y hablando en tono cortante con su ayudante.

Todo en el doctor Schalke era cortante, desde el ángulo del pico entre las entradas del pelo hasta los rasgos afilados de su nariz y sus pómulos. Unos óvalos idénticos de cristal cortado aumentaban el tamaño de los ojos azules del médico, y su boca, rotunda como una cuchillada, se le torcía hacia abajo de izquierda a derecha, y apenas la movía al hablar.

—Todos los síntomas —estaba diciendo, con voz sorda y acento alemán—. En todas las bases de datos, ¿entendido?

Su ayudante, una mujer joven y menuda vestida con un traje gris de corte muy elegante, asintió varias veces, introduciendo las instrucciones en la pantalla de su teléfono inteligente.

—¿En las universidades también? —preguntó.

—En to-das —contestó Schalke, acompañando la palabra de un ademán impaciente—. ¿No he dicho todas? ¿Es que no entendido mi acento? ¿Es que porque vengo de Alemania?

—Lo siento, doctor —dijo la ayudante, compungida—. En todas, por supuesto.

Artemis se acercó al doctor Schalke y le tendió la mano, pero el médico no quiso estrechársela.

—Por precaución ante posible contaminación, señor Fowl —dijo, sin ánimo de disculparse ni de mostrar compasión—. Todavía no hemos decidido si la enfermedad de su madre es contagiosa.

Artemis cerró el puño y se llevó la mano detrás de la espalda. El doctor tenía razón, claro.

—No nos habíamos visto hasta ahora, doctor. ¿Tendría la bondad de describir los síntomas de mi madre?

El médico dio un resoplido de irritación.

—Está bien, joven, pero yo no acostumbrado a tratar con niños pequeños, así que no me voy a andar con rodeos.

Artemis tragó saliva, con la garganta seca de repente.

«No va a andarse con rodeos.. .».

—Es posible que la enfermedad de su madre sea caso único en el mundo —explicó Schalke, interrumpiendo el trabajo de su ayudante con un chasqueo de los dedos—. Por mis observaciones, sus órganos parecen estar fallando.

—¿Qué órganos?

—Todos sus órganos —dijo Schalke—. Necesito traer equipo aquí desde mi laboratorio en Trinity College. Obviamente, es imposible trasladar a su madre. Mi ayudante, Imogen, la señorita Book, cuidará de ella hasta mi regreso. La señorita Book no solo es mi publicista, sino también excelente enfermera.

Una combinación muy útil, ¿no es cierto?

Con su visión periférica, Artemis vio a la señorita Book salir a toda prisa por una esquina, balbuceando una frase por el auricular de su teléfono. Esperaba que la publicista-enfermera hiciese gala de una mayor seguridad en sí misma atendiendo a su madre.

—Supongo que sí. ¿Todos los órganos de mi madre, dice? ¿Absolutamente todos? A Schalke no le gustaba repetirse.

—Síntomas me recuerdan al lupus, pero más agresivo aún, combinado con las tres fases de la enfermedad de Lyme. Una vez vi una tribu del Amazonas con mismos síntomas, pero no tan severos. Si sigue empeorando así, tu madre tiene días contados. Con franqueza, dudo que haya tiempo de realizar pruebas. Necesitamos cura milagrosa, y en mi considerable experiencia, curas milagrosas no existen.

—Puede que sí existan... —repuso Artemis con aire ausente.

Schalke recogió su maletín.

—Ponga su fe en ciencia, joven —le aconsejó el médico—. La ciencia ayudará a su madre más que poderes misteriosos.

Artemis le sujetó la puerta a Schalke, observando cómo bajaba la docena de escalones que le llevaban a su Mercedes-Benz de época. El coche era gris, como las magulladas nubes del cielo.

«No hay tiempo para la ciencia —se dijo el adolescente irlandés—. La magia es mi única opción».

Cuando Artemis regresó a su estudio, su padre estaba sentado en la alfombra con Beckett, que le trepaba por el torso como si fuera un mono.

—¿Puedo ver a madre ahora? —le preguntó Artemis.

—Sí —contestó su padre—. Ve a ver qué puedes averiguar. Observa sus síntomas para tu búsqueda.

«¿Mi búsqueda? —se extrañó Artemis—. Se avecinan tiempos difíciles...».

El descomunal guardaespaldas de Artemis, Mayordomo, lo esperaba al pie de las escaleras vestido con el equipo de kendo, con la máscara retirada hacia atrás, lo que dejaba al descubierto sus facciones curtidas.

—Estaba en el dojo, entrenándome con el holograma —le explicó—. Tu padre me ha llamado y me ha dicho que se requería inmediatamente mi presencia. ¿Qué ocurre?

—Se trata de madre —dijo Artemis, pasando por su lado—. Está muy enferma. Voy a ver qué puedo hacer.

Mayordomo apretó el paso para alcanzar a su protegido, haciendo un gran estruendo con las protecciones pectorales.

—Ten cuidado, Artemis. La magia no es como la ciencia, no puedes controlarla. No querrás que el estado de la señora Fowl empeore por algún efecto indeseado de la magia...

Artemis llegó a lo alto de la escalinata y acercó la mano al pomo de bronce de la puerta con aire vacilante, como si estuviese electrificado.

—Lo que me temo es que no pueda empeorar aún más...

Artemis entró solo, dejando que el guardaespaldas se despojase de las protecciones para la cabeza y del protector del torso de hon nuri. Debajo llevaba un chándal de deporte en lugar de los tradicionales pantalones anchos. Tenía el pecho y la espalda empapados de sudor, pero Mayordomo hizo caso omiso de sus ganas de ducharse y permaneció montando guardia en la puerta, sabiendo que no debía tratar de espiar qué ocurría dentro de la habitación pero deseando poder hacerlo.

Mayordomo era el único humano aparte de Artemis que conocía toda la verdad acerca de las incursiones en la magia del muchacho. Había velado por la seguridad de su joven protegido en todas sus aventuras, enfrentándose a seres mágicos y a

humanos por todos los continentes. Sin embargo, Artemis había realizado el viaje en el tiempo al limbo sin él, y había regresado cambiado. Una parte de su joven protegido era ahora mágica, y no solo el ojo izquierdo de color avellana de la capitana Holly Canija que el túnel del tiempo le había cambiado por el suyo propio. Durante el viaje de la Tierra al limbo y luego de vuelta, Artemis se las había arreglado para robar unas cuantas chispas de magia de los seres mágicos cuyos átomos se habían mezclado con los suyos en el túnel del tiempo. Cuando había vuelto a casa del limbo, Artemis les había «sugerido» a sus padres, mediante el persuasivo y mágico método del *encanta*, que sencillamente no pensasen en dónde había estado durante los años anteriores. No era un plan demasiado sofisticado, sobre todo teniendo en cuenta que su desaparición había ocupado las portadas de los noticiarios del mundo entero y que el tema había surgido en todos y cada uno de los actos sociales a los que habían asistido los Fowl. Sin embargo, hasta que Artemis lograra hacerse con algún tipo de equipo tecnológico de la PES para una limpieza de memoria o hasta que inventara el suyo propio, tendría que bastar con eso. Les «sugirió» a sus padres que, si alguien les preguntaba por él o dónde había estado, se limitasen a contestarle que se trataba de un asunto familiar y le pidiesen que respetase su intimidad.

«Artemis es un humano mágico —pensó Mayordomo—. El único que existe».

Y en ese preciso instante, Mayordomo supo que Artemis iba a utilizar su magia para tratar de curar a su madre. Era un juego peligroso, pues la magia no era una parte natural de su *modus operandi* habitual.

Cabía la posibilidad de que el chico eliminara una serie de síntomas pero hiciera aparecer otros.

Artemis entró despacio en el dormitorio de sus padres. Los gemelos irrumpían ruidosamente allí a cualquier hora del día y de la noche, y se abalanzaban sobre la cama con dosel y cuatro columnas para luchar con su padre y con su madre, que reaccionaban con fingidas protestas, pero Artemis nunca había experimentado nada semejante: su infancia había sido una época de orden y rigurosa disciplina.

«Llama siempre a la puerta antes de entrar, Artemis —le había inculcado su padre—. Es una señal de respeto».

Sin embargo, su padre había cambiado. Siete años antes había estado cara a cara con la muerte y esa experiencia le había enseñado lo que era verdaderamente importante. Ahora siempre estaba dispuesto a abrazar a sus queridos hijitos y a rodar



entre las sábanas con ellos.

«Para mí ya es demasiado tarde —pensó Artemis—. Soy demasiado mayor para esas luchas de almohadas con mi padre».

Lo de su madre era distinto. Ella nunca había sido fría con él, salvo por los períodos de depresión cuando su padre estaba desaparecido, pero la magia de las Criaturas y el regreso de su amado marido la habían salvado de eso y ahora volvía a ser la de siempre. O al menos lo había sido hasta entonces.

Artemis atravesó la habitación lentamente, temeroso de lo que pudiese encontrar allí. Avanzaba cauteloso por la alfombra, con cuidado de pisar entre las enredaderas nevadas de la trama del tejido.

«Pisa la nieve, cuenta hasta nueve».

Era una costumbre de cuando era pequeño, una vieja superstición que le susurraba al oído su padre. Artemis no la había olvidado y siempre contaba hasta nueve para ahuyentar la mala suerte si es que, aunque fuese con un solo dedo del pie, llegaba a pisar la nieve de las enredaderas de la alfombra.

La cama de cuatro columnas estaba al fondo de la habitación, bañada en la luz del sol y entre espesos cortinajes. Un soplo de brisa se coló en la estancia e hinchó la seda como si fueran las velas de un barco pirata.

Una de las manos de su madre colgaba inerte, pálida y delgada, de un costado de la cama.

Artemis se quedó horrorizado. Tan solo un día antes, su madre estaba estupendamente.

Estornudaba de vez en cuando, pero era la misma mujer alegre y cariñosa de siempre.

—Madre... —exclamó al verle la cara, como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

Aquello no era posible; en apenas veinticuatro horas, su madre se había deteriorado tanto que parecía poco más que un esqueleto. Tenía los pómulos afilados como cuchillos, y los ojos hundidos en sendas cuencas oscuras.

«No te preocupes —se dijo Artemis—, dentro de unos pocos segundos madre volverá a estar bien, y luego ya investigaré qué es lo que ha podido pasar».

La hermosa melena de Angeline Fowl estaba encrespada y tenía un aspecto quebradizo, y unos mechones sueltos y resquebrajados se extendían por su almohada como una telaraña. Además, de los poros de su piel emanaba un olor un tanto

extraño...

«A lirios —pensó Artemis—. Un olor dulce pero enfermizo».

En ese preciso instante, Angeline abrió los ojos de golpe, unos ojos redondos inundados por el pánico. Arqueó la espalda al intentar respirar a través de un tubo muy estrecho, aferrándose a la inhalación de aire con manos desesperadas. Con la misma rapidez con la que había abierto los ojos, se desmayó, y por un terrible instante Artemis pensó que la había perdido para siempre.

Sin embargo, en ese momento, la mujer pestañeó y le tendió una mano.

—Arty —dijo, su voz apenas un susurro—, estoy teniendo un sueño muy extraño. —Una frase corta, pero tardó una eternidad en acabar de pronunciarla, con la respiración entrecortada con cada sílaba.

Artemis tomó la mano de su madre. Qué escuálida era... un puñado de huesos.

—O tal vez estoy despierta y mi otra vida es un sueño.

A Artemis le dolía oír hablar así a su madre, le recordaba a los ataques que solía tener años antes.

—Estás despierta, madre, y yo estoy aquí. Tienes un poco de fiebre y estás algo deshidratada, eso es todo, no hay por qué preocuparse.

—¿Cómo voy a estar despierta, Arty... —dijo Angeline, con ojos serenos rodeados de unos círculos negros— si siento que me estoy muriendo? ¿Cómo voy a estar despierta si siento eso?

La fachada de serenidad de Artemis se vino abajo cuando la oyó pronunciar esas palabras.

—Es que... es que... es la fiebre —tartamudeó—. Ves las cosas un poco deformadas. Todo volverá a la normalidad muy pronto, te lo prometo.

Angeline cerró los ojos.

—Y mi hijo cumple sus promesas, ya lo sé. ¿Dónde has estado estos últimos años, Arty?

Estábamos tan preocupados... ¿Por qué no tienes diecisiete años?

En su delirio, Angeline Fowl vio, a través de un velo de magia, la verdad. Se dio cuenta de que su hijo había permanecido desaparecido tres años y había vuelto a casa con la misma edad que tenía cuando desapareció.

—Tengo catorce años, madre, ya casi quince, así que seguiré siendo un crío durante un buen tiempo. Ahora, cierra los ojos, y cuando vuelvas a abrirlos, todo se habrá arreglado.

—¿Qué has hecho con mis pensamientos, Artemis? ¿De dónde has sacado toda esa fuerza?

Artemis estaba sudando; el calor de la habitación, el olor enfermizo y su propia ansiedad.

«Lo sabe. Madre lo sabe. Si la curas, ¿se acordará de todo?».

Daba igual. Ya se encargaría de eso a su debido tiempo. Su prioridad era curar a su madre.

Artemis apretó con fuerza la frágil mano, notando cómo los huesos rechinaban con la fricción.

Estaba a punto de emplear la magia con su madre por segunda vez.

La magia no formaba parte del espíritu de Artemis, por lo que padecía fuertes dolores de cabeza cada vez que la empleaba. Aunque era humano, las reglas de la magia de las Criaturas ejercían cierto dominio sobre él. Se veía obligado a tomar pastillas para el mareo antes de entrar en alguna vivienda sin ser invitado, y cuando había luna llena casi siempre se veía a Artemis encerrado en la biblioteca, con la música a todo volumen para sofocar las voces que oía en su cabeza. La gran comunidad de Criaturas mágicas. Los seres mágicos tenían poderosos recuerdos propios de su linaje que afloraban a la superficie como una oleada de emoción en estado puro, y acarreaban migrañas consigo.

A veces Artemis se preguntaba si no habría sido un error robar la magia, pero, en los últimos tiempos, los síntomas habían cesado. Ya no había sufrido más migrañas ni mareos. Puede que su cerebro estuviese adaptándose a la presión que suponía ser una Criatura mágica.

Artemis agarró los dedos de su madre con delicadeza, cerró los ojos y puso la mente en blanco.

«Magia. Solo magia».

La magia era una fuerza salvaje, y era necesario controlarla. Si Artemis dejaba a su pensamiento campar a sus anchas, la magia también haría lo mismo y, cuando abriese los ojos, se encontraría a su madre igual de enferma y con el pelo teñido de otro color.

«Cúrate —pensó—. Recupérate, madre».

La magia respondió a su deseo y se propagó por sus extremidades emitiendo un zumbido y produciéndole cosquilleos. Unas chispas azules le rodearon las muñecas, crepitando y moviéndose como montones de luciérnagas azules, casi como si estuvieran vivas.

Artemis pensó en su madre en tiempos mejores. Se la imaginó con la piel radiante, con los ojos brillando de felicidad. La oyó reír, sintió el tacto de sus manos en el cuello. Recordó la fuerza del amor de Angeline Fowl por su familia.

«Eso es lo que quiero».

Las chispas captaron sus deseos y fluyeron hacia Angeline Fowl, se hundieron en la piel de su mano y su muñeca y rodearon como si fueran cuerdas sus brazos descarnados. Artemis apretó con más fuerza y un torrente de destellos mágicos se desplazó de sus dedos al cuerpo de su madre.

«Cúrate —pensó—. Expulsa a la enfermedad de tu cuerpo». Artemis había usado su magia antes, pero esta vez era distinto: se encontró con cierta resistencia, como si el cuerpo de su madre no quisiese curarse y estuviese rechazando aquella fuerza externa. Unas chispas crepitaron en su piel, se contrajeron en un espasmo y desaparecieron.

«Más —pensó Artemis—. Más».

Apretó con más fuerza, sin hacer caso del repentino y cegador dolor de cabeza y de las náuseas inminentes.

«Cúrate, madre».

La magia envolvió a su madre como a una momia egipcia, serpenteando por debajo de su cuerpo y levantándola quince centímetros por encima del colchón. La mujer se estremeció y gimió, mientras sus poros emitían vapor, que chisporroteaba al entrar en contacto con las chispas azules.

«Sufre mucho dolor —se dijo Artemis, abriendo un ojo apenas un milímetro—. Esto es una agonía para ella, pero no puedo parar ahora».

Artemis profundizó aún más, recorriendo sus extremidades en busca de los últimos vestigios de magia que quedaban en su cuerpo.

«Todo. Dale hasta la última chispa».

La magia no formaba parte intrínseca de Artemis; la había robado y ahora volvía a expulsarla de su cuerpo, invirtiendo toda la que tenía en aquel intento de curación. Y pese a todo, no estaba surtiendo efecto. No, era algo más que eso: la enfermedad de su madre se estaba haciendo más fuerte, repelía cada oleada azul, despojaba a las chispas de su color y su poder, y las ahuyentaba expulsándolas hacia el techo.

«Aquí ocurre algo raro —pensó Artemis, con la bilis en la garganta y una punzada de dolor en el ojo izquierdo—. No debería pasar nada de esto».

La última gota de magia abandonó su cuerpo dando una sacudida y Artemis salió catapultado del lado de la cama de su madre, dando saltitos por todo el suelo y luego

tumbos de cabeza hasta acabar despatarrado encima de una chaise longue. Angeline Fowl sufrió un último espasmo y luego volvió a desplomarse sobre el colchón. Tenía el cuerpo empapado de una extraña sustancia clara y pegajosa. Las chispas mágicas centelleaban y desaparecían en aquella capa viscosa, que se evaporó casi con la misma rapidez con la que había aparecido.

Artemis permaneció tumbado con la cabeza entre las manos, esperando a que cesara aquel caos en su cerebro, incapaz de moverse ni de pensar. Era como si hasta su propia respiración le raspase contra el cráneo. Al final, el dolor se mitigó hasta convertirse en un martilleo, y un batiburrillo inconexo de palabras empezó a condensarse en frases.

«La magia ha desaparecido. La he gastado toda. Soy completamente humano».

Artemis oyó el chirrido de la puerta del dormitorio, abrió los ojos y se encontró con Mayordomo y con su padre, que lo miraban con gesto de extrema preocupación.

—Hemos oído un estrépito, debes de haberte caído al suelo —dijo Artemis padre, sujetando a su hijo del codo para ayudarlo a levantarse—. No debería haberte dejado entrar aquí solo, pero creí que tal vez tú podrías hacer algo. Tienes ciertas... habilidades, lo sé. Esperaba... —Arregló la camisa de su hijo y luego le dio una palmadita en el hombro—. Ha sido una estupidez por mi parte.

Artemis se quitó de encima la mano de su padre y corrió junto al lecho de su madre convaleciente.

Con un solo vistazo confirmó lo que ya sabía: no había curado a su madre. No tenía color en las mejillas ni respiraba con facilidad.

«Ha empeorado. ¿Qué he hecho?».

—¿Qué tiene? —exclamó su padre—. ¿Se puede saber qué demonios le pasa? Si continúa empeorando a este ritmo, en menos de una semana mi Angeline estará...

Mayordomo lo interrumpió bruscamente.

—Ahora no es el momento de tirar la toalla, caballeros. Todos tenemos contactos de nuestro pasado que tal vez puedan arrojar un poco de luz sobre la enfermedad que sufre la señora Fowl.

Individuos con los que, de otro modo, no nos gustaría que nos relacionaran. Los encontraremos y los traeremos aquí lo antes posible. Pasaremos por alto molestias tales como pasaportes, visados y toda esa parafernalia, los traeremos aquí y ya está.

Artemis padre asintió con la cabeza, al principio muy despacio, pero luego más vigorosamente.

—Sí, sí, maldita sea. No está todo perdido todavía. Mi Angeline es una luchadora, ¿a que sí, amor mío?

Le tomó la mano con suma delicadeza, como si estuviera hecha del cristal más frágil del mundo.

Ella no reaccionó al tacto de su mano ni a su voz.

—Hablamos con todos los especialistas en medicina alternativa de Europa sobre los dolores de mi pierna falsa. A lo mejor uno de ellos puede ayudarnos con esto.

—Conozco a un hombre en China —dijo Mayordomo—. Trabajaba con madame Ko en la academia de guardaespaldas. Hacía auténticos milagros con las hierbas. Vivía en lo alto de las montañas.

Nunca ha salido de su provincia en China, pero vendría aquí por mí.

—Muy bien —dijo Artemis padre—. Cuantas más opiniones tengamos, mucho mejor. —Se dirigió a su hijo—. Escucha, Arty, si conoces a alguien que pueda sernos de ayuda, a cualquiera... Tal vez tengas algún contacto en los bajos fondos...

Artemis dio la vuelta a un anillo un tanto ostentoso que llevaba en el dedo corazón para esconder en la palma la parte delantera. En realidad, aquel «anillo» era un comunicador mágico camuflado.

—Sí —dijo—, la verdad es que sí tengo algún que otro contacto en los bajos fondos...

# CAPÍTULO II

## EL MÁS GORDO DE LA HISTORIA

### PUERTO DE HELSINKI, MAR BÁLTICO



«EL GIGANTESCO monstruo marino que es el *kraken* proyectó sus tentáculos recubiertos de escamas hacia la superficie del mar en vertiginosa espiral y arrastró su cuerpo abotargado tras ellos. Su único ojo giraba frenéticamente en la órbita y su boca torcida, completamente abierta y del tamaño de la proa de una goleta, engullía con frenesí la avalancha de agua que se precipitaba hacia sus agallas en movimiento.

»El *kraken* tenía hambre, y solo había espacio para un único pensamiento obsesivo en aquel cerebro diminuto mientras avanzaba a toda velocidad hacia el ferry de recreo de la superficie: «Matar... Matar... Matar...».

—¡Menuda basura enanil! —exclamó la capitana de la Policía de los Elementos del Subsuelo, Holly Canija, al tiempo que silenciaba el archivo de sonido de su casco—. Para empezar, los *krakens* no tienen tentáculos, y en cuanto a eso de «matar... matar... matar...».

—Sí, ya lo sé —dijo Potrillo, la voz del control de misión en el intercomunicador de Holly—. Pensé que te gustaría ese fragmento en particular. Ya sabes, para que te rías un poco. ¿Te acuerdas de lo que significa reír?

A Holly no le hacía ninguna gracia.

—Es que es tan típico de los humanos, Potrillo, convertir algo perfectamente natural en algo demoníaco. Los *krakens* son criaturas muy dóciles, y los humanos van y los convierten en una especie de calamares gigantes asesinos. «Matar... matar... matar... » Venga ya, por favor...

—Vamos, Holly, solo es ficción sensacionalista. Ya conoces a esos humanos y su portentosa imaginación. No te lo tomes tan a la tremenda.

Potrillo tenía razón. Si se sulfuraba cada vez que a algún medio de comunicación humano se le ocurría tergiversar la verdad sobre una criatura mítica, se pasaría media

vida atacada de los nervios. A lo largo de los siglos, los Fangosos habían realizado varios avistamientos de las Criaturas mágicas y habían falseado la verdad sobre esos episodios hasta extremos insospechados.

«Olvídalo. Hay algunos humanos decentes. Acuérdate de Artemis y Mayordomo», se dijo.

—¿Has visto esa película humana con los centauros? —le preguntó al centauro que había al otro lado del intercomunicador de su casco—. Ahí son seres nobles y aficionados al deporte. «Mi espada por vos, majestad, y parto pues sin dilación en pos de la búsqueda». Centauros en forma... eso sí que me hizo reír, ya lo creo.

A miles de kilómetros de distancia, en algún lugar de la corteza terrestre debajo de Irlanda, Potrillo, el asesor técnico de la Policía de los Elementos del Subsuelo, se frotó la barriga.

—Holly, ese comentario duele. Que sepas que a Caballuna le gusta mi tripa.

Potrillo se había casado, o había sido «cazado», tal como llamaban los centauros a la ceremonia, mientras Holly estaba fuera con Artemis Fowl rescatando a demonios en el limbo. Habían pasado muchas cosas en los tres años que se había ausentado, y a veces a Holly le costaba no poco esfuerzo ponerse al día. Potrillo tenía ahora una pareja con la que ocupar su tiempo; su viejo amigo Camorra Kelp había sido ascendido a comandante de la PES, y ella volvía a estar bajo las órdenes de Reconocimiento trabajando en el equipo especial de Vigilancia de *Krakens*.

—Perdona, amigo mío. Eso ha sido una maldad —se disculpó Holly—. A mí también me gusta tu tripa. Siento no haber estado allí cuando esa centaura te echó el lazo alrededor de ella.

—Yo también lo siento. La próxima vez será.

Holly sonrió.

—Sí, claro. Eso seguro.

Por tradición, se suponía que los centauros debían tomar más de una esposa, pero Caballina era una centaura moderna y Holly tenía serias dudas de que fuese a tolerar la presencia de otra potranca bajo su mismo techo.

—No te preocupes, lo digo de broma.

—Más te vale, porque he quedado con Caballina en el spa este fin de semana.

—¿Qué te parece el nuevo equipo? —se apresuró a decir Potrillo para cambiar de tema.

Holly abrió los brazos al máximo, sintiendo la presión del viento en los dedos y



viendo pasar el mar Báltico por debajo de su cuerpo, a toda velocidad, en destellos blancos y azules.

—Es fabuloso —dijo—. Absolutamente fabuloso.

La capitana Holly Canija de la unidad de Reconocimiento de la PES volaba en círculos amplios e indolentes por encima de Helsinki, disfrutando del enérgico aire escandinavo que se filtraba por el casco.

Eran poco después de las cinco de la mañana hora local y el sol naciente había encendido la cúpula dorada y bulbiforme de la catedral de Uspenski. La famosa plaza del mercado de la ciudad se iluminaba con la luz de las farolas a medida que los vendedores iban llegando para abrir sus comercios o los ansiosos asesores de los políticos se dirigían a la fachada azul grisáceo del ayuntamiento.

El objetivo de Holly quedaba más bien lejos de lo que no tardaría en convertirse en un bullicioso centro de intercambios comerciales. Ajustó los dedos, y los sensores de sus guantes blindados tradujeron los movimientos a órdenes dirigidas a las alas mecánicas que llevaba a la espalda y lanzaron a la elfa en picado hacia abajo, hacia la pequeña isla de Uumsaari, a casi un kilómetro del puerto.

—Los sensores corporales son muy buenos —dijo—. Muy intuitivos.

—Es lo más parecido a ser como un pájaro —dijo Potrillo—. A menos que quieras uno integrado...

—No, gracias —contestó Holly con vehemencia. Le encantaba volar, pero no tanto como para llegar al extremo de que un cirujano de la PES le colocase dos implantes en el cerebelo.

—Muy bien, capitana Canija —dijo Potrillo, pasando al modo profesional. Comprobación previa: las tres «A», por favor.

Las tres «A» formaban parte de la lista de comprobación de cualquier agente de Reconocimiento antes de aproximarse a una zona de operaciones: alas, armas y alternativas para el camino de vuelta a casa.

Holly consultó las lecturas transparentes en el visor de su casco.

—Batería cargada. Luz verde para el arma. Alas y traje completamente funcionales. Ninguna luz roja.

—Excelente —dijo Potrillo—. Comprobado, comprobado y comprobado. Nuestras pantallas dicen lo mismo.

Holly oyó el ruido de un teclado mientras Potrillo guardaba aquella información

en el registro de la misión. El centauro era famoso por su afición a los teclados antiguos, a pesar de que él mismo había patentado un teclado virtual extremadamente eficiente: el virtualt.

—Recuerda, Holly, se trata de una simple misión de reconocimiento. Baja y comprueba el funcionamiento de ese sensor. Ésos cacharros tienen más de dos años y es más que probable que solo sea un problema de recalentamiento. Lo único que tienes que hacer es ir a donde yo te diga y reparar lo que yo te diga. Nada de ráfagas de disparos indiscriminados, ¿entendido?

Holly soltó un bufido.

—Ahora ya entiendo por qué Caballina se enamoró de ti, Potrillo. Eres tan sumamente encantador...

Potrillo se rio por lo bajo.

—Ya no me pico con tus pullas, Holly. El matrimonio me ha endulzado el carácter.

—¿Endulzarte tú? Eso me lo creeré cuando logres aguantar diez minutos en una habitación con Mantillo sin arrojarle una pezuña.

El enano, Mantillo Mandíbulas, había sido en diversas ocasiones enemigo, compañero y amigo de Holly y Potrillo. Su mayor placer en la vida consistía en darse unos atracones de aúpa, seguido muy de cerca por el placer de sacar de sus casillas a sus diversos enemigos, compañeros y amigos.

—Pensándolo bien, a lo mejor necesito unos cuantos años de matrimonio más antes de que se me endulce el carácter hasta ese extremo. Unos cuantos siglos más, mejor dicho.

Las dimensiones de la isla eran ya mayores en el visor de la elfa, donde aparecía rodeada de un ribete de espuma blanca.

Era hora de dejarse de cháchara y seguir adelante con la misión, aunque Holly sintió la tentación de continuar volando en círculos para poder charlar un poco más con su amigo. Era como si aquella fuese la primera conversación de verdad que mantenían desde su regreso del limbo. Potrillo había seguido adelante con su vida en los tres años anteriores, pero para Holly su ausencia solo había durado unas pocas horas y, aunque no había envejecido, se sentía como si le hubiesen escatimado esos años. El psiquiatra de la PES le habría dicho que sufría una depresión postdesplazamiento por viaje en el tiempo y se habría ofrecido a recetarle una buena inyección para animarla. Sin embargo, Holly tenía la misma confianza en las inyecciones de felicidad que en los implantes cerebrales.

—Voy a entrar —anunció, directa al grano. Era su primera acción en solitario desde el parte de su anterior misión, y no quería nada que no fuese un informe perfecto, aunque fuese para la Vigilancia de *Krakens*.

—Recibido —dijo Potrillo—. ¿Ves el sensor?

En la isla había cuatro biosensores que retransmitían información ininterrumpidamente al Cuartel General de la Policía. Tres de ellos emitían una suave luz verde en la unidad de visualización del visor de Holly. El cuarto sensor estaba en rojo. El rojo podía significar muchas cosas; en este caso, todas, absolutamente todas las lecturas se habían elevado por encima de los parámetros normales: la temperatura, el latido cardíaco y la actividad cerebral. Todas estaban en la zona de peligro.

«Debe de ser un fallo técnico —le había explicado Potrillo—. De lo contrario, los demás sensores mostrarían algo».

—La tengo. Una señal muy fuerte.

—Muy bien. Activa el escudo y acércate.

Holly ladeó la barbilla bruscamente hacia la izquierda hasta que le crujió una de las vértebras cervicales: su peculiar forma de invocar la magia. No era un movimiento necesario, puesto que la magia era básicamente una función cerebral, pero ‘os seres mágicos desarrollaban sus propias manías.

Hizo propagarse un hilillo de magia por sus extremidades y se puso a vibrar hasta desaparecer del espectro visible. Su traje de reverberación captó su frecuencia y la amplificó para que hasta la chispa más diminuta de magia pudiese realizar un largo recorrido.

—Estoy fuera del campo de visión y ahora me dirijo al interior —confirmó.

—Entendido —dijo el centauro—. Ten cuidado, Holly. El comandante Kelp visualizará este vídeo, así que cíñete a las órdenes.

—¿Insinúas acaso que a veces me aparto un poco del manual del reglamento? —exclamó Holly, fingiendo horrorizarse solo de pensarlo.

Potrillo se rio entre dientes.

—Insinúo que es muy probable que no tengas ni un solo ejemplar del manual del reglamento, y si lo tienes, desde luego, nunca lo has abierto.

«Algo de razón sí lleva», admitió Holly para sí, al tiempo que se lanzaba en picado sobre la superficie de Uunisaari.

Se cree que las ballenas son los mamíferos más grandes del mundo. Pues no lo son. El

*kraken* puede alcanzar hasta cinco kilómetros de longitud y ha sido un elemento clave de las leyendas escandinavas desde el siglo XIII, cuando aparecieron en la saga de Hervór como los temibles *lyngbakr*. Las primeras descripciones del *kraken* son las más exactas, pues describen a la criatura marina como a un animal del tamaño de una isla flotante cuyo verdadero peligro para los barcos no lo entrañaba la criatura en sí, sino el remolino que provocaba al sumergirse en las profundidades del mar. Sin embargo, hacia la Edad Media, la leyenda del *kraken* se confundió con la del calamar gigante, y a cada uno de los dos animales se le atribuyó los terroríficos atributos del otro. El calamar aparecía representado tan grande como una montaña, mientras que al pacífico *kraken* le salieron tentáculos y desarrolló una sed de sangre solo equiparable a la del tiburón más asesino.

Nada más lejos de la realidad. El *kraken* es un ser dócil cuyos máximos mecanismos de defensa se reducen a la enormidad de su tamaño y al grueso del caparazón, gases y células grasas que envuelven un cerebro del tamaño de un melón, que únicamente le proporciona la cantidad justa de inteligencia para alimentarse y mudar de caparazón. Bajo la cáscara de roca, algas y coral, el *kraken* no se parece a otra cosa más que al simple cangrejo común, aunque sea un cangrejo capaz de albergar sin problemas un estadio olímpico o dos.

El *kraken* disfruta de una longevidad de varios miles de años, gracias a un metabolismo increíblemente lento y a una extensísima red de sistemas de refuerzo que rodean sus partes blandas.

Suelen establecerse en entornos mágicos o ricos en alimentos, y permanecen allí hasta que la comida o el residuo energético se agotan. El hecho de asentarse en mitad de un archipiélago cerca de un puerto humano no solo les proporciona camuflaje sino además una fuente abundante de material comestible, de modo que es ahí donde se los suele encontrar, anclados en el fondo del mar como lapas gigantes, succionando residuos urbanos a través de las branquias y fermentándolos hasta convertirlos en metano en sus colosales estómagos.

Pero, si la basura humana es su salvación, también es su perdición, porque los niveles cada vez mayores de toxinas han provocado la esterilidad del *kraken*, y ahora en los océanos solo queda aproximadamente media docena de estas ancestrales criaturas.

Aquél *kraken* en particular era el más viejo de todos. Según las marcas de su caparazón, el viejo Casca —tal como lo llamaban los miembros del reducido y

esforzado equipo de Vigilancia de *Krakens*— tenía más de diez mil años, y había estado haciéndose pasar por un islote del puerto de Helsinki desde el siglo XVI, cuando la ciudad era conocida con el nombre de Helsingfors.

En todo ese tiempo, Casca había hecho poco más que comer y dormir, sin sentir la menor necesidad de emigrar a ningún sitio. Cualquier ansia que hubiese sentido de mudarse a otro lugar se veía inmediatamente mitigada por los efluvios de una fábrica de pintura que habían construido sobre su lomo más de cien años antes. A efectos prácticos, Casca estaba catatónico, pues no había emitido más que un par de ráfagas de metano en más de cincuenta años, así que no había razón alguna para creer que aquella luz roja de su sensor fuese algo más que un simple cruce de cables, y la labor de Holly consistía en deshacer el cruce. Era una misión estándar del tipo «primer día de vuelta al trabajo». No había peligro ni límite de tiempo, y las posibilidades de hacer algún descubrimiento interesante eran pocas.

Holly volvió las palmas de las manos hacia el viento, descendiendo hasta que sus botas rozaron el tejado del pequeño restaurante de la isla. En realidad, había dos islas, separadas por un pequeño puente.

Una de ellas era una isla auténtica, y la otra sección, más grande, era Casca, alojado en la roca.

Holly realizó un rápido escaneo térmico y no detectó más que un par de roedores y una mancha de calor procedente de la sauna, que seguramente funcionaba con temporizador.

Consultó el visor para localizar la ubicación exacta del sensor: estaba cuatro metros por debajo del agua, incrustado bajo un saliente de roca.

«Debajo del agua, claro».

Recogió las alas en el aire y, acto seguido, se zambulló de pie en el mar Báltico, arrojándose en tirabuzón para minimizar el impacto... aunque no es que hubiese muchos humanos merodeando por allí capaces de oírlo, que digamos. La sauna y el restaurante no abrían hasta las ocho, y los pescadores más próximos estaban en la costa de la península; sus cañas de pescar se mecían suavemente como una hilera de astas sin bandera.

Holly abrió las bolsas de gas del casco para reducir la flotabilidad y se sumergió bajo las olas. Su visor le informó de que la temperatura del agua estaba a poco más de diez grados, pero el traje la aisló del impacto del frío y hasta se adaptó para compensar el ligero incremento de la presión.

—Usa los Critters —dijo Potrillo, con una voz que le llegaba con una claridad absoluta a través de los nódulos vibratorios que llevaba en las orejas.

—Sal de mi cabeza, centauro.

—Adelante, usa los Critters.

—Es que no necesito ningún localizador; está ahí mismo.

Potrillo dio un suspiro.

—Entonces morirán sin haber cumplido su cometido. Los Localizadores de Radiación Codificados eran microorganismos bañados en radiación de la misma frecuencia que el objeto que se pretendía localizar. Si sabías lo que estabas buscando antes de irte del taller de Potrillo, los Critters te llevarían justo hasta allí, aunque la verdad es que eran un poco redundantes cuando tenias el sensor a escasos metros de distancia y parpadeando en tu pantalla.

—De acuerdo —claudicó Holly a regañadientes—. Pero ojalá dejaras de usarme como conejillo de Indias.

Retiró una solapa hermética de uno de sus guantes y soltó en el agua una nube de ácaros de color naranja fosforescente. Se agruparon un momento y luego salieron disparados como una flecha furiosa hacia el sensor.

—Nadan, vuelan y escarban —explicó Potrillo, maravillado ante su propio logro—. Que Dios bendiga sus pequeños corazoncitos.

Los Critters dejaron tras de sí una estela naranja brillante para que Holly la siguiera, y esta se agachó bajo un afilado saliente y encontró a los Critters escarbando ya las capas que cubrían el sensor.

—Bueno, ¿y ahora qué me dices? Eso sí que resulta útil. No me digas que no son útiles para un agente sobre el terreno...

Eran muy útiles, sobre todo teniendo en cuenta que Holly solo disponía de diez minutos de aire, pero Potrillo ya tenía suficientes humos.

—Un casco branquial habría sido mucho más práctico, sobre todo sabiendo como bien sabías que el sensor estaba debajo del agua.

—Tienes más que suficiente con esa cantidad de aire —se defendió Potrillo—, sobre todo teniendo en cuenta que los Critters están despejando el área que lo rodea.

Los Critters hicieron desaparecer la totalidad de la roca y el musgo marino que cubrían el sensor hasta dejarlo tan reluciente como el día que había salido de la cadena de montaje. Una vez hubieron cumplido su misión, los Critters parpadearon y murieron, disolviéndose en el agua con un leve burbujeo.

Holly encendió las luces del casco y enfocó ambos haces de luz sobre el instrumento de aleación. El sensor tenía el tamaño y la forma de un plátano y estaba recubierto de un gel electrolítico.

—El agua está muy limpia, gracias a Casca. La verdad es que lo veo todo bastante bien.

Holly incrementó el nivel de flotabilidad de su traje unos cuantos parámetros más hasta colocarlo en punto muerto y se quedó suspendida en el agua lo más quieta posible.

—Bueno, ¿qué es lo que ves?

—Lo mismo que tú —contestó el centauro—. Un sensor con una luz roja que parpadea.

Necesito recoger unos datos, si no te importa tocar la pantalla.

Holly apoyó la palma de la mano en el gel para que el omnisensor que llevaba incorporado en el guante sincronizase con el viejo artilugio.

—Nueve minutos y medio, Potrillo, que no se te olvide.

—Por favor... —se burló el centauro—. Podría recalibrar una flota entera de satélites en nueve minutos y medio.

«Y seguro que es verdad, encima», pensó Holly mientras su casco realizaba una comprobación de sistema del sensor.

—Hum... —murmuró Potrillo, treinta segundos después.

—¿Cómo que «hum...»? —repitió Holly, nerviosa—. No me hagas «hum...», Potrillo.

Deslúmbreme con tus conocimientos científicos, pero no me hagas «hum...».

—No parece que le pase nada a ese sensor; su funcionamiento es impecable, lo que significa...

—Que son los otros tres sensores los que funcionan mal —concluyó Holly—. Pues menuda birria de inventos, Potrillo.

—No fui yo quien diseñó esos sensores —protestó el centauro, indignado—. Son viejos componentes Koboi.

Holly sintió un escalofrío y el cuerpo le dio una sacudida en el agua. Su vieja archienemiga, Opal Koboi, había sido una de las principales investigadoras y creadoras de inventos de las Criaturas hasta que decidió que prefería practicar todas las modalidades posibles del ámbito de la delincuencia para autoproclamarse la reina del mundo. En la actualidad estaba encerrada en un cubo de aislamiento en una cárcel

suspendida encima de Atlantis, y se pasaba el tiempo enviando un email tras otro a los políticos suplicándoles una pronta puesta en libertad.

—Perdona, amigo mío, por haber dudado de tu maestría. Y ahora supongo que debería verificar el funcionamiento de los demás sensores, que estarán por encima del nivel del mar, espero.

—Hum... —repitió Potrillo.

—Por favor, deja de decir eso. Ya que estoy aquí, seguro que debería comprobar los otros sensores, ¿no es así?

Se hizo un silencio por un momento mientras Potrillo accedía a unos archivos y empezaba a hablar con frases entrecortadas mientras la información se iba desplegando ante sus ojos.

—Los otros sensores... no es lo más prioritario..., en este momento. Lo que necesitamos saber..., es por qué Casca ha activado en rojo este sensor en particular. Vamos a ver... si hemos obtenido estas mismas lecturas otras veces.

Holly no tenía más opción que seguir manteniendo el contacto con el sensor, balanceando las piernas en el agua y viendo cómo el reloj del aire de su visor seguía con su implacable cuenta atrás.

—Muy bien —dijo Potrillo al fin—, solo hay dos razones por las que las lecturas de un *kraken* se ponen en rojo: la primera, Casca va a dar a luz a un pequeño *kraken*, cosa que es imposible dado que es un macho estéril.

—Y eso solo nos deja la alternativa número dos —dijo Holly, que estaba segura de que no iba a gustarle nada.

—Y dos, está mudando de caparazón.

Holly puso los ojos en blanco, aliviada.

—Mudar de caparazón... Eso no parece demasiado malo.

—Bueeeeno, la verdad es que es un poco peor de lo que parece.

—¿Qué quieres decir con eso de «un poco peor»?

—¿Por qué no te lo explico mientras te alejas volando..., lo más rápido que puedas?

No hacía falta que se lo dijera dos veces: cuando Potrillo aconsejaba a un agente que se fuera antes de largarle uno de sus soporíferos discursos, entonces es que la situación era grave. Extendió los brazos, y las alas que llevaba a la espalda imitaron el movimiento.

—Ignición —ordenó, apuntando con ambos brazos a la superficie. Los motores se



pusieron en marcha y la sacaron de las profundidades del Báltico en medio de una explosión colosal que eliminó la estela de agua que Holly había dejado en el aire tras de sí. Su traje se secó de inmediato mientras la humedad resbalaba del material antiadherente con el que estaba hecho y la resistencia aerodinámica eliminó las gotas restantes. En tan solo unos pocos segundos había ascendido a cien metros, apremiada por la ansiedad en el tono de voz de Potrillo.

—El *kraken* muda de caparazón una vez en la vida, y los registros muestran que Casca se despojó del suyo hace tres mil años, así que supusimos que ya lo había hecho.

—¿Y entonces? ¿Esto de ahora?

—Ahora, por lo visto, parece que Casca ha vivido lo bastante para mudar de caparazón otra vez.

—¿Y eso por qué debería preocuparnos?

—Nos preocupa porque los *kraken* mudan de caparazón muy aparatosamente, explosión incluida.

El nuevo caparazón ya ha crecido, y Casca se libraré del viejo haciendo estallar una capa de células de metano.

Holly quería estar segura de que entendía lo que le estaba diciendo el centauro.

—¿Me estás diciendo entonces..., que Casca va a tirarse un pedo?

—No, Casca no va tirarse cualquier pedo: Casca va a tirarse el pedo más gordo de la historia. Ha acumulado metano suficiente para abastecer a Refugio durante un año entero. No ha habido un pedo como este desde la última gran reunión tribal de enanos.

En el visor de Holly, apareció una animación por ordenador de la explosión. Para la mayoría de los seres mágicos, la imagen sería poco más que una mancha borrosa, pero a los agentes de la PES se les exigía desarrollar el doble enfoque necesario para leer sus pantallas y ver adónde se dirigían al mismo tiempo.

Cuando la simulación puso a Holly fuera del radio de la onda expansiva prevista, estiró las piernas y trazó un largo arco ascendente, balanceándose, para colocarse frente al *kraken*.

—¿Y no podemos hacer nada?

—Aparte de sacar un par de fotos, no, nada. Es demasiado tarde, solo faltan unos pocos minutos.

El caparazón interior de Casca ya ha alcanzado la temperatura de ignición, de

modo que colócate el filtro antirresplandor y prepárate para ver el espectáculo.

Holly se bajó la visera protectora.

—Esto va a salir en los informativos de todo el mundo. Las islas no explotan así porque sí.

—Sí, sí que lo hacen. Por la actividad volcánica, filtraciones gaseosas, accidentes químicos...

Créeme, si hay algo que los Fangosos sí saben es cómo explicar una explosión. Los norteamericanos se inventaron el Área 51 solo porque un senador se estrelló con su jet privado contra una montaña.

—¿Y la costa de enfrente es segura?

—Debería serlo. Puede que caigan algunos cascotes.

Holly se relajó, suspendida en el aire con sus alas. No había nada que pudiese hacer, nada que debiese hacer. Aquél era un proceso natural y el *kraken* tenía todo el derecho del mundo a mudar de caparazón.

«Una explosión de metano. A Mantillo le encantaría».

Mantillo Mandíbulas se dedicaba a la sazón a dirigir una agencia de investigación privada en Ciudad Refugio con el duende Doodah Day, un habilidoso del volante. En su época más gloriosa, Mantillo también había provocado algún que otro desbarajuste con su metano.

Algo empezó a parpadear suavemente en el visor de la elfa, un manchurrón de plasma rojo en las ventanas del escáner térmico: había vida en aquella isla, y no de un insecto o un roedor, precisamente. Había muchos humanos.

—Potrillo, detecto algo.

Holly transformó las dimensiones de la ventana con una serie de órdenes con los párpados para rastrear el origen de la fuente de emisión de calor. Había cuatro cuerpos de temperatura elevada en el interior de la sauna.

—Dentro de la sauna, Potrillo. ¿Cómo no los hemos detectado antes?

—Porque sus cuerpos estaban a la misma temperatura que las paredes de ladrillo—contestó el centauro—. Supongo que alguno de los Fangosos habrá abierto la puerta.

Holly amplió la visión de su visor hasta la potencia seis y vio que la puerta de la sauna estaba entreabierta, y que una vaharada de vapor se abría paso hacia el exterior a través de la rendija. La construcción se estaba enfriando más rápidamente que los humanos, por lo que en ese momento aparecían por separado en su escáner.

—¿Qué hacen ahí esos Fangosos? Dijiste que aquí no abrían nada hasta las ocho.

—No lo sé, Holly. ¿Cómo quieres que lo sepa? Son humanos, y son tan fiables y predecibles como los demonios lunáticos.

La razón por la que estaban allí poco importaba, y era una pérdida de tiempo preguntárselo.

—Tengo que volver ahí, Potrillo.

El centauro se enfocó a sí mismo con una cámara y luego retransmitió su imagen en vivo al casco de Holly.

—Mírame a la cara, Holly. ¿Ves esta expresión? Es mi cara de duro. No lo hagas, Holly. No vuelvas a la isla. Los humanos mueren todos los días y nosotros no interferimos. La PES nunca interfiere.

—Ya me sé las reglas —dijo Holly, al tiempo que activaba el silencio de su casco para no oír los bramidos del centauro.

«Mi carrera se va a ir al garete... otra vez», pensó la elfa, preparando las alas para un descenso en picado.

Había cuatro hombres sentados en la sala exterior de la sauna, creyéndose muy listos por haber vuelto a engañar a las autoridades de la isla y conseguido colarse en una sauna gratis a primera hora, antes de ir a trabajar. Lo cierto es que resultaba útil que uno de los hombres friese el guardia de seguridad de Uunisaari y que tuviese acceso a las llaves y a una pequeña batea de cinco caballos de potencia que acomodó a los cuatro amigos y un cubo de cerveza de Karjala.

—Hace una buena temperatura en la sauna hoy —comentó uno de ellos.

Otro se limpió el vapor de los cristales de las gafas.

—A mí me parece que hace demasiado calor. En realidad, se nota el calor hasta debajo de las plantas de los pies.

—Pues ve a darte un chapuzón en el Báltico, entonces —dijo el guardia, contrariado ante aquella falta de agradecimiento por todas las molestias que se había tomado—. Así te refrescarás esos piececillos tuyos.

—No le hagas caso —intervino el cuarto hombre, al tiempo que se abrochaba el reloj—. Es que tiene los pies muy sensibles. Siempre tiene algún problema con la temperatura.

Los hombres, amigos desde la infancia, se echaron a reír y siguieron dando sorbos de cerveza, pero las risas y los sorbos cesaron bruscamente cuando, de pronto, un

trozo del techo empezó a arder en llamas y se desintegró. El guardia escupió un trago de cerveza y se puso a toser.

—¿Es que ha fumado alguien? ¡Os dije que nada de fumar! Aunque alguno de sus amigos de la sauna le hubiese respondido, el guardia no lo habría oído, porque, inexplicablemente, se las había apañado para salir disparado a través de un agujero en el techo.

—Me arden los dedos de los pies, de verdad —dijo el hombre de las gafas, como si por el hecho de hablar de cosas pasadas fuese a hacer que desapareciesen los acontecimientos más recientes.

Los otros no le hicieron ningún caso, pues estaban demasiado ocupados haciendo lo que suelen hacer los hombres en una situación de peligro: ponerse los pantalones.

No había tiempo para presentaciones ni para puertas, así que Holly desenfundó la Neutrino que llevaba colgada del cinturón, abrió un boquete de dos metros de diámetro en el techo y se vio desagradablemente sorprendida por la imagen de cuatro Fangosos paliduchos y semidesnudos temblando de pies a cabeza, aterrorizados.

«No me sorprende que tiemblen —pensó—. Y esto es solo el principio».

Mientras volaba, había estado discutiendo sobre su problema: cómo sacar a cuatro humanos de la zona de la explosión en otros tantos minutos.

Hasta poco tiempo antes, Holly habría tenido otro problema: el edificio de la sauna en sí. Según el Libro de las Criaturas, los seres mágicos tenían prohibido entrar en los edificios humanos sin una invitación previa. Se trataba de una maldición de diez mil años de antigüedad que todavía tenía efectos pavorosos, porque provocaba náuseas y pérdida de poderes a todo aquel que la desafiase. La ley era anacrónica y constituía un serio impedimento a las operaciones de la PES, así que, tras varios debates públicos y un referéndum, la maldición había sido anulada por el demonio hechicero N.º 1. El diablillo había tardado cinco minutos escasos en deshacer un maleficio que había llevado de cabeza a los hechiceros elfos durante siglos.

De vuelta al problema original: cuatro humanos grandotes y una enorme explosión inminente.

El primero era el más fácil y también la opción más evidente. Estaba tapando a los demás y no llevaba más que una toalla y una gorra diminuta de guardia de seguridad, que se sostenía encima de su cabezota como una cáscara de nuez encima de la cabeza de un oso.

Holly hizo una mueca de dolor. «Tengo que quitármelo de delante de la vista lo antes posible o, de lo contrario, puede que nunca llegue a olvidar su imagen. Ése Fangoso tiene más músculos que un trol».

¡Un trol! Pues claro.

Mientras Holly estaba en el limbo, habían incorporado a los equipos de Reconocimiento un amplio surtido de nuevos artilugios, la mayoría de ellos inventados y patentados por Potrillo, claro está. Uno de dichos artilugios era un nuevo cargador de dardos para su Neutrino. El centauro los llamaba «los dardos antigravedad», pero los agentes los llamaban «Flotadores».

Los dardos estaban inspirados en el Lunocinturón, también de Potrillo, que generaba un campo alrededor de todo lo que estuviese sujeto a él, campo que reducía la fuerza gravitacional de la Tierra a un quinto de los niveles normales. El Lunocinturón era útil para transportar equipo pesado. Los agentes en misiones sobre el terreno no tardaron en adaptar el cinturón a sus propias necesidades particulares, y ataban a sus prisioneros a los pitones, lo que los hacía mucho más fáciles de manejar.

Potrillo había desarrollado entonces un dardo que tenía el mismo efecto que su Lunocinturón. El dardo empleaba la propia carne del fugitivo para transmitir la carga que lo hacía prácticamente ingrávido.

Hasta un trol parece menos amenazador cuando se pone a cabecear en el aire como si fuera un globo.

Holly extrajo el cargador de su cinturón y usó la base de la mano para insertarlo en la Neutrino.

«Dardos —pensó—. Volvemos a la Edad de Piedra».

El guardia de seguridad llenaba con su cuerpo grandullón todas sus miras, al tiempo que movía los labios con arrogancia.

«No hacen falta miras láser con este Fangoso —pensó—. Es imposible errar el tiro».

Y no lo erró. El dardo minúsculo se clavó en el hombro del guardia y este se estremeció un momento hasta que el campo de antigravedad lo rodeó.

—Uuuy... —exclamó el guardia—. Eso ha sido un poco...

Y a continuación, Holly aterrizó a su lado, lo agarró del muslo paliducho y lo lanzó hacia el cielo.

Salió disparado, más rápido que un globo suelto, y dejó tras de sí una estela de exclamaciones de incredulidad y sorpresa.

El resto de los hombres terminaban de ponerse los pantalones a todo correr. Con las prisas, dos de ellos tropezaron y se dieron un golpe en la cabeza antes de caer al suelo. Las bandejas de sándwiches de tomate y mozzarella acabaron en el suelo con gran estrépito, y las botellas de cerveza salieron disparadas a través del agujero del techo.

—Mis sándwiches... —exclamó uno de los hombres, mientras seguía batallando para ponerse sus vaqueros morados.

«No hay tiempo para ataques de pánico», pensó Holly, muda e invisible entre ellos. Se agachó, esquivando las patadas de las piernas paliduchas que trataban de vestirse, y rápidamente se dispuso a preparar tres dardos más.

Una calma extraña se apoderó de la sauna cuando tres hombres adultos se sorprendieron flotando en el aire en dirección a un agujero en el techo.

—Tengo los pies... —empezó a decir el hombre de las gafas.

—¡Cállate ya de una vez con el rollo de tus pies! —vociferó el hombre de los sándwiches, tratando de darle un puñetazo. El movimiento hizo que empezara a dar vueltas y botes en el aire como una bola de la máquina del millón.

Potrillo logró burlar la orden de Holly para silenciarlo.

—*D'Arvit*, Holly. Solo te quedan unos segundos. ¡Segundos!, ¿me oyes? ¡Sal de ahí ahora mismo!

Ni siquiera tu traje blindado podrá protegerte de una explosión de esta magnitud.

Holly tenía la cara muy colorada y estaba sudando a pesar del control de climatización de su casco.

«Que solo me quedan unos pocos segundos. ¿Cuántas veces he tenido que oír eso?».

No había tiempo para andarse con susceptibilidades. Se tumbó de espaldas, pulsó la pantalla de opciones de su Neutrino para seleccionar un rayo de amplio alcance y disparó una ráfaga prolongada directamente hacia arriba.

El rayo hizo ascender a los hombres como un río de corriente vigorosa transportaría unas burbujas, haciéndolos rebotar en las paredes y entrechocar unos con Otros antes de empujarlos al fin a través del boquete del tejado, que seguía chisporroteando.

El último hombre en salir miró abajo mientras se iba alejando del suelo, preguntándose vagamente por qué no estaba temblando presa del pánico. El hecho de

volar por uno mismo sin duda provocaba brotes de histeria, ¿no?

«Eso seguramente me pasará más tarde —se dijo—. Si es que todavía estoy vivo para entonces».

En medio del vapor que emanaba de la sauna, le pareció vislumbrar una pequeña forma humanoide tendida en el suelo, una figura diminuta con alas que se puso en pie de un brinco e inmediatamente echó a correr en dirección a los hombres voladores.

«¡Sí existen! Es todo verdad —pensó el hombre—. Como en *El señor de los anillos*. Criaturas fantásticas. Existen de verdad».

Y acto seguido, la isla hizo explosión y el hombre dejó de preocuparse por las Criaturas fantásticas y empezó a preocuparse por sus pantalones, que acababan de prenderse fuego.

Una vez que los cuatro hombres estuvieron ya en el aire, Holly decidió que había llegado el momento de alejarse lo máximo posible de la presunta isla. Se levantó de un salto de la posición encogida en que estaba, accionó las alas y salió disparada en dirección al cielo de la mañana.

—Muy bonito —comentó Potrillo—. ¿Sabías que llaman a eso hacer el «Hollycóptero»?

Holly volvió a empuñar su arma, y alejó aún más de la isla a aquellos hombres etéreos con ráfagas seguidas y breves.

—Estoy ocupada tratando de sobrevivir, Potrillo. Ya hablamos luego, si acaso.

—Lo siento, amiga mía —dijo Potrillo—. Es que estoy preocupado. Cuando estoy preocupado, hablo. Caballina cree que es un mecanismo de defensa. Bueno, sigo con lo del Hollycóptero. Resulta que realizaste la misma maniobra de despegue durante aquel tiroteo en los tejados de Darmstadt. El capitán... digo, el comandante Kelp lo grabó todo en vídeo, y ahora lo usan en la Academia. No te imaginas la cantidad de cadetes que se han roto el tobillo intentando hacer lo mismo.

Holly estaba a punto de insistirle a su amigo para que cerrase el pico cuando Casca prendió Riego a sus células de metano; el fuego destruyó su antiguo caparazón y puso en órbita toneladas de cascotes y desechos, que salieron volando por los aires. La onda expansiva alcanzó a Holly desde abajo, como si fuera el puñetazo de un gigante, y la hizo girar como un molinillo. Sintió que el traje trataba de adaptarse a la nueva situación para amortiguar el efecto de la onda: las escamas diminutas cerraron filas frente al impacto como los escudos de un batallón de demonios. Se oyó un leve silbido cuando el casco desplegó las bolsas de seguridad para protegerle el cerebro y

la médula espinal. Las pantallas de su visor empezaron a parpadear, dieron una sacudida y luego volvieron a la normalidad.

El mundo desfilaba dando vueltas sin cesar delante de su visor en una variada gama de azules y grises. El horizonte artificial de su casco también dio varias vueltas completas, aunque Holly sabía que, en realidad, la que estaba girando era ella, y no el monitor.

«Viva. Sigo viva. Otra vez he conseguido salvarme por los pelos...».

Potrillo interrumpió sus pensamientos:

—... pulso muy acelerado, aunque no sé por qué. A estas alturas, sería lógico suponer que ya estás acostumbrada a situaciones como éstas. Por cierto, te alegrará saber que los cuatro humanos se han salvado, teniendo en cuenta que has arriesgado tu vida y mis ingenios tecnológicos por ellos. ¿Y si alguno de mis Flotadores llega a caer en manos humanas?, ¿eh?

Holly empleó una combinación de ademanes y parpadeos para disparar unas breves ráfagas desde los doce motores de sus alas, tratando de recuperar el control absoluto de su equipo.

Abrió la visera del casco para toser y escupir y luego respondió a la acusación del centauro.

—Estoy bien, gracias por preguntar, y todos los componentes de la PES están equipados con un mecanismo de destrucción remota... ¡incluida yo! Conque la única manera de que tus preciosos Flotadores pudiesen llegar a caer en manos humanas sería si tus dispositivos tecnológicos fallasen.

—Lo que me recuerda —dijo Potrillo— que tengo que deshacerme de esos dardos.

Abajo ya se había formado un verdadero caos. Era como si la mitad de los habitantes de Helsinki se hubiesen subido a todas sus embarcaciones, y una auténtica flotilla se dirigía al lugar de la explosión, encabezada por un guardacostas y dos potentes fuerabordas en su popa, avanzando a toda velocidad. El propio *kraken* estaba ennegrecido por el humo y las cenizas, pero algunos pedazos carbonizados de su caparazón seguían cayendo como una lluvia de partículas volcánicas que tapizaban las cubiertas de los barcos y tendían un manto oscuro sobre el mar Báltico.

A veinte metros a la izquierda de Holly, los hombres flotantes seguían cabeceando felices en el aire, cabalgando por los últimos vestigios de la onda expansiva, con los pantalones hechos jirones colgando de la cintura.



—Qué raro... —exclamó Holly, haciendo zoom sobre los hombres para verlos mejor—. No chillan histéricos ni se han hecho pipí encima.

—He añadido una gotita de tranquilizante en el dardo —le confesó Potrillo, sofocando una risa—. Bueno, he dicho una «gotita», pero la verdad es que bastaría para hacer que un trol echase de menos a su mami.

—A veces los trols se comen a sus propias madres —comentó Holly.

—Pues por eso.

Potrillo esperó a que los hombres hubiesen bajado a tres metros de altura respecto a la superficie marina y luego hizo detonar por control remoto la pequeña carga explosiva que había en cada uno de los dardos. A los cuatro leves estallidos les siguieron cuatro sonoros chapuzones. Los hombres solo estuvieron unos pocos segundos en el agua hasta que los rescató el guardacostas.

—Muy bien —dijo el centauro, a todas luces aliviado—. Hemos evitado una posible catástrofe y hecho nuestra buena obra del día. Ponte el cohete en el trasero y dirígete de nuevo a la terminal de lanzaderas. Estoy seguro de que el comandante Kelp va a querer un informe detallado.

—Espera un segundo... he recibido un correo.

—¿Correo? ¿Correo? ¿De veras crees que es un buen momento para ponerte a leer el correo? Tus niveles de energía están muy bajos, y los paneles traseros de tu traje no han salido muy bien parados, que digamos. Tienes que salir de ahí pitando antes de que tu escudo deje de funcionar.

—Tengo que leer este correo, Potrillo. Es importante.

El icono del correo que parpadeaba en el visor de Holly estaba marcado con la firma de Artemis.

Artemis y Holly utilizaban un código de colores para marcar sus correos electrónicos. El verde era para asuntos de índole social, el azul estaba relacionado con las transacciones comerciales y el rojo significaba urgente. El icono del correo del visor de Holly parpadeaba de color rojo vivo.

Pestañeó ante el icono para abrir el breve mensaje.

«Madre se muere —decía—. Por favor, ven enseguida. Trae a N°. 1.»

Holly sintió un sudor frío en la frente, y el mundo pareció dar un vuelco ante sus ojos.

«Madre se muere. Trae a N°. 1.»

La situación debía de ser muy desesperada para que Artemis le pidiese que llevase

al poderoso demonio hechicero.

Retrocedió en el tiempo hasta un día de hacía dieciocho años, cuando había muerto su propia madre. Ya habían pasado casi dos décadas y la pérdida seguía produciéndole el mismo dolor que una herida en carne viva. De pronto la asaltó un pensamiento.

«No hace dieciocho años, sino veintiuno. He estado fuera tres años».

Coral Canija había trabajado como médica al servicio de la marina de la PES, que patrullaba el Atlántico yendo detrás de los humanos para hacer tareas de limpieza y proteger a las especies en peligro de extinción. Había resultado herida de muerte cuando un buque cisterna de aspecto particularmente herrumbroso al que estaban siguiendo había vertido accidentalmente sus residuos radiactivos encima del submarino en el que viajaba. Los residuos de la radiactividad son veneno para los seres mágicos, y su madre había tardado una semana en morir.

—¡Me las van a pagar por lo que te han hecho! —había jurado Holly, llorando junto al lecho de muerte de su madre en el hospital de Ciudad Refugio—. No descansaré hasta haber acabado con el último de esos Fangosos.

—No —le había dicho su madre con asombrosa serenidad—. Me he pasado mi carrera salvando a seres vivos. La destrucción no puede ser el legado que voy a dejarte.

Fue una de las últimas frases que alcanzó a pronunciar su madre. Tres días después, Holly permaneció con el rostro impertérrito durante el transcurso de toda la ceremonia de reciclaje de su madre, con el uniforme verde abotonado hasta la barbilla y la omniherramienta que su madre le había regalado el día de su graduación enfundada en la pistolera que llevaba acoplada al cinturón.

«Salvar a seres vivos». Así que Holly solicitó como destino Reconocimiento.

Y ahora era la madre de Artemis la que se estaba muriendo. Holly cayó entonces en la cuenta de que ya no pensaba en Artemis como en un humano, sino que lo consideraba un amigo, sin más.

—Tengo que ir a Irlanda —anunció.

Potrillo no se molestó en llevarle la contraria: ya había leído de reojo el correo urgente en la pantalla de la elfa.

—Vete. Podré cubrirte durante unas horas. Les diré que te has ido a llevar a cabo el Ritual. Da la casualidad de que esta noche hay luna llena en algunos puntos mágicos próximos a Dublín. Enviaré un mensaje a los de la Sección Ocho. Tal vez Qwan deje

salir a Número Uno del magilaboratorio unas pocas horas.

—Gracias, viejo amigo.

—De nada. Y ahora, vete. Voy a salir de tu cabeza un rato y a controlar un poco las tonterías que van a decir por aquí. A ver si logro colar unas cuantas ideas en los medios de comunicación humanos. Me gusta la idea de una bolsa de gas natural subterránea. Ésa es prácticamente la verdad.

«Prácticamente la verdad».

Holly no pudo evitar aplicar esa misma frase al correo de Artemis. El joven irlandés había manipulado muchas veces a la gente contándoles «prácticamente la verdad».

Se reprendió a sí misma para sus adentros. No era posible, ni siquiera Artemis Fowl mentiría sobre algo tan serio.

Todo el mundo tenía sus límites.

¿No?

# CAPÍTULO III

## ECOS DE MAGIA



ARTEMIS padre congregó a sus hombres en la sala de reuniones de la mansión Fowl, que en sus orígenes había sido una sala de banquetes. Hasta hacía poco, los imponentes arcos góticos quedaban escondidos bajo un falso techo, pero Angeline Fowl había ordenado eliminar el

techo y devolver a la sala su formidable doble altura original.

Artemis, su padre y Mayordomo estaban sentados en sillones Marcel Breuer de cuero negro en torno a una mesa de cristal con capacidad para diez personas.

«No hace tanto tiempo se sentaban a esta mesa contrabandistas», pensó Artemis.

Por no hablar, claro está, de capos del crimen organizado, piratas informáticos, confidentes, falsificadores, reyes del mercado negro y ladrones de guante blanco. Los viejos negocios familiares.

Artemis padre cerró su ordenador portátil. Estaba pálido y era evidente que muy cansado, pero su voluntad resuelta y decidida brillaba con fuerza en su mirada.

—El plan es muy sencillo: no debemos pedir solo una segunda opinión, sino tantas opiniones como sea posible. Mayordomo cogerá el jet privado e irá a China. No hay tiempo para seguir los canales oficiales, conque tal vez puedas encontrar algún punto del globo donde las leyes de inmigración sean un poco más laxas.

Mayordomo asintió.

—Sé de un lugar perfecto. Puedo estar allí y volver en dos días, si todo va bien.

Artemis padre estaba satisfecho.

—Muy bien. El jet privado tiene combustible y está preparado para despegar. Ya lo he organizado todo y dispondrás de una tripulación completa y otro piloto.

—Solo tengo que meter un par de cosas en la maleta y estaré listo para salir.

Artemis se imaginaba perfectamente la clase de cosas que Mayordomo iba a meter en su maleta, sobre todo si no iba a haber agentes de aduanas en la pista de aterrizaje.

—¿Qué vas a hacer tú, papá? —le preguntó.

—Voy a ir a Inglaterra —contestó Artemis padre—. Puedo coger el helicóptero hasta el aeropuerto de Londres y desde allí una limusina hasta Harley Street. Allí hay varios especialistas con los que puedo hablar, y que vaya yo será mucho más eficaz

que traerlos a todos aquí. Si alguno de ellos puede arrojar aunque sea un leve resquicio de luz sobre la enfermedad de tu madre, les pagaré lo que haga falta para que vengan hasta aquí. Les compraré sus consultas enteras si es necesario.

Artemis asintió. Parecía una táctica muy acertada, aunque lo cierto es que no esperaba menos del hombre que había logrado dirigir un imperio criminal durante más de dos décadas y luego uno humanitario durante los últimos años. Ahora, todo lo que hacía Artemis padre se regía por principios éticos. Desde su empresa de fabricación de ropa de comercio justo hasta sus acciones en Earthpower, un consorcio de empresarios con intereses y formas de pensar comunes que construían toda clase de cosas, desde coches que funcionaban con energía renovable a barras geotérmicas y paneles solares.

Hasta había equipado todos los coches de los Fowl, el jet privado y el helicóptero con avanzados filtros de emisiones para aliviar la aportación de carbono de la familia.

—Yo me quedaré aquí —anunció Artemis, sin esperar a que se lo ordenaran—. Os coordinaré a vosotros, colocaré una webcam para que los especialistas de Harley Street puedan ver a mamá, supervisaré al doctor Schalke y a la señorita Book, y también realizaré mis propias pesquisas en Internet para buscar posibles curas.

Artemis padre esbozó una media sonrisa.

—Eso es, hijo mío. No se me había ocurrido lo de la webcam.

Mayordomo estaba ansioso por ponerse en marcha, pero antes tenía que hacer una última observación.

—No me quedo del todo tranquilo dejando a Artemis aquí solo. Puede que sea un genio, pero también le encanta meterse en líos y es un imán para los problemas. —El guardaespaldas guiñó un ojo a Artemis—. No te ofendas, jovencito, pero eres capaz de convertir un inocente picnic de domingo en un conflicto de dimensiones internacionales.

Artemis aceptó la acusación con deportividad.

—No, si no me ofendo.

—Sí, yo también he pensado lo mismo —dijo Artemis padre, rascándose la barbilla—. Pero no tenemos más remedio que confiar en él. La niñera está dispuesta a llevarse a los gemelos a su casa de Howth un par de días, pero a Arty lo necesitamos aquí, así que tendrá que arreglárselas él solo.

—Y eso no va a ser ningún problema —dijo Artemis—. Tened un poco de fe, por favor.

Artemis padre extendió la mano por la superficie de la mesa y cubrió la mano de su hijo con la suya.

—La fe en nosotros es lo único que tenemos ahora. Tenemos que creer que salvarle la vida a tu madre es posible. ¿Tú lo crees?

Artemis advirtió que una de las ventanas superiores se abría lentamente. Una hoja entró aleteando en la habitación, empujada por el suave revoloteo de la brisa, y a continuación la ventana pareció cerrarse por sí sola.

—Estoy convencido, padre. Y con cada minuto que pasa, más seguro estoy.

Holly no se materializó hasta que el Sikorsky S-76C modificado de Artemis padre hubo despegado del helipuerto del tejado. Artemis estaba ocupado montando una webcam al pie de la cama de su madre cuando, entre destellos, la elfa se hizo visible y le puso la mano en el hombro.

—Artemis, lo siento mucho —dijo con dulzura.

—Gracias por venir, Holly —dijo Artemis—. No has tardado nada.

—Estaba en la superficie, en Finlandia, persiguiendo a un *kraken*.

—Ah, sí, la criatura de Tennyson —dijo Artemis, cerrando los ojos y recordando unas líneas del famoso poema.

*Bajo el fragor de las profundidades,  
más abajo aún, en el abismo de los mares,  
dueño de su ancestral sueño imperturbable,  
duerme el kraken.*

—¿Duerme? No, ya no duerme. Léete luego los titulares de las noticias. Por lo visto, ha habido una explosión de gas natural.

—Y supongo que eso significa que Potrillo ha vuelto a hacer de las suyas con los medios de comunicación.

—Pues sí.

—No quedan muchos *krakens* —señaló Artemis—. Según mis cálculos, solo siete.

—¿Siete? —repitió Holly con asombro—. Pues a nosotros solo nos constan seis.

—Ah, sí, seis. Eso he querido decir. ¿Traje nuevo? —le preguntó, cambiando de tema un pelín demasiado deprisa.

—Tres años más avanzado que el último —contestó la elfa, recordándose

mentalmente que más tarde debía investigar ese lapsus tan extraño del séptimo *kraken* —. Tiene un sistema de autoprotección: cuando los sensores detectan que se acerca algo de gran tamaño, todo el traje se readapta para encajar el golpe. Hoy ya me ha salvado la vida una vez.

El icono de un mensaje parpadeó en el casco de Holly y se paró un momento para leer el breve texto.

—Número Uno viene de camino. Van a enviar la lanzadera de la Sección Ocho. Ahora ya no va a haber forma de parar esto, así que, sea lo que sea lo que tengamos que hacer, más vale que lo hagamos deprisa.

—Muy bien. Necesito toda la ayuda posible.

La conversación fue languideciendo a medida que la enfermedad mortal de Angeline Fowl pasaba a ocupar la totalidad del pensamiento de ambos. La mujer irradiaba un halo de absoluta palidez y el olor a lirios impregnaba de amarillo el aire.

Artemis toqueteó con torpeza la webcam y esta se le escapó rodando por debajo de la cama.

—¡Maldita sea! —vociferó, arrodillándose para meter el brazo en el espacio oscuro—. No puedo...

Es que no puedo...

Y de repente, la enormidad de la situación lo golpeó como un mazazo.

—Pero ¿qué clase de hijo soy? —murmuró—. Un mentiroso y un ladrón. Lo único que ha hecho mi madre toda su vida ha sido quererme e intentar protegerme, y ahora puede que se muera.

Holly ayudó a Artemis a levantarse.

—Tú ya no eres así, Artemis, y quieres mucho a tu madre, ¿no es así?

Artemis dio un resoplido, sintiéndose un poco avergonzado.

—Sí, claro.

—Pues entonces eres un buen hijo. Y tu madre lo va a ver ahora mismo, en cuanto la cure.

Holly hizo crujir sus cervicales y unas chispas de magia chisporrotearon en las puntas de sus dedos, revoloteando hasta formar un cono invertido.

—¡No! —la interrumpió Artemis—. ¿No sería mejor que comprobases primero qué síntomas tiene?

Holly cerró el puño y sofocó las chispas. Aquello era un poco sospechoso. Se quitó el casco y se aproximó a Artemis, colocándose mucho más cerca de él de lo que

este solía tolerarle a la gente, y lo miró fijamente a los ojos disparejos. Era raro ver cómo su propio ojo le devolvía la mirada.

—¿Es que has hecho algo, Artemis?

Artemis le sostuvo la mirada. Era como si en sus ojos no hubiese más que tristeza.

—No. Pero quiero ser más prudente con mi madre de lo que lo sería conmigo mismo, eso es todo.

El recelo de Holly tenía su origen en los años que llevaba tratando con Artemis, así que se preguntaba por qué se mostraba tan reacio a permitirle usar la magia cuando nunca hasta entonces había tenido ningún reparo. Puede que ya lo hubiese intentado él mismo. Puede que el túnel del tiempo no le hubiese quitado del todo la magia robada, tal como él había asegurado.

Colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Artemis y luego apoyó la frente en la de él.

—Déjalo ya, Holly —protestó Artemis—. No tenemos tiempo.

Holly no respondió y cerró los ojos, concentrándose.

Artemis sintió una oleada de calor extendiéndose por su cráneo y percibió el zumbido familiar de la magia. Holly estaba explorando en su cerebro; la exploración apenas duró un segundo.

—Nada —sentenció, soltándolo—. Ecos de magia, pero no tienes poderes.

Artemis se tambaleó hacia atrás, mareado.

—Comprendo tu desconfianza, Holly. Me la he ganado a pulso. Y ahora, ¿podrías examinar a mi madre, por favor?

Holly se dio cuenta de que, hasta ese momento, había evitado hacer algo más que dedicarle un rápido vistazo a Angeline Fowl. Aquélla situación le traía a la memoria demasiados recuerdos dolorosos.

—Claro que sí, Artemis. Siento lo de la exploración, pero tenía que estar segura de que podía fiarme de ti.

—Mis sentimientos no importan aquí —dijo Artemis, guiando a Holly por el codo—. Y ahora, mi madre, por favor.

Holly tuvo que obligarse a sí misma a examinar a Angeline Fowl debidamente, y, en cuanto lo hizo, un miedo de raíces profundas le provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

—Yo sé lo que es esto —susurró—. Lo sé.

—¿Has visto antes esta enfermedad? —preguntó Artemis.



La cara y los brazos de su madre estaban recubiertos de un gel transparente que le salía por los poros y que luego se evaporaba. Angeline tenía los ojos abiertos, pero solo se le veía el blanco de los mismos, y sus dedos se agarraban con desesperación a las sábanas como si se aferraran a la vida.

Holly extrajo un botiquín médico de su cinturón, lo depositó en la mesita de noche y utilizó una gasa para tomar una muestra del gel.

—Éste gel... Ése olor... pero no puede ser. No puede ser.

—¿No puede ser el qué? —preguntó Artemis, hincándole los dedos en el antebrazo.

Holly no le hizo ningún caso, sino que se puso el casco y abrió un canal de comunicación con el Cuartel General de la Policía.

—¿Potrillo? ¿Estás ahí?

El centauro respondió a la segunda llamada.

—Estoy aquí, Holly. Atado a la pata de la mesa. El comandante Kelp me ha enviado un par de correos preguntando dónde estás. Me lo he quitado de encima de momento con la historia del Ritual.

Calculo que te quedan unos...

Holly interrumpió su cháchara.

—Potrillo, escúchame. Es la madre de Artemis. Creo que tenemos algo... Creo que es muy malo.

El humor del centauro cambió de golpe. Holly sospechaba que había estado hablándole así, sin parar, para ocultar su ansiedad, y es que lo cierto era que el mensaje de Artemis había sido muy tétrico.

—De acuerdo. Entraré en los sistemas de la mansión. Pídele a Artemis su contraseña.

Holly levantó la visera del casco para mirar a Artemis a los ojos.

—Potrillo quiere tu contraseña de seguridad.

—Claro, claro, cómo no... —Artemis estaba ensimismado y tardó un momento en recordar su propia clave secreta—. Es CENTAURO. Todo en mayúsculas.

Bajo la corteza terrestre, Potrillo guardó aquel cumplido en el rincón de su cerebro que contenía sus recuerdos más preciados. Sacaría ese más adelante y se regodearía con un buen vaso de *simvino*.

—Centauro. Bien. Estoy dentro.

Una enorme televisión de plasma que había en la pared se encendió con un

parpadeo y en ella apareció la cara de Potrillo, primero en unas imágenes borrosas y luego con una calidad muy nítida. La webcam que Artemis llevaba en la mano emitió un zumbido cuando el centauro activó por control remoto el motor de su foco.

—Cuantos más puntos de vista mejor, ¿no? —dijo, y su voz surgió de los altavoces del televisor en sonido *surround*.

Artemis sostuvo la cámara delante de la cara de su madre, tratando de permanecer lo más quieto posible.

—Deduzco, por la reacción de Holly, que estáis familiarizados con esta enfermedad, ¿es así?

Holly señaló la capa brillante que cubría la cara de Angeline.

—Fíjate en el gel, Potrillo. Le sale de los poros. Y el olor a lirios también; no hay ninguna duda.

—Pero eso es imposible —murmuró el centauro—. La erradicamos hace años.

Artemis empezaba a hartarse de aquellas referencias tan poco específicas.

—¿Qué es lo que es imposible? ¿Qué fue lo que erradicasteis?

—No podemos hacer un diagnóstico, Artemis; eso sería prematuro. Holly, tengo que hacer un escáner.

Holly colocó la palma de la mano encima de la frente de Angeline Fowl y el omnisensor de su guante proyectó sobre la madre de Artemis una miríada de rayos láser.

El dedo de Potrillo oscilaba como un metrónomo a medida que la información iba llegando a su sistema. Era un movimiento inconsciente que parecía demasiado alegre dadas las Circunstancias.

—De acuerdo —dijo, al cabo de un minuto—. Ya tengo lo que necesito.

Holly cerró el puño para desactivar el sensor y luego se puso al lado de Artemis y lo agarró fuertemente de la mano, en espera de los resultados. No tardaron demasiado, sobre todo teniendo en cuenta que Potrillo ya sabía cuáles eran sus parámetros de búsqueda.

Su expresión era sombría cuando leyó los resultados.

—El ordenador ha analizado el gel. Me temo que es maletropía.

Artemis advirtió que Holly le apretaba la mano aún con más fuerza. Fuese lo que fuese aquello de la maletropía, era evidente que era malo.

Se soltó de la mano de Holly y se acercó en un par de zancadas a la televisión de la pared.

—Necesito una explicación, Potrillo. Ahora mismo, por favor.

Potrillo lanzó un suspiro y luego asintió.

—Muy bien, Artemis. La maletropía fue una epidemia que sufrieron las Criaturas mágicas. Una vez que se contraía la enfermedad, era siempre mortal, y el paciente evolucionaba a la fase terminal en apenas tres meses. Llegados a ese punto, a los enfermos les quedaba menos de una semana. Ésa enfermedad lo tiene todo: neurotoxinas, destrucción celular, resistencia a todas las terapias convencionales..., es increíblemente agresiva. La verdad es que es asombrosa.

Artemis apretaba los dientes con fuerza.

—Vaya, eso es genial, ¿no, Potrillo? Por fin algo que hasta a ti te despierta admiración.

Potrillo se limpió una perla de sudor de la nariz e hizo una pausa antes de continuar.

—No existe ninguna cura, Artemis. Ya no. Lamento mucho decirte que tu madre se está muriendo.

A juzgar por la concentración en el gel, yo diría que le quedan veinticuatro horas, treinta y seis si sigue luchando. Si te sirve de consuelo, no sufrirá al *final*.

Holly cruzó la habitación y levantó la mano para apoyarla en el hombro de Artemis, advirtiéndole lo mucho que estaba creciendo su amigo.

—Artemis, hay maneras de hacer que se sienta un poco más cómoda.

Artemis se quitó la mano de la elfa de encima, casi con violencia.

—No. Yo puedo obrar milagros. Tengo dones ocultos. La información es mi arma. Volvió a dedicar su atención a la pantalla.

—Potrillo, perdona por mi arrebató de antes. Ahora ya vuelvo a ser yo mismo. Has dicho que esa maletropía fue una epidemia. ¿Cómo empezó?

—La magia —contestó Potrillo, sin más, y acto seguido, añadió—: La magia se alimenta de la tierra, y cuando la tierra ya no pudo seguir absorbiendo la inmensa cantidad de agentes contaminantes, la magia también acabó por contaminarse. La maletropía apareció por primera vez hace unos veinte años en la ciudad de Linfen, China.

Artemis asintió con la cabeza. Tenía sentido; Linfen era tristemente famosa por sus elevados niveles de contaminación. Como centro de la industria del carbón de China, el aire de la ciudad estaba impregnado de cenizas volantes, monóxido de carbono, óxidos de nitrógeno, compuestos orgánicos volátiles, arsénico y plomo. Circulaba un

chiste sobre Linfen entre los empresarios chinos: si tienes algo en contra de un empleado, envíalo a trabajar a Linfen.

—Se transmite por medio de la magia, por lo que es completamente inmune a ésta. En apenas diez años, prácticamente aniquiló a media población de seres mágicos. Perdimos al veinticinco por ciento de los nuestros. Atlantis fue la que se llevó la peor parte.

—Pero la erradicasteis —insistió Artemis—. Debiste de encontrar algún remedio.

—No fui yo —dijo Potrillo—. Fue nuestra vieja amiga Opal Koboï quien encontró el antídoto.

Tardó diez años en dar con él, y luego trató de vendérselo por un ojo de la cara. Tuvimos que conseguir una orden judicial para confiscar los suministros de antídoto.

Artemis se impacientaba por momentos.

—Me importa un bledo la política, Potrillo. Quiero saber en qué consistía el antídoto, y por qué no podemos dárselo a mi madre.

—Es una larga historia.

—Pues hazme un resumen —le soltó Artemis.

Potrillo bajó la mirada, incapaz de mirar a Artemis a los ojos.

—La cura ocurría de forma natural. Muchos seres contienen una farmacopea y actúan como potenciadores naturales de la magia, pero, por culpa de las actividades del ser humano, más de veinte mil de estas especies con el potencial de salvar vidas se extinguen todos los años. Opal inventó una sencilla arma de jeringa para extraer la cura para la maletropía sin matar al animal donante.

Artemis entendió en ese momento por qué Potrillo no se atrevía a mirarlo a los ojos. Enterró la cabeza entre las manos.

—Oh, no... No lo digas...

—Opal Koboï encontró el antídoto en el líquido cefalorraquídeo del lémur sifaka sedoso de Madagascar.

—Lo sabía —se lamentó Artemis—, sabía que esto se volvería en contra de mí algún día.

—Por desgracia, el sifaka sedoso se ha extinguido. El último murió hace casi ocho años.

Los ojos angustiados de Artemis reflejaban el tormento de la culpa que sentía en esos momentos.

—Lo sé —murmuró—. Yo lo maté.

# CAPÍTULO IV

## EL TÍO DEL MONO

### MANSIÓN FOWL, CASI OCHO AÑOS ANTES



UN ARTEMIS Fowl de diez años cerró el archivo en el que estaba trabajando, puso su monitor en el modo de suspensión y luego se levantó de la mesa de su estudio.

Su padre llegaría de un momento a otro para la reunión.

Artemis padre había confirmado la cita esa mañana a través del correo interno y él nunca llegaba tarde. Su tiempo era valiosísimo, y esperaba que su hijo estuviese preparado para su charla de la mañana. El padre de Artemis llegó puntualmente a las diez, con el guardapolvo de cuero rozándole enérgicamente las rodillas.

—Quince bajo cero en Murmansk —explicó, estrechando con formalidad la mano de su hijo.

Artemis estaba de pie sobre una losa determinada frente a la chimenea. En realidad nadie le había exigido que se colocase allí, en ese lugar en particular, pero sabía que su padre se sentaría en el sillón Luis XV junto al fuego y a Artemis padre no le gustaba tener que forzar los músculos del cuello para hablar.

Su padre se acomodó en el sillón de época, y Artemis Saboreó un breve instante de satisfacción.

—¿Deduzco entonces que el barco está listo?

—Listo para zarpar —dijo su padre, con un intenso brillo de entusiasmo en sus ojos azules—. Se trata de un mercado nuevo, Arty, hijo mío. Moscú ya es una de las ciudades más comerciales de todo el mundo, así que el norte de Rusia no tardará en seguir el mismo camino.

—Y tengo entendido que mi madre no está muy contenta con esta última operación.

Pocos días antes, los padres de Artemis se habían enzarzado en una terrible discusión que se había prolongado hasta bien entrada la noche. El conflicto en su, por lo demás, feliz matrimonio se debía a los turbios negocios de Artemis padre. Controlaba un imperio criminal cuyos tentáculos se extendían desde las minas de plata

de Alaska hasta los astilleros de Nueva Zelanda. Angeline era una mujer caritativa y ecologista convencida, y creía que las actividades delictivas de Artemis padre y la explotación sin escrúpulos que hacía de los recursos naturales suponían un ejemplo terrible para su hijo.

—Cuando sea mayor, será igual que su padre —le había oído Artemis decir a su madre una noche a través de un pequeño micrófono que había instalado en el acuario.

—Y yo creía que querías a su padre. —Artemis oyó el crujido de unas telas al abrazarse sus padres.

—Y así es. Te quiero más que a mi vida, pero también quiero a este planeta.

—Amor mío —dijo Artemis padre, en voz tan suave que al micrófono le costaba trabajo captar su voz—, las finanzas de los Fowl se encuentran ahora en una situación delicada. El capital que tenemos está inmovilizado en empresas ilegales. Necesito una operación importante para poder empezar la transición a la legalización completa de todos mis negocios. Una vez que tengamos un poco de material de primera a buen recaudo, podremos salvar el mundo.

Artemis oyó a su madre besar a su padre.

—Muy bien, príncipe pirata mío. Una operación importante, y luego salvaremos el mundo.

Una operación importante. Un cargamento de Coca-Cola libre de impuestos para los rusos... Pero, lo que era aún más importante: una ruta comercial con el Ártico.

Artemis sospechaba que a su padre le iba a costar un gran esfuerzo abandonar esa nueva vía comercial después de una sola operación. Con ella se podían ganar miles de millones.

—El *Fowl Star* ya está cargado y listo para zarpar —le informó el padre de Artemis a su hijo más tarde, durante la reunión acordada en su estudio—. Y recuerda: no se puede salvar al mundo solo con buenas intenciones. Se necesita influencia, y el oro es influencia.

Artemis padre señaló hacia el emblema y el lema de los Fowl, tallado en un escudo de madera que había colgado encima de la chimenea.

—*Aurum potestas est*. El oro es poder: que no se te olvide nunca, Arty Mientras los verdes no sean ricos, nadie les hará ningún caso.

La lealtad del joven Artemis estaba dividida entre sus dos progenitores. Su padre representaba todo lo que la familia había defendido siempre. La dinastía de los Fowl había prosperado a lo largo de los siglos gracias a su dedicación a la acumulación de

riquezas, y a Artemis no le cabía ninguna duda de que su padre encontraría el modo de aumentar el grueso de su fortuna y dedicar luego su atención al medio ambiente. Quería a su madre, pero había que salvar la situación económica de los Fowl.

—Algún día tú heredarás el control de los negocios familiares —le dijo Artemis padre a su hijo, al tiempo que se levantaba para abrocharse el guardapolvo—. Y cuando llegue ese día, descansaré tranquilo, porque sé que antepondrás los intereses de los Fowl a todo lo demás.

—Por supuesto, padre —contestó Artemis—. Los Fowl son lo primero, pero todavía faltan muchos años para que llegue ese día.

Artemis padre se echó a reír.

—Esperemos que no tantos, hijo. Y ahora, tengo que irme. Cuida de tu madre mientras yo estoy fuera. Y no dejes que dilapide la fortuna familiar, ¿eh?

Había pronunciado aquellas palabras con aire desenfadado, como si tal cosa, pero una semana después, Artemis Fowl padre había desaparecido y se le daba incluso por muerto, y esas palabras se convirtieron en el código por el que se regiría la vida de su hijo a partir de ese momento: «Cuida de tu madre, pero no dejes que dilapide la fortuna familiar».

Dos meses después, Artemis estaba de nuevo sentado a su mesa, mirando la pantalla del ordenador de su estudio. En ella aparecían los deprimentes detalles de la situación económica familiar, que había menguado considerablemente desde la desaparición de su padre. Ahora él era el hombre de la casa, el guardián del imperio Fowl, y debía comportarse como tal.

En cuanto el barco en que viajaba Artemis padre se hundió en las negras aguas del Báltico, sus deudores se pusieron de acuerdo unánimemente para no pagar el dinero que le debían, y las bandas de falsificadores, ladrones, matones y contrabandistas que hasta entonces trabajaban para él empezaron a ofrecer sus servicios a otras organizaciones.

¿Y qué había del famoso honor entre ladrones?, reflexionaba Artemis con amargura. No, eso no existía.

La mayor parte del dinero de los Fowl desapareció, sin más, de la noche a la mañana, y Artemis se vio con unas tierras y una finca que gestionar y una madre que parecía haber tomado por momentos el camino directo a la locura.

Los acreedores no tardaron en estrechar el cerco sobre él, ansiosos por reclamar su parte del pastel antes de que solo quedasen las migajas.

Artemis se vio obligado a subastar un boceto de Rembrandt solo para pagar la hipoteca de la mansión y saldar varias deudas más. Su madre tampoco estaba poniéndole las cosas fáciles, precisamente: se negaba a creer que Artemis padre hubiese desaparecido y seguía adelante, impasible, con su misión de salvar el planeta, y le traía sin cuidado el dinero que eso costase.

Artemis, mientras tanto, trataba de organizar expediciones para salir en busca de su padre, lo cual resultaba una tarea harto difícil para un crío de diez años a quien el mundo de los adultos en general no tomaba en serio, a pesar de los distintos premios artísticos y musicales de renombre internacional, por no hablar de más de una docena de lucrativas patentes y *copyrights* registrados en todo el mundo. Con el tiempo, Artemis llegaría a amasar una fortuna propia, pero «con el tiempo» no era lo suficientemente pronto. El dinero le hacía falta ya.

Artemis quería instalar una sala especial de seguimiento con todo lo necesario para monitorizar Internet y los canales internacionales de noticias. Para eso necesitaba al menos veinte ordenadores.

También había un equipo de exploradores del Ártico esperando en su habitación de hotel en Moscú a que les enviase el siguiente pago, un importe que no tenía.

Artemis dio unos golpecitos en la pantalla con un dedo elegante.

«Esto no puede seguir así», pensó.

Angeline Fowl estaba llorando en su cama cuando su hijo entró en el dormitorio. Se le encogió el corazón al verla así, pero apretó los puños con fuerza y se dijo a sí mismo que debía ser fuerte.

—Madre —dijo, enarbolando un extracto de la cuenta bancaria—. ¿Qué es esto?

Angeline se secó los ojos con un pañuelo y luego se incorporó en la cama apoyándose sobre los codos, concentrando la mirada lentamente en su hijo.

—Arty, mi Arty, hijito... Ven y siéntate aquí conmigo.

Las lágrimas le habían corrido la máscara de pestañas, por lo que Angeline tenía un halo negro alrededor de los ojos, y la tez tan pálida que casi parecía transparente.

«Tienes que ser fuerte».

—No, madre. Nada de sentarme a hablar contigo. Quiero que me expliques qué significa este cheque por un importe de cincuenta mil euros a una reserva natural de Sudáfrica.

Angeline parecía confusa.

—¿Sudáfrica, cariño? ¿Y quién ha ido a Sudáfrica?



—Tú has enviado un cheque por valor de cincuenta mil euros a Sudáfrica, madre. Yo había apartado ese dinero para la expedición al Ártico.

—Cincuenta mil. Ésa cifra me resulta familiar. Ya se lo preguntaré a tu padre cuando venga. Más le vale que no vuelva a llegar tarde para la cena, porque si no...

Artemis perdió la paciencia.

—Madre, por favor... Intenta recapacitar un poco. No tenemos dinero para obras benéficas en Sudáfrica. Hemos tenido que despedir a todo el servicio salvo a Mayordomo, y a él hace un mes que no le pagamos su sueldo.

—¡Lémur! —gritó Angeline con aire triunfal—. Ya me acuerdo. He comprado un lémur sifaka sedoso.

—Imposible —le espetó Artemis—. El *Propithecus candidus* es un animal extinguido.

Su madre reaccionó con vehemencia de repente.

—Que no, que no. Encontraron al pequeño sedoso en Sudáfrica. No saben cómo logró llegar hasta ahí desde Madagascar, seguramente a bordo del barco de algún cazador furtivo. Así que no he tenido más remedio que salvarlo. Es el último, Arty.

—Dentro de un año o dos morirá —sentenció Artemis fríamente—. Y entonces habremos malgastado nuestro dinero.

Angeline se quedó horrorizada.

—Hablas igual que...

—¿Mi padre? Me alegro. Porque alguien tiene que ser racional.

Artemis tenía el rostro impertérrito, pero estaba temblando por dentro. ¿Cómo podía hablarle así a su madre cuando la mujer se había vuelto literalmente loca de dolor y desesperación?

«¿Por qué no me he derrumbado yo? —se preguntó, y obtuvo la respuesta al instante—: Porque soy un Fowl, y los Fowl siempre se crecen ante la adversidad».

—Pero ¿cincuenta mil, madre? ¿Por un lémur?

—Puede que encuentren a una hembra —adujo Angeline—, y entonces habremos salvado a toda una especie.

«No tiene ningún sentido discutir con ella —pensó Artemis—. Aquí no hay lugar para la lógica».

—¿Y dónde está ese afortunado bichito sedoso ahora? —preguntó inocentemente, sonriendo como lo haría cualquier niño de diez años al hablar de un animalillo peludo.

—Está sano y salvo en Rathdown Park, viviendo a cuerpo de rey. Mañana se lo llevarán en avión a un hábitat artificial especial en Florida.

Artemis asintió con la cabeza. Rathdown Park era una reserva natural de titularidad privada en Wicklow, construida especialmente para proteger a las especies en peligro de extinción. Estaba rodeada de fuertes medidas de seguridad, mayores que las de cualquier banco suizo al uso.

—Eso es estupendo. A lo mejor le hago una visita a ese monito de cincuenta mil euros.

—Que no, Artemis, que no es un mono —lo regañó su madre—. El sedoso es un lémur, y son unos mamíferos primates anteriores a los monos, como bien sabes.

«¡Ya lo sé, pero me importa un bledo! —quiso gritar Artemis—. ¡Papá ha desaparecido y tú te has gastado el dinero de la partida de búsqueda en un mono!».

Pero se mordió la lengua. El estado de salud de su madre era muy delicado en ese momento y no quería hacer nada que pudiese volverlo más inestable.

—En Rathdown no suelen admitir visitas —siguió diciendo Angeline—, pero estoy segura de que, si les llamo, harán una excepción contigo. Al fin y al cabo, fuimos los Fowl quienes pagamos por la aldea de los primates.

Artemis parecía encantado con la idea.

—Gracias, madre. Eso sería un regalo muy especial para mí, y también para Mayordomo... ya sabes cuánto le gustan los animalillos peludos. Me haría mucha ilusión ver a esa especie que hemos salvado.

Angeline sonrió con una expresión de demencia que asustó terriblemente a su hijo.

—Bien dicho, Artemis. Se van a enterar esos capitostes de los negocios: madre e hijo, unidos, vamos a salvar el mundo. Ésta noche, cuando tu padre llegue, voy a disfrutar de lo lindo, a ver qué cara pone cuando sepa que nos hemos aliado los dos...

Artemis retrocedió lentamente hacia la puerta, con el ánimo por los suelos.

—Sí, madre. Unidos, salvaremos el mundo.

Una vez que hubo cerrado la puerta a su espalda, Artemis bajó las escaleras a toda prisa, dirigiendo una orquesta imaginaria con el dedo mientras maquinaba sus planes. Se desvió hacia su dormitorio y se vistió rápidamente para partir de viaje; a continuación, se encaminó hacia la cocina, donde halló a Mayordomo cortando verdura con una espada corta japonesa llamada kodachi. Había pasado a ser chef y jardinero además de guardián.

El enorme guardaespaldas estaba cortando rápidamente en pedacitos un pepino.

—Ensalada de verano —explicó—. Verduras, huevo duro y algo de pollo. Había pensado en hacer *creme brulée* de postre, así tendré ocasión de probar mi lanzallamas. —Miró a Artemis y se sorprendió al verlo vestido con uno de sus dos únicos trajes, el azul marino que se había puesto hacía escasos días para ir a la ópera a Covent Garden. Artemis siempre vestía con elegancia, pero ir con traje y corbata era algo muy inusual, incluso para él—. ¿Es que vamos a algún sitio formal, Artemis?

—No, no es ningún sitio formal —respondió Artemis, con una frialdad en la voz que el guardaespaldas no le había oído jamás, pero que llegaría a saber reconocer bien—. Solo se trata de los negocios. Ahora estoy al frente de los asuntos familiares, así que debo ir vestido de manera acorde.

—Ah... Ése tono de voz me recuerda mucho a tu padre... —Mayordomo limpió la espada con cuidado y acto seguido se despojó del delantal—. Tenemos que encargarnos de algún asunto familiar típicamente de los Fowl, ¿no es así?

—Cierto —contestó Artemis—. Tiene que ver con el tío de un mono.

## MANSIÓN FOWL, EL PRESENTE

Holly estaba horrorizada.

—Así que, en un arranque de despecho infantil, mataste al lémur.

Artemis se había serenado y estaba sentado en una silla junto a la cama, sujetando la mano de su madre con delicadeza, como si fuera un pajarillo.

—No. Es verdad que de cuando en cuando sufría algún que otro arrebató de furia por despecho, como tú bien sabes, pero por lo general no me duraban demasiado. Un intelecto como el mío no puede dejarse dominar por las emociones durante mucho tiempo.

—Pero has dicho que mataste al animal.

Artemis se frotó la sien.

—Sí, lo hice. Yo no empuñé el puñal, pero lo maté yo, eso desde luego.

—¿Y cómo fue exactamente?

—En aquel entonces yo era joven..., más joven —murmuró Artemis, sintiéndose incómodo con la conversación—. Una persona distinta en muchos aspectos.

—Ya sabemos cómo eras, Artemis —terció Potrillo, con tono compungido—. No tienes ni idea de cuánta parte de mi presupuesto se comió el asedio a la mansión Fowl.

Holly insistió para obtener una respuesta.

—¿Cómo mataste al lémur? ¿Cómo conseguiste atraparlo siquiera?

—Fue ridículamente fácil —admitió Artemis—. Mayordomo y yo fuimos a visitar Rathdown y, simplemente, desactivamos el sistema de seguridad. Más tarde, ya por la noche, volvimos para llevarnos al lémur.

—Así que fue Mayordomo el que lo mató. Me sorprende; no es su estilo.

Artemis rehuyó su mirada.

—No, Mayordomo no lo hizo. Vendí el lémur a un grupo de antiecologistas.

Holly se quedó horrorizada.

—¡Antiecologistas! Artemis, no... No puede ser... ¡Eso es algo horrible!

—Fue mi primer gran negocio —dijo Artemis—. Les entregué el lémur en Marruecos y me pagaron cien mil euros. Con el dinero financié la totalidad de la expedición al Ártico.

Holly y Potrillo se quedaron sin habla. Artemis había puesto precio a la vida. Holly retrocedió unos pasos para alejarse del humano al que hasta hacía solo unos minutos había considerado su amigo.

—Mi razonamiento me pareció perfectamente lógico: mi padre a cambio de un lémur. ¿Cómo iba a desaprovechar una ocasión como ésa? —El arrepentimiento en la mirada de Artemis era auténtico—. Ya lo sé. Lo que hice fue horrible. Si pudiera volver atrás en el tiempo...

Y de pronto se interrumpió; él no podía volver atrás en el tiempo, pero sí sabía de un demonio hechicero que podía hacerlo. Era una oportunidad, acaso la única oportunidad.

Dejó la mano de su madre encima de la cama con suavidad, se levantó y empezó a pasearse arriba y abajo por la habitación.

«Música para urdir un plan —pensó—. Necesito música para urdir un plan».

Escogió la *Sinfonía N.º 7* de Beethoven de su vasta selección de música imaginaria y la escuchó mientras tramaba su plan.

«Una buena elección. Triste y eufórica a la vez. Perfecta para llamar a la inspiración».

Artemis se puso a pasear por la alfombra, completamente ajeno a todo cuanto lo rodeaba, ensimismado en un mar de ideas y posibilidades.

Holly reconoció el significado de aquellos movimientos.

—Tiene un plan —le dijo a Potrillo.

El centauro puso una cara larga, lo cual no le resultaba demasiado difícil.

—¿Por qué será que no me sorprende?

Holly aprovechó el ensimismamiento de Artemis para cerrarse el casco y hablar en privado con Potrillo. Se dirigió a la ventana y contempló el exterior de la finca a través de una abertura en las cortinas.

El sol crepuscular se ocultaba con aire vacilante por detrás de las ramas de los árboles, y unos macizos de dalias lanzaban destellos blancos y rojos como en un espectáculo de fuegos artificiales.

Holly se concedió un instante para lanzar un suspiro de nostalgia y luego se concentró en la situación.

—Aquí está en juego algo más que la vida de la madre de Artemis —dijo.

Potrillo apagó el televisor para que Artemis no pudiera oír la conversación.

—Lo sé. Si se produce una epidemia, podría ser una catástrofe para las Criaturas mágicas. No nos queda ningún antídoto, no lo olvides.

—Tenemos que entrevistarnos con Opal Koboï. Tiene que haber guardado toda la información en alguna parte.

—Opal siempre guarda sus fórmulas más valiosas en su cabeza. Creo que el incendio en la selva la pilló desprevenida: perdió a todos sus animales donantes de golpe.

Industrias Koboï había atraído a los lémures de Madagascar mediante la colocación de una caja sónica en la reserva de Tsingy de Bemaraha. La práctica totalidad de los lémures de la isla había respondido a la llamada de la caja y posteriormente habían sido aniquilados por un desgraciado incendio provocado por un rayo. Por suerte, la mayoría de los infectados por la epidemia ya habían recibido tratamiento, pero quince seres mágicos más habían muerto en las plantas de los hospitales donde permanecían en cuarentena.

Artemis dejó de pasearse arriba y abajo por la habitación y carraspeó enérgicamente. Ya estaba listo para compartir su plan y requería la máxima atención de sus dos amigos mágicos.

—Hay una solución relativamente sencilla a nuestro problema —dijo.

Potrillo volvió a encender el televisor y su rostro ocupó toda la pantalla plana.

—¿Nuestro problema?

—Vamos, Potrillo, no te hagas el tonto. Se trata de una plaga de los seres mágicos que ha sufrido una mutación y se ha extendido entre los humanos. No disponéis de

ningún antídoto ni tampoco de tiempo para sintetizar uno. Quién sabe Cuántos casos más de maletropía se estarán incubando en este preciso momento...

«Yo incluido —pensó Artemis—. He utilizado la magia con mi madre, así que es probable que yo también tenga la enfermedad».

—Vamos a poner la mansión en cuarentena —respondió Potrillo—. Siempre y cuando nadie use la magia con tu madre, podremos contener esto.

—Tengo serias dudas de que mi madre sea la «paciente cero». Eso sería demasiada coincidencia, simplemente. Tiene que haber otros casos por ahí, y quién sabe hasta dónde puede haberse extendido...

Potrillo gruñó, su forma de dar la razón al otro.

—Entonces dime, Artemis, ¿cuál es, según tú, esa solución relativamente sencilla?

—Vuelvo atrás en el tiempo y salvo al lémur —dijo Artemis, sonriendo de oreja a oreja como si acabara de sugerir que se dieran un agradable chapuzón de verano.

Silencio. Se produjo un silencio absoluto durante varios minutos, que fue interrumpido finalmente por un relincho ahogado de Potrillo.

—Volver atrás...

—En el tiempo... —terminó la frase Holly, sin dar crédito.

Artemis se sentó en un cómodo sillón, entrelazó los dedos y asintió con la cabeza.

—Podéis plantear vuestras objeciones, por favor. Estoy listo.

—Pero ¿cómo puedes ser tan arrogante? —preguntó Holly—. Después de todas las desgracias que hemos sufrido, después de los estragos que han causado tus planes...

—No soy arrogante, soy decidido —la corrigió Artemis—. No hay tiempo para obrar con prudencia. A mi madre solo le quedan unas pocas horas, y a las Criaturas mágicas no les queda mucho más, la verdad sea dicha.

Potrillo seguía perplejo.

—¿Tienes idea de a cuántas reuniones de comités constitucionales tendríamos que asistir solo para que podamos llevar este asunto a una reunión del Consejo?

Artemis meneó un dedo despectivamente.

—Irrelevante. He leído la constitución de las Criaturas y no tiene validez sobre los humanos ni los demonios. Si Número Uno decide ayudarme, técnicamente no tenéis poder legal para detenerlo.

Holly se sumó a la discusión.

—Artemis, es una locura. Los viajes en el tiempo se prohibieron por una buena

razón. Las repercusiones de la más mínima interferencia podrían ser catastróficas.

Artemis sonrió con amargura.

—Ah, sí, la famosa «paradoja del tiempo». ¿Si voy atrás en el tiempo y mato a mi abuelo, entonces voy a dejar de existir? Creo, al igual que Gorben y Berndt, que cualquier repercusión ya se está produciendo en este mismo momento. Solo podemos cambiar el futuro, no el pasado ni el presente. Si vuelvo, entonces significa que ya he vuelto antes.

Holly habló con delicadeza, pues sentía lástima por Artemis. La enfermedad de Angeline le recordaba dolorosamente los últimos días de su propia madre.

—No podemos interferir, Artemis. Los seres humanos deben poder vivir sus vidas.

Artemis sabía que, para que su siguiente razonamiento llegase con toda la contundencia necesaria a su público, debía ponerse en pie y realizar su acusación de manera solemne, recurriendo a sus mejores dotes de actor, pero no podía hacer lo que estaba a punto de hacerle la jugarreta más sucia y cruel de su vida a una de sus mejores amigas, y el sentimiento de culpa lo corroía por dentro.

—Pero es que ya has interferido, Holly —dijo al fin, obligándose a sí mismo a mirarla a los ojos.

Aquellas palabras provocaron un escalofrío a Holly. Se retiró la visera del casco.

—¿Qué quieres decir?

—Tú curaste a mi madre. La curaste y la maldijiste a la vez.

Holly dio un paso atrás y levantó las palmas de las manos como si quisiera esquivar un golpe.

—¿Yo? Yo... Pero ¿qué estás diciendo?

Artemis no tenía más remedio que seguir adelante con su patraña, y disimuló su culpabilidad con un súbito arrebató de ira.

—Tú curaste a mi madre después del asedio. Tú debes de haberle contagiado la maletropía.

Potrillo salió en defensa de su amiga.

—No es posible, esa curación fue hace años. La maletropía tiene un período de incubación de tres meses y nunca varía más de unos pocos días.

—Tampoco había afectado nunca a los seres humanos —contraatacó Artemis—. Ésta es una nueva cepa. No tenéis ni idea de a qué os estáis enfrentando.

El rostro de Holly estaba embargado por el estupor y la culpa. Había creído las

palabras de Artemis, a pesar de que este sabía que tenía que haber sido él mismo quien le había transmitido la enfermedad a su madre cuando le había ajustado la memoria.

«Papá debe de tenerla también. ¿Quién me la transmitió a mí? ¿Y por qué no estoy yo enfermo?».

Había muchas incógnitas, pero aquel no era el momento de despejarlas. Ahora lo que necesitaba era encontrar el antídoto y, para garantizarse la ayuda de los seres mágicos, debía aprovecharse de la supuesta culpabilidad de estos en todo aquel asunto.

—Pero yo estoy limpia —protestó Holly—. Ya me hice la prueba.

—Entonces debes de ser portadora —le espetó Artemis, categórico. Dirigió la mirada a donde estaba la imagen del centauro—. Es posible, ¿no?

Potrillo estaba desconcertado ante la rotundidad de Artemis.

—Si realmente se trata de una nueva cepa, entonces sí, es posible —admitió—. Pero no se pueden sacar conclusiones de una suposición...

—En circunstancias normales, estaría de acuerdo contigo. Ahora bien, en circunstancias normales, podría darme el lujo de contar con el factor tiempo y con la objetividad, pero mi madre se muere. Así que no cuento con nada de eso. Tengo que volver y salvar al lémur, y tenéis la obligación moral de ayudarme y, si no me vais a ayudar, al menos prometedme que no me vais a poner trabas.

Los dos seres mágicos se quedaron en silencio. Holly se hallaba ensimismada pensando en lo que podría haber hecho, mientras que Potrillo se estaba devanando sus considerables sesos tratando de buscar respuestas a los argumentos de Artemis. No encontró ninguna.

Holly se quitó el casco y se aproximó con paso torpe a la cama de Angeline Fowl. Sentía un entumecimiento extraño en las piernas, y la sensación se extendía al resto de su cuerpo.

—Mi madre murió... envenenada por los humanos. Fue un accidente, pero eso no impidió que perdiese la vida. —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Yo quería perseguir y dar caza a aquellos hombres. Los odiaba con toda mi alma. —Holly se retorció las manos ansiosa—. Lo siento, Artemis. Yo no sabía... ¿A cuántos seres más habré infectado? Debes de odiarme...

«Di la verdad —se dijo Artemis—. Di la verdad ahora mismo o tu amistad nunca volverá a ser como antes. —Y acto seguido, pensó—: No, sé fuerte. Mamá tiene que



vivir».

—No, no te odio, Holly —dijo Artemis en voz baja. «Me odio a mí mismo, pero no me queda más remedio que seguir adelante con el engaño.»—. Por supuesto que nada de esto es culpa tuya, pero tienes que dejarme volver al pasado.

Holly asintió y luego se secó las pestañas húmedas.

—Voy a hacer algo más que dejarte volver: te acompañaré. Un par de ojos atentos y una pistola lista para disparar te resultarán muy útiles.

—¡No, no y no! —gritó Potrillo, aumentando el volumen de la pantalla con cada negativa—. No podemos modificar el pasado así, sin más, cada vez que nos venga en gana. ¡Tal vez Holly debería salvar a su madre o traer de vuelta al comandante Julius Remo! Esto es del todo inaceptable.

Artemis lo señaló con el dedo.

—Es una situación excepcional —dijo—. Estamos a las puertas de una epidemia, y podríamos detenerla ahora mismo. Y no solo eso, sino que además podríamos reintroducir una especie que se creía extinta. Puede que yo haya causado la muerte de un lémur, pero Opal Koboï reunió al resto y todos perecieron en un incendio. Las Criaturas sois tan culpables como yo. Vosotros extrajisteis el líquido cefalorraquídeo de un ser vivo para salvaros a vosotros mismos.

—Es... estábamos desesperados —se defendió Potrillo, horrorizado por el hecho de haber tartamudeado.

—Exactamente —dijo Artemis con voz triunfal—. Estabais dispuestos a hacer lo que fuese.

Recuerda cómo te sentías y pregúntate si quieres volver a pasar por todo eso de nuevo.

Potrillo bajó la mirada, buscando entre sus recuerdos. Aquélla época había sido una auténtica pesadilla para las Criaturas mágicas. Tuvieron que suspender la utilización de la magia y los lémures ya se habían extinguido para cuando una orden judicial pudo obligar a Opal a revelar dónde se hallaba el origen del antídoto. Potrillo había trabajado día y noche para encontrar una cura alternativa, pero todo fue en vano.

—Creíamos que éramos invencibles. La única enfermedad que quedaba era el hombre. —El centauro tomó una decisión—. El lémur tiene que estar vivo —afirmó—. El líquido cefalorraquídeo puede almacenarse durante breves períodos de tiempo, pero, una vez que se convierte en inerte, se vuelve inútil.

Yo traté de desarrollar un contenedor capaz de recargarse pero...

—Ésta vez lo lograrás —le aseguró Artemis—. Tendrás un sujeto vivo y podrás trabajar con las condiciones de un laboratorio. Podrás clonar una hembra.

—La clonación es ilegal, en general —recalcó Potrillo—. Pero en casos de extinción a veces se han hecho excepciones...

El casco de Holly emitió un pitido, que dirigió su atención a una pista de aterrizaje en el camino de entrada a la casa. Se precipitó hacia la ventana justo a tiempo de ver cómo un brillo leve proyectaba una sombra sobre el camino iluminado por la luna.

«Debe de ser un piloto novato —pensó Holly, malhumorada—. No ha encendido las luces de sombra».

—La lanzadera está aquí —informó a Artemis—. Dile al piloto que aparque detrás, en uno de los establos. La ayudante del médico está haciendo llamadas desde la oficina de mi padre. No quiero que salga y se encuentre con una lanzadera mágica con el escudo protector activado.

Holly transmitió las instrucciones y los tres esperaron, con tensa expectación, a que la lanzadera maniobrara hacia la parte de atrás de la casa. La espera se les hizo eterna, sumidos en un silencio que solo interrumpía a intervalos la trabajosa respiración de Angeline.

—Puede que Número Uno no sea capaz de hacerlo —dijo Potrillo, casi hablando para sí mismo—. Es un hechicero muy joven, casi sin experiencia. Los viajes en el tiempo son la forma más difícil de la práctica de la magia.

Artemis no hizo ningún comentario; no tenía sentido. Tenía todas sus esperanzas puestas en N<sup>o</sup>. 1.

«O lo consigues, o mi madre morirá».

Tomó la mano de Angeline, y acarició la áspera piel de pergamino con el pulgar.

—Aguanta, madre —susurró—. Solo será un segundo.

# CAPÍTULO V

## YO OS DECLARO...



EL DIABLILLO conocido como N°. 1 lucía una estampa un tanto peculiar al bajar por la rampa de la lanzadera de la PES: era un individuo menudo y regordete con una coraza formada por escamas grises rugosas y ásperas, tenía los miembros cortos y recordaba un poco a un rinoceronte bípedo en miniatura, con dedos en las manos y en los pies, salvo por la cabeza, que era igual que una gárgola.

«Ojalá tuviera cola», pensó N°. 1.

La verdad es que sí tenía una cola, pero era rechoncha y no servía para mucho más que para fabricar ventiladores de nieve en el parque meteorológico artificial de Ciudad Refugio.

N°. 1 se consoló a sí mismo pensando que al menos la cola no se le escurría por el retrete; algunos demonios de Hybras tenían verdaderos problemas para adaptarse a los asientos ultramodernos de los servicios de reciclaje de Refugio. Había oído auténticas historias de terror. Por lo visto, habían tenido que practicar tres reacoplamientos de urgencia solo en el mes anterior.

La transición desde el limbo a la línea de tiempo normal había sido difícil para todos los demonios, pero había muchas más ventajas que inconvenientes. Estaban empezando a levantar las restricciones impuestas bajo el mandato del viejo líder tribal y ahora los demonios podían comer comida cocinada si les apetecía, las unidades familiares volvían a estar en boga y hasta los demonios más beligerantes se sentían mucho más relajados cuando estaban con sus madres. Era difícil quitarse de encima diez milenios de odio hacia los humanos, y muchos de los demonios machos estaban yendo a terapia o tomaban pastillas de humor para que no se subieran a una lanzadera rumbo a la superficie y le hincasen los dientes a la primera pierna humana que viesan.

No era el caso de N°. 1, entre cuyas ambiciones no se encontraba la de hincarle el diente a ninguna pierna. Él era algo así como una anomalía entre los demonios. N°. 1 quería a todo el mundo, incluso a los humanos, especialmente a Artemis Fowl, quien los había librado a todos de la insoportable monotonía del limbo, por no hablar de Leon Abbot, el ex líder psicópata de la tribu.

De modo que, cuando a través de la Sección Ocho llegó el aviso de que Artemis lo necesitaba, N.º 1 se había atado el cinturón en la lanzadera de la división y había exigido que lo llevaran de inmediato a la superficie. La comandante de vuelo Vinyáya había accedido a su exigencia, porque llevarle la contraria podía provocar en el hechicero novato toda clase de rabetas mágicas. En una ocasión, en un arranque de frustración, N.º 1 había hecho añicos sin querer la pared de aumento del enorme acuario de la ciudad. A día de hoy, los seres mágicos todavía encuentran peces en los estanques de sus retretes.

—Puedes ir —le había dicho Vinyáya—, pero solo si te acompaña un escuadrón de guardias para que te lleven de la mano en cada paso del camino.

Lo que no significaba que tuviesen que llevarlo de la mano literalmente, tal como averiguó N.º 1 cuando intentó coger la del capitán del escuadrón.

—Pero la comandante Vinyáya ha dicho... —objetó él.

—Guarda esa mano, demonio —ordenó el capitán—. Nada de ir cogiditos de la mano bajo mi mando.

Así que N.º 1 parecía encaminarse a la mansión Fowl él solo, cuando la realidad es que estaba acompañado por una docena de seres mágicos protegidos con escudo. Cuando llevaba recorrida la mitad del camino, se acordó de ocultar su verdadera apariencia con un hechizo de transformación; cualquier humano que, por casualidad, estuviese mirando hacia el camino de entrada, vería a un chiquillo vestido con una bata amplia con estampado de flores que se dirigía a la puerta principal. Se trataba de una imagen que N.º 1 había visto en una película humana del siglo anterior, y le pareció un atuendo adecuado para la ocasión y muy poco amenazador.

La señorita Book apareció por casualidad en la entrada justo cuando N.º 1 llegaba hasta ahí. Al verlo, la enfermera/publicista se paró en seco. Se arrancó las gafas de golpe como si estuvieran transmitiéndole una información falsa a sus ojos.

—Hola, pequeñín —dijo, sonriendo, aunque seguramente no lo habría saludado tan alegremente si hubiese sabido que había una docena de rifles de plasma apuntándola a la cabeza.

—Hola —contestó N.º 1, muy contento—. Quiero a todo el mundo, así que no hay por qué sentirse amenazado.

La señorita Book torció un poco el gesto.

—¿Amenazado? Pues claro que no. ¿Buscas a alguien? ¿Estás jugando a los disfraces?

Artemis apareció en la puerta e interrumpió la conversación.

—Ah... Ferdinand, ¿dónde te habías metido? —dijo, apartando rápidamente a N°. 1 de la enfermera—. Es el hijo del jardinero, Ferdinand —le explicó—. Le encanta el teatro. Llamaré a su padre para que venga a recogerlo.

—Buena idea —dijo la señorita Book con cierta reserva—. Ya sé que la habitación de tu madre está cerrada, pero no lo dejes subir al piso de arriba de todos modos.

—Por supuesto que no —dijo Artemis—. Saldrá por la parte de atrás.

—Bien —dijo la enfermera—. Solo necesito un poco de aire fresco, luego vendré a comprobar las constantes vitales de tu madre.

—Tómese el tiempo que necesite —dijo Artemis—. Yo sé leer esa clase de instrumentos médicos.

«Muchos los diseñé yo mismo», pensó.

En cuanto la señorita Book desapareció por la esquina, Artemis acompañó a su amigo demonio arriba.

—Estamos yendo arriba —señaló N°. 1, protestando levemente—. ¿No te ha dicho esa señora que no me dejes subir?

Artemis lanzó un suspiro.

—A ver, ¿cuánto tiempo hace ya que me conoces, Número Uno?

N°. 1 afirmó con la cabeza enérgicamente.

—Ah, ya lo entiendo: Artemis Fowl nunca hace lo que le dicen que tiene que hacer.

Holly saludó a N°. 1 en el descansillo, pero se negó a abrazarlo hasta que se deshiciese del hechizo de transformación.

—No me gusta nada el tacto que tienen esas cosas —comentó ella—. Es como abrazar una esponja mojada.

N°. 1 parecía contrariado.

—Pero yo disfruto haciendo de Ferdinand. Los humanos me sonríen.

Artemis le aseguró que no había ningún tipo de vigilancia en su estudio, así que el demonio hechicero esperó hasta que la puerta estuviese cerrada a su espalda y luego rompió el hechizo haciendo un chasquido con los dedos. Ferdinand empezó a deshilacharse hasta despegarse del cuerpo de N°. 1 en medio de un aluvión de chispas, y el cuerpo del pequeño demonio hechicero gris se quedó completamente desnudo salvo por una amplia sonrisa.

Holly lo abrazó con fuerza.

—Sabía que vendrías. Te necesitamos desesperadamente.

Nº. 1 dejó de sonreír.

—Ah, sí. La madre de Artemis. ¿Es que quiere una cura mágica?

—Ésa es la última cosa en el mundo que querría —respondió Holly.

Una vez que le explicaron la situación a Nº. 1, inmediatamente se brindó a prestar su ayuda.

—Estás de suerte, Artemis —dijo el pequeño demonio, meneando sus ocho dedos—. Hice un módulo sobre viajes en el tiempo la semana pasada en el curso que estoy estudiando para sacarme el diploma de hechicero.

—Y seguro que sois muy pocos en clase, ¿a que sí? —comentó Artemis secamente.

—Solo yo —admitió Nº. 1—. Y también Qwan, por supuesto, mi profesor. Al parecer, soy el hechicero más poderoso que Qwan ha visto en su vida.

—Bien —dijo Artemis—, en ese caso, transportarnos a todos al pasado no debería suponer ningún problema para ti.

Potrillo había proyectado su propia imagen en cinco de los numerosos monitores de Artemis.

—¿Cómo que a todos? —espetó cada una de las cinco imágenes—. ¡Todos! No puedes llevarte a Número Uno contigo.

Artemis no estaba de humor para discutir.

—Lo necesito, Potrillo, fin de la discusión.

Era como si la cabeza de Potrillo fuese a atravesar el cristal de las pantallas en cualquier momento.

—Esto no es, ni muchísimo menos, el fin de la discusión. Holly es adulta, puede tomar sus propias decisiones, pero Número Uno es poco más que un niño. No puedes ponerlo en peligro en una de tus misiones. Hay muchas esperanzas puestas en este pequeño demonio, nada menos que el futuro de las familias de los seres mágicos depende de él.

—Ninguno de nosotros va a tener futuro si Número Uno no nos lleva al pasado.

—Por favor, dejadlo ya —dijo Nº. 1—. Me estoy mareando de tanto oírlos discutir. No hay tiempo para eso.

Artemis tenía la cara roja de nerviosismo, pero se mordió la lengua, a diferencia de Potrillo, que siguió vociferando, aunque al menos tuvo el detalle de silenciar las

pantallas.

—Potrillo necesita desfogarse —explicó Holly— porque, si no lo hace, le duele la cabeza.

Los tres esperaron hasta que el centauro se calmó, y entonces N°. 1 añadió:

—En cualquier caso, no puedo ir contigo, Artemis. No es así como funciona.

—Pero tú nos transportaste desde el limbo.

—Fue Qwan el que lo hizo. Él es un auténtico maestro, mientras que yo soy solo un aprendiz.

Además, de todas maneras, nosotros no teníamos ningunas ganas de volver al limbo. Pero si tú quieres volver aquí, a este momento presente, yo tengo que quedarme aquí como marcador.

—Explicate mejor —le pidió Artemis.

N°. 1 abrió los brazos.

—Soy algo así como una señal luminosa en el camino —expuso—. Una supernova brillante llena de fuerza y poder. Cualquier magia que libere en el éter regresará de nuevo atraída por mí mismo. Si os envío al pasado, volveréis de nuevo hacia mí como cachorros sujetos por una correa. —N°. 1 frunció el ceño; no estaba del todo satisfecho con su propio símil—. Me refiero a una de esas correas retráctiles.

—Sí, ya lo hemos entendido —dijo Artemis—. ¿Cuánto tiempo se tarda en conjurar el hechizo?

N°. 1 se mordió el labio un momento.

—El que tardéis los dos en quitaros la ropa.

—Aaagrrr... —exclamó Artemis, medio atragantándose por la sorpresa.

—*D'arvit* —soltó Holly.

—Creo que todos sabemos lo que significa eso de «*D'Arvit*» —comentó N°. 1—, pero no he entendido eso de «aaagrrr», a menos que hayas querido decir «aguzar», con lo que podrías tratar de decir «aguzar el oído o el ingenio», lo cual supongo que podría ser relevante. O quizá estabas hablando en holandés, en cuyo caso «agr» podría traducirse como «agacharse». —N°. 1 hizo una pausa un momento—. Lo que para mí solo significa «agacharse».

Artemis se inclinó cerca de la oreja en forma de corneta del demonio.

—¿Y por qué tenemos que quitaros la ropa?

—Muy buena pregunta —le dijo Holly al otro oído.

—Es muy sencillo —dijo N°. 1—. Yo no soy tan experto como Qwan, e incluso

cuando él supervisó la última transferencia, vosotros os las arreglasteis para intercambiaros un ojo cada uno, probablemente porque alguno de los dos estaba muy concentrado robando magia. Si os lleváis ropa o armas de aquí, podrían convertirse en parte de vosotros. —El demonio levantó un dedo admonitorio—. Lección número uno de los viajes en el tiempo —explicó—: tratad de que sean lo más simples posibles.

Para ello, es necesario que centréis toda vuestra atención únicamente en volver a ensamblar vuestros cuerpos. Además, también tendréis que pensar en el lémur.

Nº. 1 advirtió la expresión incómoda en el rostro de Artemis y de Holly y se compadeció de ellos.

—Aunque supongo que sí podríais dejaros puesta una sola prenda, si es absolutamente necesario.

Algo pequeño, pero aseguraos de que sea de vuestro color favorito, porque podríais llevarla durante mucho, mucho tiempo.

Aunque ambos sabían que no era el momento de hacerse los pudorosos, ni Artemis ni Holly pudieron evitar ruborizarse.

Holly disimuló su vergüenza quitándose el traje brillante tan rápido como le fue posible.

—Me quedo con el maillot interior —dijo ella en tono beligerante, retando a Nº. 1 a que le llevase la contraria. El «maillot» interior se parecía a un traje de baño, pero llevaba una especie de relleno sobre los hombros y en la espalda para apoyar un equipo de alas. También iba equipado con paneles térmicos y cinéticos, capaces de absorber la energía del portador para accionar el traje.

—De acuerdo —dijo Nº. 1—, pero te aconsejaría que te quites esas almohadillas de relleno y cualquier otro aparato electrónico.

Holly asintió y arrancó las hombreras de sus tiras de velcro.

Artemis recogió las cosas de Holly.

—Guardaré tu casco y tu traje en la caja fuerte, solo por si las moscas, para asegurarnos de que están a buen recaudo. No hay ninguna necesidad de correr riesgos con la tecnología de los seres mágicos.

—Ahora estás pensando como un centauro —solió Potrillo. Solo tardó un minuto en esconder el equipo mágico y, cuando volvió de la sala donde se hallaba la caja de seguridad, Artemis se quitó la camisa y el pantalón con cuidado y los colgó en el armario. Colocó los mocasines en una hilera del mueble zapatero junto a varios pares



similares de color negro, y otro marrón, para los días en que vestía de sport.

—Bonita ropa interior —rio Potrillo con disimulo desde la pantalla, olvidándose por un momento de la gravedad de la situación.

Artemis llevaba unos boxer Armani rojos, prácticamente del mismo color que su cara en esos momentos.

—¿Podemos seguir con esto? —apremió al diablillo—. ¿Dónde quieres que nos pongamos?

—Donde vosotros queráis —contestó N<sup>o</sup>. 1, simplemente—. Es mucho más fácil para mí si salís y aterrizáis en el mismo punto. Ya tengo bastante con conseguir lanzaros a través de un agujero a la velocidad de la luz como para tener que preocuparme también del lugar exacto.

—Estamos en el lugar correcto —dijo Artemis—. Aquí es donde tenemos que estar.

—Necesitáis saber el momento exacto al que queréis llegar —añadió N<sup>o</sup>. 1—. Las coordenadas temporales son tan importantes como las geográficas.

—Ya sé a qué momento en el tiempo tenemos que ir.

—Muy bien —dijo N<sup>o</sup>. 1, frotándose las manos—. Ha llegado la hora de poneros en órbita.

Holly se acordó de algo.

—No he llevado a cabo el ritual —dijo—. Estoy muy baja de magia, y sin armas eso podría suponer un verdadero problema. No tenemos ni una bellota.

—Por no hablar de un río con meandro... —añadió Artemis.

N<sup>o</sup>. 1 esbozó una leve sonrisa de satisfacción.

—Pues sí, eso podría ser un problema. A menos que...

Una runa en forma de espiral sobre la frente del demonio se encendió de un color rojo intenso y brillante y se puso a girar como una rueda de fuegos artificiales. El espectáculo era hipnótico.

—¡Caramba! —exclamó Holly—. Es aluci...

Y en ese momento, desde el centro de la runa surgió un palpitante haz de magia de color carmesí que envolvió a Holly en una cápsula de luz.

—Ahora ya estás llena hasta los topes de magia —le aseguró N<sup>o</sup>. 1, haciendo una reverencia—. Muchas gracias por los aplausos. Actuaré aquí toda esta semana. No os olvidéis de dejarles propina goblins y enterrad esas bellotas.

—¡Caramba! —volvió a exclamar Holly cuando dejaron de zumbarle las puntas de

los dedos—. Es un truco genial.

—Más de lo que tú te crees. Es magia de mi propia cosecha, puedes llamarlo el cóctel particular de Número Uno, si lo prefieres. Te convierte en una especie de señal luminosa en el túnel del tiempo.

Artemis se removía inquieto, sintiéndose un poco cortado por tener que estar sin ropa.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Nº. 1 dirigió la mirada hacia el techo mientras realizaba sus cálculos.

—Trescientos años... No, no, tres días. Holly puede hacer que vuelvas en cualquier momento antes de que se cumpla ese plazo simplemente conectándose a mis poderes, pero al cabo de tres días el vínculo pierde cada vez más fuerza.

—¿Y se puede hacer algo para evitarlo?

—Los hechos son los siguientes: por muchos poderes que tenga, lo cierto es que soy novato en esto, así que es esencial que despeguéis desde el lugar exacto en el que habéis aterrizado. Y si permanecéis allí más de tres días, entonces os habréis quedado atrapados en el pasado.

—Y si por alguna razón nos separamos, ¿no podría Holly regresar a por mí? —preguntó Artemis.

—No, no podría —respondió Nº. 1—. Os resultaría imposible encontraros en un punto que ninguno de los dos haya experimentado. Solo contaréis con una oportunidad. Tendré que hacer uso de toda mi fuerza y mi capacidad para manteneros juntos en este viaje. Si utilizara un poco más de la cuenta, vuestros átomos perderían la memoria y simplemente olvidarían adónde se supone que tienen que ir.

Vosotros ya habéis estado en el túnel del tiempo dos veces. Puedo transportar objetos sin límite de tiempo, pero los seres vivos se desencajan sin un hechicero en el túnel del tiempo para protegerlos.

Holly hizo una pregunta muy pertinente.

—Número Uno, ¿has hecho esto antes?

—Por supuesto —dijo el demonio—. Varias veces. En un simulador. Y dos de los hologramas sobrevivieron.

De repente, Artemis no parecía estar tan decidido.

—Dos sobrevivieron. ¿Los últimos dos?

—No —confesó Nº. 1—. Los dos últimos quedaron atrapados en un agujero en el tiempo y fueron devorados por unos zombis cuánticos.

Holly sintió un hormigueo en las orejillas puntiagudas, lo cual siempre era mala señal. Las orejas de los elfos podían detectar el peligro.

—¿Zombis cuánticos? No hablarás en serio...

—Eso fue lo que le dije a Qwan. Él diseñó el programa.

—Eso es irrelevante —soltó Artemis bruscamente—. No tenemos otra opción, debemos ir.

—Muy bien —dijo N°. 1, flexionando los dedos. Dobló las rodillas y apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la punta de la cola—. Postura de energía —explicó—. Hago algunos de mis mejores trabajos en esta posición.

—Igual que Mantillo Mandíbulas —murmuró el centauro—. Zombis cuánticos... Necesito obtener una copia de ese programa.

Se formó una nube roja alrededor del demonio hechicero, y unos minúsculos relámpagos estallaron entre sus cuernos.

—Está poniendo a punto sus poderes —explicó Potrillo desde las pantallas—. Vais a salir de un momento a otro. Intentad no tocar nada a menos que sea estrictamente necesario, no lo olvidéis. Tampoco habléis con nadie. No os pongáis en contacto conmigo en el pasado. No tengo ningunas ganas de no existir.

Artemis asintió con la cabeza.

—Lo sé: provocar el menor impacto posible, por si la teoría de la paradoja del tiempo está en lo cierto.

Holly se sentía impaciente por ponerse en marcha.

—Ya basta de cháchara científica. Ahora envíanos al pasado. Traeremos a ese mono de vuelta.

—Es un lémur —dijeron Artemis y Potrillo al unísono.

N°. 1 cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Artemis y Holly eran de color carmesí.

—Muy bien, listos para partir —dijo, como si tal cosa.

Artemis parpadeó. Esperaba que la voz de N°. 1 al invocar sus poderes fuera un poco menos chillona.

—¿Estás seguro?

N°. 1 soltó un gemido.

—Sí, ya lo sé... Es por la voz, ¿verdad? No es lo suficientemente grave. Qwan dice que debería intentar que fuese menos rimbombante y más hechizante. Confíad en mí, estoy listo. Ahora cogeos de la mano.

Artemis y Holly estaban de pie, muy juntos, en paños menores, y se cogieron de la mano entrelazando los dedos. Habían atravesado juntos el tiempo y el espacio, habían soportado rebeliones y se habían enfrentado a déspotas perturbados. Habían escupido sangre, perdido dedos, inhalado gases de enano e intercambiado globos oculares, y, a pesar de todo eso, al cogerse de la mano, los dos se sintieron torpes y un tanto incómodos.

Nº. 1 sabía que no debía hacerlo, pero no pudo resistir la tentación de soltarles una bromita de despedida.

—Y ahora, yo os declaro...

A ninguno de los dos le hizo la menor gracia, pero, antes de que tuvieran tiempo de hacer algo más que fruncir el ceño, dos rayos rojos idénticos de energía salieron disparados de los ojos de Nº. 1, y enviaron en el acto a sus amigos al túnel del tiempo.

—Hombre y elfa —dijo, terminando la broma y riéndose luego encantado.

En la pantalla, Potrillo soltó un resoplido:

—Supongo que te ríes para disimular tu ansiedad.

—Exactamente —contestó Nº. 1.

En el lugar donde Artemis y Holly habían estado hasta entonces solo quedaban dos copias titilantes de ambos, con las bocas abiertas para hacer objeciones al comentario jocoso de Nº. 1.

—Eso sí que me pone los pelos de punta, las imágenes fantasma. Es como si estuvieran muertos.

Potrillo se estremeció.

—No digas eso. Si estuvieran muertos, todos nosotros lo estaríamos. ¿Cuánto tardarán en volver?

—Unos diez segundos.

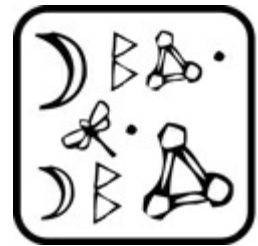
—¿Y si no han vuelto dentro de diez segundos?

—Entonces nunca.

Potrillo empezó a contar.

# CAPÍTULO VI

## UNO A UNO



SIEMPRE hay un momento de confusión cuando un ser típicamente terrestre entra en el agua, ya sea animal, humano o mágico, eso no importa. La superficie se rompe y todos los sentidos sufren una fuerte y súbita conmoción. El frío zahiere la piel, el movimiento se hace más lento y los ojos se llenan de manchas de color y burbujas que estallan. El túnel del tiempo es como ese momento solo que sostenido.

Aunque eso no quiere decir que los viajes en el tiempo sean una experiencia consistente: nunca es el mismo viaje dos veces. En su autobiografía líder de ventas *Qwan: mí tiempo es el ahora*, el demonio hechicero Qwan, el ser mágico con más experiencia en los viajes en el tiempo de todo el planeta, escribió que «viajar por el túnel del tiempo es como volar a través del intestino de un enano. Hay pasajes preciosos sin ningún obstáculo, pero entonces doblas un recodo y te encuentras aquella cosa asquerosa, arrinconada y fétida. El problema es que el túnel del tiempo es, en su mayor parte, una estructura emocional, y absorbe los sentimientos ambientales del tiempo real por el que fluye. Si por casualidad atraviesas una zona llena de mugre apestosa, puedes estar seguro de que los humanos están matando algo».

Artemis y Holly estaban atravesando una zona apestosa que se correspondía con la destrucción de un ecosistema entero en Sudamérica. Percibieron el terror de los animales y hasta el olor a madera quemada. Artemis advirtió, además, que Holly se estaba perdiendo en la vorágine de emociones. Los seres mágicos eran muchísimo más sensibles al entorno que los humanos. Si Holly perdía la concentración, sus átomos se disolverían y serían absorbidos por el túnel.

«Concéntrate, Holly —transmitió Artemis al túnel—. Recuerda quién eres y por qué estamos aquí».

Era difícil para ambos. Su memoria de partículas ya se había ido debilitando con los viajes al limbo, y la tentación de fundirse con el túnel era muy fuerte.

Artemis invocó una imagen de su madre en su subconsciente para reafirmar su determinación.

«Sé el momento y el lugar exacto donde quiero estar —pensó—. El momento y el lugar exacto...».

## MANSIÓN FOWL, CASI OCHO AÑOS ANTES

Artemis y Holly salieron del túnel del tiempo y entraron en el estudio del Artemis de diez años.

Físicamente, fue una experiencia bastante agradable, como saltar de un muro bajo a una alfombra mullida, pero emocionalmente aquel viaje en concreto fue como un bombardeo de diez minutos con los peores recuerdos de sus vidas. El túnel del tiempo: nunca es el mismo viaje dos veces.

Holly lloró un minuto por su madre, pero al final el insistente carillón de un reloj de pie le hizo recordar dónde y en qué momento estaba. Se irguió con movimiento tembloroso, miró a su alrededor y se encontró a Artemis tambaleándose en dirección al armario. Al verlo, se animó un poco.

—Ésta vez sí que te has soltado la melena... —comentó.

Artemis estaba rebuscando entre la ropa.

—Claro, no me va a caber nada —murmuró—. Todo me irá demasiado pequeño.

Holly lo apartó a codazos.

—Pero a mi no —dijo, sacando un traje oscuro de su percha.

—Mi primer traje —dijo Artemis con una mezcla de cariño y nostalgia—. Me lo puse para posar para la tarjeta de felicitación navideña familiar. No tenía ni idea de cómo ponérmelo. Recuerdo que me preocupaba mucho que no me quedase bien. Es un Zegna a medida.

Holly arrancó la funda protectora de polietileno.

—Mientras me sirva...

No fue hasta ese momento cuando Artemis logró apaciguar lo bastante sus emociones para procesar el comentario de Holly.

—¿Qué quieres decir con eso de que me he soltado la melena?

Holly movió la puerta del armario para que Artemis pudiese verse en la luna de la puerta.

—Compruébalo tú mismo —dijo.

Artemis examinó su reflejo: en el espejo había un chico alto y esbelto con la cabeza prácticamente invisible por culpa de una densa pelambreira que le llegaba hasta

los hombros, y hasta le habían salido un par de pelos en el mentón.

—Ah. Ya veo.

—Pues me sorprende que puedas verlo..., con todo ese pelo.

—Envejecimiento acelerado. Uno de los efectos secundarios del viaje en el tiempo —se aventuró a conjeturar Artemis, despreocupado—. Cuando volvamos, los efectos deberían invertirse. —Hizo una pausa y vio la imagen reflejada de Holly—. Aunque tal vez deberías mirarte tú también en el espejo. No soy el único que ha cambiado...

Holly lo apartó con el codo, convencida de que le estaba tomando el pelo, pero la media sonrisa se le quedó petrificada en los labios en cuanto vio a la Criatura mágica que había en aquel espejo. Era su propia cara, pero diferente, le faltaban unas cuantas cicatrices y varias décadas de desgaste.

—Soy joven —exclamó con voz ahogada—. Más joven.

—No te preocupes —dijo Artemis inmediatamente—. Es temporal. Esto no es más que un disfraz.

Mi madurez física, tu juventud... Dentro de un momento volveremos a estar en el túnel del tiempo.

Pero Holly sí estaba preocupada. Ya sabía por qué había pasado aquello.

«Estaba pensando en mi madre, en nuestras últimas horas juntas. En cómo era yo entonces...».

Y por eso había cambiado.

«Mírate. Recién salida de la Academia. En términos humanos, apenas un poco mayor que Artemis».

Por alguna razón, ese pensamiento le resultó un tanto inquietante.

—Ponte unos pantalones —le soltó bruscamente, al tiempo que se abotonaba hasta el cuello una almidonada camisa blanca—. Ya discutiremos después tus teorías.

Artemis aprovechó sus centímetros de más para alcanzar una caja de gran tamaño que había en lo alto del armario ropero. En el interior de la caja, doblada con sumo cuidado y en varias capas, estaba la ropa destinada a una de las tiendas de caridad de Angeline Fowl.

Artemis le pasó una peluca plateada a Holly.

—Fiesta de disfraces de los setenta —le explicó—. Mi madre se disfrazó de tripulante de nave espacial, si no recuerdo mal. Ahora tápate esas orejas puntiagudas, anda.

—Con un gorro sería más fácil —señaló Holly, al tiempo que se encasquetaba la

peluca encima del pelo color caoba cortado a cepillo.

—Me temo que no estás de suerte —dijo Artemis, lanzando un suspiro y escogiendo un chándal viejo de la caja—. Esto no son los almacenes Harrods, exactamente, pero tendremos que arreglárnoslas.

Los viejos mocasines de Artemis encajaron en los pies de Holly, y en la caja había un viejo par de zapatillas de deporte de su padre que logró que le cupiesen encogiéndolo los dedos.

—Nunca está de más ir vestido cuando te dispones a robar un mono —dijo Holly. Artemis se arremangó las mangas de la chaqueta del chándal.

—La verdad es que no tenemos por qué vestirnos; solo tenemos que esperar unos minutos hasta que mi madre por poco pille a Mayordomo escabulléndose aquí arriba con el lémur. Recuerdo que deslizó la jaula a través de la entrada y yo volví a traerla aquí arriba. En cuanto esa jaula entre en esta habitación, la cogemos, nos quitamos esta ropa tan ridícula y le pedimos a Número Uno que nos devuelva a nuestro tiempo.

Holly se miró al espejo; parecía un guardaespaldas presidencial de otro planeta.

—Eso parece muy sencillo.

—Fue muy sencillo. Bueno, lo será. Mayordomo ni siquiera llegó a entrar en el estudio. Lo único que tenemos que hacer es quedarnos aquí a esperar.

—¿Y cómo supiste reconocer y elegir este momento en concreto?

Artemis se apartó un mechón de pelo negro de la frente, dejando al descubierto un par de ojos disparejos y tristes.

—Escucha —dijo, señalando hacia arriba, hacia el techo.

Holly se colocó un par de mechones de pelo gris por detrás de la oreja y ladeó la cabeza para aguzar su notable sentido del oído. Oyó el reloj de pie y el latido de sendos corazones de los viajeros en el tiempo, pero también oyó una voz estridente e histérica, procedente del piso de arriba.

—Es mi madre —explicó Artemis, cabizbajo—. Fue la primera vez que no me reconoció. En estos momentos está amenazando con llamar a la policía. Dentro de un minuto va a correr escaleras abajo hacia el teléfono y se va a encontrar con Mayordomo.

Holly lo entendió todo. ¿Cómo podría cualquier hijo olvidar un momento como ése? El haberlo recordado y localizado debía de haber sido fácil y doloroso a la vez.

—Lo recuerdo perfectamente. Acabábamos de volver de Rathdown Park, el zoo privado, y a mi se me ocurrió ir a ver cómo estaba ella antes de salir en el avión para



Marruecos. Dentro de un mes ya no será capaz de cuidar de sí misma.

Holly le apretó el antebrazo con cariño.

—Tranquilo, Artemis. Todo eso pertenece ya al pasado. Dentro de unos minutos tu madre volverá a levantarse y a andar, y te querrá como siempre te ha querido.

Artemis asintió con tristeza. Sabía que seguramente era cierto, pero también sabía que nunca lograría escapar por completo del fantasma de aquel mal recuerdo.

Arriba, la voz de Angeline Fowl se desplazó desde su habitación hacia el rellano superior, dejando tras de sí una estela de estridentes chillidos.

Artemis empujó a Holly de nuevo hacia la pared.

—Mayordomo debe de estar en las escaleras en este momento. Deberíamos agazaparnos entre las sombras, por si acaso.

Holly no pudo evitar sentir el cosquilleo de los nervios.

—¿Estás seguro de que se va a quedar fuera? La última vez que me enfrenté a Mayordomo como enemigo, tenía a toda la PES de mi lado. No me entusiasma la idea de encontrármelo armada únicamente con una peluca plateada.

—Tranquila, capitana —dijo Artemis, con un leve e inconsciente tono paternalista—. Se va a quedar fuera, lo vi con mis propios ojos.

—¿Qué es lo que viste con tus propios ojos? —preguntó Mayordomo, que acababa de aparecer en el arco de la entrada justo detrás de ellos, después de deslizarse por la puerta del dormitorio contiguo.

Artemis sintió el palpito de la sangre hasta en la punta de los dedos. ¿Cómo era posible? No era así como había sucedido. Artemis nunca había sido el objeto de la mirada colérica de Mayordomo, y comprendió por primera vez lo aterrador que podía llegar a ser su guardaespaldas.

—Ya veo, renacuajos, que habéis estado saqueando el armario de los Fowl a vuestro antojo —continuó Mayordomo, sin aguardar una respuesta a su pregunta—. Y ahora, decidme, ¿vais a armar un alboroto o vais a venir aquí a mi lado por las buenas? Os daré una pequeña pista: la respuesta correcta es «por las buenas».

«La magia es nuestra única escapatoria», razonó Holly. Ladeó la barbilla bruscamente para invocar sus poderes mágicos. Si no podía dejar fuera de combate a Mayordomo, al menos sí podía someterlo a un *encanta*.

—Aléjate, humano —entonó, con la voz impregnada de magia hipnótica. Sin embargo, el *encanta* es un ataque sobre dos flancos: el auditivo y el visual. Mayordomo podía oír las palabras mágicas, pero el contacto visual no era viable entre

las sombras.

—¿Qué? —exclamó, sorprendido—. ¿Cómo habéis...? El descomunal guardaespaldas había sido drogado suficientes veces para reconocer que estaban tratando de doblegar su voluntad. De algún modo, aquellos críos lo estaban sometiendo. Se tambaleó hacia atrás y se golpeó con los hombros en el arco.

—Duérmete, Mayordomo —dijo la pequeña con la peluca de tripulante de nave especial.

«¿Me conoce?».

Era un asunto muy serio: aquellos dos habían estado vigilando la casa y, a pesar de eso, habían decidido entrar en ella de todos modos.

«Tengo que neutralizarlos antes de que me desmaye —pensó Mayordomo—. Si me eliminan, Artemis y la señora Fowl estarán indefensos».

Tenía dos opciones: abalanzarse sobre los ladronzuelos, o dispararles con la pistola de dardos que llevaba para el secuestro del animal de Rathdown Park.

Escogió la segunda opción; cuanto menos, los dardos tranquilizantes no asfixiarían a aquellos dos mocosos ni les romperían los huesos. Mayordomo se sintió un poco culpable por su decisión de dejar K. O. A un par de niños, pero tampoco exageradamente: al fin y al cabo, trabajaba para Artemis Fowl y sabía muy bien lo peligrosos que podían llegar a ser los niños.

La tripulante de nave espacial salió de entre las sombras y Mayordomo vio sus ojos con toda claridad, uno azul y otro de color avellana.

—Duérmete, Mayordomo —repitió, con la misma voz melodiosa y sugerente—. ¿No notas los párpados muy, muy pesados? Duérmete.

«¡Me está hipnotizando!», comprendió al fin Mayordomo. Desenfundó la pistola con los dedos y fue como si los hubiese sumergido en goma fundida y luego alguien le hubiese colocado encima unos cojinetes.

—Duérmete tú —masculló, y le disparó en la cadera.

Holly miró con ojos incrédulos el dardo hipodérmico que tenía clavado en la pierna.

—No, otra vez no... —gimió y, acto seguido, se desmayó y cayó en redondo al suelo.

La cabeza de Mayordomo se despejó de manera inmediata.

El otro intruso no se movió ni un solo centímetro.

«La cría es la profesional de los dos —pensó Mayordomo, levantándose—. Me

pregunto qué pintará este personaje greñado en el equipo».

Artemis concluyó de inmediato que no le quedaba más remedio que revelar su identidad y ganarse a Mayordomo como aliado.

«Esto va a ser difícil. No tengo más que un remoto parecido con mi yo más joven como prueba».

Pese a todo, tenía que intentarlo antes de que su plan se fuese al traste del todo.

—Escucha, Mayordomo —empezó a explicarse—. Tengo algo que decirte...

Mayordomo no escuchó ni una sola palabra más.

—No, no, no —dijo bruscamente, al tiempo que disparaba a Artemis en el hombro—. No quiero oír más cháchara.

Artemis se extrajo el dardo, pero ya era demasiado tarde. El minúsculo receptáculo con el sedante estaba vacío.

—¡Mayordomo! —exclamó con voz ahogada, cayéndose de rodillas—. Me has disparado...

—Hay que ver... ¡Todo el mundo se sabe mi nombre! —suspiró el guardaespaldas, agachándose para cargarse a los intrusos sobre los hombros.

—Estoy intrigado —dijo el Artemis Fowl de diez años, examinando a los dos individuos que había en el maletero del Bentley—. Aquí ha ocurrido algo extraordinario.

—No veo qué tiene de extraordinario —comentó Mayordomo, comprobando el pulso de la niña—. Dos ladrones han conseguido entrar en la mansión.

—Han burlado todos los sistemas de seguridad que hay en la casa. ¿Los sensores de movimiento no han emitido ni una sola señal?

—Nada. Me los encontré así, de golpe, durante una ronda de rutina. Estaban escondidos entre las sombras, poniéndose ropa vieja del armario.

Artemis se dio unos golpecitos en la barbilla.

—Hurnmm... Entonces, ¿no encontraste sus ropas?

—Nada de nada.

—Lo que quiere decir que entraron aquí y burlaron los sistemas de seguridad en ropa interior.

—Eso sí que es extraordinario —admitió Mayordomo. Artemis se sacó un bolígrafo-linterna del bolsillo de la chaqueta y apuntó con él a Holly, haciendo que los mechones de su peluca plateada brillasen como una bola de espejos.

—Ésta de aquí tiene algo raro. Su estructura ósea no es muy común. Los pómulos son altos... eslava tal vez..., y la frente es ancha y de niño, pero las proporciones del cráneo y el torso son de adulto, no de niño...

Mayordomo soltó una risa ahogada.

—Entonces, ¿son extraterrestres?

—El joven es humano, pero ella es otra cosa —dijo Artemis, con aire reflexivo—. A lo mejor está modificada genéticamente. —Desplazó el haz de luz a lo largo de su pómulo—. Fíjate en esto. Tiene las orejas puntiagudas. Impresionante.

Artemis sintió una descarga de entusiasmo en la frente. Estaba pasando algo raro, algo importante.

Seguramente había grandes sumas de dinero detrás de todo aquello.

Se frotó las manos enérgicamente.

—Muy bien. Ahora no tengo tiempo de entretenerme con esto. A largo plazo, esta extraña criatura podría hacernos de oro, pero ahora mismo necesitamos atrapar a ese lémur.

Mayordomo se sentía decepcionado, pero lo disimuló cerrando el maletero de un portazo.

—Esperaba que pudiésemos olvidarnos de ese mono. Me entrenaron en las distintas modalidades de las artes marciales, pero ninguna de ellas tenía nada que ver con defenderse de un mono.

—Es un lémur, Mayordomo. Y ya sé que crees que esta operación está muy por debajo de nuestra reputación, pero la vida de mi padre está en juego.

—Por supuesto, Artemis. Lo que tú digas.

—Exactamente. Muy bien, este es el plan. Iremos a Rathdown Park según lo previsto y, cuando hayamos cerrado el trato con los antiecológicos, ya decidiré qué hacer con nuestros dos huéspedes.

Supongo que estarán seguros en ese maletero, ¿no?

Mayordomo soltó una risotada.

—¿Bromeas?

Artemis no sonrió.

—Puede que no te hayas dado cuenta, Mayordomo, pero yo casi nunca bromeo.

—Como tú digas, Artemis. No eres un bromista. Bueno, a lo mejor algún día, ¿eh?

—A lo mejor cuando encuentre a mi padre.

—Sí. Quizá entonces. Vale, para responder a tu pregunta, este es el coche de tu

padre, y en este maletero hemos encerrado a más prisioneros que las veces que has celebrado tu cumpleaños. Mafiya, Triad, Yakuza, Cartel de Tijuana, Ángeles del Infierno... Di el nombre de una banda, la que sea, y al menos un par de sus miembros han pasado una noche en este maletero. De hecho, tu padre lo modificó especialmente. Está equipado con aire acondicionado, luz relajante, suspensión suave y hasta agua potable.

—¿Es seguro? Recuerda que nuestros prisioneros ya han conseguido entrar en la mansión.

Mayordomo cerró el maletero.

—Cerradura de titanio, puerta blindada. No hay forma humana de salir de ahí. Éstos dos se quedarán ahí encerrados hasta que nosotros mismos los dejemos salir.

—Excelente —dijo Artemis deslizándose en el asiento trasero del Bentley—. Dame un momento para hacer una cosa, y luego olvidémonos de ellos y concentrémonos en el lémur.

—Excelente —repitió Mayordomo, y después, en voz baja, añadió—: Y ahora, a hacer monerías.

Mi pasatiempo favorito...

## RATHDOWN PARK, CONDADO DE WICKLOW, IRLANDA

A pesar de que Holly pesaba cinco kilos menos que Artemis, volvió en sí antes que él. Se alegró de haberse despertado, porque había tenido un sueño terrible. Mientras dormía, se había golpeado las rodillas y los codos contra las paredes metálicas del maletero del Bentley, y se había imaginado a sí misma en un submarino de la PES.

Holly yacía acurrucada en la oscuridad, tragando saliva y pestañeando para dominar su fobia. Su madre había sufrido una herida de muerte cuando estaba dentro de una caja de metal, y ahora ella estaba en el interior de una.

Y fueron los pensamientos sobre su madre los que finalmente calmaron a Holly. Abrió los ojos y exploró el reducido espacio con la vista y las yemas de los dedos. No tardó mucho en encontrar la luz incorporada en la pared metálica. Accionó el interruptor y se encontró a Artemis tendido a su lado, con la chapa metálica inclinada de la puerta de un maletero al otro lado. Los zapatos prestados que había llevado hasta entonces estaban encima de la curva reluciente del encaje de una rueda: se encontraban dentro de algún vehículo.

Artemis gimió, se movió y abrió los ojos.

—Vende las acciones de Phonetix —soltó, y luego se acordó de Mayordomo y los dardos—. Holly. ¿Holly?

Holly le dio unos toquecitos en la pierna.

—Tranquilo, Artemis —dijo en gnómico, por si había micrófonos en el coche—. Estoy aquí.

¿Dónde si no iba a estar?

Artemis se colocó de costado, se apartó lentamente el denso pelo negro que le ocultaba las facciones y habló en la lengua de las Criaturas.

—Hemos recibido la misma dosis de tranquilizante, sin embargo, tú, que pesas menos, te has despertado antes que yo. ¿Es magia?

Un lado de la cara de Holly estaba en sombra por la luz del interior del maletero.

—Sí. La magia especial de Número Uno es muy potente.

—¿Tan potente como para sacarnos de aquí?

Holly se puso a explorar la superficie del maletero, pasando las yemas de los dedos por cada resquicio del metal. Al final, negó con la cabeza y la peluca plateada lanzó varios destellos.

—No encuentro ningún punto débil. Hasta la salida del aire acondicionado es completamente hermética. No hay escapatoria.

—Claro que no —dijo Artemis—. Estamos dentro del Bentley. El maletero es una caja de acero con cerradura de titanio. —Inspiró el aire frío profundamente—. ¿Cómo ha podido pasar esto? Todo ha sido distinto; se suponía que Mayordomo dejaría la jaula en mi estudio, pero, en vez de eso, ha entrado sigilosamente en la habitación y nos ha sedado a ambos. Ahora no sabemos dónde estamos ni dónde está el lémur. ¿Lo habrán capturado ya?

Holly apoyó la oreja en la puerta del maletero.

—Yo puedo decirte dónde estamos.

Al otro lado del maletero, los resoplidos y los gruñidos de los animales inundaban el aire.

—Estamos cerca de unos animales. Yo diría que se trata de un parque, creo, o un zoológico.

—Rathdown Park —exclamó Artemis—. Y todo indica que, a efectos prácticos, todavía no tienen el lémur. El plan y la situación han cambiado.

Holly se quedó pensativa.

—Ya no controlamos esta situación, Artemis. Tal vez es la hora de reconocer la derrota y volver a casa cuando tu yo más joven nos lleve a la mansión. Tal vez puedas descubrir una cura en el futuro.

Artemis esperaba aquella sugerencia.

—Ya lo había pensado. El lémur sigue siendo nuestra mejor opción y estamos a escasos metros de él. Dame solo cinco minutos para salir de aquí.

Comprensiblemente, Holly tenía sus dudas.

—¿Cinco minutos? Hasta el gran Artemis Fowl tendría dificultades para abrir una caja de acero en cinco minutos.

Artemis cerró los ojos, concentrándose, tratando de hacer caso omiso del reducido espacio que lo rodeaba, de las greñas que le hacían cosquillas en las mejillas y del picor que le producían los pelos de la barbilla.

—Reconócelo, Artemis —dijo Holly con impaciencia—, estamos atrapados. Hasta el mismísimo Mantillo Mandíbulas se las verías negras con una cerradura como esa si por casualidad estuviese por aquí.

Artemis arrugó la frente, molesto por aquella interrupción, pero entonces una inquietante sonrisa se dibujó en su rostro, más inquietante aún por la luz que lo iluminaba.

—Si Mantillo Mandíbulas estuviese por aquí... —murmuró—. ¿Cuántas probabilidades hay de que eso suceda?

—Cero —respondió Holly—. Absolutamente ninguna. Me apostaría mi pensión.

En ese momento algo o alguien golpeó ligeramente la puerta del maletero, desde fuera.

Holly puso los ojos en blanco.

—No... Ni siquiera tú...

La sonrisa de Artemis rebosaba arrogancia.

—¿Exactamente a cuánto asciende tu pensión?

Se oyeron más golpes en el maletero, seguidos de un delicado rasgueo con los dedos y una palabrota entre dientes.

—Qué voz tan gutural... —señaló Artemis—. Casi como la de un enano...

—Puede ser Mayordomo —sugirió Holly, irritada por el gesto de satisfacción de Artemis.

—Soltando palabrotas en gnómico. No creo.

Se oyeron más ruidos metálicos procedentes de fuera.

«Clic. Clanc. Cloc».

Y en ese momento, la tapa del maletero se deslizó hacia arriba, y dejó al descubierto un fragmento de noche estrellada con la silueta reluciente de una gigantesca torre de alta tensión detrás. En el rectángulo de cielo asomó una cabeza muy desaliñada, con la cara manchada de barro y otras cosas peores. Era una cara que solo podía querer su propia madre, y eso siempre y cuando le fallase un poco la vista. Unos ojos oscuros y muy juntos surgieron de encima de una densa barba que temblaba levemente, como si fueran algas llevadas por la corriente. Los dientes de aquel engendro eran grandes y cuadrados, y su aspecto no resultaba más favorecedor con el enorme insecto que se retorció entre dos molares.

Era, por supuesto, Mantillo Mandíbulas.

El enano atrapó al desdichado insecto con la lengua y lo masticó con delicadeza.

—Escarabajo irlandés —dijo con entusiasmo—. *Leistus montanus*. Aroma agradable, cuerpo sólido de reminiscencias terrosas, y luego, una vez que se rompe la cáscara, una verdadera explosión de sabores en el paladar.

Engulló a la infeliz criatura y, acto seguido, soltó un poderoso eructo al tiempo que batía los labios.

—No eructéis nunca mientras estéis haciendo un túnel —advirtió a Artemis y a Holly, con la misma naturalidad que si estuvieran tomándose un café en la sobremesa—. Porquería que entra y aire que sale: no es una buena idea.

Holly conocía bien a Mantillo. Soltaba toda aquella perorata simplemente para distraerlos mientras echaba un vistazo alrededor.

—Y ahora, vayamos al grano —dijo el enano al fin, mientras tiraba el pelo de la barba que había usado como ganzúa para abrir la cerradura—. Parece que tengo a un humano y una elfa atrapados en el maletero de un coche, así que me pregunto: ¿debería dejarlos salir?

—¿Y qué te respondes? —repuso Artemis, con impaciencia a duras penas contenida.

Los ojillos negros de Mantillo revolotearon bajo la luz de la luna.

—Conque el Fangosillo entiende gnómico. Interesante. Bien, pues a ver si entiendes esto, humano: te dejaré salir en cuanto consiga mi dinero.

«Ah —pensó Holly—, hay dinero de por medio. No sé cómo, pero estos dos han hecho un trato».

Holly había soportado su encierro durante un período de tiempo razonable.



«Mantillo y yo todavía no somos amigos —pensó—, así que no tengo por qué ser amable con él».

Se llevó una rodilla a la barbilla, tirando de ella con las dos manos para obtener así un poco más de fuerza elástica.

Mantillo se percató de lo que estaba a punto de hacer.

—Eh, elfa. No hagas...

Fue lo único que alcanzó a decir antes de que la puerta del maletero le diera un golpe en plena cara. El enano se tambaleó hacia atrás, se cayó en el mismo agujero del que había salido y soltó hacia arriba un resoplido de porquería y ventosidades varias.

Holly trepó por encima del cuerpo de Artemis hacia el aire fresco y se puso a dar grandes bocanadas, llenando los pulmones y mirando al cielo.

—Lo siento —dijo entre resuellos—, pero ese espacio es de —minuto. No me gustan los espacios reducidos.

—¿Eres claustrofóbica? —preguntó Artemis, saliendo del maletero.

Holly asintió.

—Lo era. Creía que lo había superado, pero últimamente...

Se oyó un gran barullo procedente del agujero del enano, una sonrojante sarta de palabrotas y un agitado correteo por la tierra.

Holly se recobró rápidamente, se metió de un salto en el agujero y se abalanzó sobre Mantillo antes de que este se desencajara la mandíbula y desapareciera.

—Podría resultarnos útil —masculló, sacando a empujones al enano, que no dejaba de protestar, por la pendiente del hoyo—. Y ya nos ha visto, así que el daño ya está hecho.

—Eso ha sido una llave de pinza —exclamó Mantillo—. ¡Eres de la PES!

Se dio media vuelta y atrapó la peluca de Holly con los pelos de la barba.

—Yo a ti te conozco. Eres Holly Canija, la capitana Holly Canija. Uno de los rottweilers de Julius Remo.

Pero, de pronto, la frente ya de por sí arrugada del enano se arrugó aún más por la confusión.

—Pero eso es imposible...

Antes de que Artemis pudiese decirle a Holly que no hiciese preguntas, ella se le adelantó y lo hizo.

—¿Por qué es imposible, Mantillo?

El enano no respondió, pero sus ojos lo traicionaron, lanzando una mirada

culpable por encima de su propio hombro hacia una gastada mochila de malla. Con gran habilidad, Holly hizo que el enano se volviese y abrió el compartimento principal de la mochila.

—Vaya, vaya, menudo tesoro tenemos aquí... —exclamó, rebuscando en la mochila—. Un kit médico, raciones, almohadillas adhesivas. Y mira, una vieja omniherramienta. —Entonces descubrió la vieja inscripción grabada con láser en la parte inferior—. ¡Pero si es mi vieja omniherramienta!

A pesar de los años de amistad que los unían, Holly arrojó toda la fuerza de su ira sobre Mantillo.

—¿Se puede saber de dónde has sacado esto? —gritó—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Ha sido un regalo —probó suerte Mantillo, sin demasiada convicción—. De mi... hum... —Entrecerró los ojos para leer la inscripción de la base—. Un regalo de mi madre. Es que siempre me llamaba Holly... por mi... hum... por mi carácter un poco quisquilloso.

Artemis nunca había visto a Holly tan furiosa.

—Dímelo, Mandíbulas. ¡Dime la verdad!

A Mantillo se le pasó por la cabeza plantar cara y pelear; se le notaba en la curva de los dedos y en el modo en que enseñaba los dientes, pero el momento pasó como un suspiro, y el carácter del enano, de natural pasivo, acabó por imponerse.

—He robado todo esto de Tara —admitió—. Soy un ladrón, ¿no? Pero, en mi defensa, tuve una infancia difícil, lo que me llevó a tener una baja autoestima, que suelo proyectar en los demás, y por eso los castigo robándoles. Así que, en realidad, aquí la única víctima soy yo. Y yo me perdono...

La palabrería de Mantillo, su sello característico, le recordó a Holly el amigo en el que se convertiría para ella, y su enfado se disipó con la misma rapidez con la que había aparecido. Recorrió la inscripción hecha con láser con la yema del dedo.

—Mi madre me regaló esto —dijo en voz baja—. La mejor omniherramienta que he tenido en mi vida. Luego, una noche en Hamburgo, mi fugitivo se encerró dentro de un coche. Cuando fui a echar mano de la omniherramienta, había desaparecido. El objetivo fue capturado por los humanos, perdí a mi primer fugitivo y el comandante Remo tuvo que enviar a un equipo completo de técnicos para hacer una limpieza. Fue un desastre. Y todo este tiempo fuiste tú el ladrón.

Mantillo estaba perplejo.

—¿Todo este tiempo? He robado esto del cinturón de una taquilla hace solo una hora. Te he visto allí. ¿Qué está pasando aquí...? —Entonces parpadeó y dio una palmada con sus manos velludas—. ¡Por la culera de mis pantalones de excavar! ¡Sois viajeros en el tiempo!

Holly se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—Eso es absurdo.

El enano se había puesto a bailar incluso.

—No, no. Si ahora todo encaja. Estáis hablando de acontecimientos que van a pasar en el futuro en tiempo pasado. Enviasteis una nota para que viniese a rescataros aquí y ahora. —Mantillo se llevó las manos a las mejillas simulando estar horrorizado—. Lo que estáis haciendo es muchísimo más ilegal de lo que yo pueda llegar a hacer en mi vida. Imaginad la recompensa que me darían si os entregara a Julius Remo.

—¿Que te enviamos una nota? —se burló Holly—. Eso es absurdo, ¿no, Artemis?

—Y que lo digas —dijo Artemis—, pero, si alguien tuviese que enviar una nota desde el futuro, ¿adónde y a qué momento del tiempo la enviaría?

Mantillo señaló con el pulgar a Holly.

—Hay una caja de empalme justo al lado de su taquilla. Daba la impresión de que nadie la hubiese tocado en años. La abrí porque a veces guardan algunos cacharros tecnológicos de valor, pero no en ésta, porque solo había un sobre dirigido a mí, y en su interior, una nota pidiéndome que viniera aquí y os liberara.

Artemis sonrió, satisfecho.

—Imagino que en esa nota se ofrecía una recompensa a cambio de sacarnos del maletero, ¿no?

Los pelos de la barba de Mantillo crepitaron.

—Una buena recompensa. No... una recompensa formidable.

—Conque formidable, ¿eh? Muy bien, pues la tendrás.

—¿Y a quién se lo estamos robando?

—A mí.

Mantillo arrugó la frente y cayó en la cuenta.

—Ah... los viajes en el tiempo hacen que la vida dé muchas vueltas, ¿eh?

Holly se guardó la omniherramienta en el bolsillo.

—Dímelo a mí —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó Mantillo con avidez.

—Pronto. Solo necesito que me hagas un favor más.

—Lo sabía —dijo el enano, haciendo rechinar los dientes—. Nunca hagas el trabajito hasta que veas el dinero contante y sonante. ¿Y por qué debería confiar en ti?

Artemis dio un paso adelante, entrecerrando los ojos tras la maraña de pelo negro.

—No tienes que confiar en mí, Mantillo, tienes que tenerme miedo. Soy un Fangosillo del futuro y también podría estar en tu pasado, si eliges no cooperar. Te encontré una vez, así que, desde luego, podría volver a encontrarte. La próxima vez que abras el maletero de un coche, podría haber un arma y una placa esperándote.

Mantillo sintió que la aprensión le producía un cosquilleo en los pelos de la barba, y su barba rara vez se equivocaba. Como su abuela solía decir: «Confía en el pelo, Mantillo. Confía en el pelo».

Aquél humano era peligroso, y ya tenía suficientes problemas en su vida.

—De acuerdo, Fangosillo —dijo a regañadientes—. Solo un favor más. Y luego, será mejor que tengas reservada una formidable pila de oro para mí.

—La tendré. No temas, mi apestoso amigo.

El enano estaba profundamente ofendido.

—No me llames «amigo». Tan solo dime lo que quieres que haga.

—Simplemente sigue tu instinto y haznos un túnel. Necesito robar un lémur.

Mantillo asintió, como si robar lémures fuera la cosa más natural del mundo.

# CAPÍTULO VII

## LA LENGUA DE LOS ANIMALES



EL BENTLEY de los Fowl estaba protegido por un escáner de huellas digitales y un teclado que requería un código de ocho cifras. El código se cambiaba cada mes, por lo que Artemis tardó unos segundos en retroceder mentalmente casi ocho años y recordar la serie correcta de números.

Se deslizó por la tapicería de cuero marrón oscuro del asiento delantero y presionó el pulgar en un segundo escáner escondido detrás del volante. Un compartimento accionado por un resorte salió deslizándose del salpicadero. No era muy grande, pero sí lo bastante para albergar un buen fajo de dinero en efectivo, tarjetas de crédito de platino y un teléfono móvil de repuesto con su funda.

—¿No hay armas? —preguntó Holly cuando Artemis salió del coche, aunque cualquiera de las armas de Mayordomo resultaría demasiado torpe en sus dedos.

—No hay armas —confirmó Artemis.

—No podría acertar ni a un elefante con una de las pistolas de Mayordomo aunque tuviera una.

—Los elefantes no son el objetivo esta noche —dijo Artemis, hablando de nuevo en su idioma humano, ahora que estaban fuera del coche—, sino los lémures. En cualquier caso, no sería muy prudente dispararle a nuestro enemigo en esta aventura en particular, tal vez sea mejor que no llevemos armas.

—No exactamente —dijo Holly—. Tal vez no pueda dispararte a ti ni al lémur, pero estoy segura de que aparecerán otros enemigos tienes un verdadero don para crearte enemigos.

Artemis se encogió de hombros.

—La inteligencia despierta odio. Es un hecho triste de la vida.

—La inteligencia y el robo de cosas que no son tuyas —intervino Mantillo desde lo alto del maletero del coche—. Os lo dice alguien que sabe de lo que habla: a nadie le cae bien un ladrón inteligente.

Artemis tamborileó con los dedos en el guardabarros.

—Contamos con ciertas ventajas: magia élfica, un don especial para excavar, y yo

tengo casi ocho años de experiencia en el arte de hacer diabluras que el otro Artemis todavía no tiene.

—¿Hacer diabluras, dices? —se mofó Holly—. Creo que estás siendo un poco blando contigo mismo. Cometer robos y otros delitos se aproxima más a la realidad.

Artemis dejó de tamborilear.

—¿Uno de tus poderes mágicos consiste en el don de lenguas, no es así?

—Estoy hablando contigo, ¿no? —repuso Holly.

—¿Y cuántas lenguas puedes hablar?

Holly sonrió; conocía suficientemente la retorcida mente de Artemis para saber adónde quería ir a parar con aquello.

—Tantas como quieras.

—Bien —dijo Artemis—. Tenemos que separarnos. Tú seguirás la ruta de la superficie para entrar en Rathdown Park, Mandíbulas y yo iremos por debajo. Si necesitamos que realices una maniobra de distracción, usa tu don.

—Será un placer —dijo Holly, y acto seguido se hizo transparente, como si estuviera hecha de agua pura. La última cosa en desaparecer fue su sonrisa.

«Igual que el gato de Cheshire», pensó Artemis.

Recordó unas líneas de *Alicia en el país de las maravillas*.

«Pero yo no quiero ir con personas que están locas», dijo Alicia.

«Ah, pero es que no vas a poder evitarlo —dijo el gato—. Aquí todos estamos locos».

Artemis miró al enano apestoso, que estaba rebuscando entre su barba viviente algún insecto que llevara guardado.

«Aquí también estamos todos locos», pensó.

Holly se acercó a la puerta principal de Rathdown Park con cuidado a pesar de que llevaba activado el escudo de protección. Las Criaturas se habían creído invisibles para Mayordomo en otras ocasiones y lo habían pagado con magulladuras y traumatismos de diversa consideración. Ella no iba a subestimar al guardaespaldas, y el hecho de que se hubiese convertido de nuevo en su enemigo hizo que se le revolviere el estómago de nervios.

Las ropas humanas le arañaban y le producían picores por todo el cuerpo. No estaban hechas para la protección con el escudo y no tardarían en deshacerse en pedazos.

«Echo de menos mi Neutrino —pensó, mirando a la puerta de acero reforzada, con el oscuro espectro de lo desconocido al otro lado—. Y también echo de menos a Potrillo y sus conexiones por satélite».

Pero, en el fondo de su alma, Holly era una aventurera, de modo que ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de dar marcha atrás.

Resultaba difícil accionar mecanismos con el escudo puesto, de modo que Holly redujo la potencia los segundos necesarios para hacer palanca en el cerrojo de la puerta con su omniherramienta. Se trataba de un modelo antiguo, pero la madre de Holly había pagado unos lingotes extra en actualizaciones. La omniherramienta estándar podía abrir cualquier puerta que funcionase con un simple mecanismo de llave y cerradura. Aquélla también podía abrir cerraduras electrónicas e incluso desactivar alarmas sencillas.

«Pero eso no debería hacer falta —pensó—. Por lo que Artemis recuerda, desactivó todas las alarmas».

Aquello no la convencía del todo: Artemis ya se había equivocado con el viaje.

En menos de cinco segundos, la omniherramienta llevó a cabo su función y se puso a vibrar con suavidad como un gato que ronronea deleitado ante su propia astucia. La pesada puerta se abrió sin hacer el más mínimo ruido con un leve empujoncito, y Holly se apresuró a activar de nuevo el escudo a su máxima potencia.

Al entrar en Rathdown Park, Holly sintió más ansiedad ante una misión de la que había sentido en años.

«Vuelvo a ser una novata. Como una cría que acaba de salir de la Academia —pensó—. Mi mente tiene mucha experiencia, pero mi cuerpo la domina».

Y luego: «Lo mejor será que atrape a ese mono rápidamente, antes de que, encima, aparezca la adolescencia».

El Artemis más joven había desactivado el sistema de seguridad de camino al parque. Con la tarjeta del director, la tarea de sortear todas las alarmas había sido pan comido. Ése mismo día, un poco antes, cuando había hecho la visita guiada, había formulado varias preguntas complicadas sobre la validez de la teoría de la evolución. El director, un evolucionista convencido, se había dejado distraer por sus propias argumentaciones el tiempo suficiente para que Mayordomo le birlara lo que guardaba en el bolsillo. Una vez que la tarjeta estuvo en manos del guardaespaldas, se limitó a pasarla por un clonador de tarjetas a pilas que llevaba en el bolsillo de la camisa y

silbó unas cuantas notas de una melodía de Mozart para sofocar el zumbido de la máquina.

Dos minutos después, toda la información que necesitaban se hallaba almacenada en la memoria del clonador, la tarjeta ya estaba de vuelta en el bolsillo del director y Artemis decidió de pronto que tal vez la evolución no era una teoría tan mala, al fin y al cabo.

—Aunque tiene más lagunas que la Ciénaga de los Muertos —le había confiado a Mayordomo en el camino a casa desde Rathdown Park. A Mayordomo, aquella afirmación le había dado ánimos: era casi una broma en toda regla.

Más tarde, esa misma noche, el joven Artemis había colocado una cámara en miniatura en el conducto de aire en la parte trasera del Bentley.

«Será mejor que no les quitemos el ojo de encima a nuestros huéspedes».

La fémina era intrigante. Fascinante, en realidad. El efecto de los dardos no tardaría en neutralizarse y sería interesante ver su reacción, mucho más que la del quinceañero peludo, a pesar de que su amplia frente era indicio de inteligencia y sus facciones en general tenían mucho en común con las de la familia Fowl. De hecho, le recordaba a Artemis una antigua foto que había visto una vez de su padre de joven, trabajando en una excavación arqueológica en Sudamérica. Tal vez el prisionero era algún primo lejano que había venido a reclamar alguna clase de derechos sucesorios ahora que su padre había desaparecido. La verdad es que todo aquel asunto podía dar mucho de sí.

La cámara en miniatura retransmitía las imágenes directamente a su teléfono móvil, y el Artemis de diez años examinaba la pantalla de vez en cuando mientras Mayordomo lo guiaba a través de Rathdown Park hacia la jaula del lémur.

—Concéntrate, Artemis —le dijo el guardaespaldas—. Solo puedes estar pendiente de una fechoría a la vez.

Artemis levantó la vista de su móvil.

—¿Una fechoría, Mayordomo? ¿Has dicho «fechoría»? La verdad, ni que fuéramos personajes de una serie de dibujos animados... Yo no tengo una risa malévol ni llevo ningún parche en el ojo.

—Todavía no, pero acabarás llevándolo muy pronto si no te concentras en el trabajito que nos traemos entre manos ahora mismo.

Estaban pasando por debajo del acuario de Rathdown Park, por un túnel de plexiglás que permitía a los científicos y a algún que otro visitante ocasional observar



las especies alojadas en el tanque con capacidad para millones de litros de agua. El tanque reproducía, en la medida de lo posible, el medio natural de sus habitantes. Los diversos compartimentos estaban a distinta temperatura y tenían una vegetación diferente. Algunos eran de agua salada y otros de agua dulce, pero todos albergaban animales exóticos o en peligro de extinción.

Unas bombillas diminutas distribuidas por el techo del acuario simulaban ser estrellas, y la otra única fuente de luz provenía de la bioluminiscencia de un tiburón linterna, cuyo cuerpo proyectó una sombra sobre Artemis y Mayordomo a lo largo del túnel hasta que golpeó el plexiglás con el morro.

Artemis sentía más interés por su teléfono móvil que por los fotóforos inquietantemente luminiscentes del tiburón.

Los acontecimientos que estaban desarrollándose en la pantalla de su móvil rozaban lo increíble.

Artemis se paró en seco para poder asimilar lo que estaba viendo.

Los intrusos de la mansión Fowl habían escapado del maletero del Bentley con la ayuda de un cómplice: otro ser no humano.

«Estoy descubriendo un mundo completamente nuevo. Éstas criaturas podrían llegar a darme mucho más dinero que un lémur. ¿Y si abandono esta misión y me concentro en los no humanos?».

Artemis aumentó el volumen de su teléfono, pero el micrófono diminuto conectado a la cámara en miniatura solo podía captar pequeños fragmentos de la conversación.

Hablaban básicamente en una lengua exótica, pero en algunas ocasiones cambiaban de idioma y oyó la palabra «lémur» más de una vez.

«Quizá este lémur es más valioso de lo que creía. Ése animal es el cebo que atrae a estas criaturas».

Pasó un minuto en el que sólo se veía aquella cosa pequeña y repugnante parecida a un enano de jardín en la pantalla, apoyando su trasero desproporcionadamente grande sobre el maletero, y luego apareció la chica, aunque desapareció al instante, y fueron las famosas torres de alta tensión de Rathdown Park las que ocuparon su lugar en la pantalla.

Artemis sujetó el teléfono con más fuerza.

«¿Invisibilidad? La energía que se necesita para crear un campo reflector o para generar vibraciones de alta velocidad tiene que ser increíble».

Navegó rápidamente por el menú del teléfono y activó la imagen térmica digital, una opción que, desde luego, no venía de serie en todos los móviles, y sintió un gran alivio al ver la forma de la criatura femenina materializarse en la pantalla en tonos cálidos.

«Bien. No ha desaparecido, solo cuesta verla».

Sin apartar la vista del teléfono, Artemis llamó a su guardaespaldas.

—Mayordomo, amigo mío. Hay un ligero cambio de planes.

El guardaespaldas sabía que no debía hacerse ilusiones pensando que la caza del lémur se había cancelado.

—Pero todavía andamos detrás de una criatura pequeña, ¿a que sí?

—Criaturas —dijo el Artemis de diez años—. En plural.

Al Artemis de catorce años no le estaba gustando nada lo que veía. Para entretenerse y distraerse un poco, compuso un haiku que describía la vista que tenía ante sí.

*Dos nalgas blancas,  
Con su carga tóxica,  
Bamboleantes van.*

Mantillo Mandíbulas no estaba ni mucho menos para poemas. Dejó de excavar y se recolocó la mandíbula.

—¿Podrías hacer el favor de dejar de apuntarme al trasero con esa linterna? Es que me salen ampollas muy fácilmente. Nosotros los enanos somos muy fotosensibles, incluso a la luz artificial.

Artemis había cogido la linterna del kit para averías del Bentley y estaba siguiendo a Mantillo a través de un túnel recién excavado que llevaba a la jaula del lémur. El enano le había asegurado que el túnel era lo bastante corto como para que pudiese contener la tierra y aire en el interior de su cuerpo hasta alcanzar el otro extremo, por lo que Artemis podía colocarse justo detrás de él sin temor.

Artemis desvió la linterna unos segundos, pensando que lo último que le apetecía era ver cómo estallaba una de aquellas ampollas, pero al cabo de un momento, volvió a enfocar con ella la carne bamboleante una vez más.

—Solo una pregunta rápida: si puedes guardarte dentro toda esa tierra, ¿se puede saber por qué llevas la culera de los pantalones abierta?

Mantillo estaba escupiendo enormes esputos de flema de enano en las paredes para apuntalar el túnel.

—En caso de emergencia —explicó—. Podría tragarme un trozo de metal enterrado, o una tira de neumáticos viejos, y eso lo tendría que evacuar en el acto, tanto si molesto al Fangosillo que llevo pegado al culo como si no. No veo por qué tendría que estropearme los pantalones además, ¿lo entiendes ahora, atontado?

—Claro, claro —respondió Artemis, pensando que, con un arma cargada con semejante munición, lo más prudente era consentir que lo llamase «atontado».

—De todos modos —continuó el enano, al tiempo que escupía otro pegote de saliva en la pared—, deberías considerarte un privilegiado: no hay muchos humanos que hayan visto a un enano trabajando con la saliva. Se trata de lo que podría denominarse un arte ancestral. Lo primero que tienes que hacer es...

—Ya lo sé, ya lo sé —lo interrumpió Artemis con impaciencia—. Lo primero que tienes que hacer es excavar, a continuación refuerzas las paredes con la saliva, que se endurece al entrar en contacto con el aire, siempre y cuando esté fuera de la boca, evidentemente. Y además es luminosa...

Es un material increíble.

El trasero de Mantillo se bamboleó, asombrado.

—¿Cómo sabes todos esos secretos?

—Tú me los contaste, o mejor dicho, me los contarás. Los viajes en el tiempo, ¿recuerdas?

El enano se volvió para mirarlo por encima de su hombro, con los ojos rojos en el resplandor de su saliva.

—¿Y cómo de íntimos llegamos a hacernos?

—Muy íntimos. Compartimos un apartamento y después de un noviazgo relámpago, te casas con mi hermana y os vais de luna de miel a Las Vegas.

—Me encanta Las Vegas —dijo Mantillo con aire soñador. Y a continuación añadió—: Qué gracioso eres... ya veo por qué vamos a ser tan amigos. De todas formas, será mejor que te reserves esos comentarios si no quieres que veamos lo gracioso que estás cubierto de pies a cabeza de desechos de túnel.

Artemis tragó saliva y apartó la luz de la linterna del trasero de Mantillo.

El plan era muy simple: excavarían un túnel por debajo del complejo y esperarían debajo de la jaula del lémur a que Holly se pusiese en contacto con ellos a través del comunicador adhesivo de corto alcance de la PES, que Artemis llevaba pegado en la

mejilla, una parte del alijo de Mantillo. De ahí en adelante, el plan iría como la seda: cualquiera de los dos saldría y atraparía al lémur mientras Holly sembraba la confusión entre los animales o, si el Artemis más joven ya había capturado al lémur, Mantillo excavaría un agujero justo debajo de Mayordomo y le facilitaría a Holly la tarea de quitarle al niño su botín.

«Todo muy sencillo —pensó Artemis—, lo que no es muy habitual tratándose de uno de mis planes».

—Muy bien, Fangosillo —dijo Mantillo, terminando de cavar el agujero en forma de bombilla con sus dedos rechonchos—. Nosotros estamos aquí. La equis señala el lugar donde está el mono.

—El lémur —le corrigió Artemis automáticamente—. ¿Estás seguro de que sabes distinguir el olor de este animal en concreto del de todos los demás?

Mantillo se llevó una mano al corazón, fingiéndose muy dolido.

—¿Que si estoy seguro? ¿Yo? Soy un enano, humano. El olfato de un enano sabe distinguir la diferencia entre una brizna de hierba y un trébol, entre el pelo negro y el castaño, entre la caca de perro y la de lobo.

Artemis lanzó un gruñido.

—Supongo que debería interpretar eso como un sí.

—Sí, deberías. Y como sigas por ese camino, a lo mejor no me caso con tu hermana al final.

—Si tuviera una hermana, estoy seguro de que se llevaría un gran disgusto.

Permanecieron agachados en el hueco unos minutos, rodeados de los gruñidos y los ronquidos nocturnos de los animales, que se colaban a través de la arcilla. Por alguna extraña razón, una vez que los sonidos penetraban la capa de saliva del enano que recubría el túnel, quedaban atrapados en ella y rebotaban en las paredes en sucesivas ondas de choque. Artemis se sentía como si estuviera literalmente en la boca de un lobo.

Como si esto no fuera lo bastante molesto, notó que las porciones carnosas de Mantillo se estaban poniendo de un intenso color rosa brillante..., todas sus porciones carnosas.

—¿Problemas? —preguntó, incapaz de reprimir un escalofrío nervioso.

—He estado conteniendo este gas durante mucho tiempo —respondió el enano, apretando los dientes con fuerza—. Va a salir muy pronto. ¿Tienes problemas de congestión nasal?

Artemis negó con la cabeza.

—Lástima —dijo Mantillo—, porque esto te los habría solucionado de golpe.

De no haber sido por la firme determinación de Artemis de salvar a su madre, se habría largado por piernas en ese mismo instante.

Por suerte para las fosas nasales de Artemis, Holly lo llamó por el comunicador adhesivo. El comunicador era un modelo básico que funcionaba por vibraciones y enviaba señales directamente al oído de Artemis sin ningún sonido externo. Artemis percibía las palabras de Holly pero no oía su voz.

El comunicador adhesivo no era demasiado sofisticado, por lo que solo producía tonos de robot.

—En posición. Cambio.

Artemis colocó un dedo sobre el comunicador y completó el circuito que le permitía hablar.

—Recibido. Estamos justo debajo de la jaula del objetivo. ¿Ves algún obstáculo?

—Negativo. No hay contacto visual. Pero sí veo al lémur. Parece dormido en una rama baja.

Puedo alcanzarlo con facilidad.

—Negativo, Holly. Mantén tu posición. Nosotros nos encargaremos del objetivo, tú vigila por si aparece mi yo más joven.

—Entendido. No te entretengas, Arty. Sal, vuelve abajo y regresa al coche.

«¿Arty?».

A Artemis le sorprendió que Holly lo hubiese llamado así; era el diminutivo cariñoso con el que lo llamaba su madre.

—Entendido. Salgo, vuelvo abajo y regreso.

«¿Arty?».

Mantillo le dio unos golpecitos insistentes en el hombro, apremiándolo.

—Cuando estés listo, Fangosillo. Ahora sería genial.

—Muy bien. Adelante. Trata de no hacer ruido.

Mantillo cambió de posición, apuntó con la coronilla hacia el techo del túnel y se puso de cuclillas.

—Demasiado tarde para no hacer ruido —protestó con un gruñido—. Tápate la cara con la chaqueta.

A Artemis apenas le había dado tiempo de hacer lo que el enano le había dicho cuando, en medio de un gran estruendo, Mantillo solió una nube cilíndrica de gases y

tierra y roció al muchacho con una lluvia de trozos de barro sin digerir. La coraza de saliva del enano se resquebrajó en mil pedazos y Mantillo salió despedido hacia arriba impulsado por un remolino de fuerza, y logró atravesar el suelo de la jaula perforándolo con toda facilidad hasta salir a la superficie.

Una vez que el polvo se hubo asentado un poco, Artemis trepó detrás de él hasta la jaula. Mantillo se había golpeado la cabeza contra un techo bajo y estaba inconsciente; la sangre ya se le apelmazaba en el pelo de por sí enmarañado y la culera de los pantalones se agitaba como una manga de viento mientras se le escapaba el resto de los desechos del túnel.

«¿Una jaula con un techo bajo?».

El lémur de la jaula contigua parecía divertirse de lo lindo con todo aquel jaleo y daba saltitos sin cesar en una rama rota insertada entre los barrotes.

«La jaula contigua —se percató Artemis—. No estamos en la jaula del lémur. ¿En qué jaula estamos?».

Antes de que le diera tiempo a investigar, su mejilla emitió una señal y una voz de robot desprovista de cualquier emoción le zumbó al oído.

—Saca a Mantillo de ahí, Arty Bajad ahora mismo.

«¿Qué pasa? —se preguntó Artemis—. ¿Qué es lo que hay en esta jaula?».

En ese momento, un gorila de doscientos kilos de las montañas de Uganda se abalanzó sobre él y lo aplastó, y dejó aquel pensamiento en suspenso en el aire como si fuera el bocadillo de la viñeta de un cómic.

El joven Artemis y Mayordomo estaban observando todo eso a través de las aberturas de una tienda de camuflaje justo delante de las jaulas. Habían colocado la tienda en el interior de una montaña artificial de rocas y cascadas, y su situación permitía el estudio minucioso de distintos animales sin perturbar los ritmos naturales de sus respectivas jornadas. El director había tenido la amabilidad de permitir a Artemis sentarse en la silla del observador ese mismo día.

«Llegará el día en que sabrás utilizar la cámara de imágenes térmicas y todo este equipo desde esa silla», le había dicho el director.

«Y puede que llegue antes incluso de lo que se imagina», le había respondido Artemis.

—Huy, qué lástima... —exclamó Mayordomo, y la exclamación sonó aún más delicada en su voz de tonos graves—. Eso tiene que haberle dolido. —Se metió la

mano en el bolsillo para buscar la pistola de dardos—. Será mejor que vaya a echar una mano, o al menos un dardo.

Mayordomo había estado muy ocupado con sus dardos: dos empleados del turno de noche yacían inconscientes en unos catres en la parte de atrás de la tienda.

A través de la abertura vieron perfectamente cómo el intruso varón era zarandeado como un muñeco de trapo por un gorila gigantesco. El tercer ocupante de la jaula se había desmayado y parecía víctima de unas convulsiones incontrolables provocadas por una serie de flatulencias.

«Increíble —pensó Artemis—. Éste día está repleto de sorpresas».

Pulsó varias teclas del ordenador que tenía delante y redirigió el foco de la cámara de imágenes térmicas del complejo.

—Me parece que el dardo no va a ser necesario —afirmó—. La ayuda ya viene de camino.

Y efectivamente, un resplandor rojo apareció dando botes por el sendero adoquinado y se quedó suspendido en el aire delante de la jaula del gorila.

—La cosa se pone muy, pero que muy interesante —murmuró el Artemis de diez años.

Holly se vio obligada a intervenir. Había permanecido discretamente escondida detrás del voluminoso tronco de un baobab importado, con el escudo desactivado para conservar toda la magia, atenta a la posible aparición del Artemis más joven, cuando Mantillo abrió un boquete en la jaula equivocada. Había salido disparado desde el suelo en medio de un ciclón de escombros, había rebotado en distintas superficies como una pelota desquiciada y luego se había desplomado en el suelo de la jaula.

El ocupante de ésta, un gorila negro y gris, se levantó de un salto, despertando de su profundo sueño. Tenía los ojos abiertos pero vidriosos, y abrió la boca para enseñar sus dientes amarillentos.

«No salgas, Artemis —pensó—. Quédate abajo en el agujero». Pero no hubo suerte. Artemis trepó hasta la superficie, subiendo con cuidado por los escasos metros de túnel. El viaje en el tiempo no le había hecho ganar agilidad. Tal como Artemis solía decir, el ejercicio físico no era su fuerte.

Holly apretó el comunicador adhesivo.

—Saca a Mantillo de ahí, Arty. Bajad ahora mismo.

Era demasiado tarde. El gorila había decidido que los recién llegados eran una

amenaza que había que neutralizar. Bajó rodando desde su cama de corteza y hojas y aterrizó sobre ocho nudillos, y el impacto provocó una onda electrizante que le subió por el brazo peludo.

Holly activó con decisión el escudo al tiempo que echaba a correr, y fue señalizando el camino con unas hebras plateadas que iba dejando tras de sí a medida que la peluca iba descomponiéndose.

El gorila lanzó su ataque y agarró a un sorprendido Artemis Fowl por los hombros, rugiéndole a la cara, con la cabeza echada hacia atrás y las fauces abiertas como una trampa para osos.

Holly estaba ya en la puerta, desactivando el escudo y sacándose la omniherramienta del bolsillo para, acto seguido, insertar el extremo en la cerradura de la jaula. Contempló la escena que tenía lugar en el interior mientras esperaba a que la herramienta funcionara.

Para entonces Mantillo ya había recobrado el conocimiento y estaba apoyado sobre los codos, sacudiendo la cabeza para despejarse. Todavía tardaría un par de minutos en estar en condiciones de ayudar, si es que se dignaba ayudar a un humano desconocido.

De todos modos, era irrelevante: un par de minutos después ya sería demasiado tarde para Artemis.

La omniherramienta emitió un pitido y la puerta de la jaula se abrió de par en par. Un estrecho pasillo se extendía desde el sendero, atravesaba un foso y se dividía en surcos en el suelo del hábitat.

Holly irrumpió sin vacilar, haciendo aspavientos, gritando y convirtiéndose a sí misma en un blanco. El gorila dio un resoplido y un gruñido y luego se apretó a Artemis aún más contra el pecho, como advertencia a Holly para que no siguiera avanzando. Artemis tenía la cabeza apoyada en el hombro del gorila y tenía los ojos medio cerrados.

Holly se detuvo a tres metros del animal y bajó los brazos y la mirada, adoptando una postura que no resultaba amenazadora.

El gorila hizo varios amagos de atacarla, rugiendo con voz atronadora hasta colocarse a medio metro de la elfa y dándole luego desdeñosamente la espalda, todo sin dejar de rugir y bramar, y apretándose a Artemis contra el pecho. El pelo del muchacho estaba cubierto de sangre, y un hilillo carmesí le goteaba por la comisura del ojo izquierdo. Tenía un brazo roto y la sangre le empapaba la manga del chándal.



Holly se hallaba en estado de shock, conmocionada. Sentía ganas de llorar y huir a la vez. Su amigo estaba herido, tal vez muerto.

«¡Serénate! —se dijo—. ¡Eres mayor de lo que pareces!».

Uno de los poderes mágicos de las Criaturas consistía en el don de lenguas, y este comprendía unos conocimientos rudimentarios de algunos de los lenguajes animales más sofisticados. Holly nunca llegaría a hablar sobre el calentamiento global con un delfín, pero al menos sabía lo suficiente para establecer una comunicación básica.

En el caso de los gorilas, el lenguaje corporal era tan importante como lo que realmente se llegaba a decir. Holly se agachó, flexionó los codos, apoyó los nudillos en el suelo y torció la columna vertebral hacia delante. Era la postura de un amigo, y a continuación formó un círculo con los labios y aulló varias veces. Los aullidos decían: «¡Peligro! ¡Se avecina un peligro!».

El gorila reaccionó con una cómica mueca, sorprendido al oír la jerga de los gorilas saliendo de la boca de aquella criatura. Tuvo la sensación de que era algún truco, pero no estaba seguro de qué truco podía ser. Y, en caso de duda, lo mejor era golpearse el pecho.

El gorila soltó a Artemis, se puso de puntillas para alzarse aún más, avanzó la mandíbula y sacó pectorales, y comenzó a golpearse el pecho con las palmas de las manos.

«Aquí yo soy el rey, ni se te ocurra meterte conmigo», era el claro mensaje.

Una advertencia muy sabia, pero Holly no tenía elección. Se abalanzó hacia delante, sin dejar de aullar todo el tiempo, soltando algún que otro chillido aterrorizado y a continuación, en contra de los consejos de cualquier experto en animales salvajes que se precie, la elfa miró directamente a los ojos del animal.

—¡Leopardo! —aulló, impregnando su voz con el *encanta* mágico—. ¡Leopardo!

La furia del gorila dio paso a un momento de confusión, que a su vez fue reemplazado por una expresión de terror.

—¡Leopardo! —volvió a aullar Holly—. ¡Trepá!

Moviéndose con menos elegancia que de costumbre, el gorila se alejó con paso tambaleante hacia la parte trasera de la jaula, avanzando pesadamente, como si estuviera bajo el agua, con ‘os sentidos embotados por el *encanta*.

De un solo golpe, apartó a un lado los árboles y el follaje y dejó un reguero de troncos rezumando savia y trozos de hierba aplastada. En un abrir y cerrar de ojos, el animal había desaparecido en las profundidades y en los oscuros recovecos de su

hábitat artificial.

Se oyeron unos gimoteos temerosos procedentes de la parte superior de la jaula.

Holly se lamentaría después de haber puesto al animal bajo los efectos del hechizo, pero ahora no había tiempo que perder sintiéndose culpable. Artemis estaba gravemente herido, de muerte tal vez. El gorila había soltado a Artemis como si fuera el cuerpo de un animal del que ya no hubiese más carne que roer.

Seguía allí tendido, sin moverse, como muerto.

«No. No pienses eso».

Holly corrió junto a su amigo, salvando el último metro de rodillas.

«Demasiado tarde. Ya es demasiado tarde».

A Artemis se le había puesto la cara blanca como el papel, tenía el pelo largo y negro empapado de sangre y el blanco de sus ojos eran dos medias lunas gemelas bajo unos párpados cerrados.

—Madre —dijo, exhalando la palabra en un soplo de aliento. Holly extendió las manos: la magia ya recorría con su danza las yemas de sus dedos, proyectándose en haces curvos como rayos de sol diminutos.

Se quedó inmóvil antes de que la magia pudiera dar el salto hacia el cuerpo de Artemis.

«Si curo a Artemis, ¿también lo maldeciré? ¿Está contaminada mi magia con maletropía?».

Artemis se estremeció débilmente, y Holly oyó cómo le crujían los huesos en la manga. Ahora también tenía sangre en los labios.

«Morirá si no lo ayudo; al menos si lo curo, tendrá una posibilidad».

A Holly le temblaban las manos, y tenía los ojos empañados en lágrimas.

«Serénate. Eres una profesional».

La verdad es que no se sentía excesivamente profesional: se sentía como una niña en una piscina en la que no tocaba el fondo.

«Tu cuerpo le está gastando una mala pasada a tu mente. No le hagas caso».

Holly asió la cabeza de Artemis suavemente con ambas manos.

—Cúrate —susurró, casi sollozando.

Las chispas mágicas saltaron casi con desesperación y se hundieron en los poros de Artemis para volver a soldar los huesos, curar la piel y taponar las hemorragias internas.

El súbito tránsito de las puertas de la muerte a la recuperación de la salud fue muy

duro para Artemis. Se estremecía y arqueaba la espalda, le castañeteaban los dientes, y el pelo se le erizó en un halo eléctrico.

—Vamos, Artemis —dijo Holly, inclinándose sobre el cuerpo de su amigo como una plañidera—. Despierta.

Durante varios segundos, no hubo ninguna reacción. Artemis parecía un cadáver sano, pero lo cierto es que ese era el aspecto que tenía siempre. Entonces, sus ojos dispares se abrieron, y los párpados empezaron a batir como alas de colibrí mientras se reanudaba su sistema. Tosió y se estremeció, flexionando los dedos de manos y pies.

—Holly —dijo cuando recuperó la vista. Su sonrisa era sincera y agradecida—. Me has salvado de nuevo.

Holly estaba llorando y riendo al mismo tiempo, y las lágrimas se derramaban sobre el pecho de Artemis.

—Pues claro que te he salvado —repuso—, no podría hacer nada sin ti. —Y como se sentía tremendamente feliz y rebosante de magia, Holly se agachó y besó a Artemis, y la magia chispeó alrededor del contacto entre ambos como si fueran fuegos artificiales diminutos.

El Artemis Fowl de diez años no apartaba la vista de los sucesos que tenían lugar en el interior de la jaula de los gorilas.

—Es el *Troglodytes gorilla* —le comentó a Mayordomo—. Le puso el nombre el doctor Thomas S. Savage, un misionero norteamericano que viajó al oeste de África, el primero que describió científicamente el gorila en 1847.

—No me digas... —murmuró el guardaespaldas, más interesado en el radio de alcance de la mordedura de la bestia que en su nombre científico.

Habían aprovechado el caos para escabullirse de la tienda de camuflaje y atravesar el pequeño patio hasta la jaula del lémur, que estaba al lado de la jaula del gorila.

Los extraños recién llegados estaban demasiado ocupados para advertir cómo burlaban el cierre de seguridad con tarjeta de la jaula y abrían la puerta.

—Mira a esos dos. Perdiendo el tiempo. A mí nunca me pillarás haciendo eso.

Mayordomo se rio, como hacía por regla general inmediatamente antes de soltar una frase con segundas.

—A ti casi nadie te pulla nunca haciendo nada, Artemis. Artemis se permitió una risotada. Era un día muy interesante, y estaba disfrutando de los retos que le

presentaba.

—Y aquí lo tenemos —dijo Artemis en voz baja—. El último lémur sifaka sedoso del mundo, el primate de los cien mil euros.

El lémur se hallaba en lo alto de una palmera de Madagascar, aferrándose a las ramas con sus largos dedos de los pies y SUS pulgares oponibles. Tenía la piel de color blanco níveo con una mancha parda en el pecho.

Artemis señaló al animal.

—Ése color es el resultado de la marca del olor del pecho por la glándula de la región esternón-guiar.

—Qué interesante... —comentó Mayordomo, a quien aquello le importaba solo un poco menos que el nombre científico del gorila—. Pero vayamos directos a capturar a ese animal y salgamos de aquí antes de que nuestros amigos de la jaula de aliado se reagrupen.

—Me parece que tenemos tiempo —dijo Artemis.

Mayordomo examinó a los extraños de la jaula contigua. Era realmente asombroso que el varón no estuviese hecho pedazos a aquellas alturas, pero, de algún modo, la fémina había aparecido de la nada y había ahuyentado al gorila. Impresionante. Aquélla pequeñaja guardaba unos cuantos ases en la manga: seguramente lo último en equipos de tecnología avanzada, tal vez algún tipo de software de camuflaje en el traje, lo que explicaría las chispas. Sabía que los norteamericanos estaban desarrollando un traje camuflado todo terreno. Uno de sus contactos militares le había pasado un vínculo con un vídeo filtrado en Internet.

Había otra criatura en la jaula, el individuo peludo que había puesto en libertad a los otros dos del Bentley, abriendo con una especie de ganzúa lo que se suponía que era una cerradura a prueba de ganzúas.

La criatura no era ni hombre ni bestia, sino un personaje rechoncho con pinta de tipo duro al que una fuerza extraña había propulsado a la superficie y que ahora sufría un ataque debilitante de gases. De algún modo, aquella «cosa» se las había ingeniado para excavar un túnel de treinta metros en cuestión de minutos. De no haber sido por el hecho de que las jaulas eran modulares, con paredes compartidas, la criatura habría logrado acceder a la misma jaula que el lémur. De ese modo, en cambio, a pesar de haber salido justo debajo de la jaula del lémur, todavía estaba a otra jaula de distancia.

Mayordomo sabía que Artemis se moría de ganas de estudiar a aquellas criaturas tan extrañas, pero ese no era el momento. Estaban en una situación de

desconocimiento absoluto, y las personas que estaban en esa situación normalmente morían sin llegar a ver esclarecidas sus dudas.

El guardaespaldas extrajo su pistola de dardos, pero Artemis reconoció el sonido del arma al desenfundarse y meneó el dedo índice.

—Ésa es nuestra última opción. No quiero que nuestro pequeño amiguito se parta la crisma al bajar de esa rama. Primero probaremos con un poco de persuasión.

Artemis se sacó del bolsillo una pequeña bolsa de plástico con cierre que contenía un gel ámbar moteado de negro y verde.

—Lo he inventado yo —explicó—. Los sifakas pertenecen a la familia de los índridos, dentro del orden de los primates, que, como sabes, son una familia estrictamente vegetariana.

—Claro, ¿cómo no iba a saber eso? —se preguntó Mayordomo, que no había guardado su arma exactamente.

Artemis abrió la bolsa y dejó escapar un aroma dulzón Y espeso que se abriría camino hacia el lémur.

—Concentrado de savia, con un popurrí de vegetación africana. No hay lémur que se le resista, pero, si el cerebro de este primate en particular es más fuerte que su estómago, dispárale. Un solo tiro, si no te importa, y no le dispares a la cabeza. Seguramente solo con la aguja ya bastaría para romper ese cráneo diminuto.

A Mayordomo le habría gustado soltar una réplica, pero el lémur se estaba moviendo: avanzó por la rama, adelantó el hocico puntiagudo para captar el aroma y probó el olor con una veloz lengua rosada.

—Hummm... —exclamó el guardaespaldas—. Ése invento no funciona con los humanos, supongo.

—Pregúntamelo otra vez dentro de seis meses —respondió Artemis—. Estoy haciendo unos experimentos con feromonas.

En ese momento, el lémur avanzó correteando hacia adelante, hipnotizado por el maravilloso aroma. Cuando llegó al final de la rama, cayó al suelo y se levantó sobre las patas traseras, estirando los brazos hacia la bolsa.

Artemis esbozó una amplia sonrisa.

—La partida ha terminado.

—Puede que no del todo —repuso Mayordomo.

En la jaula contigua, el chico de la melena se hallaba de pie, y la fémina estaba emitiendo un sonido muy raro.

El aura de magia desapareció alrededor de Holly y del Artemis de catorce años, y con ella se esfumó también el estado de trance y ensueño que se había apoderado del cerebro de Artemis.

Artemis se puso en alerta de inmediato: Holly lo había besado. Tomó impulso con las piernas para levantarse y abrió los brazos completamente para contrarrestar los efectos del repentino mareo que sentía en esos momentos.

—Eh, gracias —dijo, un poco violento—. Eso no me lo esperaba.

Holly sonrió, ligeramente avergonzada.

—Artemis, estás bien. Como tenga que hacerte alguna cura mágica más, al final acabarás siendo carne de cicatriz cosida con hilo mágico.

Artemis pensó que sería la mar de agradable seguir allí charlando tranquilamente, pero arriba, pared con pared y a solo una jaula de distancia, su futuro se estaba escapando con su pasado.

Comprendió al instante lo que había sucedido: el olfato de Mantillo los había conducido al lugar correcto, pero las jaulas estaban construidas como un engranaje de bloques encajados entre sí, por lo que el lémur sí se encontraba encima de ellos, pero en la siguiente jaula.

Debería haberse acordado de eso si hubiese estado allí antes, pero Artemis no recordaba en absoluto haber visitado el complejo principal. Si la memoria no le fallaba, el director del parque había llevado el lémur a una sala especial de visionado. Todo aquello era muy confuso.

—Muy bien —dijo—, ahora ya entiendo dónde estamos...

Estaba pensando en voz alta, recuperando el control, tratando de olvidar el beso por el momento.

Ya pensaría en eso más tarde.

Artemis se restregó los ojos para eliminar las chispas de color rojo y luego se volvió todo lo rápidamente que le permitió el vértigo poscuración. Y allí estaba, su propio yo más joven, engatusando al lémur sifaka sedoso con una bolsa de una pasta color ámbar.

«Seguro que es savia, con unas cuantas ramas y hojas. ¿A que ya era todo un genio, a pesar de ser tan joven?».

Necesitaban una solución, y rápida, además. Un plan de acción inmediata y que diera resultado.

Artemis se frotó las cuencas de los ojos como si con eso pudiese aguzar el ingenio.

—Mantillo, ¿puedes cavar un túnel?

El enano abrió la boca para responder, pero, en lugar de decir algo, vomitó.

—No lo sé —dijo al fin—. Se me va un poco la cabeza. Y el estómago, también. Ése porrazo me ha destrozado de verdad. —La barriga le hizo un ruido que recordaba a un motor fueraborda—. Perdón, pero creo que tengo que...

Y vaya si tuvo que... Mantillo se adentró en unas matas de helecho y dejó escapar el resto del contenido de su estómago. Varias hojas de helecho se marchitaron en el acto.

«Es inútil —pensó Artemis—. Necesito un milagro o ese lémur habrá desaparecido y morirá».

Sujetó a Holly por los hombros.

—¿Todavía te queda algo de magia?

—Un poco, Artemis. Unas chispas, tal vez.

—¿Puedes hablar con los animales?

Holly ladeó la barbilla hacia la izquierda hasta que le crujieron las cervicales, comprobando el estado de sus reservas de magia.

—Sí puedo, con cualquiera de ellos menos con los troles. A esos no hay quien les engañe con ese truco.

Artemis asintió, murmurando para sí mismo, pensando.

—Muy bien, muy bien. Quiero que espantes a ese lémur y lo ahuyentes lejos de mí. De mi yo más joven. Y necesito crear un poco de confusión, ¿puedes hacer eso por mí?

—Puedo intentarlo.

Holly cerró los ojos, respiró hondo a través de la nariz, llenando sus pulmones de aire, y luego echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido. Era un sonido fantástico: leones, simios, lobos y águilas, todos estaban ahí dentro. Como colofón, puso punto final al aullido con la cháchara entrecortada de los monos y el sonido sibilante de un millar de serpientes.

El Artemis más viejo dio un paso atrás, instintivamente aterrorizado. Algún rincón primitivo de su cerebro interpretó aquel mensaje como miedo y dolor. Se le encogió la piel y tuvo que luchar contra su propio instinto para no echar a correr y esconderse.

El Artemis más joven se agachó hacia el lémur, haciendo oscilar la bolsa con cierre delante de su hocico fruncido. El lémur apoyó las puntas de sus patitas delanteras en

la muñeca de Artemis.

«Ya lo tengo —pensó el joven irlandés—. El dinero para la partida de búsqueda es mío».

Entonces, una avalancha de sonido infrahumano se abalanzó sobre él como un ciclón, y el Artemis más joven se tambaleó hacia atrás y dejó caer la bolsa con la pasta de savia, sobrecogido de repente con una oleada de terror irracional.

«Algún bicho quiere matarme, pero ¿cuál? Es como si rugieran todos los animales del mundo».

Los habitantes del parque también estaban aterrorizados. Chillaban y aullaban, zarandeando las jaulas, arrojándose contra los barrotes. Los monos intentaron repetidas veces atravesar de un salto las fosas que rodeaban sus islas. Un rinoceronte de Sumatra de ochocientos kilos empezó a arremeter contra las pesadas puertas de su recinto, haciendo saltar las bisagras con cada acometida. Un lobo rojo gruñía y saltaba sin cesar, un lince ibérico profería unos bufidos que cortaban el aire, y un leopardo de las nieves se perseguía la cola sin dejar de menear la cabeza y maullar ansiosamente.

A Mayordomo no le quedó más remedio que cambiar de objetivo.

—Es esa criatura femenina —aseguró—. Está haciendo algún tipo de sonido que enloquece a los animales. Me está molestando hasta a mí.

Artemis no apartó la mirada del lémur.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —dijo.

Mayordomo lo sabía: si había un obstáculo que impedía la realización de una misión, había que deshacerse del obstáculo. Avanzó rápidamente hasta los barrotes con un par de zancadas, empujó la boca de la pistola a través de la malla y disparó un dardo en el hombro de la fémina.

La extraña criatura se tambaleó hacia atrás, y su fantástica orquesta de animales enmudeció de golpe con un graznido.

Mayordomo sintió una punzada de culpa, lo cual estuvo a Punto de tropezar cuando regresaba al lado de Artemis. Ya había neutralizado dos veces a aquella chica —o lo que fuese— sin tener la menor idea de lo que los componentes químicos podían ocasionar en su organismo no humano. Su único consuelo era que había cargado los dardos con dosis muy reducidas en cuanto hubo noqueado al vigilante nocturno. La chica no permanecería inconsciente mucho tiempo, unos pocos minutos a lo sumo.

Ahora el lémur estaba asustado. Sus diminutas patitas delanteras arañaban el



espacio que tenía delante. El cóctel de savia resultaba muy tentador, pero se respiraba peligro en el ambiente, y el instinto de supervivencia se estaba imponiendo al ansia de un succulento plato.

—No —dijo Artemis, viendo cómo el miedo empañaba los ojos del animal—. No es real. No hay peligro.

El pequeño simio no parecía muy convencido, como si pudiera adivinar las intenciones de aquel chico en las facciones angulosas de su rostro.

El sifaka sedoso dio un chillido, como si le acabaran de pinchar con un alfiler, y acto seguido se puso a corretear por el brazo de Artemis, se encaramó a su hombro y salió por la puerta de la jaula.

Mayordomo se abalanzó para tratar de pillarlo por la cola, pero falló por los pelos. Se quedó con los dedos cerrados en un puño.

—Tal vez sea el momento de admitir una derrota esta vez. Estamos peligrosamente poco preparados y nuestros adversarios tienen..., habilidades de las que no sabemos nada.

La respuesta de su joven protegido consistió en echar a correr detrás del lémur.

—Artemis, espera un momento —dijo Mayordomo, lanzando un suspiro—. Si tenemos que seguir con esto, déjame tomar la delantera.

—Ellos quieren al lémur —explicó Artemis, jadeando mientras corría—, así que ahora es más valioso que antes. Cuando atrapemos al animal, estaremos en situación de ventaja.

«Atrapar al animal»: era más fácil decirlo que hacerlo. El lémur era increíblemente ágil y se agarraba a las superficies más lisas imaginables. Se encaramó sin dudarlo a una barandilla metálica y dio un salto de tres metros hasta las ramas inferiores de una palmera plantada en una maceta y desde allí se subió al muro del complejo.

—¡Dispara! —ordenó Artemis.

Por un breve instante, Mayordomo pensó que no le hacía ninguna gracia la expresión de Artemis: un gesto casi cruel, la frente arrugada donde las frentes de los niños de diez años no deberían tener arrugas. Sin embargo, decidió que ya se preocuparía de eso más tarde, ahora tenía un animal que sedar.

Mayordomo era rápido, pero el sifaka sedoso lo era más aún. En un fogonazo de pelo, escaló el muro la pared y se arrojó al otro lado, adentrándose en la noche y dejando tras de sí una borrosa estela blanca.

—¡Caray! —exclamó al guardaespaldas, casi con admiración—. A eso lo llamo yo

ser rápido.

Artemis no estaba demasiado impresionado por la expresión elegida por Mayordomo.

—«¿Caray?» Eso se merece algo más que un «caray». Nuestra presa ha escapado y con ella la financiación para la partida de búsqueda en el Ártico.

A aquellas alturas, Mayordomo iba perdiendo rápidamente el interés por el lémur. Puestos a elegir, había otras formas menos vergonzantes de obtener financiación. Sentía escalofríos solo de pensar en las burlas que tendría que soportar si, por alguna casualidad, sus andanzas de aquella noche llegaban a oídos de los asiduos del Bar del Granjero en Los Ángeles, un garito cuyo dueño era un ex guardaespaldas de diamante azul, frecuentado por muchos otros más.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que le disgustaba aquella misión, su sentido de la lealtad lo obligó a compartir un hecho al que el director del parque había apuntado con anterioridad, mientras Artemis estaba ocupado estudiando el sistema de alarma.

—Sé algo que puede que tú no sepas —dijo con aire de superioridad.

Artemis no estaba de humor para adivinanzas.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber qué es?

—Los lémures son animales que viven en los árboles —respondió Mayordomo—. Ése bichito está asustado y va a trepar al árbol más alto que encuentre, aunque no sea un árbol realmente. No sé si ves a qué me refiero.

Artemis lo vio inmediatamente, lo cual no era muy difícil, teniendo en cuenta que aquellas estructuras gigantescas proyectaban un entramado de sombras bajo la luz de la luna.

—Pues claro, viejo amigo —dijo, al tiempo que desaparecían las arrugas de su frente—. Las torres de alta tensión.

Las cosas iban desastrosamente mal para el Artemis más viejo: Mantillo estaba herido, Holly volvía a estar inconsciente, con los pies asomando por el agujero que había hecho el enano, y él se estaba quedando sin ideas a marchas forzadas. El griterío ensordecedor de un centenar de especies en peligro a punto de volverse tarumbas tampoco le ayudaba mucho a concentrarse, que digamos.

«Éstos animales están como cabras —pensó. Y acto seguido se dijo—: ¡Vaya momento para hacer gala de mi sentido del humor! ».

Lo único que podía hacer era establecer prioridades.

«Necesito sacar a Holly de aquí —decidió—. Eso es lo más importante».

Mantillo lanzó un gemido, rodando de espaldas en el suelo, y Artemis vio que se había hecho un corte en la frente del que salía sangre.

Se acercó tambaleándose al lado del enano.

—Me imagino que debe de dolerte mucho —dijo—. Es lo normal con un corte tan profundo. —Dar ánimos a los enfermos no era uno de los puntos fuertes de Artemis, precisamente—. Te va a quedar una cicatriz bastante grande, pero en tu caso, el físico te debería traer sin cuidado.

Mantillo miró a Artemis entrecerrando un ojo.

—¿Te estás haciendo el gracioso? Oh, cielos, no, no es eso. Ha sido lo más bonito que eres capaz de decirme en estas circunstancias.

Se tocó la frente ensangrentada con un dedo.

—¡Ay! ¡Qué daño!

—Ya te lo he dicho.

—Tendré que sellarlo. Y supongo que tú ya estarás al corriente de este otro talento que tenemos los enanos, ¿no?

—Por supuesto —respondió Artemis, tratando de contener la risa—. Lo he visto montones de veces.

—Lo dudo —gruñó Mantillo, arrancándose un pelo electrizado de la barbilla—, pero no tengo muchas opciones, ¿a que no? Con esa elfa de la PES roncando a pierna suelta, me parece que por ese lado no voy a obtener ninguna ayuda.

Artemis oyó un crujido en la maleza en la parte posterior de la jaula.

—Será mejor que te des prisa. Creo que el gorila está superando su miedo a los seres mágicos.

Haciendo una mueca de dolor, Mantillo introdujo el pelo de la barba en su herida. El pelo vivo se puso manos a la obra y empezó a zurcir la herida enérgicamente. A pesar de los gemidos y el dolor, Mantillo logró permanecer consciente.

Cuando el pelo hubo cumplido con su misión y la herida estuvo más cerrada y prieta que una mosca en una bola de telaraña, Mantillo se escupió en la mano y se restregó el pegote de escupitajo en la herida.

—Todo cerrado —anunció, y acto seguido, al ver el destello en los ojos de Artemis, añadió—: Que no se te ocurran ideas raras, Fangosillo, esto solo funciona con los enanos, y aún hay más, los pelos de la barba solo funcionan conmigo. Si te metes una de estas preciosidades en tu piel, lo único que conseguirás será una

infección.

El crujido en la maleza se hizo cada vez más intenso, y Artemis Fowl renunció a investigar el origen de aquel ruido, un hecho insólito en él.

—Ya va siendo hora de irnos. ¿Podrás sellar el túnel cuando salgamos al otro lado?

—Puedo dejar impracticable el camino, será coser y cantar. Aunque es preferible que vayas tú delante, hay mejores formas de morir que acabar enterrado vivo en... material reciclado, por decirlo de alguna manera. ¿Quieres que te lo explique con más detalle?

No hizo falta añadir ni una sola sílaba más. Artemis se introdujo de un salto en el agujero, agarró a Holly de los hombros y comenzó a arrastrarla por el túnel, dejando atrás los pegotes de saliva luminosa y dirigiéndose hacia la luz proverbial al final del túnel. Era como viajar por el espacio a través de la Vía Láctea.

Los sonidos de su propio cuerpo se amplificaban en aquel entorno: la respiración jadeante, las palpitaciones aceleradas del corazón, y las flexiones y los crujidos de los músculos y los tendones.

Holly se dejaba arrastrar fácilmente, y el roce del traje con aquella superficie áspera emitía un silbido que recordaba un nido de víboras. O puede que hubiese serpientes ahí abajo, teniendo en cuenta la suerte de Artemis hasta entonces.

«Intento hacer una buena obra, para variar —se recordó a sí mismo—, y así es como me lo recompensa el destino. La vida de delincuente era infinitamente más fácil».

El ruido de la superficie se veía amplificado por la acústica del túnel. Ahora el gorila parecía furioso. Artemis oía los golpetazos de los puños contra el pecho y sus resoplidos enfurecidos.

«Se acaba de dar cuenta de que lo han engañado».

Sus pensamientos teóricos se vieron interrumpidos por la súbita aparición de Mantillo en el túnel, con aquella venda de saliva en la frente, que proyectaba un resplandor como de zombi sobre su rostro.

—Viene el gorila —dijo mientras engullía bocanadas de aire a marchas forzadas—. Hay que irse pitando.

Artemis oyó dos ruidos sordos idénticos cuando el gorila aterrizó en el suelo del túnel. El enorme simio rugió con furia, desafiando a sus enemigos, y el sonido parecía aumentar en ferocidad con cada metro que avanzaba.

Holly lanzó un débil gemido y Artemis tiró con más fuerza de sus hombros. Mantillo engullía aire lo más rápido posible, empujando a Artemis y a Holly cada vez más adelante en el túnel. Todavía quedaban veinte metros; nunca lo conseguirían. El gorila estaba avanzando, destrozando con un manotazo cada pegote de saliva luminiscente a su paso y rugiendo con sed de sangre. Artemis estaba seguro de haber visto un destello de los dientes de la bestia.

El túnel parecía estremecerse con cada golpe, y grandes secciones se venían abajo cada vez. El barro y los escombros de rocas caían y rebotaban ruidosamente sobre la cabeza y hombros de Artemis, y en las cuencas de ojos de Holly cada vez se acumulaba más tierra.

Mantillo infló los carrillos y separó los labios la distancia imprescindible para poder hablar.

—Muy bien —dijo con voz de helio—. El depósito ya está lleno.

El enano cogió a Artemis y a Holly en sus corpulentos brazos de Popeye y, haciendo fuerza, soltó hasta la última burbuja de aire de su cuerpo. Como resultado, el chorro de gas propulsó al grupo a lo largo del resto del túnel. El trayecto fue corto, desagradable y confuso. A Artemis se le cortó la respiración y los dedos se le doblaron de tal manera que creía que se le iban a partir los huesos, pero no soltó a Holly.

No podía dejarla morir.

El desdichado gorila dio una vuelta de campana al recibir el impacto de aquel ciclón y retrocedió hacia atrás en el túnel como si estuviera atado a un cable elástico. Dio un chillido mientras se desplazaba por el aire, arañando la pared del túnel con sus garras.

Artemis, Holly y Mantillo salieron disparados por la boca del túnel y, una vez en la zanja de la superficie, siguieron dando botes y tumbos en una maraña de cuerpos y piernas. En el cielo, las estrellas viajaban a la velocidad de la luz y la luna era una mancha de luz amarilla.

Un viejo muro de la época de la hambruna irlandesa detuvo el avance del trío, y las piedras que lo componían se desmoronaron con el impacto de los tres cuerpos.

—Éste muro se ha mantenido en pie más de ciento cincuenta años —dijo Artemis, tosiendo—, y ahora llegamos nosotros y lo destruimos.

Permaneció tendido de espaldas, sintiéndose totalmente derrotado. Su madre iba a morir, y Holly no tardaría en odiarlo con toda su alma cuando supiese la verdad.

«Todo está perdido. No tengo ni idea de qué debo hacer». Entonces, una de las famosas torres de alta tensión de Rathdow apareció ante sus ojos o, mejor dicho, las figuras que estaban trepando por su escalera.

«El lémur se ha escapado —pensó Artemis—, y está escalando al lugar más alto posible».

Una tregua. Todavía tenía una oportunidad.

«Lo que necesito para salvar esta situación es un equipo completo de vigilancia y asalto de la PES. A lo mejor lo que haré será conseguir que Número Uno me envíe uno».

Artemis se desenredó de los demás y decidió que bajo la piedra angular de la torre sería un punto estratégico seguro. Fue apartando el resto de las piedras apiladas en lo alto, metió los dedos bajo la última roca y tiró de ella hacia arriba. La piedra salió fácilmente, pero debajo solo había gusanos y tierra húmeda, ningún paquete del futuro. Por alguna razón, ese truco en particular solo funcionaría una vez.

«Entonces, nada de ayuda. Tendré que apañármelas con lo que encuentre a mano».

Artemis volvió a donde Holly y Mantillo seguían tumbados en el suelo. Ambos estaban gimiendo.

—Creo que me he provocado una hernia al soltar toda esa ventolera —dijo Mantillo—. Había demasiado miedo en esa mezcla.

Artemis arrugó la nariz.

—¿Estarás bien?

—Dame un minuto y estaré lo bastante fuerte para cargar esa inmensa cantidad de oro que me has prometido.

Holly estaba grogui. Con los ojos entornados, las pestañas le batían mientras trataba de salir de su estado semicatatónico, y agitaba los brazos espasmódicamente como un pez fuera del agua. Artemis le comprobó rápidamente el pulso y la temperatura. Tenía un poco de fiebre, pero los latidos eran regulares.

Holly se estaba recuperando, aunque tendrían que transcurrir varios minutos para que pudiese controlar su mente o su cuerpo.

«Esto tendré que hacerlo yo solo —concluyó Artemis—. Sin Holly y sin Mayordomo».

Solo Artemis contra Artemis.

«Y con una omniherramienta, quizá», pensó, al tiempo que rebuscaba en el bolsillo de Holly.

Desde su construcción, las torres de alta tensión de Rathdown habían ocupado los titulares de los noticiarios irlandeses en numerosas ocasiones. Los ecologistas manifestaron sus enérgicas protestas argumentando que el aspecto de aquellas torres gigantescas estropeaba un valle que, por lo demás, era precioso, por no hablar de los posibles efectos nocivos que los cables de alta tensión sin aislar podrían tener sobre la salud de cualquier ser humano o animal que viviera debajo de su estructura. El Consejo de Electricidad Nacional había rebatido esos argumentos sosteniendo que los cables estaban demasiado altos para poder hacer daño a nada o nadie y que la construcción de torres más pequeñas estropearía diez veces más parajes como aquél.

Y así, media docena de aquellos gigantes metálicos tendían un puente sobre el valle de Rathdown, que alcanzaba una altura de cien metros en su punto más alto. Muchas veces, las bases de la torre se encontraban acordonadas por un corro de manifestantes, por lo que la compañía eléctrica había decidido efectuar el mantenimiento de las torres por helicóptero.

Ésa noche, mientras Artemis corría a través del prado iluminado por la luna, haciendo saltar gotas de rocío en forma de diamantes diminutos, no había manifestantes alrededor de las torres, pero sí habían dejado plantadas sus banderas como astronautas en la luna. Artemis sorteó zigzagueando aquella serie de obstáculos mientras estiraba el cuello hacia arriba para seguir el rastro a las figuras trepadoras.

En ese momento el lémur se encontraba en el cable, su silueta recortada contra el óvalo de la luna, correteando ágilmente por la línea metálica mientras el Artemis más joven y Mayordomo estaban parados sobre una pequeña plataforma situada en la base de la torre, incapaces de seguir avanzando y sin saber qué hacer.

«Por fin —pensó Artemis—, un golpe de suerte o dos».

El primer golpe era que el lémur todavía estaba libre, a su alcance. El segundo golpe era que su joven némesis había elegido perseguir al sifaka sedoso directamente por la misma torre que el animal estaba escalando, mientras que él tenía la posibilidad de subir por la torre adyacente, que resultaba ser la torre de servicio.

Artemis llegó a la base de la torre, cuyo acceso estaba protegido por una jaula para aislar el campo eléctrico. El pesado candado cedió al instante a la brusca sacudida de la omniherramienta, al igual que el armario de acero para guardar el equipo. En su interior había varias herramientas, walkietalkies y un traje de Faraday. Artemis se vistió con el pesado mono protector, introduciendo los dedos y meneándolos en el interior de los guantes incorporados, y metió su larga melena dentro de la capucha. La

vestimenta conductora, elaborada con un tejido constituido por hilos metálicos, debía cubrir la totalidad de su cuerpo para actuar como una jaula de Faraday protectora, porque de lo contrario no podría encaramarse a los cables sin quemarse hasta las cejas y acabar con su cerebro de genio criminal reducido a cenizas.

Más suerte: había una plataforma elevadora que podía subir por el lateral de la torre. Estaba bloqueada y solo funcionaba mediante un código de claves, pero las cerraduras se acobardaban en cuanto advertían la presencia de una omniherramienta, y un código no servía de gran cosa cuando tan solo era cuestión de desatornillar el panel de control y activar la polea manualmente.

Artemis se agarró con fuerza a la barandilla de seguridad mientras el diminuto elevador daba una sacudida y emprendía su chirriante ascenso hacia el cielo nocturno. El valle se extendía bajo sus pies, y un viento del oeste acariciaba las colinas y le arrancó un mechón de pelo del interior de la capucha. Artemis miró al norte, y por un delirante momento creyó ver las luces de la mansión Fowl.

«Mi madre está allí —pensó—. Enferma ahora y también en el futuro. A lo mejor puedo hablar con mi yo más joven y explicarle la situación».

Éste pensamiento era aún más delirante que el anterior. Artemis no se hacía ilusiones sobre cómo era él a los diez años: nunca confiaba del todo en nadie, salvo en sí mismo. Tampoco confiaba en sus padres, ni siquiera en Mayordomo. En cuanto le hablase de los viajes en el tiempo, su yo más joven ordenaría a su guardaespaldas que le disparase un dardo primero y ya le haría las preguntas luego.

Muchísimas preguntas, y durante mucho rato. No había tiempo para explicaciones ni discusiones. Tendría que ganar aquella batalla recurriendo al ingenio y a la astucia.

El elevador chirrió al alcanzar el tope de sus frenos, en lo alto de la torre. Había un cartel con una calavera y unos huesos cruzados colgado en la alargada puerta de seguridad. Aunque Artemis no hubiera sido un genio, habría resultado difícil malinterpretar aquel cartel, y por si acaso algún idiota integral lograba escalar a lo alto de la torre, había otro cartel con el dibujo de un monigote electrocutándose con la electricidad de una torre como aquélla, dibujada también. El esqueleto del monigote se veía perfectamente, como en unos rayos equis.

«Por lo visto, la electricidad es peligrosa», habría comentado Artemis si Mayordomo hubiera estado a su lado.

Había otra cerradura en la puerta de seguridad, que Artemis tardó en abrir más o menos el mismo tiempo que las dos primeras. Al otro lado de la puerta de seguridad



había una pequeña plataforma cubierta por una valla metálica, con dos cables de alta tensión zumbando justo debajo.

«Por esos cables circula medio millón de voltios —pensó Artemis—. Espero que no haya ningún roto en este traje».

Artemis se puso de cuclillas y examinó la totalidad del cable. El lémur había hecho una pausa a medio camino entre las dos torres y estaba hablando consigo mismo como si estuviera sopesando sus opciones. Por suerte para la pequeña criatura, solo estaba tocando un cable, por eso no le pasaba la corriente por el cuerpo. Si llegaba a apoyar aunque solo fuera un dedo del pie en el otro cable, la descarga lo haría saltar disparado treinta metros en el aire y estaría muerto antes de que dejara de girar.

En la otra torre, el Artemis más joven fruncía el ceño sin dejar de mirar al animal, mientras trataba simultáneamente de atraerlo de nuevo hacia sí con su bolsita de pasta.

«No te queda más opción que subirte a esos cables y traer al lémur tú mismo».

El traje aislante estaba equipado con todo lo necesario para desplazarse por los cables de alta tensión. Llevaba un arnés de seguridad alrededor de la cintura y un pararrayos en un bolsillo largo a la altura del muslo. Debajo de la plataforma había una pequeña vagoneta sobre unos raíles aislados que los ingenieros utilizaban para desplazarse manualmente entre las torres.

«Ahora la inteligencia no me va a servir de mucho —se dijo—. Lo que necesito es equilibrio».

Artemis lanzó un gemido: el equilibrio no era su fuerte.

Respirando hondo, se agachó y extrajo el pararrayos de su bolsillo. Prácticamente en cuanto sacó el objeto, unos chorros de chispas candentes saltaron de los cables eléctricos en contacto con el extremo de la barra. La corriente zumbó y silbó como una serpiente de neón.

«Estás igualando el voltaje, eso es todo. La electricidad no puede hacerte daño».

Puede que no, pero Artemis ya sentía cómo se le erizaba el vello de la nuca. ¿Eso era ansiedad o un par de voltios que se habían colado por algún sitio?

«No seas absurdo. Si hubiera un agujero, todos los voltios se te meterían por el cuerpo, no solo unos cuantos».

Artemis estaba vagamente familiarizado con la técnica para caminar sobre una cuerda floja, porque el servicio de radiotelevisión había emitido un especial sobre los temerarios que arriesgaban sus vidas para mantener encendidas las luces de Dublín. No se trataba tanto de caminar como de gatear. Los cables estaban extremadamente

tirantes y los ingenieros de mantenimiento iban sujetos a sus cables de seguridad, se subían a la vagoneta y luego accionaban la manivela hasta alcanzar el punto exacto donde debían efectuar las labores de reparación y mantenimiento.

Simple. En teoría. Para un profesional en una mañana tranquila.

Pero no era tan fácil para un aficionado en plena noche, cuando solo podía guiarse por la luz de las estrellas y el resplandor urbano de la cercana ciudad de Dublín.

Artemis enfundó su pararrayos y, con mucho cuidado, sujetó su arnés de seguridad a uno de los cables.

Contuvo la respiración, como si eso fuese a ayudarlo de alguna manera y apoyó las manos, enguantadas, sobre la vagoneta de metal.

«Todavía sigo vivo. Un buen comienzo».

Artemis avanzó unos centímetros, notando el calor que emitía el metal bajo sus torpes manos, hasta quedar completamente tumbado sobre la vagoneta con el cabestrante de doble empuñadura delante de la cara. Era una maniobra delicada, y habría sido imposible si los cables no hubiesen estado atados a intervalos regulares. Empezó a hacer girar el dispositivo y casi inmediatamente la tensión en sus brazos fue tremenda, al tiempo que movía el peso de su propio cuerpo.

«El gimnasio. Mayordomo, tenias razón. Haré pesas, lo que sea, pero que logre bajarme de aquí con el lémur a buen recaudo, por favor».

Artemis se deslizó hacia delante y sintió que los rieles raspaban el metal áspero de los cables, y el intenso chirrido le dio dentera e hizo que una serie continua de escalofríos le recorrieran la arqueada espina dorsal. El viento no soplaba con demasiada fuerza pero todavía amenazaba con tirarlo desde semejante altura, y el suelo le parecía otro planeta: lejano y nada atractivo.

Diez metros más adelante le dolían los brazos, y los adversarios se percataron de su presencia.

Una voz llegó flotando hasta él desde la otra torre.

—Te aconsejo que te quedes donde estás, jovencito. Si ese traje tiene aunque sea el más mínimo rasguño, un resbalón y esos cables te licuarán la piel y te derretirán los huesos.

Artemis frunció el ceño. «¿Jovencito?». ¿De verdad había sido tan repelente cuando tenía diez años?

¿Tan paternalista?

—Tardarías menos de un segundo en morir —continuó el Artemis de diez años—.

Pero lo bastante para sufrir una agonía mortal, ¿no te parece? Y todo para nada, porque el lémur, obviamente, volverá por este regalito.

Sí, desde luego, había sido un fanfarrón, además de repelente y paternalista.

Artemis decidió no responder, y concentró todas sus energías en seguir con vida y atraer al sifaka sedoso hacia sí. De sus vastos conocimientos sobre prácticamente cualquier materia, Artemis escogió el hecho de que a los simios más pequeños les tranquilizaban los ruidos ronroneantes. Gracias, Jane Goodall.

Así que empezó a ronronear, para gran regocijo de su yo más joven.

—¿Oyes ese ruido, Mayordomo? Hay un gato en el cable, un enorme gato callejero, diría yo. A lo mejor deberías lanzarle un pescado.

Pero aquel tono burlón dejaba traslucir una buena dosis de nerviosismo: el joven Artemis sabía exactamente lo que estaba pasando.

Unos cuantos ronroneos más y parecía que la cosa empezaba a surtir efecto: el fantasmal sifaka dio unos cuantos pasos vacilantes en dirección al Artemis más viejo, con los ojos negros, redondos y brillantes reluciendo con la luz de las estrellas y acaso con curiosidad.

«Holly estaría orgullosa. Estoy hablándole a un animal».

Incluso mientras ronroneaba, Artemis se estremecía al pensar en lo absurdo de la situación. Era un melodrama típico de los Fowl: dos partes enfrentadas a la caza de un lémur sobre las líneas de tensión eléctrica más altas de Irlanda.

Artemis desplazó la mirada por la hondonada de cables hasta la otra torre, donde estaba Mayordomo, con la parte inferior de su chaqueta aleteándole a la altura de las caderas. El guardaespaldas inclinó el cuerpo hacia delante, hacia el viento, y la intensidad de su mirada pareció perforar la oscuridad y penetrar en el cuerpo del viejo Artemis como un láser.

«Echo de menos a mi guardaespaldas», pensó Artemis.

El lémur se acercó correteando hacia él, alentado por el ronroneo y puede que hasta engañado por el traje de color gris acerado.

«Eso es. Soy otro lémur».

Los brazos de Artemis temblaban por el esfuerzo de tener que hacer girar las empuñaduras en un ángulo tan extraño. Tenía todos los músculos del cuerpo en máxima tensión, incluyendo varios que no había utilizado nunca. Ya estaba mareado de tanto mantener el equilibrio.

«Todo esto y encima imitar a animales».

Un metro. Ésa era la distancia entre Artemis y el lémur. No había más burlas procedentes del otro lado: Artemis levantó la vista y vio que su némesis tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente.

Estaba intentando pensar en algún plan.

El lémur saltó en lo alto de la vagoneta de servicio y tocó la mano enguantada de Artemis con aire vacilante. Contacto. Artemis permaneció completamente inmóvil, salvo por los labios, que seguían emitiendo un suave ronroneo.

«Eso es, amiguito. Súbete a mi brazo».

Artemis miró a los ojos del lémur y, acaso por primera vez, se dio cuenta de que el animal tenía emociones. Había miedo en esos ojos, pero también una confianza maliciosa.

«¿Cómo pude venderte a esos tarados?», se preguntó.

El lémur se confió repentinamente y se subió correteando al hombro de Artemis. Parecía satisfecho de encaramarse ahí mientras Artemis lo transportaba de nuevo a la torre de servicio.

Mientras Artemis retrocedía, mantenía la mirada fija en su yo más joven. No iba a tolerar la derrota así como así, tan alegremente. Ninguno de los dos lo haría. De pronto, el Artemis más joven abrió los ojos y se encontró con la mirada de su enemigo.

—Dispara al animal —ordenó fríamente.

Mayordomo estaba sorprendido.

—¿Que le dispare al mono?

—Es un... no importa. Tú dispárale y punto. El hombre está protegido por su traje, pero el lémur es un objetivo fácil.

—Pero la caída...

—Si muere, muere. No pienso dejar que nadie frustré mis planes, Mayordomo. Si no puedo tener a ese lémur, entonces nadie lo tendrá.

Mayordomo frunció el ceño. Matar animales no estaba entre los cometidos de su trabajo, pero sabía por experiencia que no tenía ningún sentido discutir con su joven protegido. En cualquier caso, era un poco tarde para protestar ahora, encaramado en lo alto de una torre. Debería haberse mostrado más enérgico antes.

—Cuando estés listo, Mayordomo. No vas a volver a tener al objetivo más cerca que ahora.

Arriba en los cables, el Artemis mayor apenas podía dar crédito a lo que estaba

oyendo.

Mayordomo había desenfundado su pistola y estaba encaramándose a la barandilla para conseguir un mejor tiro.

Artemis no tenía intención de hablar, pues la interacción con su yo más joven podía tener repercusiones muy graves para el futuro, pero las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas.

—Quieto, no sabes con quién te las vas a ver.

«Vaya, qué ironía...».

—Hombre, pero si sabe hablar... —dijo el Artemis joven desde el otro lado de la sima—. Qué suerte que podamos comunicarnos y entendernos mutuamente. Bien, pues a ver si entiendes esto, extraño, O consigo ese sifaka sedoso o morirá. No te equivoques.

—No puedes hacer eso. Hay demasiado en juego.

—Tengo que hacerlo. No tengo elección. Y ahora, envía al animal hacia aquí o Mayordomo disparará.

Durante todo el intercambio, el lémur permaneció encaramado a la cabeza del Artemis de catorce años, rascando las costuras de su capucha.

Y así, los dos jóvenes que en realidad eran uno solo se miraron a los ojos durante un momento eterno embargado de tensión.

«Habría sido capaz de hacerlo», pensó el Artemis mayor, horrorizado por la cruel determinación en sus propios ojos azules.

Y entonces, con sumo cuidado, alzó una mano y se arrancó al sifaka sedoso de la cabeza.

—Tienes que volver —le dijo en voz baja—. Vuelve a por ese regalito tan succulento. Y yo que tú no me despegaría del humano grandote. El pequeño no es muy agradable.

El lémur alargó la pata y le dio un pellizco a Artemis en la nariz, tal como habría hecho Beckett tal vez, y luego se dio media vuelta y se alejó trotando a lo largo del cable hacia Mayordomo, olisqueando el aire con la nariz, ensanchando el hocico a medida que detectaba el aroma dulzón de la bolsa de Artemis.

Al cabo de escasos segundos, se acurrucó en el hueco del codo del Artemis más joven y sumergió los largos dedos en la savia con satisfacción. Las facciones del niño se iluminaron con SU victoria.

—Ahora —dijo—, creo que lo mejor será que te quedes exactamente donde estás

hasta que nos hayamos ido. Creo que quince minutos estaría bien. Después, te aconsejo que desaparezcas y que te consideres afortunado por que no le haya ordenado a Mayordomo que te sede. Recuerda el dolor que sientes en estos momentos, el dolor de la derrota y la desesperación absolutas. Y, si alguna vez se te ocurre volver a interponerte en mi camino, busca ese dolor entre tus recuerdos y quizá te lo pienses dos veces.

El Artemis más viejo se vio obligado a ver cómo Mayordomo metía al lémur en una bolsa de lona, y el chico y el guardaespaldas iniciaban su descenso por la escalera de servicio. Al cabo de varios minutos, los faros del Bentley horadaron la oscuridad mientras el coche se alejaba de Rathdown Park y se dirigía a la autopista. Directamente al aeropuerto, sin duda.

Artemis levantó los brazos y agarró las empuñaduras. Todavía no había sido derrotado, ni mucho menos. Tenía la intención de volver a interponerse en el camino de su yo de diez años lo antes posible. Si acaso, el discurso burlón del chico no había hecho sino alimentar aún más su determinación.

«¿Que recuerde el dolor? —pensó Artemis—. Me odio a mí mismo. Con toda mi alma».

# CAPÍTULO VIII

## UN PEGOTE DE FLEMA



PARA cuando Artemis llegó al pie de la torre, Holly había desaparecido. El la había dejado junto a la boca del túnel, pero allí no había nada más que barro y huellas.

«Huellas —pensó—. Y ahora supongo que lo que tengo que hacer es seguir el rastro de Holly. Tengo que leer *El último mohicano*, de verdad».

—No te molestes en seguir esas huellas —dijo una voz desde la zanja—. Es un rastro falso. Lo he dejado por si al humano grandote le daba por llevarse a nuestra amiga de la PES para zampársela o algo.

—Buena idea —lo felicitó Artemis, tratando de atisbar entre el follaje. Una sombra greñuda se levantó de un montículo y se convirtió en Mantillo Mandíbulas—. Pero ¿por qué te has molestado? Creía que los de la PES eran tus enemigos.

Mantillo lo señaló con un dedo rechoncho y cubierto de fango.

—Tú eres mi enemigo, humano. Tú eres el enemigo del planeta.

—Y aun así estás dispuesto a ayudarme a cambio del oro.

—Una formidable cantidad de oro —dijo Mantillo—. Y posiblemente también un poco de pollo frito. Con salsa barbacoa y una Pepsi grande. Y tal vez más pollo.

—¿Es que tienes hambre?

—Siempre, un enano no se alimenta solo a base de tierra.

Artemis no sabía si reír o llorar. A Mantillo siempre le costaba comprender la gravedad de la situación, o tal vez le gustaba dar esa impresión.

—¿Dónde está Holly?

El enano señaló con la cabeza hacia un montículo de tierra en forma de tumba.

—He enterrado a la capitana. Estaba gimiendo y armando mucho alboroto: que si Arty esto y que si Arty lo otro. Y también no sé qué de una madre...

¿Enterrada? Holly era claustrofóbica.

Artemis se hincó de rodillas en el suelo y se puso a escarbar la tierra del montículo con sus propias manos. Mantillo lo dejó hacer un minuto, y luego lanzó un suspiro melodramático.

—Déjame hacer eso a mí, Fangosillo. O te tirarás toda la noche.

Se acercó y, como si tal cosa, metió la mano en el montículo, mordiéndose el labio mientras buscaba un punto específico.

—Bueno, pues ya lo tenemos —gruñó el enano, al tiempo que extraía una rama corta. El montículo vibró y luego se derrumbó en pequeños montones de guijarros y arcilla. Holly estaba ilesa debajo.

—Es una estructura muy compleja llamada Na-na —explicó Mantillo, blandiendo la ramita.

—¿Y por qué se llama Na-na?

—Por lo de «Na-na-na-na-na-na, ¿a que no me ves?» —respondió el enano, dándose unas palmadas en la rodilla. Luego se tronchó de la risa.

Artemis frunció el ceño, zarandeando a Holly por los hombros con suavidad.

—Holly, ¿me oyes?

La elfa abrió unos ojos vidriosos y desenfocados, que daban vueltas mirando a todas partes, hasta que al final centró la vista.

—Artemis, yo... ¡Oh, dioses...!

—No pasa nada. No tengo el lémur... Bueno, en realidad, sí lo tengo. Mi otro yo, pero no te preocupes, sé lo que hay que hacer.

Holly se pellizcó las mejillas con dedos delicados.

—Yo... quiero decir... ¡Oh, dioses, creo que te he besado!

Artemis sintió un martilleo en la cabeza, y los ojos disparejos de Holly parecieron hipnotizarlo.

Todavía tenía un ojo azul, a pesar de que su cuerpo había rejuvenecido en el túnel. Otra paradoja. Pero, aunque Artemis se sentía como hipnotizado y hasta un poco aturdido, sabía que no estaba bajo los efectos de un *encanta*. La magia de las Criaturas no tenía nada que ver en todo aquello.

Artemis observó aquellos ojos de elfa y en ese instante supo que aquella Holly más joven y, de algún modo, más vulnerable, sentía exactamente lo mismo que él en aquel embrollo de tiempo y espacio.

«Después de todo lo que hemos pasado juntos. O tal vez precisamente por eso».

Un recuerdo vino a hacer trizas la magia del momento, como una piedra que rompe una tela de araña.

«Le mentí».

Artemis se tambaleó hacia atrás por la fuerza de aquel pensamiento.

«Holly cree que fue ella la que infectó a mi madre. Yo la chantajeé».



Supo de inmediato que no había forma posible de remediar un hecho tan brutal. Si confesaba, ella lo odiaría, y si no lo hacía, se odiaría a sí mismo.

«Tiene que haber algo que pueda hacer».

Pero no se le ocurría nada.

«Necesito pensar».

Artemis tomó a Holly de la mano y el codo y la ayudó a ponerse de pie y salir de aquel agujero que parecía una tumba.

—He vuelto a nacer —bromeó ella, y acto seguido le dio un puñetazo en el hombro a Mantillo.

—¡Ay! ¿Por qué siempre, señorita, vos me atormentáis?

—No me cites a Gerd Flambough, Mantillo Mandíbulas. No tenías ninguna necesidad de enterrarme. Habría bastado con ponerme una simple hoja algo grande en la boca.

Mantillo se frotó el hombro.

—Una hoja no tiene el mismo mérito: ¿Acaso tengo pinta de ser uno de esos amigos de los helechos? Yo soy un enano, y a nosotros lo que nos va es el barro.

Artemis se alegró del pequeño pique entre ambos; al menos así tuvo tiempo de serenarse un poco.

«Olvídate de tu confusión adolescente por Holly. Recuerda a madre languideciendo en la cama. Nos quedan menos de tres días».

—Muy bien, camaradas —dijo con una jovialidad forzada—. A mover esos músculos, tal como diría un viejo amigo mío. Tenemos que atrapar a un lémur.

—¿Y mi oro? —preguntó Mantillo.

—Te lo diré de la forma más sencilla posible: si no hay lémur, no hay oro.

Mantillo tamborileó con sus ocho dedos en sus labios, y los pelos de su barba comenzaron a vibrar como los tentáculos de una anémona de mar. Estaba pensando.

—¿Cuánto es exactamente «una cantidad formidable»? En términos de cubos, me refiero.

—¿Cuántos cubos tienes?

Mantillo se tomó aquella pregunta en serio.

—Tengo un montón de cubos. Pero la mayoría de ellos están llenos de cosas. Aunque supongo que podría vaciarlos.

Artemis casi hizo rechinar sus dientes.

—Era una pregunta retórica, Mantillo. Muchos cubos. Todos los que tú quieras.

—Pues, si quieres que continúe adelante con este tema del mono, necesito alguna clase de anticipo. Una especie de fianza de buena fe.

Artemis se dio unas palmaditas en los bolsillos vacíos. No tenía nada.

Holly se ajustó la peluca plateada.

—Tengo algo para ti, Mantillo Mandíbulas. Algo mejor que una formidable cantidad de oro. Seis cifras, que te revelaré cuando lleguemos allí.

—¿Cuándo lleguemos adónde? —preguntó Mantillo, que sospechaba que Holly estaba exagerando el tono.

—Al almacén del equipo de la PES en Tara.

Los ojos de Mantillo brillaron con las imágenes de los esquíes de cielo y burbujas de inmersión, cubos de láser y lucrativos dispositivos al vacío. El premio gordo. Llevaba años intentando robar uno de los almacenes del equipo de la PES.

—¿Y podré quedarme con todo lo que yo quiera?

—Con todo lo que puedas cargar en un carrito volador. Solo un carrito.

Mantillo se escupió un pegote jaspeado de flema en la palma de la mano.

—Choca esa —dijo.

Artemis y Holly se miraron el uno al otro.

—Es tu almacén —dijo Artemis, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Es tu misión —repuso Holly.

—Yo no me sé la combinación.

Y luego la elfa jugó su baza.

—Estamos aquí por tu madre.

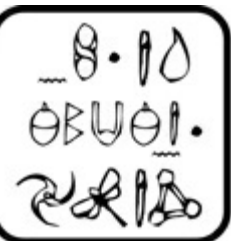
Artemis sonrió con tristeza.

—Capitana Canija, te estás volviendo casi tan mala como yo —dijo, y selló el trato con un pegajoso apretón de manos.

# CAPÍTULO IX

## EL PRÍNCIPE SAPO

### LEARJET DE LOS FOWL, ESPACIO AÉREO DE BÉLGICA



EL JOVEN Artemis hizo una videollamada desde su Powerbook a la antigua ciudad de Fez, en Marruecos. Mientras esperaba la conexión, Artemis se preguntó si realmente era necesario hacer aquel viaje intercontinental. Incluso Casablanca habría sido más conveniente. En Marruecos ya hacía suficiente calor como para encima tener que atravesar el país en coche hasta Fez.

En la pantalla, se abrió una ventana en la que apenas cabía la enorme cabeza del doctor Damon Kronski, uno de los hombres más odiados del mundo, pero también de los más admirados en determinados círculos. Damon Kronski era el presidente de la Organización Antiecológica.

O, tal como afirmó el propio Kronski en una de sus entrevistas más famosas: «Los antiecológicos no son solo una organización: somos una religión». La frase no le hizo ganarse las simpatías de las iglesias pacifistas del mundo, precisamente.

La entrevista había circulado durante meses en los Sitios de noticias de Internet y volvían a emitirla cada vez que los antiecológicos acaparaban los titulares. Artemis la había visto esa misma mañana y sintió repulsión por el hombre con el que estaba a punto de hacer negocios.

«Estoy nadando con tiburones —advirtió—. Y a punto de convertirme en uno de ellos».

Damon Kronski era un hombre enorme cuya cabeza iniciaba la pendiente hacia los hombros justo debajo de las orejas. Tenía la piel traslúcida y el cabello pelirrojo muy claro, con la cara llena de pecas diminutas, y llevaba unas gafas de sol de color violeta que se sujetaban en su sitio por medio de los pliegues de la frente y las mejillas. Su sonrisa era amplia, brillante y falsa.

—Pequeño Ah-temis Fowl —dijo, con un marcado acento de Nueva Orleans—. ¿Has encontrado ya a tu papaíto?

Artemis agarró con fuerza el brazo de su asiento, apretando las marcas del cuero,

pero su sonrisa era tan brillante y falsa Como la de Kronski.

—No. Todavía no.

—Vaya, es una pena. Si puedo hacer cualquier cosa, lo *que* sea, házselo saber a tu tío Damon.

Artemis dudaba que con aquella actuación el amable tío Kronskj fuese capaz de engañar ni a un borracho idiota. Aunque tal vez lo hiciese a propósito.

—Gracias por la oferta. En unas pocas horas es posible podamos ayudarnos mutuamente.

Kronski se puso a aplaudir con entusiasmo.

—Has localizado a mi sifaka sedoso.

—Sí, lo tengo. Un buen espécimen. Macho. Tres años de edad. Más de un metro de longitud de la cabeza a la cola. Fácilmente cualquiera pagaría hasta cien mil.

Kronski fingió sorpresa.

—¿Cien? ¿Realmente dijimos cien mil euros? Artemis lo miró con ojos de acero.

—Sabe usted que sí, doctor. Más los gastos. El combustible para el jet no es barato, como usted bien sabe. Me gustaría que lo confirmase, o tendré que dar media vuelta con este avión.

Kronski se inclinó hacia la cámara, y su rostro englobó toda la pantalla.

—Por lo general, sé juzgar a la gente, Ah-temis —dijo—. Sé de lo que la gente es capaz. Pero contigo... no tengo ni idea de lo que serías capaz de hacer. Creo que es porque aún no sabes cuáles son tus límites. —Kronski volvió a recostarse en su asiento y el cuero crujió bajo el peso de su cuerpo—. Entonces, muy bien. Cien mil euros, tal como acordamos. Pero te haré una advertencia...

—¿Sí-í? —dijo Artemis, convirtiendo el monosílabo en dos sílabas, al estilo de Nueva Orleans, para demostrarle que no se dejaba intimidar.

—Si pierdes mi lémur, a mi pequeño sedoso, más te vale que estés dispuesto a cubrir tú mis «gastos». Ya está todo listo para el congreso y el juicio, y a mis amigos no les gusta que los defrauden.

La palabra «gastos» sonaba mucho más siniestra en labios de Kronskj.

—No se preocupe —repuso Artemis—. Tendrá su lémur. Ocúpese de tener listo mi dinero.

Kronski abrió los brazos.

—Tengo aquí ríos de oro, Ah-temis. Tengo montañas de diamantes. Lo único que no tengo es un lémur sifaka sedoso. Así que date prisa en venir aquí, muchacho, y haz

mi dicha y mi vida completas.

Y colgó, un segundo antes de que Artemis pudiera hacer clic en el botón de finalizar la llamada.

«Psicológicamente, eso pone a Kronski al frente de la situación —pensó Artemis—. Tengo que aprender a ser más rápido con el ratón».

Cerró la tapa del Powerbook y reclinó su asiento. Fuera, en el cielo, la luz del sol atravesaba con sus rayos abrasadores la parte inferior de las capas de neblina, y las estelas de los distintos jets trazaban dibujos intermitentes en el cielo.

«Aún estamos en el ajetreado tráfico aéreo, pero no será por mucho tiempo. Una vez que llegemos a África, las estelas de jet disminuirán considerablemente. Solo necesito unas pocas horas de sueño. Mañana será un día largo y desagradable».

Frunció el ceño.

«Desagradable, sí, pero necesario».

Artemis pulsó el botón para reclinar el asiento y cerró los ojos. La mayoría de los niños de su edad estaban intercambiándose cromos de fútbol o desgastándose los pulgares en las consolas de los videojuegos. Él, en cambio, se encontraba en un jet a seis mil metros de altura por encima de Europa, planeando la extinción de una especie con un antiecológico chiflado.

«Tal vez soy demasiado joven para todo esto».

La edad era irrelevante. Sin su iniciativa, Artemis Fowl padre desaparecería para siempre en Rusia, y eso, sencillamente, no iba a suceder.

Oyó la voz de Mayordomo a través del intercomunicador del jet.

—Por aquí todo en orden, Artemis. Una vez que salgamos al Mediterráneo, activaré el piloto automático durante una hora e intentaré ir más despacio...

Artemis se quedó mirando el altavoz: intuía que Mayordomo quería decirle algo más, pero no oyó más que interferencias y el pitido de los instrumentos por un momento, y entonces...

—Hoy, Artemis, cuando me has dicho que disparara al lémur, te estabas marcando un farol, ¿no?

No hablabas en serio, ¿no es cierto?

—No era ningún farol —dijo Artemis, con la voz firme—. Haré todo lo que haga falta.

TERMINAL DE LANZADERAS DE TARA, IRLANDA

El acceso a la terminal de lanzaderas de Tara estaba obstaculizado por varias puertas de acero, escáneres y diversos códigos, cerraduras biorresistentes y un sistema de vigilancia a la entrada con un alcance de ciento sesenta grados, obstáculos mucho más fáciles de describir que de sortear. Por supuesto, todo esto sí se podía burlar si se conocía una entrada secreta.

—¿Y vosotros cómo sabéis que conozco una entrada secreta? —preguntó Mantillo, haciendo pucheros.

Como respuesta, Artemis y Holly se limitaron a mirarlo, como si fuera idiota, a la espera a que lo dedujera él solito.

—Maldito viaje en el tiempo —murmuró el enano—. Os lo conté todo sobre mí, ¿verdad?

—Lo harás —le confirmó Holly—. Y no sé por qué te enfadas tanto por eso. No te puedo denunciar ni nada parecido.

—Es cierto —admitió Mantillo—. Y está lo de ese maravilloso botín.

Los tres se hallaban en el interior de un Mini Cooper robado, al otro lado de la valla de la granja McGraney, debajo de la que se ocultaba la terminal de lanzaderas de Tara: diez mil metros cúbicos de terminal ocultos por una granja lechera. Los primeros rayos del alba estaban diluyendo la oscuridad y las borrosas siluetas de vacas pastando en el prado. Uno o dos años más tarde, Tara se convertiría en un bullicioso centro turístico para las Criaturas, pero de momento se habían interrumpido todas las visitas turísticas a causa del brote de maletropía.

Mantillo miró con recelo al animal más cercano a través de la ventanilla trasera.

—¿Sabéis una cosa? Estoy un pelín hambriento. No podría comerme una vaca entera, pero sería capaz de hincarle el diente a alguna.

—Atención: Mantillo Mandíbulas tiene hambre. Eso sí que es una novedad —comentó Artemis secamente. Abrió la puerta del conductor y plantó el pie en la parcela de hierba. Una leve bruma le golpeó el rostro, y el olor nítido del aire de campo le recorrió el cuerpo como un estimulante.

—Tenemos que ponernos en marcha. No me cabe duda de que el lémur está ya a seis mil metros de altitud.

—Es que es un lémur muy ágil —bromeó el enano. Se pasó al asiento delantero y salió al campo.

»Buena arcilla —comentó, dando un lametón a la tierra—. Sabe a pingües beneficios.

Holly se bajó del asiento del pasajero y le dio una patada en el trasero a Mantillo con su mocasín.

—Pues no habrá ningún beneficio para ti si no podemos entrar en la terminal sin que nos vea nadie.

El enano se levantó.

—Creía que se suponía que éramos amigos. Basta ya de pataditas y empujones, ¿no? ¿Siempre eres tan agresiva?

—¿Puedes hacerlo o no?

—Pues claro que puedo. Ya os lo he dicho, ¿no? Llevo años merodeando por esta terminal. Desde que mi primo...

Artemis interrumpió la conversación.

—Desde que tu primo... Nord, si no recuerdo mal... desde que Nord fue arrestado por cargos de contaminación y tú lo sacaste de la trena. Ya lo sabemos. Lo sabemos todo de ti. Y ahora, sigamos con el plan.

Mantillo le dio la espalda a Artemis y empezó a desabrocharse la culera de los pantalones como si tal cosa. Ésa acción se hallaba entre los peores insultos del arsenal de un enano, superada únicamente por lo que vulgarmente se conoce como la Tuba, que implica una limpieza de las tuberías en dirección a alguien. Ha habido guerras por culpa de la Tuba.

—Ya sigo, jefe. Permaneced aquí durante quince minutos y luego dirigíos a la entrada principal.

Me gustaría llevaros conmigo, pero este túnel es demasiado largo para aguantar según qué cosas, ya sabéis a qué me refiero... —Se detuvo para hacer un guiño—. Y si estáis demasiado cerca, lo sabréis por experiencia propia.

Artemis sonrió, sin dejar de apretar los dientes.

—Muy bien. Muy divertido. Quince minutos entonces, señor Mandíbulas. El reloj empieza a hacer tictac.

—¿Tictac? —exclamó Mantillo—. Los relojes de los seres mágicos hace siglos que no hacen tictac.

Luego se desencajó la mandíbula y saltó, con sorprendente agilidad, antes de zambullirse en la tierra como un delfín en una ola, pero sin su alegre disposición de ánimo ni su simpática sonrisa.

Aunque Artemis le había visto hacer eso mismo una docena de veces, no pudo evitar sentirse impresionado de todos modos.

—¿Qué especie tan fascinante! —comentó—. Si pudieran apartar la cabeza del estómago aunque solo fuese unos minutos, podrían dominar el mundo.

Holly se encaramó al capó del coche y apoyó la espalda en el parabrisas, sintiendo el calor del sol en las mejillas.

—Tal vez no quieren dominar el mundo. Tal vez seas solo tú, Arty.

«Arty».

Artemis sintió cómo su complejo de culpa le corroía las entrañas. Miró las hermosas facciones de Holly, ya tan familiares, y se dio cuenta de que no podía seguir mintiéndole.

—Es una pena que tuviéramos que robar este coche —continuó Holly, con los ojos cerrados—. Pero la nota que dejamos estaba lo suficientemente clara. El propietario debería encontrarlo sin problemas.

Artemis no se sentía tan mal por el coche. Había cargas mucho más pesadas en su conciencia.

—Sí, el coche —dijo, con aire ausente.

«Necesito decírselo. Tengo que decírselo».

Artemis apoyó un pie sobre el neumático delantero del Mini y se encaramó al capó, junto a Holly.

Se sentó allí unos minutos, concentrándose en la sensación. Almacenándola en su memoria.

Holly lo miró, allí sentado junto a ella.

—Siento lo de antes. Ya sabes, eso.

—¿El beso?

Holly cerró los ojos.

—Sí. No sé lo que me pasa. Ni siquiera somos de la misma especie. Y, cuando volvamos, seremos nosotros mismos otra vez. —Holly se tapó la cara con la mano que le quedaba libre—. ¿Me oyes? Estoy balbuceando. La primera capitana en la historia de la PES. Ése túnel del tiempo ha acabado convirtiéndome de nuevo en lo que se suele llamar una adolescente.

Era cierto. Holly era diferente, el túnel del tiempo los había acercado.

—¿Y qué pasaría si me quedo así para siempre? Eso no sería tan malo, ¿no?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos. Una pregunta cargada de inseguridad y esperanza.

«Si respondes a esa pregunta, será lo peor que habrás hecho nunca».



—No fuiste tú, Holly —soltó Artemis, con la frente ardiendo y su calma hecha pedazos.

A Holly se le congeló la sonrisa que seguía dibujada en sus labios, aunque desconcertada.

—Que no fui yo, ¿qué?

—Tú no infectaste a mi madre. Yo lo hice. Era yo. Me sobraron algunas chispas del túnel e hice que mis padres olvidaran que estuve desaparecido tres años.

La sonrisa de Holly se había esfumado.

—Así que yo no... pero tú dijiste...

Se detuvo en mitad de la frase, y la verdad se extendió por la expresión de su cara como una enfermedad.

Artemis siguió hablando, decidido a darle una explicación.

—Tuve que hacerlo, Holly. Mi madre se está muriendo..., se estará muriendo. Necesitaba estar seguro de que ibas a ayudarme... Por favor, entiéndelo...

Se fue quedando sin palabras, al darse cuenta de que no había explicación para sus actos.

Artemis le dio unos minutos a Holly para enfurecerse y luego siguió hablando.

—Si hubiera tenido alternativa, Holly, créeme...

No obtuvo ninguna reacción. La cara de Holly era una estatua de piedra.

—Por favor, Holly. Di algo.

Holly se deslizó por el capó y plantó los pies con firmeza en la tierra.

—Ya han pasado quince minutos —dijo—. Es hora de ponerse manos a la obra.

Atravesó la finca de los McGraney sin echar la vista atrás, dejando pisadas gemelas en la hierba verde oscuro. La luz del alba brillaba en cada brizna, y al pasar, Holly fue dejando una estela progresiva de luz brillante en el prado.

«Estupendo —pensó Artemis—. La he perdido».

No le quedaba más opción que echar a andar penosamente tras ella.

Mantillo Mandíbulas los esperaba dentro del arbusto holográfico en la entrada oculta de la terminal de lanzaderas. A pesar del grosor de la capa de barro, se veía perfectamente su expresión de suficiencia.

—No vas a necesitar ninguna omniherramienta, capitana —afirmó—. He abierto la puerta yo solito.

Holly estaba más que sorprendida. La puerta principal de la terminal de lanzaderas

necesitaba un código de veinte dígitos, además de un escaneo de la palma de la mano, y la elfa sabía que Mantillo era tan hábil con los dispositivos tecnológicos como un gusano apestoso. Aunque no es que no se sintiera aliviada: había previsto que tardarían treinta minutos en restablecer el registro una vez que hubiera abierto la puerta ella misma.

—Así que... dime.

Mantillo señaló el pasillo hacia las escaleras mecánicas subterráneas. Había una pequeña figura con los brazos y las piernas extendidos sobre la pista, con la cabeza recubierta de un pegote de saliva de enano reluciente.

—El comandante Remo y su equipo han despejado la zona. Solo queda un guardia de seguridad.

Holly asintió. Ella ya sabía que Julius Remo se había ido. Estaba de vuelta en Ciudad Refugio esperando su informe sobre Hamburgo.

—Éste estaba patrullando la zona cuando acabé de hacer el túnel, de manera que lo cogí y le lancé un lametón de saliva de enano. Todo el mundo reacciona de manera diferente a la flema de enano. Ése duendecillo trató de escapar. Golpeó el sensor, cayó de bruces y luego se tambaleó un poco antes de que el sedante hiciera efecto.

Artemis avanzó hacia el túnel de acceso.

—Tal vez nuestra suerte está cambiando por fin —dijo, seguro de que Holly le clavaba puñales con la mirada a su espalda.

—Es una lástima que Remo no haya abierto el almacén —suspiró Mantillo—. Entonces os podría haber traicionado y haberme largado ya con la lanzadera.

Artemis se quedó paralizado.

—¿Lanzadera? —Se atrevió a enfrentarse a la mirada hostil de Holly para hacerle una pregunta—. Una lanzadera, Holly. ¿Crees que aún podría adelantar a mi yo más joven para llegar a Marruecos?

Los ojos de Holly eran inexpresivos, y su tono era neutro.

—Es posible. Depende de cuánto tiempo tarde en borrar nuestro rastro.

La lanzadera era lo que los pilotos de la PES llamarían una Solosir: «Solo sirve de chatarra o para acabar fundida en el vertedero del reciclaje». Mayordomo, como Artemis sabía, habría sido un poco menos eufemístico al valorar el vehículo.

Hasta oía la voz del enorme guardaespaldas en su cabeza: «He pilotado algunos cacharros en mi vida, Artemis. Pero esta cafetera parece...».

—... parece salida de la Edad de Piedra —murmuró Artemis, y luego se rio con tristeza.

—¿Otra broma, Fangoso? —preguntó Holly—. Hoy estás realmente ocurrente. ¿De qué se trata esta vez? ¿Le has dicho a algún pobre desgraciado bonachón que ha sido el causante de una epidemia?

Artemis dejó caer la cabeza con aire cansino. Aquello podía durar años.

Mantillo se había tropezado con la lanzadera cuando había hecho el túnel y había chocado con una lámina de metal que sobresalía de la pared de un túnel de servicio. Sabía que el panel estaría suelto, porque había utilizado aquel punto de entrada en visitas anteriores.

La lanzadera se encontraba en lo alto de unos bloques y debajo de una lona, así que Mantillo no había podido resistir la tentación de echar un vistazo y... ¡voilà! Quién lo iba a decir: una lanzadera tuneladora, a punto para una reparación. El vehículo ideal para desplazarse por la red de túneles de acceso subterráneo de las Criaturas. A Holly le resultó fácil dar marcha atrás con la traqueteante lanzadera por el monorraíl hasta la escotilla de acceso al túnel.

Mientras tanto, Artemis había estado borrando su rastro, eliminando todas las huellas de su visita a la terminal de lanzaderas: cambiando los cristales de vídeo y reemplazando el tiempo perdido con bucles.

No podía hacer gran cosa respecto al duendecillo inconsciente o al cargamento de hardware de la PES que ellos mismos se habían agenciado del almacén, pero Mantillo no había tenido ningún problema en llevarse él solito todo el mérito de ese robo.

—Eh, que soy el enemigo público número uno —había dicho—. No es que pueda escalar más puestos en esa lista.

De modo que en esos momentos estaban sentados en el interior de la tuneladora, que, colocada sobre una plataforma de lanzamiento, se recargaba con un poco de combustible del muelle de acoplamiento antes de salir disparada hacia el abismo. Holly se hallaba enfrascada en la tarea de falsificar un informe para las autoridades del túnel.

—Estoy diciéndoles que la pala de esta tuneladora está en proceso de reparación por un procedimiento rutinario y que la nave ha sido solicitada por la terminal de lanzaderas del norte de África para realizar unos trabajos de desatascamiento arterial. Es un vuelo automático, por lo que no buscarán personal a bordo.

Artemis había decidido que iba a tratar por todos los medios de que aquella misión tuviera éxito, a pesar de los puentes que había quemado. Por lo tanto, si tenía que hacer una pregunta, la haría.

—¿Funcionará?

Holly se encogió de hombros.

—Lo dudo. Probablemente habrá un misil inteligente esperándonos al otro lado de esa puerta.

—¿En serio?

—No. Estoy mintiendo. No es agradable, ¿a que no?

Artemis sacudió la cabeza con tristeza. Tendría que pensar en alguna manera de compensar a Holly por lo que había hecho. Al menos parcialmente.

—Por supuesto que funcionará. Por ahora, al menos. Para cuando hayamos llegado al cuartel general, ya habremos regresado al futuro.

—¿Y podremos volar sin pala?

Holly y Mantillo soltaron una risotada y se intercambiaron unas palabras en gnómico demasiado rápidamente para que Artemis las captara. Le pareció oír la palabra «cretigón», que se traduce como «idiota».

—Sí, Fangoso. Podemos volar sin pala, a menos que tengas previsto rascar un poco de residuo de las paredes del túnel. Normalmente les dejamos eso a los robots.

Artemis había olvidado lo brusca que podía llegar a ser Holly con la gente que no le caía bien.

Mantillo cantó unas líneas de la vieja canción humana «Has perdido esa maravillosa sensación».

Cantaba dirigiéndose a Holly, agarrando un micrófono imaginario con la mano.

Holly ya no sonreía.

—Estás a punto de perder todas las sensaciones de tus piernas, Mandíbulas, si no cierras esa boca.

Mantillo advirtió la expresión de Holly y se dio cuenta de que no era el mejor momento para meterse con ella.

La elfa decidió que ya era hora de poner fin a la conversación. Abrió la escotilla de acceso y las abrazaderas de acoplamiento por control remoto.

—Poneos el cinturón, chicos —dijo, y acto seguido, realizando una brusca maniobra de inmersión, zambulló la pequeña nave por un enorme agujero, como quien suelta un cacahuete en la boca de un hipopótamo hambriento.

# CAPÍTULO X

## UN HUMOR DE LÉMURES

### FEZ, MARRUECOS



MAYORDOMO no recordaba haber visto nunca al Artemis de diez años tan desolado y triste, salvo por aquella vez quizá en que un estudiante de doctorado australiano le había arrebatado un premio de ciencias. El guardaespaldas miró por el espejo retrovisor del Land Rover de alquiler, y vio que su joven protegido estaba sentado en un charco de sudor, con el elegante traje prácticamente adherido a su delgado cuerpo. Había una caja perforada en el asiento junto a Artemis, protegida por el cinturón de seguridad. Tres dedos negros asomaban por uno de los agujeros: el lémur prisionero estaba explorando su prisión.

«Artemis apenas ha mirado al bicho. Está tratando de objetivizarlo. Causar la extinción de una especie no es *peccata minuta*, aunque sea para salvar a su propio padre».

Artemis, entretanto, estaba catalogando las causas de su tristeza. Un padre desaparecido y una madre al borde de una crisis nerviosa eran las causas números uno y dos, seguidas por un equipo de exploradores en el Ártico que no dejaban de hacer aumentar los gastos de la habitación de un hotel de Moscú, viviendo sin duda a cuerpo de rey, llamando a todas horas al servicio de habitaciones para que les llevaran caviar acompañado de todo. Damon Kronski también figuraba en uno de los primeros puestos de la lista. Un hombre repulsivo, con ideales repugnantes.

El aeropuerto local, Fez Saïss, estaba cerrado, por lo que Mayordomo se había visto forzado a desviar el Learjet al aeropuerto internacional de Mohammed V en Casablanca y alquilar allí el Land Rover. Y no era un Land Rover muy moderno, que digamos. Era del milenio anterior, y tenía más agujeros que un queso Gruyère. El aire acondicionado había exhalado su último suspiro hacía más de cien kilómetros, y el relleno del asiento estaba tan gastado que era como ir sentado en un martillo hidráulico.

Si el calor no lo abrasaba, las vibraciones sin duda acabarían con él.

Pero a pesar de todo eso, había un pensamiento que sí hacía que Artemis torciera las comisuras de los labios hasta formar una media sonrisa.

«Ésa extraña criatura y su compañero humano son totalmente fascinantes».

Estaban desesperados por conseguir ese lémur y no iban a rendirse, estaba seguro de ello.

Artemis centró toda su atención en la periferia de la ciudad, que iba desfilando dando botes por la ventana. La autopista desierta se espesó de golpe con el tráfico a medida que se aproximaban al centro de la ciudad. Unos camiones gigantescos pasaron haciendo un ruido atronador, con neumáticos más altos que un hombre adulto y las plataformas llenas de una carga humana de aspecto huraño. Las maltrechas pezuñas de los burros chacoloteaban contra el agrietado asfalto, y los lomos de los animales iban cargados con palos, ropa o incluso muebles. Miles de motos polvorientas zigzagueaban por entre los carriles, muchas veces cargadas con familias enteras en sus oxidados armazones. Los edificios que flanqueaban la carretera refulgían como espejismos bajo el sol de última hora de la tarde. Eran casas fantasmales, con unos espectros que se sentaban fuera a tomar el té.

Más cerca del centro, la edificación se hacía más densa al no haber ya rastro de desierto. Las viviendas se alternaban con talleres de reparación de coches y videoclubes, casas de té y pizzerías.

Absolutamente todo tenía el mismo color anaranjado brillante, con parches de la pintura original asomando bajo los dinteles.

Artemis sintió, como siempre que visitaba países en desarrollo, cierta sorpresa ante la coexistencia de lo antiguo y lo moderno. Los pastores de cabras llevaban iPods con cadenas adornadas con lentejuelas y camisetas del Manchester United. Las casas tenían antenas parabólicas atornilladas a los tejados de planchas metálicas.

Hasta épocas recientes, Fez había sido un lugar de verdadera importancia, pues era un punto fundamental de la ruta comercial del sur y el éste. Era famoso como centro de sabiduría del mundo árabe, y un lugar del peregrinaje cuando la ruta a La Meca estaba cerrada por culpa de las condiciones climáticas o los asaltantes de caminos.

Ahora se había convertido en un lugar donde los antiecológicos que operaban al margen de la ley hacían tratos con criminales irlandeses desesperados.

«El mundo está cambiando más rápidamente ahora que nunca —pensó Artemis—. Y yo estoy ayudando a cambiarlo..., para peor».

No era un pensamiento reconfortante, pero el confort no era un lujo del que

esperara disfrutar en un futuro próximo.

El teléfono móvil de Artemis vibró al recibir un mensaje de texto, que había viajado de Fez a Irlanda y luego de vuelta a Marruecos.

Examinó la pantalla y una sonrisa amarga dejó al descubierto sus incisivos.

«El zoco de los curtidores. Dos horas», decía el mensaje.

Kronski quería hacer el intercambio en un lugar público.

«Por lo visto, el doctor confía en mí tanto como yo confío en él».

Un hombre inteligente.

Holly pilotó la lanzadera como si estuviera enfadada con ella, tomando con la aeronave minera las curvas más cerradas posibles, hasta que los frenos neumáticos chirriaban y las agujas de los indicadores señalaban el rojo. Llevaba un casco de vuelo conectado directamente a las cámaras de la lanzadera, de modo que podía acceder a una vista completa de la lanzadera en cualquier momento; podía incluso elegir una vista a distancia de la nave desde las distintas cámaras del túnel. Aquél tramo del túnel tenía poco tráfico y por eso las luces equipadas con sensores de movimiento se encendían apenas diez kilómetros antes de que la lanzadera entrara en un tramo.

Holly se esforzó por disfrutar de la experiencia de volar y trató de olvidar todo lo demás. Ser piloto de la PES era con lo que había soñado desde su infancia. Mientras doblaba otra curva con un milímetro escaso de margen y sentía cómo la lanzadera llegaba hasta sus propios límites en sus manos, la tensión fue abandonando su cuerpo como si la absorbiera la propia nave.

«Artemis me mintió y me chantajeó, pero lo hizo por su madre. Una buena razón. ¿Quién dice que yo no habría hecho lo mismo? Si yo hubiera podido salvar a mi madre, habría hecho todo lo que hubiera sido necesario, incluso manipular a mis amigos».

Así que comprendía lo que Artemis había hecho, aunque lo considerara innecesario, pero eso no significaba que pudiera perdonarlo todavía.

¿Y cómo podía olvidarlo? Se sentía como si se hubiera equivocado de medio a medio con su amistad.

«Eso no volverá a ocurrir».

Había una cosa de la que Holly estaba segura, lo máximo que podría haber a partir de entonces entre ella y Artemis era lo que siempre habían sentido: un respeto mutuo, pero a regañadientes.

Holly se conectó con la cámara de los asientosburbuja de los pasajeros que había

en el techo de la lanzadera y se alegró al ver a Artemis agarrándose desesperadamente a los reposabrazos de su asiento.

Puede que fuese por culpa de la calidad de la imagen, pero lo cierto es que tenía la cara verde.

«Lo has estropeado todo, Fangoso —pensó Holly. Y añadió—: Espero que sea tu cara de verdad, y no la imagen».

Había un conducto natural en el desierto marroquí, al sur de Agadir, donde el gas del túnel se filtraba a través de un kilómetro de arena. El único indicio de su existencia era una ligera decoloración de la arena que tapaba el conducto, que rápidamente dispersaba el viento en cuanto alcanzaba la superficie. Sin embargo, después de mil años del mismo proceso, las dunas exhibían unas curiosas rayas rojas, que los lugareños juraban que era sangre de las víctimas de Raisuli, un famoso bandido del siglo XX. Era muy poco probable que alguien se tragase aquella historia, y menos que nadie los propios lugareños, pero era una anécdota muy resultona en las guías turísticas y atraía a los visitantes a una zona que, de otro modo, nadie habría querido visitar.

Holly maniobró con la nave a través del conducto y cerró los filtros de aire de la propia lanzadera para impedir la entrada de las pequeñas partículas de arena. Volaba prácticamente a ciegas, solo con un modelo tridimensional del conducto. Por suerte, era un trecho corto del viaje, y apenas tardó unos pocos segundos en salir con la nave y perforar el cielo africano.

A pesar del recubrimiento aislante de la nave, los pasajeros no tardaron en sentir el calor. Sobre todo Mantillo Mandíbulas. A diferencia de las demás familias de seres mágicos, los enanos no eran criaturas de superficie y no soñaban con la caricia de los rayos dorados del sol en la cara. Cualquier cosa superior al nivel del agua les daba vértigo.

Mantillo eructó sonoramente.

—Esto está demasiado alto. No me gusta. Calor, demasiado calor. Tengo que ir al baño. ¿Para qué? Pues no estoy seguro. Solo que no me sigáis allí. Oigáis lo que oigáis, no entréis.

Cuando un enano hacía esa clase de advertencia, era mejor hacer caso de ella.

Holly lanzó una descarga a través del parabrisas para despejarlo, luego encaró el morro de la lanzadera hacia el nordeste, hacia Fez. Con un poco de suerte, todavía



podrían llegar al punto de encuentro antes que el pequeño Artemis.

Encendió el piloto automático e hizo girar su asiento para mirar a Artemis, cuyo rostro empezaba a recuperar su palidez normal.

—¿Estás seguro de que el punto de encuentro es éste? —preguntó.

Artemis no estaba seguro de nada y aquella incertidumbre no le dejaba pensar con claridad.

—No estoy seguro, Holly, pero recuerdo claramente haber hecho el intercambio en el zoco de los curtidores de Fez. Como mínimo es un punto de partida. Si Kronski y mi otro yo no están allí, entonces iremos a las instalaciones de los antiecológicos.

Holly frunció el ceño.

—Humm. Ése plan no está a la altura de tus exigencias habituales y se nos acaba el tiempo. No tenemos un par de días para pasearnos por ahí. El tiempo es nuestro enemigo.

—Sí —convino Artemis—. El tiempo es el quid de toda esta pesadilla.

Holly sacó una bebida nutritiva del minifrigorífico y regresó a los controles.

Artemis observó la espalda de su amiga, tratando de leer su lenguaje corporal. Encorvada, con los hombros caídos y los brazos cruzados por delante: se estaba cerrando, hostil a cualquier tipo de comunicación. Tenía que hacer algo realmente espectacular para tratar de ganársela de nuevo.

Artemis apretó la nariz contra la ventanilla, viendo pasar el desierto marroquí en destellos de ocre y oro.

Tenía que haber algo que le hiciera ilusión a Holly, algo que se arrepintiese de no haber hecho y que, de alguna manera, él pudiese ayudarle a hacer.

Después de unos momentos de intensa reflexión, se le ocurrió una idea. ¿No había visto un paquete holográfico de viaje en uno de los armarios? ¿Y no había por ahí alguien de quien Holly nunca había llegado a despedirse?

## CUARTEL GENERAL DE POLICÍA, CIUDAD REFUGIO, ELEMENTOS DEL SUBSUELO

El comandante Julius Remo estaba hasta la punta de su tembloroso habano de hongos de papeleo. No es que fuese papeleo propiamente dicho, pues no se había escrito un solo documento de la PES en papel desde hacía eras de centauro. Todo se almacenaba en un cristal y luego se guardaba en algún núcleo central del infoespacio, y por lo

visto ahora la gente de Potrillo estaba intentando cultivar plantas de memoria, lo que significaba que algún día la información podría almacenarse en plantas o estercoleros, o incluso en el cigarro que salía de la boca de Remo. El comandante no entendía nada de aquello, ni ganas tampoco: que Potrillo se encargase de los mundos de la nano y la cibertecnología, que él ya se encargaría de los problemas cotidianos de PES. Y de esos había a mansalva.

En primer lugar, su viejo enemigo Mantillo Mandíbulas estaba armando un jaleo de padre y muy señor mío en la superficie. Era casi como si el enano quisiera provocarlo. Su última ocurrencia delictiva consistía en entrar a robar a las terminales de lanzaderas y luego vender su botín a los seres mágicos exiliados que vivían entre los humanos. En cada lugar dejaba una bonita pirámide de tierra reciclada en medio del suelo, como una tarjeta de presentación.

Luego estaban esos malditos sapos deslenguados. Un par de hechiceros recién salidos de la universidad había concedido el poder del habla al sapo hinchado común de túnel. Naturalmente, como solo habían completado los cursos de la carrera sin cursar la especialidad, solo habían concedido a los sapos el don de las palabrotas. Ahora, gracias a un efecto secundario imprevisto llamado fertilidad, prácticamente había una epidemia de dichos sapos corriendo por toda Ciudad Refugio, insultando a todo aquel ciudadano que encontraban a su paso.

Las pandillas de goblins estaban aumentando en fuerza y audacia. La semana anterior, sin ir más lejos, habían bombardeado con sus bolas de fuego un coche patrulla en su ruta por la ciudad de los goblins.

Julius Remo se inclinó en su silla giratoria, dejando que el humo de su habano formase una nube sobre su cabeza. Había días en que le daban ganas de colgar su pistolera para siempre, días en que sentía que no había nada que le motivase a seguir en su puesto.

El anillo de los hologramas empezó a zumbar y a girar en el techo, como si fuera la bola de espejo de una discoteca. Llamada entrante. Remo comprobó el identificador de llamadas.

Era la capitana Holly Canija.

Remo se dio el gusto de esbozar una sonrisa, algo insólito en él.

Y luego, también había días en que sabía exactamente lo que tenía que hacer.

«Tengo que preparar a los mejores para que me sucedan cuando me vaya. A gente como el capitán Kelp, Potrillo, que los dioses me ayuden, y la capitana Holly Canija».

Remo había escogido a Holly de entre los rangos más bajos del escalafón; la había ascendido a capitana, la primera fémina con ese puesto en toda la historia de la PES. Y le había hecho sentirse orgulloso de ella. Cada reconocimiento hasta la fecha había tenido éxito, sin una sola limpieza de memoria ni una parada de tiempo.

«Tiene que ser ella, Julius —dijo la voz interior de Remo—: inteligente, valiente, compasiva... Holly Canija es una capitana espléndida y, quién sabe, tal vez llegue a ser una gran comandante».

Remo se borró la sonrisa de la cara: a la capitana Canija no le hacía ninguna falta ver cómo sonreía con orgullo, como un abuelo al que se le cae la baba con su nieta. La elfa necesitaba disciplina, orden y una saludable mezcla de respeto y miedo a partes iguales hacia su comandante en jefe.

Pulsó el botón de «aceptar» en su pantalla de escritorio, y a través de sus proyectores el anillo holográfico derramó una Vía Láctea de estrellas que se arremolinaron y se materializaron en la forma intermitente de la capitana Holly Canija, vestida con un traje humano.

Obviamente, se trataba de alguna misión secreta. Él podía verla a ella exactamente tal como estaba, pero ella no podía verlo hasta que él accediese al interior del círculo del anillo holográfico, cosa que hizo.

—Capitana Canija, todo bien en Hamburgo, ¿verdad?

Holly parecía haberse quedado sin habla unos instantes, con la boca abierta y las manos extendidas como si intentara tocar al comandante.

En su tiempo, él estaba muerto, asesinado por Opal Koboï, pero allí y en ese momento del espacio temporal, Julius Remo estaba tan vivo como ella lo recordaba.

Remo carraspeó un poco.

—Insisto, ¿todo bien, capitana?

—Sí, por supuesto, comandante. Todo va bien, por el momento. Aunque podría ser una buena idea que los de Recuperación estuvieran preparados, por si acaso.

Remo descartó la idea con un movimiento con el habano.

—Tonterías. Tu expediente habla por sí solo. Nunca has necesitado apoyo.

Holly sonrió.

—Siempre hay una primera vez.

Remo pestañeó. Había algo en el indicador flotante del anillo holográfico que le había llamado la atención.

—¿Estás llamándome desde África? ¿Qué haces en África?

Holly dio un golpe con la palma de la mano en el panel de instrumentos.

—No, estoy en Hamburgo, en el punto de observación. Estúpida máquina. Los proyectores tampoco funcionan bien. Parezco diez años mayor en el monitor. Voy a estrangular a Potrillo cuando vuelva.

Remo no pudo evitar sonreír al oír eso, pero se borró la sonrisa de la cara rápidamente.

—¿A qué viene el holograma, Canija? ¿Me puedes decir qué tiene de malo un simple comunicador? ¿Tú sabes lo caro que resulta emitir sonido e imágenes a la vez a través de la corteza terrestre?

La imagen de Holly parpadeó y se miró los pies, y luego volvió a mirar arriba de nuevo.

—Yo... solo quería darte las gracias, Jul... Solo quería darle las gracias, comandante.

Remo se quedó perplejo. Darle las gracias. Por meses y meses de tareas imposibles y turnos dobles.

—¿Darme las gracias, capitana? Esto no sigue el reglamento. No estoy muy seguro de estar haciendo bien mi trabajo si las Criaturas me dan las gracias...

—Sí, sí lo está haciendo bien —le espetó la imagen de Holly—. Está haciendo un buen trabajo, más que bueno. Nadie se lo agradeció... nadie se lo agradece lo suficiente. Pero ahora lo hago yo. Sé lo que intentó..., intenta hacer por mí. Así que, gracias, no le defraudaré.

Remo se sorprendió al descubrir que sus palabras le habían llegado realmente al corazón. No experimentaba aquella sensación todos los días.

«Mírame —pensó—. Llorando delante de un holograma. A Potrillo le encantaría verlo».

—Yo... ejem... acepto tu agradecimiento y sé que es un gesto sincero. Aunque no espero que me hagas una costosa llamada holográfica en todas las misiones, con esta de ahora bastará.

—Entendido, comandante.

—Y ve con cuidado en Hamburgo. Asegúrate de revisar tu equipo.

—Lo haré, comandante —dijo Holly, y Remo habría jurado que le había visto poner los ojos en blanco, pero podía haber sido otro error del sistema.

—¿Algo más, capitana?

Holly extendió la mano, que emitió un brillo y titiló ligeramente con el

movimiento. Remo no estaba seguro de lo que se suponía que tenía que hacer. La etiqueta en cuestiones de hologramas era muy clara: no se recomendaban los abrazos ni los apretones de manos. Al fin y al cabo, ¿quién quiere abrazar una imagen pixelada?

Sin embargo, la mano todavía seguía allí.

—Deséeme suerte, comandante. De un oficial a otro oficial.

Remo lanzó un gruñido. Tratándose de cualquier otro subordinado, habría sospechado que intentaba tomarle el pelo, pero la capitana Canija siempre lo había impresionado con su franqueza.

Él le tomó la mano y sintió un leve cosquilleo al rozar los dígitos virtuales de Holly.

—Buena suerte, capitana —dijo bruscamente—. E intenta moderar esa vena inconformista tuya.

Llegará un día en que yo ya no estaré para ayudarte.

—Descuide, comandante. Lo haré. Adiós —dijo Holly, y luego desapareció, pero segundos antes que la imagen holográfica se desvaneciera del todo, Julius Remo habría jurado ver el destello de unas lágrimas holográficas en sus mejillas.

«Estúpida máquina —pensó—. Voy a ordenarle a ese Potrillo que las revise todas».

Holly salió de la holocabina, que recordaba a una de esas unidades de ducha antiguas con cortina de plástico. Con solo tocar un botón se doblaba automáticamente y se convertía en un maletín portátil.

Tenía lágrimas en los ojos cuando se puso el cinturón de seguridad en el asiento del piloto y desactivó el piloto automático.

Artemis esbozó una sonrisa débil en el asiento del copiloto.

—Entonces ¿estamos en paz?

Holly asintió.

—Sí, estamos en paz. Pero se te acabaron los días en que recibías besos de una elfa.

—Ya —dijo Artemis.

—No es un reto, Artemis. He dicho que eso se acabó.

—Lo sé —dijo Artemis en tono neutro.

Permanecieron en silencio durante un rato, observando cómo unas montañas bajas

se aproximaban a toda velocidad a través del desierto hacia ellos, entonces Holly se inclinó hacia el lado y le dio un suave puñetazo en el hombro a Artemis.

—Gracias, Arty.

—De nada. Lo único que he hecho ha sido tener una idea. Mantillo salió del baño haciendo mucho ruido, rascándose y gruñendo.

—¡Uff...! Eso está mucho mejor. Menos mal que existe el aislamiento acústico, ¿eh?

Holly hizo una mueca.

—Cierra esa puerta y deja que el ventilador del cuarto de baño haga su trabajo.

Mantillo cerró la puerta con un movimiento rápido con el talón.

—He estado pensando ahí dentro, ya sabéis, mientras hacía mis cosas.

—Me parece que no quiero oír esto.

Mantillo siguió hablando de todos modos.

—Se trata de ese pequeño lémur. El no-se-qué sedoso. ¿Sabéis a quién me recuerda con ese corte de pelo tan moderno?

Todos habían pensado lo mismo.

—Al comandante Remo —contestó Holly, sonriendo.

—Sí. Un comandante Remo en miniatura.

—Julius junior —dijo Artemis.

Acariciaron las estribaciones de la cordillera del Atlas y Fez surgió ante ellos como si fuera el corazón de aquella tierra, con las arterias obstruidas por vehículos.

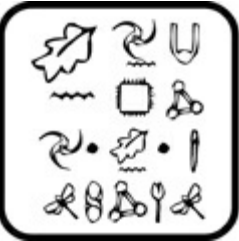
—Jayjay —dijo Holly—, ese es su nombre. Y ahora, vayamos a por él.

Activó el escudo protector de la lanzadera e inició el descenso hacia Fez.

# CAPÍTULO XI

## DESECHOS DE PALOMA

### ZOCO DE LOS CURTIDORES, MEDINA DE FEZ



HOLLY infló una cápsulacamaleón y la colocó en la sombra de la parte inferior de la balconada de piedra que da a la curtiduría de Fez. Cuando vieron el camino despejado, ella y Artemis se encaramaron a la cápsula a través de la diminuta puerta de acceso y se acomodaron como pudieron en los asientos hinchables. Artemis se dio un golpe con las rodillas contra la barbilla, y le rechinaron los dientes.

—Como ya he dicho, cada día estás más alto —dijo Holly.

De un soplo, Artemis se apartó un mechón de pelo negro del ojo.

—Y tengo más pelo.

—Tu pelo ha sido lo único que ha impedido al pequeño Arty reconocerse a sí mismo, así que deberías estar contento.

Holly había sacado la bolsa de lona con la cápsula del almacén de Tara junto con una Neutrino de mano y distintos disfraces, cada cual más acertado. Artemis llevaba una camisa marrón que le llegaba hasta las rodillas y sandalias de tiras de cuero, mientras que los peculiares rasgos de Holly estaban disimulados bajo un pañuelo y una chilaba.

La cápsula camaleón era un viejo modelo portátil y básicamente consistía en una bola con una capa externa transparente que se hinchaba con un depósito de gas cromático que cambiaba de color para imitar el entorno que la rodeaba. Eso era lo máximo que podía hacer en cuanto a prestaciones tecnológicas: ni equipo direccional, ni armamento de a bordo, solo una pantalla táctil y dos asientos diminutos.

—¿No tiene filtros de aire? —preguntó Artemis.

—Por desgracia no —contestó, tapándose la nariz con el pañuelo que le cubría la cabeza—. ¿Qué es ese olor?

—Desechos de paloma disueltos —respondió Artemis—. Poseen un altísimo porcentaje de acidez y, por supuesto, abundan por todas partes. Los curtidores las usan para suavizar las pieles antes de teñirlas.

La curtiduría que se extendía bajo sus pies era un espectáculo digno de ver: por todo el patio había distribuidas varias cubas de piedra gigantescas formando un dibujo de nido de abeja, cada una de ellas llena con suavizantes ácidos o tintes vegetales como azafrán y henna. Los curtidores estaban de pie junto a las cubas de tintura, remojando concienzudamente cada pedazo de piel, incluida la propia, y, cuando el cuero había adquirido el tono deseado, extendían todos los trozos sobre un tejado cercano para que se secasen.

—La gente dice que Henry Ford inventó la cadena de producción —dijo Artemis—. En este lugar lo llevan haciendo seiscientos años.

El zoco estaba rodeado por altos muros pintados de blanco pero con numerosos restos de tinte y polvo. Unas manchas de color ocre se extendían por el antiguo ladrillo como el descolorido mapa de algún archipiélago exótico.

—¿Por qué escogería el zoco Kronski? —se preguntó Holly—. El mal olor es casi insoportable, y lo dice una amiga de Mantillo Mandíbulas.

—Kronski padece anosmia desde que nació —le explicó Artemis—. No tiene sentido del olfato.

Le divierte llevar a cabo sus operaciones aquí, porque el interlocutor con el que tenga que reunirse se ve prácticamente asaltado por el olor insoportable de las cubas de ácido. Al otro le resulta imposible concentrarse y a él no le afecta lo más mínimo.

—Muy astuto.

—Endiabladamente astuto, sí. La zona es una atracción turística, así que mucha gente pasa por ahí, pero nadie se entretiene en ella mucho tiempo.

—Muchísimos espectadores, pero no muchos testigos.

—Salvo los lugareños, a muchos de los cuales sin duda Kronski tiene en su nómina: verán lo que él quiera que vean. —Artemis se inclinó hacia delante y rozó con la nariz la parte delantera de plástico—. Y aquí está nuestro endiablado antiecológico. En el momento justo.

El zoco estaba repleto de curtidores y mercaderes, habituados desde hacía mucho al hedor constante de las cubas. Había unos cuantos grupos de turistas devotos, decididos a capturar la escena en sus cámaras pero reacios a soportar la elevada temperatura y el hedor más allá de dos o tres instantáneas.

Y entre todos ellos, sereno y sonriente, se paseaba el doctor Damon Kronski, vestido con un ridículo traje de camuflaje hecho a medida, con gorra de general y todo.



Holly sintió una aversión instantánea por aquel hombre y por el modo en que obviamente disfrutaba de su entorno.

—Míralo. Esto le encanta.

Artemis no hizo ningún comentario. Había vendido el lémur, y eso le parecía un crimen peor que el de Kronski. En vez de hablar, trató de localizar en el zoco a la versión en pequeño de sí mismo.

—Ahí estoy. Esquina oeste.

Holly desvió la vista para localizar al joven Artemis. Estaba de pie, prácticamente escondido al lado de una enorme cuba alicatada llena hasta el borde con tintura de color verde menta. El sol del atardecer era un disco plateado con la superficie agrietada.

Artemis sonrió.

«Recuerdo haberme parado en ese mismo punto para que la luz intensa distrajese a Kronski. Es la única cuba a la que le da el sol a estas horas. Una pequeña venganza por lo del olor. Un poco infantil, quizá, pero yo entonces era un niño».

—Parece que tu memoria no te traiciona en esta ocasión —señaló Holly.

Artemis no pudo evitar sentir un gran alivio. Hasta entonces, su memoria solo había acertado algunas veces por casualidad.

De pronto, se incorporó.

«Por casualidad. ¿Cómo he podido no verlo hasta ahora? Mis fallos de memoria solo pueden significar una sola cosa».

Pero no había tiempo para pensar en eso ahora. El intercambio era inminente.

Artemis tocó la pantalla táctil con el dedo índice, ampliando un área, haciendo zoom sobre un pedestal en el centro del zoco. La superficie baja de piedra estaba llena de muescas y curvada después de siglos de soportar el peso de las pieles. La henna húmeda relucía en lo alto y chorreaba por los lados, como sangre manando de una herida en la cabeza.

—Ahí —dijo Artemis—. Ahí es donde acordamos hacer el intercambio. Kronski deja el maletín en la piedra y yo entrego el paquete.

—El lémur. Es un lémur, y se llama Jayjay —dijo Holly, acercándolo a la realidad.

—Entrego a Jayjay. Luego nos vamos cada uno por su camino, así de simple. No hubo complicaciones.

—Quizá debemos esperar hasta después de la entrega.

—No. Lo que pasa después no lo sabemos. Al menos ahora sabemos algo de antemano.

Holly examinó la escena con ojos de experta.

—¿Dónde está Mayordomo?

Artemis tocó otro punto en la pantalla y la zona se difuminó brevemente, se contrajo y expandió su selección.

—En esa ventana. Vigilándolo todo.

La ventana era un rectángulo alto en el muro blanco descascarillado, pintada de negro por la penumbra y la profundidad.

—Crees que eres invisible, ¿verdad, amigo mío? —susurró Holly, y acto seguido resaltó la ventana con un pulgar y activó un filtro de visión nocturna.

Con el súbito resplandor del calor corporal, una figura luminosa apareció en la ventana, completamente inmóvil salvo por un corazón palpitante.

—Recuerdo que Mayordomo quería hacer el intercambio, pero yo lo disuadí. Ahí está ahora, echando chispas.

—Mayordomo echando chispas es un espectáculo que no me gustaría ver de cerca.

Artemis apoyó una mano sobre su hombro.

—Entonces no te acerques demasiado. Lo único que necesitamos es una maniobra de distracción.

Ojalá hubieses encontrado un mono de la PES en ese almacén. Si fueras invisible a los hombres y a las máquinas, me sentiría más cómodo con todo esto.

Holly torció la barbilla, invocando su magia, y empezaron a desaparecer pedazos de su cuerpo hasta que no quedó nada en el asiento salvo neblina.

—No te preocupes, Artemis —dijo, con voz semejante a la de un robot por la vibración—. Ya he estado en otras misiones antes. No eres el único listo en este zoco.

A Artemis aquello no lo tranquilizó lo más mínimo.

—Otra razón más para andarse con mucho cuidado. Ojalá hubiese habido un par de alas en la terminal. ¿Qué clase de almacén no tiene alas?

—Es una lotería —contestó Holly, atravesando con la voz la abertura expansible de la puerta—. Nos toca lo que nos toca y ya está.

—Nos toca lo que nos toca y ya está —repitió Artemis, siguiendo a Holly por las escaleras y a través del patio con los filtros infrarrojos—. Qué forma de hablar...

El Artemis de diez años se sentía como si lo hubieran metido en un bote de miel y luego lo hubiesen dejado cocerse bajo el sol. La ropa se le había moldeado a la piel y un torbellino de moscas le revoloteaba alrededor de la cabeza. Tenía la garganta tan seca como si fuera papel de lija, y oía su respiración y su pulso como si llevara un casco.

Y el mal olor. El hedor era un viento abrasador que le soplaban con fuerza en la nariz y en los ojos.

«No puedo rendirme ahora —pensaba, con una determinación que no se correspondía con su corta edad—. Mi padre me necesita. Además, me niego a dejarme intimidar por ese odioso hombre».

El zoco era un confuso caleidoscopio de brazos y piernas en movimiento, salpicaduras de tinte y sombras crepusculares, y, para Artemis, todo era más confuso aún. La gente se abría paso a codazos, las cubas sonaban como campanas y el aire era acribillado por las ráfagas de árabe y francés que oía por todas partes.

Artemis se reservó un momento de reflexión. Cerró los ojos y empezó a inspirar aire en bocanadas cortas y rápidas por la boca.

«Muy bien —pensó—. Hagamos negocios, doctor Kronski».

Por suerte, el doctor era enorme y, al avanzar a través del zoco, Artemis descubrió a Kronski rápidamente en la diagonal opuesta.

«Menudo engreído... ¡Un traje de camuflaje! ¿De verdad se cree una especie de general en guerra contra el reino animal?».

El propio Artemis provocaba miradas de sorpresa entre los lugareños; los turistas no eran algo inusual en el zoco, pero un niño de diez años vestido con un atuendo tan formal, con una jaula de mono en la mano, era un espectáculo insólito en cualquier parte del mundo.

«Es muy fácil: solo tengo que caminar hasta el centro y depositar la jaula».

Pero ni siquiera caminar a través de aquel zoco era fácil: los curtidores se movían de acá para allá por los pasillos que había entre las cubas, cargados con montones de pedazos de cuero empapados. Los chorros de tinte volaban por los aires y salpicaban de rayas la ropa de los turistas y de los demás trabajadores. Artemis se vio obligado a andar con mucho cuidado y ceder el paso varias veces antes de alcanzar por fin el pequeño claro del centro.

Kronski estaba allí, ante él, subido al pequeño taburete en que se convertía su

bastón de mando, dando caladas a un habano fino.

—Por lo visto, me pierdo la mitad de la experiencia —dijo, como si simplemente estuvieran reanudando una conversación previa—. La mejor parte de un habano es el aroma, y yo no puedo oler nada.

Artemis estaba hecho una furia por dentro. Aquél hombre parecía hallarse completamente en su salsa, sin que una sola gota de sudor le impregnara la frente. Se forzó a sí mismo a sonreír.

—¿Tienes el dinero, Damon? —Al menos podía darse el gusto de hacer rabiar al doctor negándose a llamarlo por su título.

Pero Kronski no parecía estar rabiando.

—Lo tengo aquí mismo, Ah-temis —dijo, dándose unas palmaditas en el bolsillo del pecho—. Cien mil es una cantidad tan irrisoria... Me ha cabido hasta el último billete en el bolsillo de mi traje.

Artemis no pudo resistir la tentación de lanzarle una pulla.

—Y qué traje tan elegante, por cierto.

Las gafas de color violeta de Kronski relucieron bajo los últimos rayos del sol.

—Cosa que no puede decirse del tuyo, amiguito, que parece estar perdiendo «cuerpo» con este calor...

Era verdad. Artemis sentía que lo único que lo sostenía en pie era el sudor seco en su columna vertebral. Estaba hambriento, cansado e irritable.

«Concéntrate. El fin justifica los sacrificios».

—Bueno, obviamente tengo al lémur, así que ¿podemos seguir con esto, por favor?

A Kronski le temblaron los dedos, y Artemis adivinó lo que debía de estar pensando.

«Quítale el lémur al crío. Cógelo y ya está. No tienes por qué desprenderte de los cien mil».

Artemis decidió cortar de raíz aquella clase de ideas.

—Si por casualidad tienes alguna idea impulsiva que conlleve dar marcha atrás en nuestro acuerdo, permíteme decirte solo una palabra: Mayordomo.

Una sola palabra bastaba. Kronski conocía la reputación de Mayordomo, pero no sabía su paradero. Sus dedos temblaron una vez más y luego se quedaron quietos.

—Muy bien, Ah-temis. Cerremos el trato. Estoy seguro de que entenderás que antes quiera comprobar la mercancía.

—Por supuesto. Y estoy seguro de que entenderás que necesito ver una muestra del dinero.

—Por supuesto. —Kronski se metió la mano en el bolsillo y extrajo un grueso sobre repleto de billetes de color violeta de quinientos euros. Escogió uno cuidadosamente y se lo tendió a Artemis.

—Vas a olerlo, ¿no, Ah-temis?

—No exactamente. —Artemis abrió la tapa de su teléfono móvil y seleccionó un escáner de luz ultravioleta para dinero de su menú amplificado. Pasó el billete por delante de la luz, buscando la marca de agua y la banda metálica.

Kronski se llevó una mano al corazón.

—Me duele, muchacho, me hiere en el alma que pienses que pueda ser capaz de engañarte. ¿Es que no sabes que costaría más de cien mil euros falsificar cien mil euros? Un buen equipo de planchas de impresión cuesta el doble.

Artemis cerró el teléfono.

—No soy una persona confiada, Damon. Ya te darás cuenta. —Depositó la jaula en el pedestal de piedra—. Ahora te toca a ti. En ese momento, la actitud de Kronski cambió por completo. Su carácter brusco se transformó en una especie de atolondramiento.

Sonrió y empezó a reírse disimuladamente, acercándose de puntillas a la jaula como un niño hacia el árbol de Navidad.

«Como un niño normal, quizá —pensó Artemis con amargura—. La mañana de Navidad no guarda sorpresas para mí, gracias a los rayos X que tengo en mi móvil».

Obviamente, la posibilidad de extinguir la vida de otras especies entusiasmaba horrores a Kronski.

Se inclinó sobre la jaula con delicadeza y echó un vistazo a través de los agujeros abiertos para el aire.

—Sí, sí. Todo parece estar en orden, pero necesito verlo más de cerca.

—Por cien mil euros tienes permiso para verlo tan de cerca como tú quieras.

Kronski arrojó el sobre a Artemis.

—Anda, ten el dinero, pesado. Verdaderamente eres un incordio, Ah-temis. Un niño como tú no puede tener muchos amigos.

—Tengo un solo amigo —dijo, metiéndose el dinero en el bolsillo—, y es más grande que tú.

Kronski abrió la jaula justo lo suficiente para asir al lémur por el cuello. Levantó

al animal en alto como si fuera un trofeo, examinándolo desde todos los ángulos.

Artemis dio un paso atrás y miró a su alrededor en el zoco con recelo.

«Puede que no pase nada —pensó—. Puede que esas criaturas no tengan tantos recursos como yo creía. Puede que tenga que contentarme con los cien mil por el momento».

Y entonces aparecieron las criaturas con recursos.

Holly no tenía alas para volar, pero eso no significaba que no pudiese causar estragos. No había habido ninguna arma en el almacén de la PES aparte de la Neutrino, pero sí se habían llevado un equipo de minería, que incluía unas cuantas docenas de detonadores que Holly estaba colocando en ese preciso momento en las cubas de tinte sin vigilancia que había alrededor del zoco, con el doble de carga explosiva bajo la ventana de Mayordomo.

Pese a ser invisible, Holly tenía mucho cuidado con cada uno de sus movimientos, porque escudarse sin traje era magia en estado salvaje: cualquier gesto demasiado brusco o una colisión podía provocar que su cuerpo hiciese estallar fuegos artificiales de magia, lo cual resultaría bastante extraño en medio de la nada.

Y así, con suma delicadeza, con mucha suavidad, era como debía moverse.

Holly depositó el último de los detonadores y se sintió completamente vulnerable a pesar de su invisibilidad.

«Echo de menos las indicaciones de Potrillo —pensó—. Es bueno tener un ojo que todo lo ve».

Como si le hubiera leído la mente, la voz de Artemis se oyó a través del auricular que había en su oído. Otro regalo del almacén de la PES.

—Kronski está abriendo la jaula. Prepárate para hacer estallar los detonadores.

—Todo listo. Estoy en la esquina noroeste por si Jayjay trata de echar a correr.

—Te veo en el filtro. Hazlos estallar a voluntad.

Holly se encaramó al interior de una cuba vacía y clavó la mirada en Kronski. Había sacado el lémur de la jaula y lo mantenía alejado de su cuerpo. Perfecto.

La elfa recorrió con el dedo el pequeño dispositivo que llevaba en la mano hasta que todas las lucecitas se pusieron de color verde. Un mensaje con una sola palabra parpadeó en el dispositivo.

«¿Detonar?».

«Por supuesto», pensó Holly y acto seguido presionó el botón de «Aceptar».

Una de las cubas voló por los aires e hizo que una columna de tinte rojo saliera disparada hasta una altura de seis metros. Rápidamente la siguieron varias cubas más, con un estruendo similar al de los morteros, arrojando su contenido al cielo de Marruecos.

«Una sinfonía de color —pensó Artemis desde arriba—. Mayordomo no puede ver nada».

Abajo, en el zoco, el caos fue instantáneo. Los curtidores gritaban y rugían, profiriendo exclamaciones de asombro como si fueran espectadores de un concurso pirotécnico cada vez que un nuevo volcán de colores entraba en erupción. Algunos se dieron cuenta de que sus preciosas pieles se estaban tiñendo con el color equivocado y empezaron a recoger frenéticamente sus mercancías y sus herramientas. En apenas segundos empezaron a llover gotas de tinte, y los espacios entre las cubas se abarrotaron de curtidores frenéticos y turistas aterrorizados.

El Artemis joven permaneció inmóvil, haciendo caso omiso de los tintes voladores, con la mirada fija en Damon Kronski y en el lémur que llevaba en el puño.

«Vigila al animal. Ellos quieren al animal».

Kronski chillaba con cada explosión, haciendo equilibrios sobre una sola pierna como una bailarina de ballet asustada.

«Ésta imagen es impagable», pensó Artemis, y grabó un par de segundos de vídeo en su móvil.

Estaba a punto de suceder algo más, estaba seguro de ello.

Y acertó. Artemis tuvo la vaga impresión de que la tierra acababa de estallar justo delante de los pies de Kronski. Un grueso pedazo de barro surgió como un hongo hacia arriba, algo se movió en el montículo de tierra y, en un abrir y cerrar de ojos, el lémur había desaparecido.

El doctor Kronski se quedó con un pegote de saliva en la mano, que resplandecía levemente en las sombras del atardecer.

Cayeron las últimas gotas de tinte y, poco a poco, el caos empezó a amainar. Los curtidores sacudían la cabeza sin salir de su asombro, y luego empezaron a maldecir su suerte. Los ingresos de toda una jornada de trabajo se habían volatilizado.

Kronski siguió chillando durante varios segundos después de que el polvo se hubiese despejado, sosteniendo la nota como si fuera un cantante de ópera.

Artemis esbozó una sonrisa burlona y desagradable.

—No se acaba hasta que canta la señora gorda, así que supongo que se ha

acabado.

Las palabras de Artemis hicieron volver a la realidad al doctor, que recobró la compostura, apoyó el peso del cuerpo en ambas piernas e inspiró hondo mientras los colores le iban desapareciendo de las mejillas. No fue hasta que quiso limpiarse la sustancia viscosa de la mano cuando se dio cuenta de que el lémur ya no estaba en su poder.

Mientras se miraba la mano sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos, Kronski notó cómo se endurecía la sustancia que le cubría los dedos hasta formar una especie de guante brillante.

—¿Qué has hecho, Artemis?

«Vaya —pensó Artemis—, de repente ya sabes pronunciar mi nombre».

—Yo no he hecho nada, Damon. Te he entregado el lémur y tú lo has perdido. Los problemas son todos tuyos.

Kronski estaba lívido de ira. Se arrancó las gafas y dejó al descubierto un par de ojos enrojecidos.

—Me has engañado, Fowl. No sé cómo, pero tú has tenido mucho que ver en esto. No puedo celebrar un congreso de antiecologistas sin una bienvenida espectacular, y la ejecución de ese lémur era mi gran «¡Hola a todos!».

El teléfono de Artemis emitió un pitido y el joven miró a la pantalla. Un breve mensaje de texto de Mayordomo.

«Misión cumplida».

Se guardó el teléfono en el bolsillo y dedicó a Kronski una sonrisa radiante.

—Conque una bienvenida espectacular, ¿eh? Pues tal vez pueda ayudarte con eso. Por un módico precio, naturalmente.

El Artemis más viejo estaba en el interior de la cápsula camaleón, viendo el desarrollo de los acontecimientos. Todo estaba saliendo según lo planeado, con la excepción de las cubas de tinte, que en realidad habían superado todas las expectativas de Artemis.

«Mayordomo no puede ver absolutamente nada —pensó, y luego se quedó paralizado—. ¡Pues claro! Yo no habría colocado a Mayordomo en esa ventana, en absoluto. Allí habría puesto un señuelo, puesto que es uno de los cinco lugares mágicos para colocar a un francotirador. De hecho, habría puesto un señuelo en esos cinco lugares y luego habría hecho a Mayordomo esconderse en algún lugar del zoco, listo para entrar en acción por si alguno de esos molestos secuestradores de lémures



volvía a aparecer, cosa bastante probable dado que parecían estar al tanto de todos y cada uno de mis movimientos. Yo, Artemis Fowl, he sido engañado por mí mismo».

De pronto lo asaltó un horrible pensamiento.

—¡Holly! —gritó en el micrófono que llevaba adherido al pulgar—. ¡Suspende la misión!

¡Suspende la misión!

—¿Qué...? —fue su crepitante respuesta—. El ruido... creo... estropeado.

A continuación siguieron unos segundos de interferencias, chasquidos y, al fin, silencio.

Era demasiado tarde. Artemis solo pudo aplastar la cara contra la pantalla y contemplar con impotencia cómo uno de los curtidores se despojaba de su túnica y se incorporaba, resultando ser mucho más alto de lo que parecía antes. Aquél era, por supuesto, Mayordomo, con un escáner de infrarrojos portátil en la mano.

«Mayordomo. No lo hagas, viejo amigo. Sé que nunca te gustaron del todo mis planes».

Con tres rápidas zancadas, el guardaespaldas se desplazó hasta la cuba donde se hallaba Holly y la atrapó con su túnica. La elfa trató de zafarse y de plantar pelea, pero contra la formidable fuerza de Mayordomo no tenía ninguna posibilidad. Al cabo de diez segundos, Holly estaba atada de pies y manos sobre los hombros del guardaespaldas. Al cabo de cinco segundos más, Mayordomo ya había salido por la puerta y se había perdido entre la multitud de la medina.

Todo sucedió tan rápido que Artemis no tuvo tiempo ni de quedarse boquiabierto. En un momento dado lo tenía todo bajo control, disfrutando de la sensación de suficiencia que conlleva ser la persona más lista de la metafórica sala. Y sin embargo, un minuto después estaba dándose de bruces contra la realidad, tras haber sacrificado a su reina por una torre. Se dio cuenta entonces de que estaba enfrentándose a alguien tan listo como él, solo que dos veces más cruel.

Sintió cómo la desesperación se iba apoderando de su cuerpo, dejando un desagradable hormigueo a su paso.

«Tienen a Holly en su poder. Los antiecológicos la llevarán ajuicio acusándola de respirar aire humano».

Y de pronto, se le ocurrió una idea.

«Todo acusado tiene derecho a un buen abogado».

# CAPÍTULO XII

## DESAPARECIDOS PARA SIEMPRE

### LE DOMAINE DES HOMMES, CUARTEL GENERAL DE LOS ANTIECOLOGISTAS, FEZ



EL ARTEMIS más joven accedió a acompañar al doctor Kronski a las instalaciones de su cuartel general, cerca de la medina. El Land Rover de Kronski era muchísimo más lujoso que el modelo de alquiler de Artemis, equipado con un potente aire acondicionado, nevera y tapicería de tigre blanco.

Artemis recorrió la piel de la tapicería con el dedo y no se sorprendió al descubrir que era de verdad.

—Bonitos asientos —se limitó a decir.

Kronski no respondió. No había hablado demasiado desde que había perdido al lémur, salvo para mascullar, hablando para sí y maldiciendo la injusticia de la situación. No parecía molestarle que tuviera el traje empapado de tinte, que empezaba a emborronar también la lujosa tapicería.

Aunque apenas tardaron cinco minutos en llegar a las instalaciones, Artemis se alegró de poder contar con aquel breve espacio de tiempo para pensar. Para cuando el Land Rover hubo atravesado las puertas reforzadas, él ya había dejado atados todos los cabos sueltos de su plan y había utilizado los dos minutos sobrantes para idear el argumento de una de las novelas románticas que escribía de vez en cuando bajo el pseudónimo de Violeta Tsirblou.

Un guardia de una envergadura equiparable a la de Mayordomo los dejó pasar por debajo de un arco de entrada en la pared de cuatro metros de altura. Artemis mantuvo los ojos bien abiertos durante todo el tiempo, observando a los guardias armados que patrullaban las cuatro hectáreas de las instalaciones y la ubicación de la caseta del generador y de las dependencias del personal.

«La información es poder».

Los chalets residenciales estaban construidos al estilo de las casas de playa californianas, con techos planos y mucho cristal, arremolinados en torno a una playa

artificial que disponía de su propia máquina de fabricar olas y su socorrista y todo. Había un gran centro de congresos en mitad del complejo, con una aguja rodeada por un andamio que se erigía en el tejado. Había dos hombres subidos al andamio, dando los últimos retoques a una figura de bronce en la punta de la aguja. Y a pesar de que la mayor parte de la figura estaba cubierta con una lona, Artemis podía ver lo bastante para saber qué era: un brazo humano con el mundo en el puño, el símbolo de los antiecológicos.

El chófer de Kronski aparcó delante del chalet más majestuoso de todo el complejo, y el doctor guió a Artemis al interior de la casa sin pronunciar una sola palabra. Una vez dentro, señaló con una mano hacia un sofá cubierto de pieles y desapareció en su dormitorio.

Artemis esperaba poder ducharse y cambiarse de ropa, pero por lo visto Kronski estaba demasiado enfadado para andarse con cortesías, así que Artemis se vio obligado a tirarse del cuello de la camisa, que le producía unos picores tremendos, y a esperar el regreso de su anfitrión.

La sala de recepción de Kronski era un espacio macabro: una de las paredes estaba recubierta de certificados de extinción, con fotografías incluso de los desdichados animales y las fechas en que los antiecológicos habían logrado matar al último ejemplar de una especie en concreto.

Artemis recorrió con la mirada la pared de fotografías. Había un león marino japonés y un delfín del río Yangtsé; un zorro volador filipino y un tigre balinés.

Todos desaparecidos para siempre.

«La única forma de volver a ver a esas criaturas sería acumular de algún modo el suficiente impulso para viajar más rápido que la velocidad de la luz e ir atrás en el tiempo».

Había aún más horrores en la sala, todos con su etiqueta con propósitos educativos. El sofá estaba tapizado con las pieles de los lobos de las islas Malvinas. La base de una lámpara era el cráneo de un rinoceronte negro occidental.

Artemis luchó por no perder la compostura.

«Tengo que salir de aquí cuanto antes».

Sin embargo, la débil voz de su conciencia le recordó que el hecho de marcharse no implicaría que aquel lugar dejase de existir, y venderle aquella extraña criatura a Kronski solo atraería a aún más gente hasta allí.

Artemis invocó una imagen de su padre en su cabeza. «Lo que haga falta. Haré lo

que haga falta».

Kronski entró en la habitación ya duchado y ataviado con un vaporoso kaftán. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

—Siéntate, Ah-temis —dijo, gesticulando hacia el sofá con un matamoscas forrado de piel.

Artemis miró el asiento.

—No, creo que prefiero estar de pie.

Kronski se desplomó en una silla de oficina.

—Ah, ya lo entiendo. Ése es un sofá para adultos, es difícil que te tomen en serio cuando te cuelgan las piernas y los pies no tocan el suelo.

El doctor se restregó los ojos con unos pulgares rechonchos y acto seguido se puso sus personalísimas gafas.

—No tienes ni idea de todo lo que he tenido que sufrir, Ah-temis: acosado en un país tras otro a causa de mis creencias, como un delincuente común. Y ahora que por fin he encontrado un lugar al que puedo llamar mi hogar, ahora que he persuadido al comité para que se reúna aquí, pierdo a mi animal para el juicio. Ése lémur era la figura principal de todo el congreso, todo iba a girar en torno a él.

Kronski hablaba con tono sereno y parecía haberse recuperado de su ataque de nervios en la curtiduría.

—Los miembros del comité de los antiecologistas son hombres muy poderosos, Ah-temis. Están acostumbrados a los lujos y las comodidades. Marruecos no es muy cómodo, que digamos. Tuve que construir este cuartel para poder atraerlos hasta aquí, y les prometí una gran ceremonia de apertura para la conferencia. Y ahora lo único que podré enseñarles es una mano brillante...

Kronski levantó la mano, en la que apenas había ya restos de baba, pero sí parecía brillar un poco todavía.

—No todo está perdido, doctor —dijo Artemis en tono tranquilizador—. Yo puedo darle algo que rejuvenecerá a su asociación y le dará relevancia en el ámbito internacional.

Kronski arrugó la frente con expresión escéptica, pero, sin darse cuenta, inclinó el cuerpo hacia delante y extendió ligeramente los brazos.

«Su cara dice no —pensó Artemis—, pero su lenguaje corporal dice sí».

—¿Qué me estás vendiendo, Ah-temis?

Artemis abrió la galería de fotos de su móvil y seleccionó una fotografía.

—Esto —dijo, pasándole el teléfono a Kronski.

El doctor examinó la fotografía y el escepticismo de sus ojos se acentuó aún más.

—¿Qué es esto? ¿Una manipulación de la imagen?

—No, es auténtica. Ésta criatura es real.

—Venga ya, Ah-temis. Lo que hay aquí es látex e implantes óseos. Nada más.

Artemis asintió.

—Es una reacción lógica, por lo que no tendrás que pagar hasta que estés satisfecho.

—Ya he pagado.

—Has pagado por un lémur —lo contradijo Artemis—. Ésta es una especie no descubierta aún.

Posiblemente, también sea una amenaza para la humanidad. Esto representa precisamente la razón de ser de los antiecológicos. Imagina cuántos miembros clamarán por hacer donativos a tu iglesia cuando descubras esta amenaza.

Kronski asintió.

—Es un buen razonamiento viniendo de un crío de diez años. ¿Cuánto tengo que pagar?

—Cinco millones de euros. No negociables.

—¿En metálico?

—Diamantes.

Kronski puso mala cara.

—No pienso pagar ni una sola piedra hasta que verifique la autenticidad de la mercancía.

—Me parece justo.

—Y a mí me pareces demasiado comprensivo, Fowl. ¿Cómo sabes que no te traicionaré? A fin de cuentas, estoy seguro de que tú tuviste algo que ver con lo que pasó en el zoco. En la tierra de donde yo vengo, la venganza es juego limpio.

—Puede que me traiciones a mí, Damon. Pero no traicionarías a Mayordomo, no eres un hombre estúpido.

Kronski lanzó un gruñido, impresionado.

—Tengo que reconocerlo, muchacho: lo tienes todo atado y bien atado. Y además, lo vendes muy bien. —Se miró con aire ausente la mano brillante—. ¿No te parece curioso, Ah-temis, cómo un niño como tú acaba enfrentándose a un viejo granuja como yo?

—No entiendo la pregunta —dijo Artemis sinceramente. Kronski dio una palmada y se echó a reír.

—Me encanta, Ah-temis —exclamó—, que exista un chico como tú. Me alegra el día. —De pronto, cortó en seco su risa, como si la hubiera seccionado una guillotina—. Y dime, ¿cuándo podré examinar a la criatura?

—Inmediatamente —respondió Artemis.

—Bien. Bueno, pues envía un mensaje de texto a tu hombre para que venga. Pongamos que se tardan treinta minutos en llegar aquí, más otros diez para pasar el control de seguridad. Podemos quedar en la sala central dentro de una hora.

—He dicho inmediatamente —dijo Artemis, haciendo chasquear los dedos.

Mayordomo salió de detrás de una cortina, con una bolsa de lona de Kevlar bajo el brazo.

Kronski dejó escapar un breve chillido, y acto seguido puso los ojos en blanco de frustración.

—Es que no puedo controlar esos chillidos..., desde lo del koala en Cleveland. Me da tanta vergüenza...

«Anotar y guardar para después —pensó Artemis—. Koala en Cleveland».

—Bueno —continuó el doctor—, pero ¿cómo ha llegado hasta aquí?

Mayordomo se encogió de hombros.

—Entré del mismo modo que usted, Doctor.

—Estabas en el Land Rover —exclamó Kronski—. Qué listo...

—No exactamente. Fue más un descuido por su parte que un tanto por la nuestra.

—Lo recordaré. ¿Tienes la mercancía ahí contigo?

Mayordomo apretó la boca con fuerza, y Artemis supo que lo estaba empujando hasta el límite de su lealtad con aquella transacción. Lo del lémur ya había sido bastante horrible, pero el ejemplar femenino de la bolsa era casi una persona.

Sin pronunciar una palabra, el guardaespaldas depositó la bolsa encima de la mesa. Artemis tiró de la cremallera, pero Mayordomo lo detuvo.

—Tiene una especie de facultad para hipnotizar a la gente. Una vez conocí un tipo en Laos que podía echarte mal de ojo, pero nada parecido a esto. Intentó hacérmelo fuera del zoco y por poco me choco con un camello, así que le tapé la boca con esparadrapo. Además, como ya sabemos, puede volverse invisible. La primera vez que abrí la bolsa, no estaba allí. Pero creo que se está quedando sin combustible. Podría haber más numeritos: a saber qué trucos tiene escondidos en esas orejas

puntiagudas.

¿Está preparado para correr ese riesgo?

—Sí —dijo Kronski, prácticamente salivando—. Totalmente, sí. Abre la bolsa.

Mayordomo retiró la mano, y Artemis abrió la cremallera de la bolsa y dejó al descubierto la figura que había en su interior.

Kronski clavó su mirada en los ojos disparejos. Recorrió con la mano la ancha frente inhumana, tiró de una de las orejas y luego se fue tambaleándose al bar de la oficina y se sirvió un vaso de agua con pulso tembloroso.

—Cinco millones al precio de mercado actual —dijo—. Dijiste cinco y llegamos a un acuerdo.

Ahora no puedes subir el precio.

Artemis sonrió. Lo tenía en el bolsillo.

—Cinco millones —dijo—. Más gastos.

El Artemis más viejo regresó al punto de aterrizaje en un scooter plegable de la PES diseñado para que se pareciese a una Lambretta humana de los años cincuenta. El parecido solo era a nivel superficial, porque no había muchas Lambrettas equipadas con baterías de energía nuclear limpia, navegación por satélite gnómica y botones de autodestrucción.

La carretera de Ifrane, a las afueras de la ciudad imperial, formaba parte de la fértil cuenca del río Fez y estaba flanqueada de olivares y campos de golf.

«Lo antiguo y lo moderno en coexistencia».

En el cielo, las estrellas parecían más cercanas y feroces que en su hogar, en Irlanda, pues relucían con la intensidad de los reflectores de un estadio, como si África estuviera, de algún modo, más cerca del resto del universo.

«La he perdido. He perdido a Holly».

Pero tenía un plan. Un plan medio bueno. Solo necesitaba un poco de tecnología mágica para abrir unas cuantas puertas y entonces tendría una posibilidad. Porque, sin Holly, todo estaba perdido.

No habría futuro para ninguno de ellos.

Tardó casi una hora en encontrar el campo de golf exacto donde Holly había aparcado la lanzadera de la PES, aunque lo cierto es que no había demasiados indicios de la

presencia de una aeronave en el lugar, aparte de una porción de arena llana en el búnker. Holly había enterrado profundamente el morro de la lanzadera en la arena seca y luego había dejado el escudo activado. Artemis solo logró encontrarla con la ayuda de los sistemas de navegación de la motocicleta.

Plegó el scooter hasta formar un disco del tamaño de un frisbi y bajó por la escotilla del techo.

Mantillo Mandíbulas estaba girando despreocupadamente en el asiento del piloto.

—Ésa es mi moto, Fangoso —dijo—. Se cayó del carrito, así que me la quedo yo.

Artemis cerró la escotilla a su espalda.

—¿Dónde está el lémur? ¿Dónde está Jayjay? Mantillo respondió a aquellas preguntas con otras de su propia cosecha.

—¿Dónde está Holly? ¿La has perdido?

—Sí —admitió Artemis con tristeza—. El crío ha sido más listo que yo. Sabía que vendríamos por el lémur. Lo sacrificó a cambio de Holly.

—Muy listo —dijo Mantillo—. Bueno, pues yo me largo. Ya nos veremos...

—¿Ya nos veremos? ¿Cómo que ya nos veremos? ¿Una de tus compañeras mágicas está en peligro y tú eres capaz de abandonarla?

Mantillo levantó las palmas de las manos.

—Eh, cálmate, Fangoso. Los de la PES no son mis compañeros. Hicimos un trato: yo os consigo a ese bichejo peludo y vosotros me conseguís un carro lleno de artilugios de la PE S. Trabajo hecho y todos contentos.

En ese momento, Jayjay asomó la cabeza por la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué está haciendo ahí?

Mantillo hizo una mueca.

—A ver si lo adivinas.

—Los lémures no saben utilizar los cacharros de fontanería avanzada.

—Ve a verlo tú mismo. Sea lo que sea lo que haya ahí, la culpa es de Jayjay.

Chasqueó sus dedos peludos y el lémur recorrió su brazo hasta subírsele a la cabeza.

—¿Lo ves? Él acepta la responsabilidad. —Mantillo frunció el ceño—. ¿No irás a cambiar a este pequeñajo por la capitana Canija, no?

—No serviría de nada —respondió Artemis, accediendo a la base central de datos de la PES—. Sería como intentar cambiar una horquilla de pelo por Excalibur.

Mantillo se mordió el labio.



—Ésa historia de Excalibur me suena, así que sé lo que tratas de decir. Una horquilla es inútil, Excalibur es maravillosa, y todo eso. Pero en algunos casos una horquilla es muy útil. Ahora bien, si hubieses dicho una horquilla de goma... ¿Entiendes lo que trato de decir?

Artemis no le hizo ningún caso y empezó a teclear con furia el teclado que había aparecido ante él. Necesitaba reunir la máxima información posible sobre los antiecologistas, y Potrillo tenía un extenso archivo sobre ellos.

Mantillo hizo cosquillas a Jayjay en la barbilla.

—Me estaba empezando a caer bien la capitana Canija, en contra de mis propios principios.

Supongo que podría cavar y rescatarla.

Aquello era un ofrecimiento en toda regla y tenía su lógica, así que Artemis dedicó un momento de su tiempo a responder.

—No es posible. Kronski ya ha visto el truco del rescate a través del túnel y, conociéndolo, no caerá de nuevo. Además, no podrías sobrevivir a esas temperaturas diurnas. Ni siquiera bajo tierra estarías a salvo: la tierra es tan seca que las grietas se adentran hasta quince metros en suelo abierto. Un simple rayo del sol de mediodía y te achicharrarías como un libro viejo en un horno.

Mantillo hizo una mueca de dolor.

—Bueno, la verdad es que con esa metáfora sí has logrado convencerme. Entonces, ¿qué vas a hacer?

Artemis usó la avanzada tecnología de las Criaturas para imprimir una tarjeta con estampado de leopardo con un holograma de los antiecologistas en plata y púrpura en el centro.

—Ésta noche iré al banquete de los antiecologistas —dijo, agitando la tarjeta con el dedo índice—. Al fin y al cabo, me han invitado. Lo único que necesito es un disfraz y algunas cositas del botiquín médico.

Mantillo estaba impresionado.

—Eso está muy bien. Eres casi tan retorcido como yo.

Artemis volvió a concentrarse en el teclado. Iba a tardar algún tiempo en fabricar su tapadera.

—No tienes ni idea —dijo.

La noche del banquete de los antiecologistas se le había echado encima y Kronski

tenía los nervios de punta. Se puso a bailar alrededor de su chalet ataviado únicamente con una toalla de baño, tarareando sin cesar las melodías de *José, el rey de los sueños*. Kronski soñaba a menudo que era él el que llevaba la túnica multicolor y que estaba hecha con las pieles de todos los animales que había cazado hasta su extinción. Siempre se despertaba de ese sueño sonriendo.

«Todo tiene que ser perfecto. Ésta es la noche más importante de mi vida. Gracias, pequeño Ahtemis».

Muchas cosas dependían del resultado de aquel congreso, y el banquete, por lo general, solía marcar la pauta para el resto del fin de semana. Si se hacía algo espectacular en el banquete del juicio, los miembros estarían hablando de ello durante días. Internet echaría humo con los comentarios.

«Y no hay nada más espectacular que una especie completamente nueva. Los antiecologistas están a punto de globalizarse.»

Y justo a tiempo. A decir verdad, los antiecologistas eran un concepto trasnochado. Las suscripciones estaban descendiendo y, por primera vez en su historia, el congreso no había alcanzado el lleno absoluto. Al principio había sido maravilloso: tantas especies apasionantes que cazar y clavar en la pared... Sin embargo, ahora los países protegían a sus especies en peligro de extinción, especialmente las grandes. Ya no había más vuelos a la India para cazar tigres, y los países subsaharianos reaccionaban francamente mal si un grupo de antiecologistas armados aparecía en alguna de sus reservas y comenzaba a descerrajar un tiro tras otro a los elefantes. Estaban llegando al punto en que las autoridades del gobierno rechazaban los sobornos, incluso. ¡Rechazaban los sobornos!

Había otro problema con los antiecologistas, aunque Kronski nunca lo admitiría en voz alta. El grupo se había convertido en una referencia para algunos de los sectores más lunáticos de la sociedad. Su odio por el reino animal estaba atrayendo a locos sedientos de sangre que no veían más allá de meterle una bala a una bestia aletada. No entendían la filosofía que había detrás de la organización: el hombre es el rey, y los animales sobreviven siempre y cuando contribuyan al bienestar de sus amos. Un animal que resulta inútil está malgastando un aire precioso y debería ser aniquilado.

Pero aquella criatura nueva lo cambiaba todo. Todos querrían verla. Filmarían todo el juicio y la ejecución, filtrarían el contenido de la cinta y entonces el mundo conocería a Damon Kronski.

«Un año entero de donativos —pensó Kronski—, y luego me retiro a disfrutar mi

riqueza. Cinco millones. Éste ser mágico, o lo que sea, vale diez veces más que eso. Cien veces más».

Kronski se entretuvo riendo delante del aire acondicionado un minuto y luego escogió un traje de su guardarropa.

«Púrpura —pensó—. Ésta noche seré emperador».

En el último momento, se le ocurrió rescatar de uno de los estantes de arriba un gorro a juego de piel de tigre del Caspio adornado con borlas.

«Donde fueres...», pensó con alegría.

## LEARJET DE LOS FOWL, 10.000 METROS SOBRE GIBRALTAR

El Artemis de diez años hizo todo lo posible por relajarse en uno de los mullidos asientos de cuero del Learjet, pero tenía un nudo de nerviosismo en la base del cuello.

«Necesito un masaje —pensó—, o una infusión».

Artemis sabía perfectamente qué era lo que le causaba aquella angustia.

«He vendido una criatura..., una persona a los antiecologistas».

Teniendo en cuenta su astucia, Artemis era perfectamente capaz de esgrimir un razonamiento que justificase sus acciones.

«Sus amigos la liberarán. Por poco me engañan a mí, así que sin duda podrán engañar a Kronski. Ésa Criatura mágica probablemente ya estará de regreso a dondequiera que sea el lugar de donde venga, con el lémur bajo el brazo».

Artemis dejó de pensar en aquel endeble razonamiento concentrándose en Kronski.

«Decididamente, habría que hacer algo con ese hombre».

Un Powerbook de titanio emitía un suave zumbido sobre la bandeja plegable de Artemis. El chico activó la pantalla y abrió el programa personal de búsqueda en Internet que había diseñado como proyecto para la escuela. Gracias a una antena potente e ilegal instalada en la bodega de carga del jet, podía captar señales de radio, televisión e Internet casi en cualquier parte del mundo.

«Las organizaciones como los antiecologistas viven y mueren a causa de sus reputaciones —pensó—. Sería un ejercicio muy divertido destruir la reputación de Kronski usando el poder de la web».

Lo único que necesitaba era un poco de investigación y colgar un pequeño vídeo en unas cuantas de las redes sociales más populares de Internet.

Veinte minutos más tarde, Artemis junior estaba dando los últimos retoques a su proyecto cuando Mayordomo apareció por la puerta de la cabina de piloto.

—¿Tienes hambre? —le preguntó el guardaespaldas—. Hay algo de humus en la nevera y he hecho batidos de yogur y miel.

Artemis subió su proyectó de vídeo en el último sitio web.

—No, gracias —murmuró Artemis—. No tengo hambre.

—Pues debe de ser tu complejo de culpa, que te corroe por dentro —dijo Mayordomo con aire inocente, sirviéndose algo de la nevera—. Como una rata que roe un hueso viejo.

—Gracias por el símil, Mayordomo, pero, a lo hecho, pecho.

—¿Teníamos que dejarle a Kronski el arma?

—Por favor..., puse cargas de destrucción remota en mi equipo. ¿De veras crees que una raza tan avanzada iba a dejar su tecnología desprotegida? No me sorprendería que esa arma se estuviera derritiendo ahora mismo en las manos de Kronski. Tenía que dejársela como soborno.

—Dudo que la criatura se esté derritiendo.

—Déjalo ya, Mayordomo. Hice un trato y punto final.

Mayordomo se sentó frente a él.

—Humm... Así que ahora te riges por alguna especie de código. Honor entre criminales.

Interesante. Entonces, ¿qué es lo que estás tramando con tu ordenador?

Artemis se frotó el punto tenso del cuello.

—Por favor, Mayordomo. Todo esto es por mi padre. Sabes que debo hacerlo.

—Una pregunta —dijo Mayordomo, arrancando el plástico de un juego de cubiertos—. ¿Querría tu padre que lo hicieras de esta manera?

Artemis no respondió, se limitó a seguir sentado y frotarse el cuello.

Cinco minutos después, Mayordomo sintió lástima del chico de diez años.

—Se me ha ocurrido que tal vez podríamos dar media vuelta al avión y ofrecerles nuestra ayuda a esas extrañas criaturas. El aeropuerto de Sass ha reabierto, así que podríamos estar ahí en un par de horas.

Artemis frunció el ceño. Era lo correcto, pero no estaba en su agenda. Volver a Fez no salvaría a su padre.

Mayordomo dobló su plato de papel por la mitad, atrapando los restos de su

comida dentro.

—Artemis, me gustaría dar media vuelta con el aparato, y tengo la intención de hacerlo a menos que me ordenes lo contrario. Lo único que tienes que hacer es decir la palabra.

Artemis vio a su guardaespaldas regresar a la cabina de piloto, pero no dijo nada.

## MARRUECOS

El Domaine des Hommes estaba repleto de limusinas cargadas con antiecológicos recién llegados del aeropuerto, cada uno exhibiendo su odio hacia los animales en sus mangas, su cabeza o sus pies. Kronski vio a una señora que calzaba unas botas de cabra montés que le llegaban hasta el muslo. De los Pirineos, si no estaba equivocado. Y también estaba su viejo amigo Jeffrey Coontz-Meyers con su chaqueta de tweed con espalda de quagga. Y la condesa Irma Kostovich, que protegía su pálido cuello del frío vespertino con una estola de lobo de Honshu.

Kronski sonrió y saludó a cada uno de ellos efusivamente, y a la mayoría por su nombre. Cada año había menos miembros nuevos, pero eso cambiaría esa misma noche después del juicio. Se dirigió hacia la sala de banquetes.

La sala en sí había sido diseñada por la casa Schiller-Haus de Múnich y básicamente se trataba de un enorme kit prefabricado que había llegado en contenedores y había sido erigida por especialistas alemanes en menos de cuatro semanas. Lo cierto es que era increíble. Era una estructura impresionante, más solemne en apariencia que los chalets, lo cual resultaba muy pertinente, teniendo en cuenta que en el interior tenían lugar asuntos muy solemnes: juicios justos y luego ejecuciones.

«Juicios justos», pensó Kronski, y soltó una risita.

Las puertas principales estaban custodiadas por dos corpulentos caballeros marroquíes vestidos con trajes. A Kronski se le había pasado por la cabeza vestir a los guardias con monos de color negro, pero había descartado la idea por seguir un estilo demasiado Bond.

«No soy el Doctor No. Soy el Doctor Animales No, gracias». Kronski pasó junto a los guardias y se dirigió por un pasillo enmoquetado con lujosas alfombras locales a un salón de banquetes de doble altura con techo de cristal triple. Las estrellas parecían estar tan cerca que era como si se pudiera tocarlas solo con estirar el brazo.

La decoración era una agradable combinación de lo clásico y lo moderno. Agradable, salvo por los ceniceros de garra de gorila que había en casa mesa y la hilera de cubiteras para enfriar el champán hechas con pies de elefante en las puertas de la cocina. Kronski atravesó las puertas dobles, dejó atrás una reluciente cocina de acero pulido y se dirigió a la cámara frigorífica de la parte trasera.

La criatura estaba flanqueada por tres guardias más. Se encontraba esposada a una trona de plástico que habían tomado prestada de la guardería del complejo. Tenía las facciones alerta y parecía de mal humor. Su arma estaba fuera de su alcance, encima de un carrito de acero.

«Si las miradas fueran balas —pensó Kronski, recogiendo la pequeña arma y sopesándola en la palma de su mano—, me estaría acribillando».

Apuntó con el arma a un jamón congelado que colgaba de una cadena y accionó el pequeño gatillo. No hubo retroceso ni ningún destello de luz evidente, pero el jamón estaba echando humo y listo para servirse.

Kronski se quitó las gafas de color violeta que llevaba puestas día y noche, para asegurarse de que lo que veían sus ojos era cierto.

—Dios mío... —exclamó con asombro—. Esto sí que es un juguete...

Dio un pisotón en el suelo de acero que hizo temblar toda la cámara.

—Nada de túneles esta vez —anunció—, no como en el zoco. ¿Hablas mi idioma, criatura? ¿Sabes lo que estoy diciendo?

La criatura puso los ojos en blanco.

«Te respondería —decía su expresión—. Pero tengo la boca tapada con esparadrapo».

—Y hay una buena razón para eso —dijo Kronski, como si hubiese pronunciado la frase en voz alta—. Ya sabemos lo de tus trucos de hipnosis. Y también lo de la invisibilidad. —Le pellizcó la mejilla como si fuera una niña—. Tu piel parece casi humana. ¿Qué eres? ¿Un hada, es eso?

Holly volvió a poner los ojos en blanco.

«Si poner los ojos en blanco fuera un deporte, esta criatura se llevaría una medalla de oro —pensó el doctor—. Bueno, tal vez una medalla de plata. La medalla de oro seguramente sería para mi ex mujer, que no es ninguna novata en el arte de poner los ojos en blanco».

Kronski se dirigió a los guardias.

—¿Se ha movido? —preguntó.

Los hombres negaron con la cabeza. Era una pregunta estúpida. ¿Cómo iba a moverse?

—Muy bien. Todo va según mis planes.

Ahora le tocó el turno a Kronski de poner los ojos en blanco.

—¿Me habéis oído? «Todo va según mis planes». Eso sí que es una frase propia del Doctor No.

Debería ir y hacerme con unas cuantas pipas. ¿Qué les parece, caballeros?

—¿Pipas? —exclamó el guardia más nuevo, que no estaba acostumbrado a las parrafadas de Kronski. Los otros dos sabían perfectamente que muchas de las preguntas del doctor eran retóricas, sobre todo las relacionadas con Andrew Lloyd Webber o James Bond.

Kronski hizo caso omiso del chico nuevo. Se llevó un dedo a sus labios fruncidos un momento para subrayar la importancia de lo que estaba a punto de decir, y luego lanzó un profundo silbido a través de la nariz.

—De acuerdo, caballeros. Atención, todos: esta noche no podría ser más importante. El futuro de toda la organización depende de ella. Todo debe salir como la seda. No apartéis los ojos de la prisionera y no le quitéis las ataduras ni las mordazas. Nadie la verá hasta que el juicio comience. He pagado cinco millones en diamantes por el privilegio de una revelación espectacular, así que nadie puede entrar aquí excepto yo. ¿Entendido?

Ésa no era una pregunta retórica, aunque el chico nuevo aún tardó un momento en darse cuenta.

—Sí, señor. Entendido, señor —soltó una fracción de segundo después que los otros dos.

—Si algo sale mal, entonces vuestra última tarea de la noche consistirá en cavar tumbas. —Kronski guiñó un ojo al guardia nuevo—. Y ya sabéis lo que se suele decir: «El último que entra es el primero que sale».

El ambiente en el banquete estaba un poco enrarecido... hasta que llegó la comida. Lo curioso de los antiecologistas es que eran muy tiquismiquis con la comida. Algunos odiaban a los animales que se habían hecho vegetarianos, lo que limitaba un poco el menú. Sin embargo, ese año Kronski había logrado agenciarse a un chef de un restaurante vegetariano de Edimburgo que podía hacer cosas con un calabacín capaces de hacer llorar al más acérrimo carnívoro.

Comenzaron con una sutil sopa de tomate y pimientos presentados en caparazones de tortuga protegida. A continuación siguió un hojaldre ligero de verduras asadas con un toque de yogur griego, servido en un plato de cráneo de mono. Todo muy sabroso, y por el momento el vino mantenía relajados a los invitados.

Kronski tenía el estómago tan atezado por los nervios que no podía probar bocado, cosa rara en él. No estaba tan alterado desde su primer banquete en Austin hacía muchísimos años.

«Estoy en el umbral de la grandeza. Pronto mi nombre acompañará a los de Bobby Jo Haggard o Jo Bobby Saggart, los grandes evangelistas de los antiecologistas. Damon Kronski, el hombre que salvó al mundo».

Había dos cosas que iban a hacer de aquel banquete el mejor de la historia: el primer plato y el juicio.

El primer plato iba a hacer las delicias de todos, vegetarianos y carnívoros por igual. Los vegetarianos no podrían comerlo, pero al menos se maravillarían ante la maestría necesaria para componer el plato.

Kronski dio un leve golpe en un pequeño gong junto a su sitio y se levantó para presentar el plato, como era costumbre.

—Damas y caballeros —comenzó—. Permítanme contarles una historia de extinción: en julio de 1889, el doctor D. S. Jordan Visitó Twin Lakes, en Colorado, y publicó sus descubrimientos en el *Boletín de la Comisión de Pesca de Estados Unidos* del año 1891. Descubrió lo que declaró que era una nueva especie: la «trucha degollada de dorso amarillo». En su informe, Jordan describía al pez como de color oliva plateado con una amplia franja amarillo limón en el dorso, pequeñas aletas brillantes amarillo oro y una profunda línea roja a cada lado del cuello, de ahí lo de «degollada». Hasta 1903, las truchas degolladas sobrevivían en Twin Lakes. La trucha degollada se extinguió poco después de la introducción de la trucha arco iris en los lagos. Otras truchas se cruzaron con las arco iris, pero las degolladas desaparecieron rápidamente y ahora están completamente extintas.

Nadie derramó una sola lágrima. De hecho, hubo unos cuantos aplausos al oírse pronunciar la palabra «extintas».

Kronski levantó la mano.

—No, no. Esto no es motivo de alegría. Se dice que la trucha degollada era un pescado muy succulento, con un sabor dulce muy peculiar. Es una lástima que nunca vayamos a probarlo... —Se detuvo haciendo una pausa dramática—. O...



Al fondo de la sala, una gran pared falsa se corrió hacia un lado y descubrió un telón de terciopelo rojo. Con gran ceremonia, Kronski extrajo un mando a distancia de su chaqueta y abrió el telón, que se retiró con un sigiloso silbido. Detrás de él apareció un enorme carrito con lo que parecía un glaciar en miniatura, plateado y humeante.

Todos los invitados inclinaron el cuerpo hacia delante, intrigados.

—¿Y si una parte del lago se hubiese congelado hace más de cien años?

Se produjo un murmullo entre los comensales.

«No puede ser».

«Seguro que no».

«Imposible».

—¿Y si un trozo de ese lago congelado hubiese quedado atrapado por un deslizamiento en una grieta desconocida y se hubiese mantenido en estado sólido gracias a las corrientes que rondan los cero grados?

«Entonces eso significaría.. .».

«Dentro de ese trozo...».

—¿Y si ese trozo hubiese salido a la superficie hace seis semanas en los terrenos de mi buen amigo Tommy Kirkenhazard, uno de nuestros propios miembros más veteranos?

Tommy se puso de pie para hacer una reverencia, agitando su sombrero de vaquero de lobo gris de Texas. Aunque estaba sonriendo con los dientes a la vista, sus ojos disparaban dagas a Kronski. Para todos era evidente que había mala sangre entre ambos.

—Luego sería posible, escandalosamente caro y difícil, pero posible, transportar este trozo de hielo hasta aquí. Un trozo que contiene un considerable surtido de truchas degolladas de dorso amarillo. —Kronski hizo una pausa para dejar que asimularan aquella información—. Y entonces nosotros, queridos amigos, seríamos las primeras personas en comer trucha degollada en cien años.

Aquella perspectiva hizo que incluso algunos de los vegetarianos empezasen a salivar.

—Vedlo, antiecologistas. Vedlo y asombraos.

Kronski chasqueó sus dedos, y una docena de camareros hizo rodar el pesado carrito hasta el centro de la zona de banquete, donde lo colocaron sobre una parrilla de acero. Los camareros se despojaron entonces de su uniforme y enseñaron los disfraces de mono que llevaban debajo.

«A lo mejor me he pasado un poco de rosca con lo de los disfraces de mono —se dijo Kronski—. ¿Demasiado a lo Broadway?».

Sin embargo, una ojeada rápida a los rostros de sus invitados le confirmó que seguían cautivados.

Los camareros eran en realidad acróbatas de circo profesionales de una de las imitaciones del Cirque du Soleil que estaban de gira por el norte de África. Estaban encantados de la vida ante la posibilidad de tomarse unos días para representar aquel espectáculo privado para los antiecológicos.

Se arremolinaron en torno al enorme bloque de hielo, se sujetaron a él con cuerdas, crampones o garfios, y empezaron a demolerlo con motosierras, espadas flameantes y lanzallamas, todo aparentemente salido de la nada.

Era una imagen espectacular: el hielo salía ‘despedido por los aires y remojaba a los invitados, y el ruido de la maquinaria era infernal.

El surtido de trucha degollada no tardó en asomar por la penumbra azul del hielo. Los pececillos tenían los ojos abiertos y se habían quedado congelados en plena huida, sorprendidos por la virulencia de la helada.

«Qué forma de morir —pensó Kronski—. Sin ningún aviso previo en absoluto. Maravilloso».

Los acróbatas empezaron a extraer el pescado en bloques del hielo y se lo fueron pasando a uno de la docena de cocineros en fila que habían aparecido por las puertas laterales, arrastrando hornillos de gas.

Se deslizaba cada bloque individual por un colador caliente para eliminar mediante el vapor el exceso de hielo, y luego el pescado se fileteaba con mano experta y se freía en aceite de oliva con una selección de verduras troceadas y un diente de ajo machacado.

Para los vegetarianos había un risotto con champiñones al champán, aunque Kronski no preveía que lo comiesen demasiados. Los vegetarianos aceptarían el plato de pescado solo para clavarle el cuchillo a la trucha.

La comida fue todo un éxito, y el nivel de murmullos complacidos fue en aumento hasta inundar el salón.

Kronski logró comerse la mitad de un filete, a pesar de los nervios.

«Delicioso. Exquisito».

«Creen que este ha sido el momento culminante —pensó—. Pues no han visto nada todavía».

Después del café, cuando los antiecologistas estaban aflojándose las fajas o encendiéndose un habano para dar la primera calada, Kronski dio instrucciones a su personal para que preparasen la sala del tribunal.

El personal respondió con la velocidad y la eficacia de un equipo de boxes de Fórmula Uno, como debería ser después de tres meses de entrenamiento a latigazos. Literalmente. Los trabajadores se arremolinaron en torno a la rejilla bajo la que el hielo derretido se agitaba como el agua de una piscina turbia, con algunas truchas perdidas flotando en la superficie. Cubrieron aquella parte del suelo y dejaron al descubierto un segundo foso, forrado de acero y cubierto con marcas de quemaduras.

Encima de una plataforma con ruedas trasladaron hasta el mismo centro de la sala dos tribunas y una tarima que ocuparon el lugar del carrito de hielo. Las tribunas iban equipadas con sendos ordenadores en las superficies giratorias, y sobre la tarima de madera se erigía una jaula. El ocupante de la jaula estaba escondido detrás de una imponente cortina de piel de leopardo.

La cháchara de los comensales se interrumpió cuando contuvieron la respiración ante la gran revelación de la noche. Ése era el momento que todo el mundo estaba esperando, todos aquellos millonarios y multimillonarios que pagaban un dineral por unos pocos minutos de poder absoluto: tener el destino de una especie entera en sus manos, demostrarle al resto del planeta quién mandaba allí.

Los invitados no advirtieron la presencia de la docena aproximada de francotiradores apostados discretamente en la planta superior por si a la criatura que habrían de juzgar esa noche se le ocurría alguna treta inesperada con sus poderes mágicos. Había pocas posibilidades de otro rescate subterráneo, pues la totalidad de la sala estaba construida sobre unos cimientos de barras de acero y hormigón.

Kronski saboreó el momento, demorándose en cada instante y levantándose lentamente de su asiento para luego desplazarse a la tribuna de la acusación.

Estiró los dedos, dejando que la tensión se apoderara del ambiente, y acto seguido dio inicio a su presentación.

—Cada año sometemos a juicio a un animal raro.

Se oyeron algunas risotadas entre el público, que Kronski desdeñó con gesto afable.

—Un juicio «auténtico» en el que el anfitrión ejerce las labores de la acusación, y uno de ustedes, el más afortunado, hace de abogado defensor. La idea es bien simple: si el defensor consigue convencer a un jurado formado por compañeros nuestros, sin

ninguna clase de prejuicios...

Más carcajadas.

—... de que la criatura que hay en esta jaula realiza una aportación positiva a la existencia humana en este planeta, entonces pondremos a la criatura en libertad. Esto, lo crean o no, ocurrió una vez en 1983.

Un poco antes de mi época, pero estoy seguro de que realmente sucedió. Si el abogado de la defensa no logra convencer a los miembros del jurado de la utilidad del animal, entonces pulsaré este botón de aquí. —Y en ese momento los voluminosos dedos de Kronski empezaron a toquetear un gigantesco botón rojo de su mando a distancia—. Y el animal caerá de su jaula al foso y atravesará el rayo láser que activa los chorros de llamas a gas. Y *violà*: ¡incineración instantánea!

»Permítanme que les haga una demostración. Por favor, es que es un foso nuevo. Lo he estado poniendo a prueba toda la semana.

Hizo una señal a uno de sus hombres, quien apartó un fragmento de la rejilla con un gancho de acero. A continuación Kronski escogió una raja de melón de un frutero y la arrojó al foso. Se produjo un pitido, seguido por una erupción de gotas de llamas azules y blancas procedentes de unas válvulas que rodeaban las paredes del foso. El melón quedó reducido a pavesas negras, completamente carbonizadas.

La demostración provocó una sonora ovación, pero no todos apreciaron la presentación de Kronski.

Jeffrey Coontz-Meyers hizo bocina con las manos alrededor de la boca.

—Vamos, Damon. ¿Qué tenemos esta noche? Otro mono, no, por favor. Todos los años es lo mismo...

Por regla general, las interrupciones solían irritar a Kronski, pero no esa noche. Ésa noche todas las burlas, por ingeniosas que fuesen, quedarían barridas de la memoria de aquel público en cuanto descorriera las cortinas.

—No, Jeffrey, no es otro mono. ¿Y si...?

Jeffrey Coontz-Meyers lanzó un ruidoso gemido.

—No, por favor, no más «¿Y si...?». Ya nos has soltado media docena con lo del pescado.

Enséñanos ya la puñetera criatura.

Kronski accedió.

—Como desees.

Pulsó un botón de su mando a distancia y una pantalla amplificadora bajó de las

vigas del techo y cubrió la pared posterior. Otro botón accionó la cortina que ocultaba a la criatura y la tela se desplazó con suavidad a un lado.

Apareció la figura de Holly, esposada a la trona, con ojos furiosos que miraban a todos lados.

Al principio, la reacción predominante fue de perplejidad.

«¿Es una niña?».

«Solo es un niño».

«¿Es que Kronski se ha vuelto loco? Ya sabía que cantaba solo, pero ¿esto?».

Entonces los ojos de los antiecologistas se dirigieron a la pantalla, que mostraba imágenes procedentes de la cámara fija del interior de la jaula.

«Oh, Dios mío... Sus orejas, mira esas orejas...».

«No es humana».

«¿Qué es eso? ¿Qué es?».

Tommy Kirkenhazard se puso de pie.

—Será mejor que no se trate de ningún timo, Damon. O te colgaré de una horca.

—Dos cosas —dijo Kronski en tono afable—. En primer lugar, no es ningún timo. He descubierto una especie que nadie ha descubierto hasta ahora: de hecho, creo que es una especie de hada. En segundo lugar, si fuera un timo, no podrías colgarme de ninguna horca, Kirkenhazard. Mis hombres te harían pedazos antes de que te diera tiempo a arrojar ese ridículo sombrero tuyo al aire y gritar: «¡Yija!».

A veces estaba bien provocar escalofríos a la gente, recordarles quién mandaba allí.

—Por supuesto, ya contaba con tu escepticismo, y es bienvenido, de hecho. Para que puedas estar tranquilo, necesitaré un voluntario del público. ¿Qué me dices de ti, Tommy? ¿Cómo andas de agallas?

Tommy Kirkenhazard apuró medio vaso de whisky para tratar de templar los nervios y a continuación se encaminó hacia la jaula.

«Buena actuación, Tommy —pensó Kronski—. Es casi como si no hubiésemos orquestado este pequeño enfrentamiento de antemano para que me conceda un poco más de credibilidad».

Kirkenhazard se detuvo lo más cerca de Holly de lo que fue capaz y luego fue extendiendo el brazo lentamente para pellizcarle la oreja.

—¡Dios santo! ¡Es real! Éste bicho es real.—Retrocedió unos pasos y la verdad de lo que estaba sucediendo iluminó su rostro de felicidad—. ¡Nos hemos agenciado

una Criatura mágica!

Kirkenhazard corrió hacia la tribuna de Kronski, le estrechó efusivamente la mano y le dio unas palmadas en la espalda.

«Y con esto, mi mayor crítico se ha convertido a mi fe. El resto lo seguirá como un rebaño de ovejas. Qué animales tan útiles, las ovejas».

Kronski se felicitó a sí mismo en silencio.

—Yo ejerceré la acusación contra la Criatura mágica, como es costumbre —dijo Kronski a la multitud—. Pero ¿quién la defenderá? ¿Quién será el desafortunado que extraiga la bola negra? ¿Quién será?

Kronski hizo una seña al maître.

—Trae la bolsa.

Al igual que muchas organizaciones antiguas, a los antiecológicos los unían ciertas tradiciones, y una de ellas consistía en que el animal que se sometía a juicio debía ser defendido por cualquier miembro de la asamblea y, si no había ningún voluntario, se elegía uno al azar por medio de una bolsa que contenía bolas de color blanco, con una sola bola negra. El equivalente esférico de la paja más corta.

—No hace falta la bolsa —dijo una voz—. Yo defenderé a la criatura.

Todas las cabezas se volvieron para tratar de localizar el origen de aquella voz. Se trataba de un joven delgado con perilla y penetrantes ojos azules. Llevaba unas gafas tintadas y un traje de lino ligero.

Kronski ya había reparado en él antes, pero no podía ponerle un nombre a esa cara, cosa que le provocaba cierta inquietud.

—¿Y tú eres...? —preguntó, mientras desplazaba su portátil para que la cámara incorporada enfocara a aquel desconocido.

El joven sonrió.

—¿Por qué no le damos a tu programa de identificación un momento para que te chive la respuesta?

Kronski pulsó la tecla «Intro», el equipo capturó una imagen y al cabo de cinco segundos aparecieron todos los datos sobre aquel miembro de la organización, contenidos en un archivo de los antiecológicos.

«Malaquías Pasteur, joven heredero francoirlandés de un imperio matadero. Realizó una cuantiosa donación a las arcas de los antiecológicos. Su primer congreso. Al igual que todos los asistentes, Pasteur había sido investigado a fondo antes de enviarle su invitación. Una valiosa incorporación a las filas».

Kronski era todo halagos.

—Señor Pasteur, estamos encantados de darle la bienvenida a Marruecos. Pero, dime, ¿por qué quieres defender a esta criatura? Su suerte ya está prácticamente decidida.

El joven se acercó rápidamente a la tribuna.

—Me gustan los retos. Es un ejercicio mental.

—¿Defender a las alimañas es un ejercicio?

—Sobre todo a las alimañas —repuso Pasteur, encendiendo su ordenador portátil—. Es fácil defender a un animal útil y servil como la vaca común. Pero ¿esto? Ésta va a ser una batalla muy reñida.

—Es una lástima ser aplastado tan joven en una batalla —dijo Kronski, alargando el labio inferior con falsa simpatía.

Pasteur tamborileó con los dedos en la tribuna.

—Siempre me ha gustado su estilo, doctor Kronski. Su compromiso con los ideales de los anticologistas. He seguido su carrera durante años, desde que era un niño en Dublín. Últimamente, sin embargo, tengo la sensación de que la organización ha perdido el rumbo, y no soy el único que lo cree así.

Kronski hizo rechinar los dientes. Así que de eso se trataba: un simple reto a su liderazgo.

—Cuidado con lo que dices, Pasteur. Pisas terreno peligroso.

Pasteur miró el suelo a sus pies, donde todavía se agitaba el agua revuelta del hielo.

—Quiere decir que podría dormir con los peces... ¿Sería capaz de matarme, doctor? A un niño. No creo que eso reforzase mucho su credibilidad.

«Tiene razón —reflexionó Kronski—. No puedo matarlo, tengo que ganar este juicio».

El doctor esbozó una sonrisa forzada.

—Yo no mato humanos —dijo—, solo animales. Igual que el animal que hay en esta jaula.

Los numerosos seguidores de Kronski estallaron en aplausos, pero todavía quedaban muchos asistentes en silencio.

«Sin duda ha sido un error celebrar el congreso aquí —comprendió Kronski—. Está demasiado lejos. No hay sitio donde aterrizar para los jets privados. El próximo año encontraré algún lugar en Europa. Anunciaré el traslado en cuanto aniquile a este

mocosos».

—Deja que te explique las reglas —continuó Kronski, mientras pensaba: «El hecho de explicar las reglas me pone al mando de la situación, lo que me da ventaja, psicológicamente hablando».

—No hace falta —le espetó Pasteur bruscamente—. He leído varias transcripciones. La acusación presenta el caso, el abogado defensor realiza su exposición. Le siguen unos minutos de acalorado debate y después vota cada una de las mesas. Muy sencillo. ¿Podemos seguir adelante, doctor? A ninguno de los presentes nos gusta perder el tiempo.

«Muy inteligente, jovencito. Muy astuto esto de ponerte en el mismo bando que el jurado. No importa. Conozco a esta gente y nunca absolverían a una bestia, no importa lo guapa que sea».

—Está bien. En ese caso, procedamos. —Escogió un documento de su escritorio, su exposición inicial. Kronski se la sabía de memoria, pero era reconfortante tener las palabras tan a mano—. La gente dice que los antiecologistas odiamos a los animales —empezó a decir Kronski—, pero eso no es verdad.

Nosotros no odiamos a los pobres animales estúpidos, sino que amamos a los humanos. Nosotros amamos a los humanos y haremos todo lo que sea necesario para asegurar, que nosotros, como raza, sobrevivimos el mayor tiempo posible. Éste planeta posee recursos limitados, y yo, para empezar, afirmo que deberíamos guardarlos para nosotros. ¿Por qué los humanos debemos pasar hambre cuando los estúpidos animales engordan? ¿Por qué los humanos tenemos que congelarnos mientras ellos duermen calentitos con sus abrigo de pieles?

Malaquías Pasteur hizo un sonido a medio camino entre la tos y la risa.

—De verdad, doctor Kronski, ya he leído varias versiones de este mismo discurso. Por lo visto, cada año esgrime los mismos argumentos simplistas. Por favor, ¿podríamos centrarnos en la criatura que tenemos ante nosotros esta noche?

Una risita disimulada se extendió como una ola entre los invitados al banquete, y Kronski tuvo que hacer un gran esfuerzo por contenerse. Parecía que iba a tener que librar una auténtica batalla. Pues muy bien, entonces.

—Muy gracioso, muchacho. No pensaba cebarme demasiado contigo, pero veo que no voy a tener más remedio que ponerme duro.

—Estaremos encantados de verlo.

¿Estaremos? ¿Estaremos? Pasteur estaba inclinando la balanza de los



antiecologistas a su favor sin que ni siquiera se enterasen.

Kronski hizo acopio de hasta el último ápice de carisma que le quedaba en el cuerpo, remontándose en el tiempo hasta su juventud, a los largos días de verano en que veía a su padre evangelista azuzando a las enfervorizadas masas bajo una carpa de lona.

Puso los brazos en alto, estirando los dedos hacia atrás hasta que se le tensaron los tendones.

—No es esto lo que hacemos los antiecologistas —dijo con voz atronadora—. Nosotros no hemos venido hasta aquí para presenciar un simple duelo verbal. Lo que hacen los antiecologistas es esto. —Kronski señaló a Holly con un dedo rígido—: librar a nuestro planeta de seres abyectos como éste.

Kronski miró de soslayo a Pasteur, que lo observaba con la barbilla apoyada en las manos y con expresión de perplejidad. Típico comportamiento de oposición.

—Tenemos aquí una nueva especie, amigos míos. Una especie peligrosa. Puede hacerse invisible, puede hipnotizarnos a través del habla, iba armada...

Y, para pavoroso asombro de la multitud, Kronski extrajo la Neutrino de Holly de su bolsillo.

—¿Alguno de nosotros desea un futuro donde podrían apuntarnos con esto a la cara? ¿Queremos ese futuro? La respuesta, creo, es claramente no. Y no, no voy a fingir que este es el último ejemplar de su raza. Estoy seguro de que hay miles de estos seres, o alienígenas, o lo que sea, a nuestro alrededor. Pero ¿significa eso que debemos postrarnos y liberar a esta alimaña? Yo digo que no. Yo digo que enviemos un mensaje: ejecutemos a uno de ellos y el resto sabrá que vamos en serio. Ahora los gobiernos del mundo nos desprecian, pero mañana vendrán a llamar a nuestra puerta pidiendo consejo. —Había llegado el momento de la traca final—. ¡Somos antiecologistas y ha llegado nuestra hora!

Fue un buen discurso y arrancó una andanada tras otra de aplausos, que Pasteur soportó con la misma expresión de desconcierto.

Kronski aceptó la ovación meneando los hombros como un boxeador y luego señaló con la cabeza a la tribuna opuesta.

—El público es todo tuyo, muchacho.

Pasteur se incorporó y se aclaró la garganta.

Artemis se incorporó y se aclaró la garganta. La barba postiza que llevaba pegada a la

barbilla le picaba horrores, pero venció el impulso de rascarse. Ante un tribunal justo, habría destrozado los argumentos de Kronski en menos de cinco segundos, pero aquel no era un tribunal justo, ni siquiera un tribunal cuerdo: aquella gente eran multimillonarios ávidos de sangre y hastiados de todo, dispuestos a utilizar su dinero para pagar por un poco de entusiasmo ilícito. El asesinato solo era un simple servicio más que podía comprarse con dinero. Tenía que manejar a aquella multitud con cuidado, apretar las teclas correctas. Lo primero de todo era identificarse a sí mismo como a uno de ellos.

—Cuando era pequeño, y mi familia pasaba los inviernos en Sudáfrica, mi abuelo me contaba historias de una época en que la gente exhibía la actitud correcta hacia los animales. «Los matamos cuando eso nos beneficia —me decía—, cuando eso sirve a nuestros propósitos». Por eso se fundó el movimiento antiecologista: una especie no debía protegerse a menos que los humanos nos beneficiásemos de su supervivencia. Los matamos cuando salimos beneficiados de ello. Si un animal utiliza los recursos del planeta sin contribuir a nuestro bienestar físico, a nuestra seguridad y nuestro confort, lo extinguimos, así de sencillo.

»Se trataba de un ideal por el que merecía la pena luchar, por el que merecía la pena matar. Pero esto... —Artemis señaló a la fosa que había bajo sus pies y a Holly en su jaula—. Esto es un circo, un insulto intolerable a la memoria de nuestros antepasados, que dedicaron su tiempo y su dinero a la causa de los antiecologistas.

Artemis puso un gran empeño en establecer contacto visual y miró a las caras del máximo número posible de miembros del público, demorándose unos instantes en cada una de ellas.

—Tenemos una oportunidad de aprender de esta criatura. Les debemos a nuestros antecesores la obligación de averiguar si puede contribuir o no a aumentar nuestros ingresos. Si eso de ahí es verdaderamente un ser mágico, entonces quién sabe qué clase de magia encierra en su interior, una magia que podría llegar a ser vuestra. En cambio, si matamos a esta criatura, nunca llegaremos a saber qué riquezas inimaginables se habrán ido con ella.

Artemis hizo una reverencia. Había presentado su argumentación de forma impecable. Sabía que no bastaría para calmar la sed de sangre de los antiecologistas, pero puede que sí bastase para hacer que Kronski no se sintiera tan gallito.

El doctor ya estaba haciendo aspavientos con las manos antes de que se apagase el eco de la voz de Artemis.

—¿Cuántas veces tenemos que escuchar el mismo argumento? —preguntó—. El señor Pasteur me acusa de repetirme mientras él repite el mismo y trillado argumento de todos los abogados defensores que hemos escuchado a lo largo de los años. —Kronski se dio unos golpecitos en los labios, totalmente horrorizado—. Nooo, no podemos matar al animal, porque podría ser la fuente de todo nuestro poder y riqueza. Recuerdo haber gastado una fortuna en una babosa marina que se suponía que curaba la artritis, y lo único que conseguimos fue una porquería pringosa carísima. Todo eso no son más que suposiciones.

—Pero esta criatura es mágica... —objetó Artemis, dando un golpe en el atril con el puño—. Todos hemos oído decir que puede hacerse invisible, y ahora mismo lleva la boca tapada con cinta adhesiva para que no pueda hipnotizarnos. Imaginad el poder que tendríamos si lográramos desentrañar los secretos de esas habilidades. Aunque solo fuera para poder estar mejor preparados para enfrentarnos al resto de los miembros de su especie.

El principal problema de Kronski era que estaba de acuerdo con gran parte de los argumentos de su adversario. Para él, tenía mucha lógica salvar a la criatura y arrancarle sus secretos, pero no podía permitirse el lujo de perder aquella batalla dialéctica. Si la perdía, más le valía renunciar también al liderazgo de la organización.

—Ya hemos tratado de interrogarla. Lo han intentado nuestros mejores hombres y han fracasado.

—Es que es difícil hablar con la boca tapada con cinta adhesiva —señaló Artemis con dureza.

Kronski se irguió en toda su estatura y bajó el timbre de su voz para intensificar el efecto de sus palabras.

—La raza humana se enfrenta a su enemigo más letal, y tú lo que quieres es prodigarle mimos y carantoñas. Pues no es así como los antiecologistas hacemos las cosas. Si hay una amenaza, la eliminamos. Así es como ha sido siempre.

Sus palabras provocaron un rugido de aprobación entre la multitud, cuya sed de sangre siempre acababa imponiéndose sobre la lógica. Varios miembros se habían puesto en pie, vociferando como posesos. Ya se habían cansado de tanta argumentación y querían un poco de acción.

El rostro de Kronski se iluminó con una expresión de victoria.

«Cree que ya ha terminado —pensó Artemis—. Pobre hombre. —Y acto seguido, se dijo—: Cómo pica esta barba.. .».

Esperó con calma hasta que el clamor se hubo apaciguado y luego salió de detrás de la tribuna.

—Esperaba poder ahorrarle esto, doctor —dijo—, por el respeto que le tengo.

Kronski movió los labios.

—¿Ahorrarme el qué, señor Pasteur?

—Ya sabe a lo que me refiero. Creo que lleva ya demasiado tiempo engañando a la gente.

A Kronski aquellas palabras no le preocupaban lo más mínimo. El chico llevaba todas las de perder y lo demás no eran más que palabras huecas, una cháchara inofensiva. Aun así, ¿por qué no dejar que aquel joven Pasteur se cavase su propia fosa?

—¿Y a qué clase de engaño te refieres?

—¿Está seguro de que quiere que siga hablando?

Los dientes de Kronski brillaron al sonreír.

—Completamente seguro.

—Como desee —dijo Artemis, aproximándose a la tarima—. Ésta criatura no era nuestro acusado original. Hasta el día de ayer, teníamos un lémur. No un mono exactamente, señor Kirkenhazard, pero más o menos. Y he dicho que teníamos un lémur, pero sería más preciso decir que estuvimos a punto de tenerlo: desapareció en el punto de recogida. Luego, y esto es muy importante, luego nos vendió esta criatura el mismo chico que por poco nos vende el lémur, pagado sin duda con los fondos de los antiecológicos. ¿A nadie le parece que todo esto es un poco raro? A mí sí. El chico se queda con el lémur y nos vende una criatura supuestamente mágica.

Kronski ya no estaba tan envalentonado. Aquél Pasteur tenía mucha información.

—¿«Supuestamente». Mágica?

—Eso he dicho. Supuestamente. Solo tenemos su palabra y, por supuesto, la del señor Kirkenhazard, que al parecer es su peor enemigo. Nadie se va a tragar eso, se lo aseguro.

—Pues examina a la criatura tú mismo —le propuso Kronski, pasando por alto el comentario sobre Kirkenhazard—. Eso será muy fácil de comprobar.

—Gracias, doctor —dijo Artemis—. Lo haré ahora mismo.

Artemis se acercó a la jaula. Aquélla era la parte más peliaguda, puesto que requería cierto dominio de la prestidigitación y la coordinación, elementos de todos sus planes que siempre dejaba en manos de Mayordomo.

Tenía el bolsillo ligeramente abultado por el par de vendas adhesivas de Nupiel que había sacado del botiquín de Mantillo. Le había dicho al guardia de seguridad que eran parches de nicotina, de modo que le habían dejado entrar con ellas al banquete. El adhesivo de las vendas se activaba mediante el contacto cutáneo, y se amoldaban a los contornos de la zona sobre la que se aplicaban, adquiriendo el color y la textura de la piel circundante.

Artemis acercó los dedos al bolsillo, pero todavía no era el momento de tocar ninguna venda. Si lo hacía, se le adheriría a su propia mano. En vez de eso, se metió la mano en el otro bolsillo para sacar el teléfono que había robado del Bentley, en Rathdown Park.

—Éste teléfono tiene para mí un valor incalculable —les dijo a los antiecológicos—. Abulta un poco más que otros teléfonos, pero eso se debe a que le he estado incorporando dispositivos adicionales durante años. Es un invento asombroso, de verdad. Puedo ver televisión, películas, comprobar cómo van mis acciones... todo lo típico. Pero, además, tiene una cámara de rayos X y un visualizador. Un segundo, por favor. —Artemis apretó unos botones y conectó mediante Bluetooth el teléfono a los ordenadores portátiles, y de ahí a la pantalla gigante.

»Bueno, ya lo tenemos —anunció, pasando el teléfono por delante de su mano. En la pantalla, una serie de falanges, metacarpos y carpos aparecían en color oscuro sobre un fondo más claro de carne—. Se ven los huesos de mi mano perfectamente. Tiene usted un proyector excelente, doctor Kronski. Lo felicito.

La sonrisa de Kronski fue igual de falsa que las felicitaciones de Pasteur.

—¿Piensas llegar a alguna parte con esto, Pasteur, o solo nos estás haciendo una demostración de lo listo que eres?

—Oh, sí que quiero llegar a alguna parte, doctor. En concreto, a la parte en que, si no fuera por la amplitud de la frente y las orejas puntiagudas, esta criatura parecería simplemente una niña pequeña.

Kronski soltó un resoplido.

—Es una lástima lo de la frente y las orejas, pero seguro que tienes alguna explicación.

—Exacto —dijo Artemis, y pasó el teléfono por delante de la cara de Holly. En la pantalla, proyectó un pequeño archivo de película que había elaborado ya en la lanzadera. La película mostraba el cráneo de Holly con unas zonas densas y más oscuras en las sienas y las orejas.

—Implantes —anunció Artemis con voz triunfal—. Claramente, producto de una operación quirúrgica. Ésta criatura «mágica» es una falsificación muy ingeniosa. Ha intentado engañarnos, Kronski.

Las negaciones de Kronski quedaron sofocadas por los rugidos de la multitud. Todos los antiecologistas se levantaron de golpe y empezaron a clamar a gritos contra aquel vergonzoso fraude.

—¡Me has mentido, Damon! —gritó Tommy Kirkenhazard, con algo parecido a la angustia—. ¡A mí!

—Arrojadlo a él al foso —sugirió la condesa Irma Kostovich, con el rostro tan fiero como el del lobo de Honshu que llevaba sobre los hombros—. Hagamos que se extinga Kronski; se lo merece por habernos arrastrado hasta aquí.

Kronski subió el volumen de su micro en el estrado.

—Esto es ridículo. Si a vosotros os han engañado, a mí también. ¡No! No pienso creerlo. Éste chico, este Pasteur, miente. Mi Criatura mágica es real. Solo tenéis que darme la oportunidad de demostrároslo.

—Todavía no he terminado, doctor —lo interrumpió Artemis, subiéndose con osadía a la tarima.

Llevaba un parche de Nupiel en sendas manos, que se había colocado disimuladamente en las palmas aprovechando la confusión. Notó unas punzadas de calor en la piel cuando el adhesivo se activó. Tenía que actuar con rapidez o sus planes se verían reducidos a un par de parches de color carne en sus propias manos.

»A mí estas orejas no me acaban de convencer. Y su amigo, el señor Kirkenhazard, al parecer ha sido de lo más delicado con ellas.

Artemis arrugó uno de los parches de Nupiel hasta formar un cono. Metió la otra mano entre los barrotes y, entre grandes aspavientos, empezó a tirar de la punta de la oreja de Holly, cuando en realidad estaba colocando el otro parche alrededor de ella para cubrir con ella la totalidad de la punta y la mayor parte de la aurícula.

—Se está deshaciendo —anunció con un resoplido, al tiempo que se aseguraba de tapar la cámara de la jaula con el antebrazo—. Ya la tengo.

Al cabo de unos segundos, la venda estaba seca y una de las orejas de Holly había quedado completamente oculta por el material adherente. Artemis la miró y le guiñó un ojo.

«Tú sígueme la corriente —parecía decirle con aquel guiño—. Voy a sacarte de ésta».

Al menos eso era lo que Artemis esperaba comunicarle con el guiño, y no algo como «¿Y qué te parece otro besito más tarde?».

Hora de seguir adelante con el plan.

—Es una oreja postiza —anunció Artemis, mostrando a todos la otra venda, arrugada y de color carne—. Me he quedado con ella en la mano.

Holly mostró amablemente su perfil a la cámara web: ya no tenía la oreja puntiaguda.

La indignación fue la reacción dominante entre los antiecológicos. Kronski los había engañado a todos, o lo que era aún peor, un simple muchacho lo había timado.

Artemis levantó en el aire la oreja supuestamente falsa, estrujándola como si estuviera estrangulando a una serpiente venenosa.

—¿Es este el hombre que queremos que sea nuestro líder? ¿Ha demostrado el doctor Kronski tener buen juicio en este caso? —Artemis arrojó la «oreja» al suelo.

»Y supuestamente, esta criatura puede hipnotizarnos a todos. A mí me parece que le han tapado la boca para que no pueda hablar.

Con un brusco movimiento, tiró del esparadrapo de la boca de la elfa, que contrajo la boca en una mueca de dolor y fulminó a Artemis con la mirada, pero acto seguido se deshizo en un mar de lágrimas e interpretó el papel de víctima humana a la perfección.

—Yo no quería hacerlo —decía entre sollozos.

—¿Hacer el qué? —la apremió Artemis.

—El doctor Kronski me sacó del orfanato.

Artemis arqueó una ceja. ¿El orfanato? Holly estaba improvisando.

—Me dijo que, si me ponía los implantes, podría vivir en América. Después de la operación, cambié de idea, pero el doctor no me dejó marchar.

—Un orfanato —dijo Artemis—. Caramba, eso raya lo increíble.

Holly miró al suelo, cabizbaja.

—Dijo que me mataría si se lo decía a alguien.

Artemis estaba escandalizado.

—Dijo que te mataría. Y este es el hombre que dirige nuestra organización, un hombre que caza a humanos además de animales. —Apuntó con un dedo acusador a un Kronski fuera de sus casillas—. ¡Usted, señor, es peor que las criaturas que todos detestamos, y le exijo que libere a esta pobre chica!

Kronski estaba acabado y lo sabía, pero aún podía salvar algo de toda aquella

catástrofe. Todavía tenía los números de las cuentas bancarias del grupo, y era el único que conocía la combinación de la caja fuerte de las instalaciones. Podía estar friera de aquel lugar en dos horas con dinero suficiente para vivir durante años. Lo único que tenía que hacer era impedir de algún modo que aquel mocoso de Pasteur siguiera actuando.

Y entonces se acordó. ¡Ya lo tenía!

—¿Y qué me dices de esto? —gritó, blandiendo el arma de Holly—. Ahora me dirás que también es falsa.

Los antiecológicos dieron un paso atrás y se escondieron detrás de sus asientos.

—Por supuesto —dijo con sorna Artemis—. Es un juguete, nada más.

—¿Arriesgarías tu vida para demostrarlo?

Artemis parecía un poco vacilante.

—N... no hace falta dramatizar, doctor. Ha perdido, acéptelo.

—No —repuso Kronski—. Si el arma es real, entonces la criatura es real, y si no es real, tal como insistes tú, no tienes nada que temer.

Artemis se armó de valor.

—Muy bien, haga lo que tenga que hacer. —Se puso delante del diminuto cañón de aguja del arma y ofreció su pecho.

—Estás a punto de morir, Pasteur —dijo Kronski, sin demasiada empatía.

—Podría ser, si es que logra meter ese dedo rechoncho en el gatillo —dijo Artemis, casi como si quisiese incitar al doctor a que le disparase.

—¡Vete al infierno entonces! —bramó Kronski, y apretó el gatillo.

No pasó prácticamente nada. Solo se produjo una chispa y un leve zumbido procedentes de las entrañas del arma.

—Está rota —exclamó el doctor.

—No me diga —dijo Artemis, que había destruido el cargador de la Neutrino desde la lanzadera, por control remoto.

Kronski levantó las palmas de las manos.

—Está bien, muchacho. Dame un momento para pensar.

—Suelte a la niña, doctor. Conserve una pizca de dignidad. Nosotros no ejecutamos humanos.

—Aquí el que manda soy yo. Sólo necesito un segundo para poner en orden mis ideas. No era así como se suponía que tenía que salir. No es así como ella dijo que iría todo...



El doctor apoyó los codos en el atril y se frotó los ojos bajo las gafas redondas de vidrios tintados.

«¿Como ella dijo que iría todo?», pensó Artemis. ¿Es que acaso había una mano invisible detrás de todo aquello?

Mientras Artemis trataba de descifrar el significado de aquellas palabras y el mundo de Kronski se desmoronaba a su alrededor, en la sala de banquetes empezaron a sonar todos los teléfonos móviles.

Mucha gente estaba recibiendo mensajes, todos de golpe. En escasos segundos, la sala se inundó con una sinfonía discordante de pitidos, zumbidos y tonos polifónicos.

Kronski hizo caso omiso de aquel curioso acontecimiento, pero a Artemis le provocó cierta ansiedad. Ahora lo tenía todo bajo control, y precisamente lo último que necesitaba era algo que le diese la vuelta a la tortilla o que acabase de desquiciar todavía más a Kronski.

Las reacciones a los mensajes entrantes eran una mezcla de estupor y regocijo.

«Oh, Dios mío... ¿Es verdad esto?».

«Ponlo otra vez. Sube el volumen».

«No me lo puedo creer. Serás idiota, Kronski».

«Esto es el colmo. Somos el hazmerreír de todos. Los antiecológicos estamos acabados».

Artemis se dio cuenta de que todos aquellos mensajes eran en realidad el mismo mensaje. Alguien tenía una base de datos con los números de todos los antiecológicos y les acababa de enviar a todos un vídeo.

El móvil del propio Artemis empezó a vibrar también. Claro, había colgado su identidad falsa en todas las bases de datos de los antiecológicos que había encontrado, y como su teléfono seguía conectado a la pantalla gigante, el mensaje de vídeo empezó a reproducirse allí automáticamente.

Artemis reconoció la escena de inmediato. El zoco de los curtidores. Y el protagonista era Kronski, de pie sobre una pierna y chillando con una vocecilla estridente e insoportable. Cómico no era la palabra más acertada para describirlo. Ridículo, grotesco y patético parecían más adecuadas. Había una cosa segura: después de ver ese vídeo, nadie en su sano juicio volvería a respetar a aquel hombre, y mucho menos a elegirlo como su líder.

Mientras se reproducía el vídeo, un breve mensaje aparecía en la parte inferior de la pantalla.

«Aquí vemos al doctor Damon Kronski, el presidente de los antiecologistas, mostrando un sentido del equilibrio ciertamente extraordinario para alguien de su edad. Éste reportero ha descubierto que Kronski se transformó en un firme perseguidor de los animales cuando fue atacado por un koala fugitivo en uno de los mítines políticos de su padre en Cleveland. Los testigos del suceso afirman que el joven Damon «chillaba con voz tan afilada que habría podido cortar un cristal». Un don que el buen doctor no parece haber perdido con la edad. Chilla, anda, chilla».

Artemis lanzó un suspiro.

«Esto lo hice yo —comprendió—. Es justo la clase de cosa que yo haría».

En otro momento, habría apreciado aquella intervención, pero no ahora. No ahora que estaba ya tan cerca de liberar a Holly.

Y hablando de Holly...

—Artemis, sácame de aquí —le susurró ella.

—Sí, claro. Es hora de irse.

Artemis hurgó en su bolsillo en busca de una toallita húmeda. Dentro de la toallita había tres pelos largos y gruesos que le había dado el generoso Mantillo Mandíbulas. Los pelos de enano en realidad son antenas que usan los enanos para orientarse por los túneles oscuros, y han sido adaptados por esa ingeniosa raza para que hagan de llaves maestras. Naturalmente, la omniherramienta de Holly habría sido más útil, pero Artemis no podía correr el riesgo de que se la confiscaran los de seguridad. La toallita había mantenido los pelos húmedos y maleables hasta el momento de su uso.

Artemis retiró el primer pelo, le quitó una gota de humedad de la punta, lo introdujo en el cerrojo de la jaula y empezó a remover el engranaje por dentro. En cuanto notó que el pelo se volvía rígido en sus dedos, hizo girar la improvisada llave y abrió la puerta.

—Gracias, Mantillo —murmuró, y se puso manos a la obra con las esposas de cierre centralizado de Holly. Ni siquiera le hizo falta el tercer pelo; en cuestión de segundos, Holly estaba libre y frotándose las muñecas.

—¿Orfanato? —dijo Artemis—. ¿No te parece que eso ha sido un poco exagerado?

—Bah —le espetó Holly—. Volvamos ya a la lanzadera.

Pero no iba a ser tan sencillo.

Un grupo de antiecologistas estaba acorralando a Kronski; lo arengaban y hasta le daban codazos y golpes, haciendo caso omiso de sus protestas mientras, en la pantalla,

el mismo vídeo seguía reproduciéndose una y otra vez.

«Uy. . .», pensó Artemis, y apagó su teléfono.

De manera inevitable, tal vez, Kronski acabó por explotar. Apartó de un manotazo a sus torturadores a un lado como si fueran bolos, despejó un círculo a su alrededor para poder respirar y acto seguido, jadeando, sacó un walkietalkie del soporte de su cinturón.

—Proteged la zona —ordenó a través del aparato—. Utilizad la fuerza si es necesario.

A pesar de que los guardias de seguridad del Domaine des Hommes técnicamente trabajaban para los antiecológicos, su lealtad la guardaban para el hombre que les pagaba sus sueldos, y ese hombre era Damon Kronski. Puede que vistiese como un pavo real chiflado y que tuviese los modales de un perro del desierto, pero se sabía la combinación de la caja fuerte y pagaba los salarios religiosamente.

Los tiradores de la planta superior dispararon sobre las cabezas de la multitud unas cuantas ráfagas de advertencia, que sembraron el caos por doquier.

—Bloquead todas las salidas del edificio —dijo Kronski a través del walkie-talkie—. Necesito tiempo para reunir todo mi dinero. Daré diez mil dólares en metálico a cada hombre que se mantenga en mi bando.

No hicieron falta más incentivos: diez mil dólares era el sueldo de dos años de aquellos hombres.

Unos guardias fornidos cerraron puertas y persianas, cada uno de ellos armado con un rifle o una espada nimcha marroquí con empuñadura de cuerno de rinoceronte que el propio Kronski había encargado para su equipo de seguridad.

Los aterrados antiecológicos corrían despavoridos hacia los baños o las habitaciones, a cualquier sitio donde pudiese haber una ventana. Marcaban números frenéticamente en sus teléfonos, gritando para pedir auxilio a quien fuese, donde fuese.

Algunos era más espabilados: Tommy Kirkenhazard extrajo una pistola de cerámica que llevaba escondida bajo el sombrero y descerrajó unos cuantos tiros sobre la planta superior desde detrás de un pesado mueble bar de teca. Como respuesta obtuvo una lluvia de balas que destrozó botellas, espejos y vasos e hizo que los añicos salieran disparados como si fueran puntas de flecha.

Con un tirón brusco en el plexo solar, un hombre alto y asiático rápidamente desarmó a uno de los guardias de la puerta.

—¡Por aquí! —gritó, abriendo la puerta de la salida de incendios. La puerta no tardó en abarrotarse de cuerpos de antiecológicos.

Artemis y Holly encontraron refugio detrás de la jaula, tratando de buscar alguna escapatoria.

—¿Puedes activar el escudo?

Holly torció la barbilla y uno de sus brazos desapareció.

—Tengo los niveles de magia muy bajos, solo lo suficiente para un minuto o dos. La he estado ahorrando.

Artemis frunció el ceño.

—Siempre estás baja de magia. Pero ¿no te había llenado Número Uno con su magia especial?

—Tal vez si tu guardaespaldas no me hubiese disparado un dardo... ¡dos veces! Y si no hubiese tenido que curarte en Rathdown Park. Y si no hubiese estado protegiéndome con el escudo en el zoco, tratando de encontrar a tu mono...

—Lémur —la corrigió Artemis—. Al menos hemos salvado a Jayjay.

Holly se agachó justo cuando un vaso de chupito sobrevolaba su cabeza.

—¡Madre mía, Artemis! Pero si hasta pareces preocupado de verdad por un animal... Bonita barba, por cierto.

—Gracias. Y ahora, ¿crees que podrías mantenerte oculta por el escudo el tiempo suficiente para desarmar a esos dos guardias de ahí, los que están junto a la puerta de la cocina a nuestra espalda?

Holly examinó a los dos hombres. Ambos iban armados con escopetas e irradiaban maldad suficiente para encoger el aire a su alrededor.

—No debería ser ningún problema.

—Bien. Hazlo sin armar jaleo. No queremos otro cuello de botella. Si por cualquier motivo nos separamos, quedaremos en algún punto cercano. En el zoco.

—De acuerdo —dijo Holly, vibrando hasta hacerse invisible.

Al cabo de un segundo, Artemis notó una mano sobre su hombro y oyó una voz incorpórea hablándole al oído.

—Has venido a rescatarme —le susurró Holly—. Gracias. Y luego la mano desapareció.

Toda magia tiene un precio. Cuando los seres mágicos se protegen con un escudo, sacrifican algunas habilidades motoras y la capacidad de raciocinio. Es infinitamente

más difícil hacer un rompecabezas cuando tu cuerpo vibra más rápido que las alas de un colibrí, aunque tu cerebro pudiese dejar de vibrar el tiempo suficiente para concentrarse en el puzzle.

En la academia de la PES, Holly había aprendido un truco de manos de un entrenador de gimnasia de Atlantis. El truco ayudaba mucho a combatir las vibraciones del escudo si, al mismo tiempo, contraías y luego estirabas los músculos de la parte inferior del abdomen, para fortalecer el interior. Así tenías algo en lo que concentrarte y a la vez endurecías la musculatura del torso.

Holly practicó el ejercicio mientras atravesaba la sala de banquetes en dirección a la cocina.

Cuando esquivó por un pelo el lanzamiento de un cuchillo de la mantequilla por parte de un antiecologista histérico, pensó que a veces ser invisible era más peligroso que dejar que te vieran todos.

Los dos guardias de la puerta se dedicaban a gruñirle a todo aquel que se aproximaba demasiado.

Eran grandotes, hasta para tratarse de dos humanos, y Holly se alegró de no tener que emplear ninguna habilidad motora demasiado fina. Dos golpes rápidos en las terminaciones nerviosas de encima de la rodilla debían ser más que suficiente para derribar a aquellos dos tipos.

«Muy fácil —se dijo Holly, y a continuación, pensó—: No debería haber pensado eso. Siempre que se piensa eso, algo sale mal».

Y, cómo no, acertó de lleno.

Alguien empezó a disparar a los guardias de Kronski. Unos dardos plateados surcaban el aire y se clavaban en la piel con un ruido que ponía la carne de gallina.

Holly supo instintivamente quién era el tirador, y sus sospechas se vieron confirmadas cuando vio una silueta familiar agazapada entre las vigas del techo.

«¡Mayordomo! ».

El guardaespaldas iba envuelto en una túnica del desierto, pero Holly lo identificó por la forma de su cabeza y también por su inconfundible posición para disparar: el codo izquierdo un poco más adelantado de lo que prefería la mayoría de los francotiradores profesionales.

«El Artemis más joven lo ha enviado para abrirnos una vía de escape —comprendió—. O a lo mejor Mayordomo ha tomado esa decisión él mismo».

Sea cual fuese el motivo, Mayordomo no estaba resultando tan útil como había

esperado. A medida que los guardias iban cayendo uno tras otro en la puerta de la salida de incendios, los antiecologistas iban atropellándose y abalanzándose sobre sus raptos caídos, histéricos y desesperados por huir del edificio.

«Los antiecologistas enjaulados —se dijo Holly—. Estoy segura de que a Artemis le hace gracia la ironía del asunto».

En el preciso instante en que Holly retiró los puños hacia atrás, los dos guardias de la puerta de la cocina se agarraron el cuello, perdieron el sentido y cayeron hacia delante antes de darse de bruces contra el suelo.

«Buen tiro. Dos disparos en menos de un segundo desde ochenta metros de distancia. Y con dardos, además, que son tan precisos como un par de esponjas».

No fue la única en fijarse en la puerta desprotegida; una docena de antiecologistas histéricos se precipitaron hacia la cocina, chillando como si en realidad fueran los fans de una banda de rock.

«Tenemos que salir de este edificio. Ahora mismo».

Holly trató de localizar a Artemis, pero se había perdido en mitad de una avalancha de antiecologistas.

«Debe de estar ahí en algún sitio», se dijo, y luego quedó atrapada en la vorágine, que la arrastró en el aire y se la llevó a la cocina.

—¡Artemis! —gritó, olvidándose por completo de que seguía siendo invisible—. ¡Artemis!

Pero no lo veía por ninguna parte. El mundo era una maraña de cuerpos y codos, sudor y gritos.

Oía voces por todas partes y sentía el aliento de un millar de personas soplándole en la cara, y para cuando se hubo librado al fin de aquella manada en estampida, la sala de banquetes estaba prácticamente desierta.

Aún quedaban unos cuantos rezagados, pero no había ni rastro de Artemis.

«El zoco —pensó—. Lo encontraré en el zoco».

Artemis se preparó para salir corriendo de un momento a otro. En cuanto Holly dejara a los guardias fuera de combate, correría tan rápido como le permitiesen sus piernas y rezaría por no tropezarse y caer. Sería el colmo, después de tantas peripecias, acabar derrotado por culpa de la falta de coordinación. Seguro que Mayordomo le diría «Ya te lo advertí» cuando se encontrasen en el más allá.

De pronto, el caos se hizo más caótico aún y los chillidos de los antiecologistas le

recordaron a los animales presas del pánico de Rathdown Park.

«Antiecologistas enjaulados —se dijo—. Qué ironía...».

Los guardias apostados a la puerta de la cocina se desplomaron en el suelo, agarrándose el cuello.

«Buen trabajo, Capitana».

Artemis se agachó, como un velocista aguardando al pistoletazo de salida, y a continuación salió disparado de su escondite detrás de la tarima.

Kronski lo embistió con toda su envergadura e hizo que ambos atravesaran las barandillas que separaban la tarima del resto de la sala. Artemis aterrizó con gran estrépito sobre la trona y esta cedió bajo su peso, y uno de los agarres quedó colgando en el aire.

—Todo esto es culpa tuya —lo acusó Kronski—. Se suponía que esta iba a ser la mejor noche de mi vida.

Artemis sintió que se asfixiaba. Tenía la boca y la nariz taponadas por un extraño material de color púrpura empapado en sudor.

«Está intentando matarme —pensó Artemis—. Le he provocado y ahora está fuera de control».

No había tiempo para urdir ningún plan, y aunque lo hubiese habido, no era una de esas situaciones en las que un oportuno teorema matemático pudiese sacar a Artemis de aquel tremendo aprieto. Solo podía hacer una cosa: atacar.

Así que Artemis la emprendió a golpes, a puñetazos y a patadas. Hundió la rodilla en la voluminosa tripa de Kronski y lo cegó con sus puños.

Todos fueron golpes muy superficiales con efectos poco duraderos, todos salvo uno: el talón derecho de Artemis dio contra el pecho de Kronski. Éste ni siquiera se enteró, pero el talón hizo un breve contacto con el botón del mando a distancia que el doctor llevaba en el bolsillo, y el mando abrió la trampilla del suelo de la tarima.

En cuanto el cerebro de Artemis procesó la pérdida de equilibrio a su espalda, Artemis supo lo que había sucedido.

«Soy hombre muerto —comprendió—. Lo siento, madre».

Artemis cayó físicamente en el foso y atravesó el haz del rayo láser con el codo. Se oyó un pitido y medio segundo más tarde el foso se inundó de llamas azules que dejaban marcas negras en las paredes.

Nada habría podido sobrevivir a aquello.

Kronski se agarró a la barandilla de la tarima mientras el sudor le caía a chorros

por la punta de la nariz hacia el foso, evaporándose por el camino.

«¿Me siento mal por lo que acaba de suceder? —se preguntó, consciente de que los psicólogos recomendaban enfrentarse a los traumas inmediatamente para evitar el estrés postraumático más adelante—. No —descubrió—. La verdad es que no. De hecho, me siento como si me hubiesen quitado un peso de encima».

Kronski se puso de pie y, al hacerlo, oyó los crujidos y los chasquidos de sus rodillas.

«Bueno, y ahora, ¿dónde está la otra? —se preguntó—. Todavía tengo que quitarme más peso».

Artemis vio las llamas bailar a su alrededor. Vio cómo su piel se teñía de azul con su luz y oyó sus fieros rugidos, y luego las atravesó sin más, completamente ileso.

«Imposible».

Evidentemente, no.

Evidentemente, aquellas llamas parecían mucho más peligrosas de lo que eran en realidad.

«¿Hologramas?».

El fondo del foso cedió bajo sus pies en medio de un silbido, y Artemis se encontró en una especie de cámara subterránea viendo cómo dos pesadas puertas de acero se cerraban por encima de su cabeza.

«Así que esta es la vista desde el interior de un contenedor de basura».

Un contenedor de basura de tecnología punta, con aquellas bisagras de gel expansible. El diseño era de las Criaturas mágicas, no le cabía ninguna duda.

Artemis recordó entonces algo que había dicho Kronski:

«No es así como ella dijo que iría todo».

Ella... ella...

Diseño de las Criaturas... Especies en peligro de extinción... ¿Qué ser mágico había estado extrayendo líquido cefalorraquídeo de los lémures antes incluso de la epidemia de maletropía?

Artemis se puso muy pálido.

«Ella no. Por favor, que no sea ella... —pensó—. Pero ¿se puede saber qué es lo que tengo que hacer? ¿Cuántas veces tengo que salvar al mundo de esa lunática?».

Se puso de rodillas y vio que había ido a parar a una especie de camilla mullida. Antes de poder bajarse de ella, unas octocadenas se activaron saltando de unas



aberturas en los bordes de acero de la camilla y lo sujetaron con más fuerza que si de un león salvaje se tratara. Un gas de color púrpura empezó a salir de una docena de válvulas del techo y envolvió la camilla por completo.

«Aguanta la respiración —se dijo Artemis—. Los animales no saben aguantarse la respiración».

Aguantó hasta que pensaba que le iba a estallar el esternón, y entonces, justo cuando estaba a punto de exhalar e inspirar profundamente una bocanada de aire, alguien bombeó otro gas en el interior de la cámara, que cristalizó al primero. Cayó sobre el rostro de Artemis como si fueran copos de nieve púrpura.

«Ahora se supone que estás dormido. Hazte el muerto».

Una pequeña compuerta se deslizó hacia el suelo con un sonido como el del aire a través de una pajita.

Artemis dejó un ojo entreabierto para poder ver lo que pasaba a su alrededor.

«Un campo magnético —pensó, sin sorprenderse, mientras una banda de acero le arrugaba la frente—. Ya sé lo que voy a ver, pero no me apetece nada verlo».

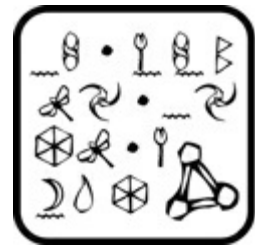
Una duendecilla apareció bajo el dintel de la puerta, con sus hermosas y minúsculas facciones desfiguradas como de costumbre por un rictus de crueldad.

—¡Esto —chilló Opal Koboi, señalándolo con un dedo nervioso— no es un lémur!

# CAPÍTULO XIII

## EL MELENAS ESTÁ MUERTO

### EL ZOCO DE LOS CURTIDORES



MAYORDOMO fue corriendo desde el complejo de los antiecologistas a la curtiduría. Artemis lo esperaba en el mismo edificio donde habían planeado el intercambio el día anterior. La presencia policial en Fez no ascendía a más de un par de patrullas formadas por dos hombres, de modo que resultaba fácil para alguien de la experiencia de Mayordomo recorrer aquellas callejuelas a hurtadillas sin que nadie detectara su presencia. A pesar de que no era ilegal visitar una medina, el hecho de pasearse por una zona turística con un rifle de grandes dimensiones colgado a la espalda despertaba ciertas sospechas, naturalmente.

Mayordomo se agazapó en un rincón oscuro, desmontó rápidamente su rifle de dardos en más de una decena de partes y luego las fue dejando en distintos vertederos de basura. Siempre cabía la posibilidad de untar a los agentes de aduanas del aeropuerto de Fez Sass y guardar sin más el arma debajo de su asiento, pero en aquellos tiempos era mejor ir sobre seguro que tener que lamentarlo luego.

El Artemis de diez años estaba sentado esperando en un lugar acordado previamente en una de las ventanas de los francotiradores, quitándose una pelusa inexistente de la manga de su chaqueta, que en su caso, era el equivalente a pasearse arriba y abajo con nerviosismo.

—¿Y bien? —preguntó, preparándose para oír la respuesta.

—Ella ha conseguido huir —dijo Mayordomo. No le pareció oportuno mencionar que el varón de pelo largo lo había tenido todo bajo control hasta el momento en que había llegado el vídeo de Artemis.

El joven captó las implicaciones de aquella respuesta.

—¿Ella? ¿Es que el otro también estaba allí?

Mayordomo asintió.

—El melenas está muerto. Intentó un rescate, pero no funcionó.

Artemis se quedó sin aliento.

—¿Muerto? —exclamó—. ¿Muerto?

—Por mucho que la repitas, esa palabra no va a cambiar de significado —le espetó Mayordomo bruscamente—. Intentó rescatar a su amiga y Kronski lo mató. Pero, a lo hecho, pecho, ¿no? Y al menos tenemos nuestros diamantes. —Mayordomo trató de refrenar su indignación—. Deberíamos ponernos en marcha hacia el aeropuerto. Necesito realizar las comprobaciones de seguridad.

Artemis se quedó atónito y en silencio, incapaz de apartar la mirada de la bolsa de diamantes que le hacía señas acusadoras desde la comodidad de su sitio, en su regazo.

Holly no estaba de suerte. Su escudo era tan débil que no tuvo más remedio que desactivarlo para ahorrar sus últimas chispas para una pequeña curación en caso de que fuese necesaria, y en el instante en que su imagen se materializó, uno de los esbirros de Kronski la vio y alertó por walkietalkie al resto del escuadrón. En ese momento corría para salvar su vida por las callejuelas de la medina, rezando por que Artemis estuviese ya en el punto de encuentro y se hubiese acordado de llevar la moto.

Nadie estaba disparándole, lo cual era alentador, a menos que Kronski quisiese encargarse de dispararle él mismo.

Pero no había tiempo de pensar en eso: ahora lo prioritario era sobrevivir.

En la medina reinaba la calma a aquella hora de la tarde, y solo quedaban unos cuantos turistas rezagados y los mercaderes más insistentes circulando por las calles. Holly avanzaba sorteándolos a todos y derribando sin remilgos cualquier cosa que encontraba a su paso para impedir el avance de la estampida de guardias de seguridad que la perseguía. Arrojó al suelo varias torres de cestos, puso patas arribas un puesto de kebabs y derribó con el hombro una mesa repleta de especias, de manera que dejó una pared blanca salpicada de arcos multicolores.

El estruendo de pasos a la carrera a sus espaldas no cedió en lo más mínimo. Sus tácticas no estaban funcionando; los guardias de seguridad eran demasiado grandotes y saltaban por encima de los obstáculos con toda facilidad.

«Entonces, a esquivar y escabullirse. Que te pierdan el rastro en los callejones».

Aquella táctica no obtuvo mucho más éxito que la anterior: sus perseguidores estaban familiarizados con el entramado de calles de la medina y coordinaban su búsqueda mediante las comunicaciones por radio, empujando a Holly hacia la curtiduría.

«Donde entonces me quedaré al descubierto y seré un objetivo fácil».

Holly siguió corriendo, y los mocasines de Artemis le hacían daño en los talones. Provocaba verdaderas andanadas de gritos e insultos a su paso, cada vez que avanzaba a empujones entre los grupos de turistas y se chocaba con los camareros, haciendo que las bandejas con las tazas de té salieran disparadas por los aires.

«Estoy acorralada —pensó con desesperación—. Será mejor que estés ahí esperándome, Artemis».

Justo en ese momento se le ocurrió que estaba dirigiendo a la partida de caza directamente hacia Artemis, pero no le quedaba alternativa. Si la estaba esperando, podría ayudarla, y si no, tendría que apañárselas ella sola de todos modos. Se desvió hacia la izquierda, pero vio a cuatro guardias jadeantes bloqueando el callejón, pertrechados con cuchillos de hojas salvajemente largas.

«Me parece que mejor me voy por el otro lado».

A la derecha, pues. Holly se deslizó en el interior de la curtiduría, levantando con los talones a su paso auténticas nubes de polvo.

«¿Se puede saber dónde estás, Artemis?».

Dirigió la vista arriba, hacia el punto de observación, pero allí no había nada, ni siquiera el revelador brillo de un pedazo de cuero.

«No está ahí».

Sintió cómo el pánico le atenazaba el corazón. Holly Canija era una agente excelente sobre el terreno, pero se hallaba muy lejos de su jurisdicción, de su gente y de su tiempo.

La curtiduría estaba muy tranquila a esas horas, y solo quedaban unos cuantos trabajadores raspando pieles en los tejados circundantes. Los faroles crepitaban por debajo de los tejados, y las gigantescas cubas permanecían al acecho como naves alienígenas. El olor era tan insoportable como el día anterior, puede que incluso peor, pues las cubas llevaban más tiempo en funcionamiento. El hedor a excremento saturó todos los sentidos de Holly, aturdiéndola aún más.

«No dejes de correr. Tienes que encontrar algún agujero».

Holly empleó un instante en pensar qué parte del cuerpo estaría dispuesta a cambiar por un arma, y luego echó a correr hacia una puerta en la pared adyacente.

Apareció un guardia, desenfundando su cuchillo. La hoja era de color rojo, de sangre tal vez, o quizá de óxido. Holly cambió de dirección y perdió un zapato al volverse. Había un ventanuco un piso más arriba, pero la pared estaba agrietada; podía encaramarse de un salto.

Dos guardias más, sonriendo. Uno de ellos llevaba una red, como si fuera un gladiador.

Holly se paró en seco.

«¡Pero si estamos en el desierto! ¿Qué hace con una red de pescar?».

Volvió a intentarlo. Encontró un callejón por el que apenas cabía un humano adulto. Cuando estaba a punto de llegar hasta él, un guardia gordinflón con una cola de caballo que le llegaba a la cintura y unos dientes amarillentos se plantó en la abertura, impidiéndole el paso.

«Atrapada. Estoy atrapada. No tengo escapatoria, y tampoco tengo magia suficiente para protegerme. Ni siquiera tengo bastante para practicar un *encanta*».

En aquellas circunstancias, era difícil mantener la serenidad, pese a sus años de entrenamiento y experiencia. Holly sintió cómo su instinto animal le bullía en la boca del estómago.

«Tienes que sobrevivir. Haz lo que tengas que hacer».

Pero ¿qué podía hacer? Una elfa desarmada del tamaño de un niño contra un batallón de músculos armados.

La fueron cercando poco a poco, zigzagueando entre las tinajas con movimientos muy lentos. Todas aquellas miradas rapaces, con un brillo inquietante en los ojos, se centraron en su cara. Fueron acercándose cada vez más, abriendo los brazos despacio por si a su presa se le ocurría realizar un último intento por conseguir la libertad.

Estaban ya tan cerca de ella, que Holly vio las marcas y las cicatrices de aquellos hombres, vio el desierto en sus uñas y en sus muñecas; olió su aliento y contó los empastes de sus dentaduras.

La elfa levantó la vista hacia el cielo.

—¡Socorro! —gritó.

Y empezaron a llover diamantes.

## BAJO LAS INSTALACIONES DE LOS ANTIECOLOGISTAS

—Eso de ahí no es un lémur —insistió Opal Koboi, golpeando el suelo con un dedo del pie diminuto—. Sé que no es un lémur porque no tiene cola y parece que va vestido con ropa. Eso es un humano, Contra.

Un Fangosillo.

En la puerta apareció otro duendecillo, Contra Brillí, uno de los infames hermanos

Brilli que ayudarían a escapar a Opal de su celda de aislamiento del pabellón psiquiátrico unos años después. La expresión del duendecillo era una mezcla de perplejidad y terror. Una expresión de todo menos bonita, se mire por donde se mire.

—No lo entiendo, señorita Koboï —dijo, jugueteando con el primer botón de su bata de laboratorio de color carmesí—. Todo estaba preparado para el lémur. Usted misma sometió a Kronski a un *encanta*.

A Opal se le hincharon las aletas de la nariz.

—¿Insinúas acaso que esto es culpa mía? —Se llevó la mano al cuello, como si se le cortase la respiración solo de pensarlo.

—No, no, no —se apresuró a decir Contra—. No podría ser culpa de la señorita Koboï, eso nunca.

Al fin y al cabo, la señorita Koboï es la perfección en persona, y la perfección no comete errores.

Cualquier persona en su sano juicio sería capaz de identificar aquel escandaloso razonamiento con la coba de una pelota de tomo y lomo, pero a Opal Koboï le pareció justo y completamente lógico.

—Exacto. Muy bien dicho, Contra. Es una lástima que tu hermano no tenga ni una décima parte de tu inteligencia.

Contra sonrió y sintió un escalofrío. La sonrisa era como aceptación del cumplido, mientras que el escalofrío se debía a que la mención de su hermano gemelo le recordó que Punto Brillí estaba en esos momentos encerrado en una jaula con un potamoquero rojo, un jabalí salvaje africano, como castigo por no haberle dedicado ningún cumplido a Opal por sus botas nuevas.

La señorita Koboï estaba teniendo un mal día. Llevaba una racha en la que dos de cada siete eran malos. Si las cosas empeoraban aún más, a pesar de que sus sueldos eran astronómicos, puede que los hermanos Brillí tuvieran que buscar trabajo en otras latitudes.

Contra decidió distraer a su jefa.

—Ahí arriba se están volviendo locos: están disparando armas, se están retando a duelos con cuchillos... Ésos antiecologistas no están muy bien de la azotea.

Opal se acercó a Artemis y lo olisqueó despacio, agitando los dedos para ver si el humano estaba despierto.

—Ése lémur era el último. He estado a un pelo de ser todopoderosa.

—¿A cuántos pelos? —preguntó Contra.

Opal lo miró con recelo.

—¿Intentas hacerte el gracioso?

—No, me lo preguntaba en serio...

—Sólo es una expresión —le espetó la duendecilla, al tiempo que regresaba a la sala principal.

Contra asintió despacio.

—Una expresión. Ya. ¿Y qué hago con el humano?

Opal no se detuvo para contestar.

—Ah, pues ya que estás, hazle también una extracción. El líquido cefalorraquídeo humano es un buen hidratante. Luego lo recogemos todo y nos ponemos a buscar a ese lémur nosotros mismos.

—Y cuando lo deje seco, ¿quieres que tire el cadáver al foso de animales?

Opal echó los brazos hacia arriba con impaciencia.

—¡Por lo que más quieras! ¿Es que siempre tengo que decirte cómo tienes que hacerlo todo? ¿No puedes demostrar un poco de iniciativa?

Contra empujó la camilla detrás de su jefa.

«Al foso de los animales, entonces», pensó.

## LA CURTIDURÍA

Una lluvia chispeante de diamantes cayó sobre sus cabezas, como estrellas fugaces que relucían bajo la luz de los faroles.

«Es el pago del Artemis más joven —se dio cuenta Holly—. Me está lanzando una cuerda de salvamento».

Por un momento, los guardias se quedaron paralizados, con la misma cara de perplejidad de unos niños que se despiertan y descubren que están de un increíble buen humor. Extendieron las palmas de las manos y vieron cómo los diamantes rebotaban en ellas y caían al suelo.

Entonces, uno de ellos rompió el silencio.

—*¡Des diamants!* —exclamó.

Al oír la palabra pronunciada en voz alta, todos sus compañeros reaccionaron: se pusieron de rodillas y empezaron a buscar a tientas las piedras preciosas en aquel suelo oscuro y sucio, mientras que otros se zambulleron en las cubas hediondas al oír el plaf casi imperceptible del impacto de los diamantes al caer en el líquido.

«Esto va a ser un caos —se dijo Holly—. Perfecto».

Levantó la vista justo a tiempo de ver que una mano diminuta se metía por el rectángulo oscuro de un ventanuco.

«¿Por qué lo habrá hecho? —se preguntó—. Eso no ha sido nada propio de Artemis».

Un guardia que se acababa de arrojar al suelo a su lado le recordó que la cosa todavía estaba muy peliaguda.

«Con la avaricia, se han olvidado de mí, pero a lo mejor se acuerdan en cuanto hayan recogido las piedras».

Holly se paró un momento a hacer una pequeña reverencia hacia la ventana de Artemis y luego salió corriendo de allí en dirección al callejón más cercano, pero se topó con un jadeante Damon Kronski, que la derribó al suelo.

—Dos por el precio de uno —dijo, casi sin resuello—. Os he atrapado a los dos. Debe de ser mi día de suerte.

«¿Cuándo acabará esto? —pensó Holly, sin dar crédito a lo que estaba sucediendo—. ¿Cómo pueden seguir pasando estas cosas?».

Kronski presionó a la elfa con más fuerza contra el suelo, aplastándola como un elefante enfurecido. Las arrugas de expresión se le pronunciaban alrededor de las gafas oscuras y una cortina de sudor le resbalaba por toda la cara, chorreando por el labio fruncido.

—Solo que no es mi día de suerte, ¿verdad que no? —gritó, rematando la frase con una aguda nota de histeria—. De eso te has encargado tú misma, con la ayuda de tu cómplice, eso sí. Bueno, pues mi cámara de gas se ha encargado de él, y ahora... ¡yo me encargaré de ti!

Holly estaba en estado de shock.

«¿Artemis muerto?».

No podía creerlo. Era imposible. ¿Cuánta gente había dado por muerto a Artemis Fowl y había vivido para arrepentirse? Mucha. Ella era una.

Por otra parte, Holly estaba resultando mucho más fácil de matar. Se le empezaba a nublar la vista, las piernas no le obedecían y tenía todo el peso del mundo encima del esternón. El único de sus sentidos que todavía le funcionaba a todo gas era el olfato.

«Menuda manera de morir... Inhalando fragmentos de cagarruta de paloma hasta el último estertor».



Oyó el crujido de sus propias costillas.

«Ojalá Kronski pudiera olerlo».

En ese momento, la chispa de una idea le prendió en el cerebro, la última ascua de una chimenea a punto de extinguirse.

«¿Y por qué no iba a olerlo? Es lo mínimo que puedo hacer...».

Holly hurgó en lo más hondo del corazón de su magia, tratando de conjurar un último hechizo.

Encontró un destello en el fondo de todo. No bastaba para protegerse con un escudo, ni siquiera para realizar un *encanta*, pero puede que sí fuese suficiente para una curación menor.

Normalmente, los hechizos de curación se utilizaban con heridas recientes, pero la anosmia de Kronski era una enfermedad que había padecido siempre. Curarla a aquellas alturas de su vida podía ser peligroso y casi con toda seguridad sería un trance doloroso.

«Bueno —pensó Holly—, si tiene que dolerle, le dolerá, ¿qué le vamos a hacer?».

Levantó la mano más allá del antebrazo que le atenazaba la garganta, y la desplazó por el rostro de Kronski, haciendo aparecer la magia en las puntas de sus dedos.

Kronski no se sentía amenazado.

—¿Qué haces? ¿Estás jugando a que me quitas la nariz? Holly no respondió, sino que cerró los ojos, metió dos dedos en sendos orificios nasales de Kronski y envió sus últimas chispas de magia a través de esos canales.

—Cúrate —dijo. Un deseo y una oración.

Kronski se quedó sorprendido, pero no se enfadó al principio.

—Eh, ¿se puede saber qué...? —empezó a decir y, acto seguido, estornudó. El estornudo fue lo bastante fuerte para hacer que se le destapasen los oídos y que se apartase de su prisionera—. ¿Qué tienes, cinco años? Mira que meterme los dedos por la nariz...

Otro estornudo, más fuerte esta vez. Arrancó una nube de vapor de cada uno de los orificios nasales.

—Esto es patético. De verdad que sois...

Un tercer estornudo, que le provocó una sacudida en todo el cuerpo. Las lágrimas resbalaban por la cara de Kronski, le temblaban las piernas y las gafas se le hicieron añicos en la montura.

—Cielo santo... —exclamó Kronski, cuando consiguió recobrar el control de sus

extremidades—. Ha pasado algo. Aquí hay algo distinto.

Y en ese momento, percibió el olor.

—Aaarg —soltó Kronski, y empezó a dar alaridos. Tensó los tendones, estiró los dedos de los pies al máximo y empezó a arañar el aire con los dedos.

—Caramba —exclamó Holly, masajeándose el cuello. Era una reacción más fuerte de lo que esperaba.

El olor era apestoso, pero Kronski se comportaba como si lo estuvieran matando. Con lo que Holly no había contado era con el poder del recién descubierto sentido del olfato del doctor. Era comparable a la alegría de ver por primera vez o a la euforia de poder dar un primer paso, solo que elevada al cuadrado y convertida a negativo. Era como coger una bola de veneno, untarla de espinas y estiércol, envolverla en una cataplasma de vendas llenas de pus, hervirlo todo en una olla de secreciones indescriptiblemente asquerosas y metértela luego por la nariz.

Eso era lo que Kronski olía en esos momentos, y lo estaba volviendo completamente loco.

Se arrojó al suelo de espaldas, sin dejar de sacudir las manos y bracear hacia el cielo.

—Aaarg... —gritó, repitiendo la misma exclamación una y otra vez—. Aaarg, aaarg... Aaargtemis, Artemis.

Holly se puso de rodillas, tosiendo y escupiendo en el suelo seco. Le dolía todo el cuerpo, y lo tenía lleno de moretones y magulladuras, desde la espalda hasta la médula.

Vio la expresión de Kronski y se dio cuenta de que no tenía ningún sentido interrogarlo. El presidente de los antiecologistas no estaba para entablar conversaciones lógicas por el momento.

«Y seguramente no lo estará nunca —se dijo Holly—. No me lo imagino liderando ninguna organización internacional durante una buena temporada».

De pronto, Holly se fijó en algo peculiar. Una de las lentes de Kronski había quedado completamente destrozada y dejaba al descubierto el ojo que había detrás. El iris era de un extraño color violeta, casi del mismo tono que los cristales de las gafas, pero no era eso lo que le había llamado la atención: el contorno de la retina era irregular, como mordisqueado por unos pececillos de la córnea.

«Éste hombre está bajo los efectos de un *encanta* —se percató Holly—. Lo está controlando alguna Criatura mágica».

Se levantó y se fue renqueando y con un solo zapato al callejón más cercano, mientras las voces de los hombres que se peleaban por culpa de su avaricia se iban apagando a sus espaldas.

«Si hay un ser mágico involucrado, entonces nada es lo que parece. Y si nada es lo que parece, entonces puede que Artemis Fowl siga con vida».

## BAJO LAS INSTALACIONES DE LOS ANTIECOLOGISTAS

Contra Brillí se guiñó un ojo en la puerta cromada de una cámara frigorífica para cuerpos.

«Soy un tipo guapo —se dijo—, y esta bata de laboratorio me disimula la barriga un montón».

—¡Brillí! —lo llamó Opal desde su despacho—. ¿Cómo va esa extracción de líquido cefalorraquídeo?

Contra dio un respingo, sobresaltado.

—Ahora mismo lo dejo seco, señorita Koboi.

El duendecillo empujó la camilla que contenía su carga humana y la hizo avanzar por un pasillo corto que conducía al laboratorio. Estar allí encerrado, en aquellas instalaciones tan pequeñas, con Opal Koboi no era ninguna bicoca. Solos los tres durante semanas y semanas, extrayendo líquido cerebral de especies en peligro de extinción. Opal podía permitirse el lujo de tener a mil técnicos de laboratorio trabajando para ella, pero era una duendecilla ultra paranoica con el tema de la seguridad. El grado de paranoia de Opal había alcanzado tales niveles que había empezado a sospechar que las plantas y los objetos inanimados la espían.

—¡Yo puedo cultivar cámaras! —les había gritado a los hermanos Brillí durante una reunión—. Así que, ¿quién no me dice que ese despreciable centauro de Potrillo no ha conseguido incorporar equipos de vigilancia a las plantas? Conque ya os podéis deshacer de todas las macetas y las flores. Y de las piedras también. No confío en ellas, malditas espías chivatas.

De modo que los hermanos Brillí habían empleado toda una tarde registrando las instalaciones para tratar de localizar cualquier cosa que pudiese contener un micrófono. Tuvieron que deshacerse hasta de los ambientadores perfumados para el retrete reciclable, porque Opal estaba convencida de que la fotografiaban cada vez que lo utilizaba.

«A pesar de todo, la verdad es que la señorita Koboi tiene buenas razones para

estar paranoica —admitió Contra al pasar por las puertas dobles del laboratorio—. Si la PES llegase a averiguar lo que está haciendo aquí dentro, la encerrarían por los siglos de los siglos».

Las puertas dobles daban a un laboratorio alargado de tres plantas. Al entrar, se respiraba sufrimiento: había jaulas apiladas hasta el techo, cada una con un animal encerrado dentro. Gemían y emitían sonidos lastimeros, rascaban los barrotes con las patas y embestían contra las puertas. Una máquina automática distribuidora de comida similar a un robot se desplazaba por todas las jaulas escupiendo bolitas de comida grises a las jaulas pertinentes.

En la zona central había un espacio con mesas quirúrgicas para realizar operaciones. Había montones de animales tendidos en las camillas, atados, como Artemis, con rígidas octocadenas. Artemis vio un tigre siberiano, con las garras hacia arriba y zonas del cráneo afeitadas. En cada una de ellas, llevaba lo que parecía una loncha diminuta de hígado. Al pasar a su lado, una de las lonchas emitió un sonido como de succión y un diodo diminuto que había en el borde se encendió con una luz roja.

Contra se detuvo para retirarlo, y Artemis vio horrorizado que la parte inferior de aquella cosa estaba plagada de montones de púas goteantes.

—Lleno hasta los topes, señor Engendro Supersanguijuelamosquito Modificado Genéticamente.

Eres una abominación repugnante, que lo sepas, pero desde luego tú sí que sabes cómo sacar líquido cerebral. Yo diría que te hace falta que te vaciemos un poco.

Contra apretó una palanca con el pie para abrir un frigorífico cercano y fue palpando con la mano los tubos de ensayo del interior hasta dar con el que estaba buscando.

—Muy bien. LC TigSib.

Dejó el tubo de ensayo sobre una superficie de trabajo cromada y luego estrujó a la sanguijuela como si fuera una esponja hasta que soltó la última gota de su botón de líquido cefalorraquídeo. Acto seguido, arrojó la sanguijuela a la basura como si tal cosa.

—Que en paz descanse —dijo Contra, regresando junto a la camilla de Artemis.

El chico lo veía todo por el rabillo de su ojo cerrado. Aquél lugar era un sitio perverso y espeluznante, y tenía que salir de allí lo antes posible.

«Holly vendrá en mi busca —pensó, y acto seguido—: No, no vendrá porque cree

que estoy muerto».

Aquello le heló la sangre.

«Caí en las llamas».

En ese caso, tendría que salvarse a sí mismo. No sería la primera vez. «Mantente alerta. Se presentará una oportunidad y tienes que estar listo para aprovecharla».

Contra encontró sitio en la sección de operaciones y aparcó a Artemis con toda comodidad.

—¡Y consigue meterlo en un espacio imposible! Dijeron que no lo conseguiría. Se equivocaban.

Contra Brillí es el rey del aparcamiento de camillas. —El duendecillo eructó—. Que no es el futuro que tenía en mente para mí mismo cuando era un joven duendecillo.

Entonces, con gesto algo malhumorado, introdujo una jarra con agujeros en el interior de una pecera poco honda hasta que la llenó de supersanguijuelas que se sacudían sin cesar con movimientos convulsivos.

«Oh, no —pensó Artemis—. No, por favor...».

Y entonces se vio obligado a cerrar los ojos cuando Contra le volvió la cara hacia él.

«Seguro que se da cuenta de que se me mueve el pecho al respirar. Me sedará y todo estará perdido».

Pero, al parecer, Contra no se dio cuenta.

—¡Puaj! Cómo odio a los de tu raza... Qué asco que me dan. Te diré una cosa, humano, si es que tu subconsciente puede oírme: alégrate de estar dormido, porque no querrías pasar por esto despierto.

Artemis estuvo a punto de estallar en ese momento, pero se acordó de su madre, a la que quedaba menos de un día de vida, y se contuvo.

Sintió cómo le tiraban de la mano izquierda y oyó gruñir a Contra.

—Quédate ahí quieto. Solo será un segundito.

Artemis notó cómo se aflojaba la presión y siguió los movimientos de Contra con el oído y la nariz. Sintió el roce de una barriga blanda en el codo, y el aliento de una respiración en la oreja. Contra estaba a la altura de su hombro izquierdo, extendiendo un brazo.

Artemis abrió el ojo derecho apenas un milímetro y dirigió su pupila hacia la rendija abierta. Justo encima de la cabeza observó que tenía una lámpara de cirujano,

sujeta a la mesa de operaciones mediante un brazo articulado grueso, plano y cromado.

Cromado. Reflectante.

Artemis observó los movimientos de Contra en la superficie de cromo. El duendecillo tocó el panel de control de pantalla táctil de la octocadena y apareció un teclado en gnómico.

A continuación, cantando una famosa canción pop de duendecillos, introdujo su contraseña. Un número con cada nota del estribillo.

—¡Duendecillos ganadores! —entonó—. Hard rock de duendecillos, *baby*.

Algo sinceramente inimaginable para Artemis, pero se alegró de que cantase esa canción, porque le dio tiempo a memorizar la contraseña de Contra.

El duendecillo desactivó una de las cadenas, de modo que pudo extender el antebrazo de Artemis.

Aunque el humano llegase a despertarse, lo único que podría hacer sería sacudir los brazos.

—Y ahora, sanguijuelita mía, haz tu asqueroso trabajillo para la tía Opal y te recompensaré estrujando el contenido de tus tripas en un cubo. —Lanzó un suspiro—. ¿Por qué siempre tengo que malgastar mis mejores frases con los anélidos?

A continuación extrajo una sanguijuela de la jarra, le dio un pellizco para que sacara las púas y la clavó en la muñeca desnuda de Artemis.

Artemis no percibió más que una inmediata sensación de bienestar.

«Me están sedando —dedujo—. Un viejo truco trol, para alegrarte un poco antes de morir. Es una buena estrategia, y además, morirse tampoco está tan mal, después de todo. Mi vida ha sido un tormento tras otro».

Contra estaba controlando su cronómetro. Su hermano llevaba ya en aquella jaula de reciclaje detrás de la cocina muchísimo tiempo. Tal vez a aquel jabalí salvaje le daba por hincarle el diente a la carne de duendecillo.

—Será mejor que vaya a ver cómo está —decidió—. Volveré antes de que la sanguijuela se llene.

Primero la sangre y luego el cerebro. Deberías haberle echado un piropo a las botas de la señorita Opal, hermanito.

Y se alejó por el pasillo central, tirando de la malla metálica de cada una de las jaulas a su paso y sacando de quicio a los animales.

—¡Duendecillos ganadores! —volvió a cantar—. Hard rock de duendecillos,

*baby.*

A Artemis le estaba costando mucho motivarse. ¡Era tan fácil quedarse ahí tumbado en la camilla, dejando que todos sus problemas le salieran a chorros por el brazo!

«Cuando decides morir —pensaba Artemis, con un razonamiento cada vez más lento—, no importa cuánta gente quiere matarte».

Lo que sí deseaba era que los animales se apaciguasen un poco: tantos gritos, chillidos y gorjeos interferían con su estado de ánimo.

Había incluso un loro en alguna parte, repitiendo sin cesar la misma frase.

—¿Quién es tu mamaíta? —repetía una y otra vez—. ¿Quién es tu mamaíta?

«Mi mamaíta es Angeline. Se está muriendo».

Artemis abrió los ojos.

«Mamaíta. Madre.».

Levantó el brazo que tenía libre y aplastó la incómoda sanguijuela contra una de las octocadenas.

El bicho explotó, salpicándolo todo de mucosidad y sangre, y dejó media docena de púas en la piel de Artemis como si fueran las lanzas de un batallón de soldados diminutos.

«Eso me va a doler luego».

Artemis tenía la garganta seca, el cuello torcido y la vista empañada, pero, a pesar de todo eso, apenas tardó un minuto en accionar el teclado con el código de Contra y desactivar las cadenas.

«Si están conectadas a una alarma, me meteré en un buen lío».

Pero no se oyó ninguna alarma ni entró corriendo ningún duendecillo.

«Tengo tiempo, pero no mucho».

Se retiró las púas de la piel estremeciéndose, no de dolor, sino de ver los agujeros con cercos rojos que quedaban en su muñeca. Un reguero de sangre manaba de cada una de las heridas, pero lo hacía lentamente, y no era sangre espesa. No moriría desangrado.

«Las púas llevan una sustancia coagulante. Cómo no».

Artemis atravesó el laboratorio como un zombi, masajeándose las contracturas musculares.

Había cientos de ojos clavados en él. Los animales se habían quedado en silencio, y aplastaban el hocico, el pico o la boca contra la malla metálica de las puertas de las

jaulas, esperando a ver qué sucedería a continuación. El único ruido procedía de la máquina lanzadora de bolitas de comida, que seguía adelante con su rutina.

«Lo único que tengo que hacer es escapar. No tengo ninguna necesidad de confrontaciones ni de salvar el mundo. Dejaré en paz a Opal y huiré».

Pero, por supuesto, en el mundo de Artemis Fowl, las cosas casi nunca son tan sencillas. Artemis se puso unas gafas protectoras que encontró colgadas en un estante bajo, activó el teclado virtual y utilizó la contraseña de Contra para conectarse al sistema. Necesitaba saber cuanto antes dónde estaba y cómo salir.

Había planos de la totalidad de las instalaciones guardados en un archivo del escritorio. No estaban encriptados ni requerían clave de seguridad, ¿para qué? No es que los humanos de la superficie fuesen a bajar ahí y, aunque llegasen a bajar algún día, no sabían leer gnómico.

Artemis examinó los planos con cuidado y con ansiedad creciente. La instalación constaba de una serie de módulos interconectados, alojados en unos viejos túneles que había bajo las instalaciones de los antiecologistas, pero solo había dos formas de salir de ahí. Podía salir por donde había entrado, lo cual no era lo más idóneo, teniendo en cuenta que lo llevaba directamente de nuevo a Kronski. O podía escoger la terminal de lanzaderas del nivel inferior, lo que significaba robar y pilotar una lanzadera. Sus posibilidades de desactivar unas complicadísimas medidas de seguridad antirrobo antes de que Opal lo hiciese picadillo eran mínimas. Tendría que salir por arriba.

—¿Te gusta mi pequeño laboratorio? —dijo una voz.

Artemis miró por encima del visor de las gafas protectoras: tenía a Opal Koboï ante sus ojos, mirándolo con los brazos en jarras.

—Un lugar increíble, ¿no te parece? —continuó—. Todos estos túneles estaban aquí, esperándonos. Ha sido perfecto. En cuanto los encontré, supe que tenía que quedármelos, y por eso persuadí al doctor Kronski para que se trasladara aquí.

«La información es poder —se dijo Artemis—. No le des ninguna.».

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy la futura reina de este mundo, como mínimo. Puedes dirigirte a mí como señorita Koboï, durante los próximos cinco minutos. Después de eso, puedes dirigirte a mí para gritar «aaarrrg», agarrarte el cuello con ambas manos, morir retorciéndote de dolor, etcétera.

«Igual de presuntuosa como yo la recordaba».



—Me parece que yo soy más grande que usted, señorita Koboï. Y, por lo que veo, no va armada.

La duendecilla se echó a reír.

—¿Que no voy armada? —exclamó, separando los brazos—. Éstas criaturas me han dado las armas que necesito. —Acarició al tigre durmiente—. Éste gatito grandullón aumenta mi capacidad de control mental. Ésas babosas marinas de ahí centran mis rayos de energía. Una dosis de aleta de delfín líquida mezclada con la cantidad exacta de veneno de cobra retrasa el reloj cien años.

—Esto es una fábrica de armas —exclamó Artemis, casi sin aliento.

—Exactamente —dijo Opal, agradecida de que alguien por fin lo entendiese—. Gracias a estos animales y sus fluidos me he convertido en la maga más poderosa desde los hechiceros demonios. Los antiecologistas han estado cazando a las criaturas que necesito; son unos idiotas, engañados por una hoguera barata de llamas holográficas. Como si fuese a matar a estas maravillosas criaturitas antes de exprimirles los jugos. Los humanos sois unos auténticos idiotas. Vuestros gobiernos se gastan una fortuna buscando poder cuando lo tienen delante de sus narices, retozando por las junglas.

—Toda una declaración de principios —dijo Artemis, agitando los dedos y utilizando el teclado virtual que solo él podía ver.

—Pronto seré...

—No me lo diga: pronto será invencible.

—No, lo que iba a decir es —siguió Opal, con una paciencia admirable—, que pronto seré capaz de manipular el mismísimo tiempo. Lo único que necesito es el...

Y de repente, para Artemis, todas las piezas encajaron en su sitio, todo lo relacionado con aquella misión. Y supo que conseguiría escapar.

—El lémur. Lo único que necesita es el lémur.

Opal dio una palmada.

—¡Exacto! Eres un Fangosillo muy listo. Ése maravilloso líquido cefalorraquídeo del lémur es el último ingrediente que necesito para la fórmula mágica estimulante.

Artemis lanzó un suspiro.

—¿La fórmula mágica estimulante? Pero ¿se oye usted?

Opal no captó el tono burlón, posiblemente porque no solía oírlo a menudo.

—Antes tenía un montón de lémures, pero la PES los confiscó para curar no sé qué plaga y yo perdí al resto en un incendio. Todos mis ejemplares para pruebas han

desaparecido y es muy difícil reproducir sus fluidos. Solo queda uno y lo necesito. Es mi modelo de donación. Con ese lémur podré controlar el mismísimo tiempo. —Opal se interrumpió un momento y se dio unos golpecitos en los labios carnosos con el dedo—. Espera un momento, humano. ¿Qué sabes tú de mi lémur? —Se apartó el dedo de la boca y encendió un círculo llameante de fuego en la punta, que derritió su laca de uñas—. Te he hecho una pregunta: ¿qué sabes tú de mi lémur?

—Unas botas preciosas —la halagó Artemis, y a continuación escogió una opción de la pantalla de las gafas protectoras con un movimiento del dedo.

«¿Está seguro de que desea abrir todas las jaulas?», preguntó el ordenador.

Los antiecológicos estaban volviendo a entrar en las instalaciones encabezados por el intrépido Tommy Kirkenhazard, que empuñaba su pistola descargada con mucho más arrojo del que sentía en realidad.

—Tengo cosas ahí, dentro de esas instalaciones —repetía una y otra vez a la aglomeración de gente que iba detrás de él—. Cosas muy, muy caras. Y no pienso irme y dejarlas ahí.

La mayoría del resto también tenían «cosas caras» allí dentro, y ahora que Kronski estaba en estado catatónico en el zoco de los curtidores y que sus guardias parecían haber huido con su reluciente botín, aquel parecía el mejor momento para reclamar sus pertenencias y poner luego rumbo al aeropuerto.

Para gran alivio de Kirkenhazard, las instalaciones parecían completamente desiertas, aunque el grupo gelatinoso se asustó un par de veces cuando las sombras nocturnas los asaltaron instigadas por el viento marroquí de poniente.

«Nunca he disparado con un arma descargada —pensó—, pero me imagino que no debe de ser muy eficaz».

Llegaron a la puerta de la sala principal, que se mantenía colgada del marco por una sola bisagra.

—Muy bien, amigos —dijo Kirkenhazard—. Aquí no hay porteadores para llevarnos las cosas, así que cada uno tendrá que apechugar con lo suyo.

—Oh, Dios mío... —exclamó la condesa Irma Kostovich, y se desvaneció en brazos de un magnate escocés del petróleo.

—Recoged lo que podáis y volveremos a reunirnos aquí dentro de un cuarto de hora.

La condesa mascullaba algo entre dientes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kirkenhazard.

—Ha dicho que tenía cita para una pedicura esta mañana. Kirkenhazard levantó la mano y se paró a escuchar, aguzando el oído.

—No, eso no. ¿Alguien más oye ese ruido?

Los animales salieron en estampida por las puertas abiertas de las jaulas con alegría salvaje, saltando, brincando, volando y reptando. Leones, leopardos, monos de distintas clases, loros, gacelas... centenares de criaturas con una sola idea en la cabeza: escapar.

A Opal no le hacía ninguna gracia.

—No me puedo creer que hayas hecho eso, Fangoso. Te exprimiré el cerebro como si fuera una esponja.

Artemis agachó la cabeza, pero no porque la imagen de su cerebro exprimido como una esponja lo hubiese intimidado, sino porque, si evitaba la mirada regia de Opal, entonces no podría someterlo a ningún *encanta*. A menos que sus optimizados poderes le permitiesen acceder a su cerebro sin utilizar el conducto del nervio óptico.

Aunque no se hubiese agachado, habría quedado protegido por la manada de criaturas que lo rodearon por completo, animales que destrozaban, sacudían y pateaban todo cuanto encontraban a su paso.

«Esto es ridículo —pensó Artemis cuando un mono le propinó un codazo que por poco lo deja sin aire en los pulmones—. Si Opal no me mata, lo harán los animales. Tengo que controlar esta estampida».

Artemis se agazapó detrás de una de las mesas de operaciones, arrancando la anestesia por vía intravenosa del tigre a su paso, y se asomó entre las patas de los animales que pasaban en busca del animal adecuado.

Opal rugía a las criaturas en una mezcla de lenguas animales. Era un sonido muy estridente que dividió la falange animal por la mitad, de manera que la rodeaban al pasar. Cuando pasó toda la manada, Opal disparó unos rayos de energía intermitentes con las puntas de los dedos que cayeron como guadañas entre las filas de animales para, acto seguido, derribarlos y dejarlos sin sentido en el suelo. Por todas partes, las jaulas se derrumbaban como bloques de construcción y los frigoríficos vomitaban su contenido desparramándolo por las baldosas.

«Está cargándose mi maniobra de distracción —pensó Artemis—. Será mejor que me largue».

Vio dos pares de pezuñas que avanzaban hacia él con paso decidido y se preparó para dar un salto.

«Es un quagga —comprendió—. Mitad caballo, mitad cebra, y hace cien años que no hay ninguno en cautividad. No es exactamente un purasangre, pero tendrá que servirme».

La cabalgada fue un poco más accidentada de lo que Artemis estaba acostumbrado a lomos de los caballos árabes de los Fowl: nada de estribos, ni de silla de montar ni de riendas que llevar. Por no hablar del hecho de que el quagga no estaba domado y estaba muerto de miedo.

Artemis le dio unas palmaditas en el cuello.

«Esto es de locos —pensó—. Todo esto. Un chico muerto escapando a lomos de un animal extinto».

Artemis se agarró a las crines del quagga e intentó conducirlo hacia la puerta abierta. El animal empezó a dar sacudidas y coces, y volvió su cabeza rayada para mordisquear a Artemis con unos dientes robustos y cuadrados. El chico lo espoleó con los talones y siguió sujetándose con fuerza.

Opal estaba muy ocupada protegiéndose de una oleada de sed de venganza animal. Algunos de los depredadores de mayor tamaño no se dejaron acobardar tanto como sus primos, de modo que decidieron que la mejor forma de combatir la amenaza que suponía Opal Koboi era comiéndosela.

La diminuta duendecilla giraba sin cesar como una bailarina poseída, disparando ráfagas de energía mágica que tomaban forma esférica a la altura de sus hombros, adquirían fuerza como esferas turbias en los codos y salían disparadas con pulsaciones líquidas.

Artemis no había visto nunca nada parecido. Los animales a los que alcanzaba un rayo se quedaban paralizados sin más en el aire, sin impulso ni velocidad, y caían al suelo como estatuas, con todo el cuerpo inmóvil salvo las pupilas de los ojos aterrorizados.

«Es muy poderosa, desde luego. Nunca había visto una fuerza semejante. No puedo permitir que Jayjay caiga en manos de Opal».

Opal se estaba quedando sin magia. Sus rayos empezaban a apagarse o a desviarse en espiral del objetivo como si fueran petardos defectuosos. Optó por no seguir disparándolos y se sacó dos pistolas del cinturón. Una le fue arrebatada de inmediato por el tigre que se había levantado con torpeza para sumarse a la pelea, pero Opal no

se dejó vencer por la histeria. Rápidamente modificó el ajuste de la otra pistola para un radio de amplio alcance y fue desplazando el cañón de lado a lado mientras disparaba, hasta descargar un verdadero abanico de energía gris.

El tigre fue el primero en caer, con una expresión en su cara que decía: «No, otra vez no...». Lo siguieron varios animales más, interrumpidos en pleno chillido, aullido o silbido.

Artemis tiró de nuevo de las crines rayadas del quagga y lo obligó a encaramarse a una mesa de operaciones. El animal soltó un bufido y protestó, pero hizo lo que le ordenaba su jinete, recorrió la totalidad de una de las mesas y saltó luego a la siguiente.

Opal disparó un tiro en su dirección, pero fue absorbido por un par de cóndores.

Tenían la puerta delante, y Artemis temía que el quagga se echase atrás justo en el último momento, pero no: embistió la puerta del pasillo que conectaba el laboratorio con la sala de llamas holográficas.

Artemis abrió rápidamente el panel de control de las gafas robadas que controlaban el sistema y escogió la opción de la rampa.

La plataforma tardó unos angustiosos momentos en extenderse, y durante esos segundos Artemis hizo al quagga girar en círculos para quitarle de la cabeza la idea de tirar al suelo al molesto jinete que llevaba en el lomo y también para convertirlos a los dos en un objetivo más difícil si Opal los seguía a través del pasillo.

Un águila pasó planeando por el aire y rozó con sus plumas la mejilla de Artemis. Una rata almizclada le trepó por el torso y se subió de un salto a la plataforma en movimiento.

Había luz en el piso de arriba, la molesta luz parpadeante de un tubo fluorescente defectuoso, pero era luz a pesar de todo.

—¡Vamos! ¡Arre! —exclamó Artemis, sintiéndose como un auténtico vaquero—. ¡Yija!

Los antiecologistas se reunieron en torno al dedo alzado de Tommy Kirkenhazard, escuchando atentamente como si el ruido proviniese del interior de aquel dedo en alto.

—Bah, no oigo nada —admitió Tommy—. Debo de haberlo imaginado. Al fin y al cabo, ha sido una noche muy estresante para los amantes de los seres humanos.

Y entonces se abrió la veda y los antiecologistas fueron engullidos por una marea de animales.

Kirkenhazard se metió debajo de un par de papiones chacma, y apretó inútilmente el gatillo de su pistola descargada sin dejar de gritar:

—Pero ¡si os matamos, maldita sea! ¡Os matamos!

Aunque no habría víctimas mortales en las instalaciones esa noche, dieciocho personas tuvieron que ser hospitalizadas con mordiscos, quemaduras, huesos rotos e infecciones varias. Kirkenhazard fue quien salió peor parado: los babuinos se comieron su arma y la mano que la empuñaba, y luego entregaron al desgraciado hombre a un tigre que estaba medio grogui y que se despertó de muy mal humor.

Ninguno de los antiecológicos se fijó en una pequeña nave oscura que despegó sin hacer ruido por detrás de uno de los chalets; a continuación sobrevoló el parque central y recogió a un joven de pelo largo del lomo de lo que parecía un burro pequeño a rayas. La nave giró trazando un arco en el aire, como una piedra en una honda, y luego salió disparada para perderse en el cielo nocturno, como si tuviese prisa por llegar a algún sitio.

Las pedicuras para el día siguiente y, desde luego, todos los tratamientos del spa quedaron cancelados.

Opal se quedó desolada al descubrir que, para colmo de males, tenía las botas destrozadas.

—¿Qué es esa mancha de ahí? —preguntó a Contra y a su gemelo recién liberado, Punto.

—No sé —masculló Punto, que estaba aún un poco gruñón después de pasar tanto tiempo encerrado.

—Es un excremento de alguna clase —respondió Contra de inmediato—. A juzgar por el tamaño y la textura, yo diría que uno de los gatos más grandullones se ha puesto nervioso.

Opal se sentó enseguida en un banco y extendió la pierna con la bota.

—Quítamela, Contra.

Colocó la suela de la bota en la frente de Contra y lo empujó con ella hasta que el duendecillo se tambaleó hacia atrás, sujetando en la mano la bota manchada de excrementos.

—Ése Fangoso... Sabe lo de mi lémur. Tenemos que seguirlo. Estará controlado, supongo...

—Oh, sí, claro —confirmó Contra—. A todos los recién llegados se los rocía con

un spray al llegar. Ahora mismo lleva un localizador radiactivo en cada uno de los poros de su piel. Inofensivo, pero no hay lugar en este planeta donde pueda ocultarse de nosotros.

—Muy bien. Excelente, a decir verdad. Pienso en todo, ¿no es cierto?

—Sí, señorita Koboi —afirmó Punto en tono cansino y monótono—. Es usted brillante. Su fabulosidad es asombrosa.

—Muchas gracias, Punto —dijo Opal, inmune como siempre al sarcasmo—. Y eso que creía que estarías un poco enfadado después de lo de la pocilga de cerdos. Aunque la palabra «fabulosidad» no existe, por cierto. Lo digo por si estás pensando escribir en tu diario lo maravillosa que soy.

—Tomo nota —dijo Punto, en serio.

Opal le ofreció su otro pie a Contra.

—Bien, y ahora programad la autodestrucción para este lugar y poned a punto la lanzadera. Quiero encontrar a ese humano y matarlo inmediatamente. Fuimos demasiado benévolo la última vez, con las sanguijuelas. Ésta vez, quiero una muerte instantánea.

Contra hizo una mueca de dolor. Estaba sujetando dos botas cubiertas de cagarrutas de tigre y, si hubiera tenido que elegir, había preferido mil veces comerse esas botas antes que estar en el pellejo del humano.

Artemis se tumbó de espaldas en la bodega de carga, preguntándose si no habría soñado todo lo sucedido en los minutos anteriores: supersanguijuelas, tigres durmientes y un quagga gruñón. Sintió vibrar el suelo bajo su cuerpo y supo que se estaban moviendo a varias veces la velocidad del sonido. De pronto, la vibración cesó y la sustituyó un zumbido mucho más tranquilo y suave. ¡Estaban reduciendo la velocidad!

Artemis corrió hacia la cabina, donde Holly estaba lanzando una mirada asesina a una de las pantallas, como si así pudiera cambiar la información que veía en ella. Jayjay estaba en el asiento del copiloto y parecía estar a cargo del volante.

Artemis señaló al lémur.

—Puede que te parezca una pregunta un poco estúpida, pero ¿está Jayjay...?

—No. Conduce el piloto automático. Y me alegro de verte con vida, por cierto. Y de nada, por lo del rescate.

Artemis la tocó en el hombro.

—Una vez más, te debo la vida. Y ahora, detesto tener que pasar directamente de la gratitud al incordio, pero ¿por qué hemos reducido la velocidad? Se nos acaba el tiempo. Teníamos tres días, ¿recuerdas? Solo nos quedan unas horas.

Holly dio unos golpecitos en la pantalla.

—Nos retiene una fuerza procedente de las instalaciones. Los ordenadores de alguien se han descargado nuestros planos de la nave. ¿Tú sabes algo de eso?

—Opal Koboi —dijo Artemis—. Opal está detrás de todo. Está recogiendo fluidos animales para aumentar su propia magia. Si le echa el guante a Jayjay, será invencible.

Holly no tenía tiempo de mostrarse incrédula.

—Genial. Opal Koboi. Sabía que a este viaje le faltaba algún elemento psicótico. Si Opal nos ha localizado, la tendremos pisándonos los talones a bordo de algo un poco más sofisticado que este cacharro.

—¿Escudos?

—No servirán de mucho. Puede que engañemos a los radares humanos, pero no a los escáneres mágicos.

—¿Qué podemos hacer?

—Necesito mantenernos aquí arriba en el espacio aéreo con todo ese tráfico humano.

Permaneceremos en modo subsónico y no llamaremos la atención, seremos discretos. Entonces, en el último momento, salimos disparados hacia la mansión Fowl. Y ya no importará si Opal nos ve entonces, porque, para cuando nos dé alcance, ya estaremos de vuelta en el túnel del tiempo.

Mantillo Mandíbulas asomó la cabeza por el buzón de correo.

—Aquí no hay nada importante. Unas pocas monedas de oro. ¿Qué importa si me las quedo? ¿Y he oído a alguien mencionar el nombre de Opal Koboi?

—No te preocupes por eso. Todo está bajo control.

Mantillo soltó una risotada.

—¿Bajo control? Sí, claro. Igual que Rathdown Park estaba bajo control. Igual que la curtiduría estaba bajo control.

—No nos estás viendo en nuestro mejor momento —admitió Artemis—, pero, con el tiempo, llegarás a sentir un gran respeto por la capitana Canija y por mí.

La expresión de Mantillo era escéptica.

—Será mejor que busque la palabra «respeto» en el diccionario, porque no debe de significar lo que creo que significa, ¿a que no, Jayjay?



El lémur dio una palmada con sus delicadas manos y parloteó con algo parecido a la risa.

—Vaya, parece que por fin has encontrado a alguien de tu misma capacidad intelectual, Mantillo —dijo Holly, volviendo junto a sus instrumentos—. Es una lástima que no sea una chica, porque así podrías casarte con ella.

Mantillo puso cara de susto.

—¿Una relación sentimental con alguien que no es de tu especie? Eso sí que es asqueroso. ¿Qué clase de degenerado besaría a alguien que no es de su misma especie?

Artemis se masajeó las sienes, que justo en ese momento habían empezado a dolerle.

«Falta mucho para Tipperary —pensó—, y luego aún más para llegar a Dublín».

—¿Una lanzadera? —exclamó Opal—. ¿Una lanzadera mágica?

La nave de Koboï estaba suspendida a una altura de cincuenta kilómetros, rozando el borde del espacio. La luz de las estrellas se reflejaba en el casco de su lanzadera de color negro mate, y la Tierra se extendía debajo de ellos, adornada con una estola de nubes.

—Eso es lo que indican los sensores —dijo Contra—. Se trata de un modelo antiguo para trabajos de minería. Nada interesante en cuanto a motor y cero potencia. Deberíamos poder darle alcance.

—¿Deberíamos? —dijo Opal, estirando un tobillo para admirar sus botas rojas nuevas—. ¿Cómo que «deberíamos»?

—Bueno, ha estado a nuestro alcance un rato, pero luego ha entrado en modo subsónico. Supongo que el piloto está transitando por las pistas aéreas humanas hasta que se sientan a salvo.

Opal esbozó una sonrisa diabólica; le encantaban los desafíos.

—Muy bien, pues saquemos provecho de todas nuestras ventajas. Tenemos la velocidad y tenemos las armas. Lo único que necesitamos es poner rumbo a la dirección correcta.

—Una idea increíblemente buena —soltó Punto.

Opal hizo una mueca de disgusto.

—Por favor, Punto. Usa palabras cortas. No me obligues a evaporarte.

Aquella era una amenaza hueca, porque Opal no había sido capaz de producir ni

una sola chispa desde las instalaciones. Todavía contaba con sus poderes básicos: control mental, levitación..., cosas de ese estilo, pero iba a necesitar mucho descanso y horas de sueño antes de poder disparar ni un solo relámpago.

Aunque los hermanos Brillí no tenían por qué saber eso.

—Os explicaré mi idea. He pasado las cintas del laboratorio por un programa de reconocimiento de voz y he obtenido una coincidencia regional. Quienquiera que sea ese Fangoso, vive en la zona centro de Irlanda, seguramente en Dublín. Quiero que nos lleves hasta allí lo más rápido posible, Punto, y cuando esa lanzadera minera salga de las rutas del tráfico aéreo... —Opal cerró sus dedos diminutos en torno a una hormiga imaginaria y le exprimió la sangre del cuerpo—. Los estaremos esperando.

—Fabulible —dijo Punto.

## MANSIÓN FOWL

El sol había salido y estaba poniéndose de nuevo para cuando Holly maniobró con la traqueteante nave por encima del muro de la finca de los Fowl.

—Estamos casi al borde de que expire el plazo, y esta cafetera está a punto de explotar —le dijo a Artemis. Holly se llevó una mano al corazón—. Noto cómo se apaga la chispa de Número Uno, pero todavía tenemos tiempo.

Artemis asintió. Al ver la mansión, sintió de algún modo que la tarea de salvar a su madre era aún más urgente.

«Tengo que ir a casa».

—Buen trabajo, Holly. Lo has conseguido. Déjanos en el patio de atrás. Entraremos en la casa por la puerta de la cocina.

Holly apretó unos cuantos botones.

—Detrás de la casa, entonces. Escaneando en busca de alarmas. Ha encontrado dos y una tercera más disimulada. Sensores de movimiento, si no me equivoco. Solo una alarma funciona por control remoto y las otras dos son independientes. ¿Desactivo la alarma de control remoto?

—Sí, Holly, por favor, desactiva la alarma. ¿Hay alguien en casa?

Holly comprobó el visor de imagen térmica.

—Un cuerpo emisor de calor. En la planta de arriba.

Artemis lanzó un suspiro. De alivio.

—Bien. Solo está mi madre. A estas horas ya se habrá tomado los somníferos. Mi

yo más joven no puede estar de vuelta todavía.

Holly quiso aterrizar la nave con la máxima delicadeza posible, pero las marchas estaban rotas, y los cojines de suspensión, deshinchados. Los estabilizadores se hallaban llenos de abolladuras y el giroscopio giraba como una veleta. El tren de aterrizaje arrancó una tira de losetas de la superficie del patio y las tiró como si fueran bloques de césped destrozado.

Artemis cogió a Jayjay en brazos.

—¿Estás listo para nuevas aventuras, hombrecillo?

Los ojos redondos del lémur estaban llenos de ansiedad y miró a Mantillo para que lo tranquilizase.

—No olvides nunca —le dijo Mantillo, haciéndole cosquillas en la barbilla— que el listo eres tú.

El enano encontró una vieja bolsa de lona y empezó a meter los restos del interior de la nevera.

—No hace falta que hagas eso —le indicó Holly—. Ésta nave es tuya. Tómala, entierra tu botín y vete lejos, bien lejos. Tira este cacharro al mar y vive de tus ganancias unos añitos. Pero prométeme que no les venderás nada de esto a los humanos.

—Solo las birrias —respondió Mantillo—. ¿Y has dicho que podía quedarme con la lanzadera?

—La verdad es que quiero pedirte que la desguaces. Me harás un favor.

Mantillo sonrió.

—Soy una persona generosa. Podría hacerte ese favor. Holly le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo. Y recuerda bien esto: cuando volvamos a vernos, nada de esto habrá sucedido, porque, de lo contrario, no sucederá.

—Mis labios están sellados.

Artemis se puso a su lado.

—Por ver eso sí que pagaría dinero: Mantillo Mandíbulas con la boca cerrada.

—Sí, para mí también ha sido un placer conocerte, Fangosillo. Estoy ansioso por robarte en el futuro.

Artemis le estrechó la mano.

—Yo también estoy ansioso, lo creas o no. Lo pasaremos muy bien.

Jayjay tendió la patita.

—Tú cuida del humano, Jayjay —dijo Mantillo, muy serio—. Es un poco tonto, pero tiene buen corazón.

—Adiós, señor Mandíbulas.

—Hasta luego, señorito Fowl.

Opal iba por la tercera ronda del cántico del círculo de meditación Gola Schween cuando Contra irrumpió en sus aposentos privados.

—Hemos encontrado la lanzadera, señorita Koboi —exclamó, jadeando y apretándose una flexipantalla contra el pecho—. Entraron en modo supersónico apenas un minuto en el Mediterráneo, pero ha sido suficiente para localizarlos.

—Aooooomm, aaa. Aooooonmim, aaa —entonó Opal, poniendo fin a su cántico—. Que la paz sea en mi interior, halle tolerancia a mi alrededor y encuentre el perdón en mi camino. Y ahora, Contra, enséñame dónde está ese humano repugnante, para que pueda echarle de comer sus propios órganos.

Contra le ofreció la flexipantalla.

—Es el punto rojo. En la costa Éste.

—¿Base militar?

—No, asombrosamente. Es una residencia particular, sin ninguna clase de sistemas de defensa.

Opal se levantó de su sillón amoldable.

—Bien. Realiza unos cuantos escaneos, activa los cañones y llévame ahí abajo.

—Sí, señorita Koboi.

—Y otra cosa, Contra.

—¿Sí, señorita Koboi?

—Creo que el pequeño Punto se ha enamorado de mí. Antes me ha dicho que estaba muy fototractiva. Pobrecillo imbécil. ¿Podrías decirle que no estoy disponible? Si no lo haces, no me quedará más remedio que ordenar que lo maten.

Contra lanzó un suspiro.

—Descuide, señorita Koboi, se lo diré. Estoy seguro de que va a llevarse un megadisgusto.

Artemis se sorprendió acariciando la cabecita de Jayjay mientras recorrían la mansión.

—Tranquilo, amiguito. Ahora nadie puede hacerte daño; aquí estamos a salvo.

Holly iba detrás de él, en la escalera, cubriendo la retaguardia y extendiendo dos

dedos muy tiesos.

Los dedos no eran un arma cargada, pero podían romper unos cuantos huesos si cogían impulso suficiente.

—Vamos, Artemis. Ahora Número Uno está más débil, así que tenemos que saltar pronto.

Artemis pisó un cuadrado sensible al peso instalado en el doceavo escalón.

—Ya casi estamos. Solo nos faltan unos segundos.

Su estudio estaba exactamente como lo había dejado, el armario ropero aún permanecía abierto, con una bufanda colgando del estante superior como una serpiente que trata de escapar.

—Bien —dijo Artemis, cada vez con más confianza—. Éste es el lugar, el lugar exacto.

Holly estaba jadeando.

—Pues ya era hora. Me cuesta mucho seguir conectada a la señal. Es como correr detrás de un olor.

Artemis la rodeó con el brazo; formaban un trío cansado y hambriento pero entusiasta. A Holly le temblaban los hombros por el agotamiento y la tensión que había disimulado hasta entonces.

—Creía que estabas muerto —le dijo.

—Y yo también —admitió Artemis—. Luego me di cuenta de que no podía morir, no en este tiempo.

—Supongo que me vas a explicar eso.

—Más tarde. Cuando estemos cenando. Ahora, ¿podemos abrir el túnel del tiempo, amiga mía?

Oyeron un súbito rumor cuando la cortina de la ventana en saliente se corrió: el Artemis más joven y Mayordomo estaban allí, ambos vestidos con trajes de aluminio. Mayordomo se bajó la cremallera del suyo y dejó al descubierto una enorme arma que llevaba cruzada por delante del pecho.

—¿Qué es eso de un túnel del tiempo? —preguntó el Artemis de diez años.

Mantillo Mandíbulas estaba enterrando una moneda de oro como símbolo de sacrificio a Sharnmy, el dios de la buena fortuna para los enanos, cuando la tierra explotó bajo sus pies y se sorprendió sentado a horcajadas sobre la proa de una nave rompehielos.

«Ni siquiera lo he visto venir —pensó—. Para que luego digan de los sacrificios a Shammy».

Y antes de que tuviera tiempo siquiera de sumar dos y dos, Mantillo se encontró tumbado de espaldas bajo la copa de un fresno plateado y con el cañón de una Neutrino restringiendo los movimientos de la nuez de su cuello. En ese momento, los pelos de su barba se dieron cuenta instintivamente de que aquella no era un arma amiga y se enroscaron alrededor del cañón.

—Bonita lanzadera —dijo Mantillo, tratando de ganar tiempo hasta que le desaparecieran las estrellitas que veía delante de los ojos—. Motor hipersilencioso, supongo.

Tenía tres duendecillos ante sí: dos varones y una fémina. Por lo general, los duendecillos no eran seres violentos ni amenazadores, pero aquellos dos iban armados y la fémina tenía cara de pocos amigos.

—Apuesto —dijo Mantillo— a que seríais capaces de prender fuego al mundo solo para ver cómo arde.

Opal apuntó la sugerencia en un pequeño bloc de notas electrónico en su ordenador de bolsillo.

—Gracias por darme esa idea. Y ahora, cuéntamelo todo.

«Me resistiré un minuto y luego le daré algo de información falsa, para despistar», pensó el enano.

—No te voy a decir nada, duendecilla malvada —dijo Mantillo, y la nuez de su cuello golpeteó con nerviosismo el cañón del arma.

—Vaya... —exclamó Opal, dando una patada en el suelo de pura frustración—. ¿Es que nadie me tiene miedo?

Se quitó un guante y apoyó un dedo pulgar en la sien de Mantillo.

—Y ahora, dámelo todo.

Y con unas pocas chispas restantes de magia obtenida por medio de sus fraudulentos métodos, absorbió hasta el último recuerdo de los días anteriores del cerebro de Mantillo. Fue una sensación extremadamente desagradable, hasta para alguien acostumbrado a expulsar grandes cantidades de material de su propio ser. Mantillo mascullaba entre dientes y se resistía dando sacudidas mientras le arrancaban los últimos días de su cabeza.

Cuando Opal hubo obtenido lo que quería, abandonaron al enano inconsciente en el lodo.

Se despertaría una hora más tarde con el chip de arranque de una lanzadera de la PES en el bolsillo y sin la menor idea de cómo había llegado hasta allí.

Opal cerró los ojos y fue echando un vistazo a sus nuevos recuerdos.

—Ah —dijo, sonriendo—. Un túnel del tiempo.

—No hay tiempo para esto —insistió Artemis.

—Pues yo creo que sí —aseguró el Artemis de diez años—. Has vuelto a colarte en mi casa, así que lo mínimo que podrías hacer es explicar eso del túnel del tiempo. Por no hablar del hecho de que estés vivo.

El Artemis más viejo se apartó el pelo de la cara.

—Ahora seguro que me reconoces. Seguro.

—Esto no es ningún anuncio de champús, así que deja ya de toquetearte el pelo, por favor.

Holly estaba casi completamente doblada sobre su estómago, con la mano en el corazón.

—Date prisa —lo apremió, con un gemido—, o tendré que irme sin ti.

—Por favor —imploró Artemis—. Tenemos que irnos. Es un asunto de vida o muerte.

El Artemis más joven no se inmutó.

—Tenía el presentimiento de que volveríais. Aquí es donde todo empezó, justo en este lugar exacto. He revisado las cintas de seguridad y, simplemente, aparecisteis de la nada, en esta habitación.

Luego me seguisteis a África, así que supuse que, si le salvaba la vida a ese animal, tal vez acabaríais de vuelta aquí con el lémur. Nos limitamos a neutralizar nuestras emisiones de calor corporal y a esperar. Y aquí estáis.

—Pues es un razonamiento bastante flojo —respondió el Artemis más viejo—. Era obvio que íbamos detrás del lémur. Una vez que tuviésemos el lémur, ¿por qué íbamos a volver aquí?

—Ya sé que ahí la lógica fallaba un poco, pero no tenía nada que perder y, como se ha demostrado, sí mucho que ganar.

Holly no tenía paciencia para una de las sesiones de autobombo al más puro estilo Fowl.

—Artemis, sé que tienes un corazón de oro. Eres una buena persona aunque no lo sepas todavía.

Sacrificaste tus diamantes para salvarme la vida. ¿Qué es lo que quieres para dejarnos marchar?

El joven Artemis lo meditó durante un exasperante minuto y medio.

—La verdad —dijo al fin—. Necesito saber la verdad sobre todo esto. ¿Qué clase de criatura eres tú? ¿Por qué él me resulta tan familiar? ¿Qué es lo que hace a ese lémur tan especial? Todo.

El Artemis más viejo se apretó a Jayjay contra el pecho.

—Dame unas tijeras —dijo.

Opal entró en la mansión y anuló como si tal cosa las náuseas mágicas que se producían cada vez que un ser mágico entraba en una vivienda humana sin permiso.

«Un túnel del tiempo —pensó, casi riéndose de nervios—. Por fin puedo poner a prueba mis teorías».

La manipulación del tiempo había sido desde hacía muchos años el objetivo prioritario de Opal Koboï. Ser capaz de controlar el desplazamiento a través del tiempo era el no va más del poder. Sin embargo, su magia no era lo bastante fuerte sin el lémur. Se necesitaban auténticos ejércitos de hechiceros de la PES para detener el tiempo unas pocas horas, aunque la magia necesaria para abrir una puerta en el túnel era descomunal. Si hasta era más fácil derribar la luna al suelo de un tiro.

Opal se lo apuntó en su bloc de notas.

«Recordar: derribar la luna al suelo de un tiro. ¿Viable?».

Pero, si conseguía el acceso al túnel, Opal estaba segura de que no tardaría en dominar la ciencia que había detrás de su funcionamiento.

«Es más que probable que se trate de un organismo intuitivo y, al fin y al cabo, yo soy un genio, así que...».

Subió las escaleras, sin importarle las muescas que le dejaban los altos escalones humanos en sus botas nuevas. Contra y Punto la seguían a escasa distancia, sorprendidos ante aquella indiferencia por su atuendo.

—A mí me echó a una pocilga de cerdos por culpa de sus botas —masculló Punto—, y ahora se las despelleja ella misma al subir esas escaleras. La típica incoherencia de Koboï. Creo que me va a salir una úlcera.

Opal llegó al rellano superior y se precipitó inmediatamente por una puerta abierta.

—¿Y cómo sabrá ella que esa es la puerta correcta? —se preguntó Punto.



—Huy, pues no lo sé —contestó Contra, apoyando las manos en las rodillas. Trepar por escalones humanos no resulta fácil para los duendecillos, pues tienen la cabeza grande, las piernas cortas y los pulmones diminutos—. A lo mejor es por ese resplandor rojo mágico que sale por la puerta, o tal vez sea por el aullido infernal de esa ventolera huracanada.

Punto asintió con la cabeza.

—Puede que tengas razón, hermano. Y no te creas que no sé detectar el sarcasmo cuando lo oigo.

Opal reapareció por la puerta con una expresión enfurecida en la cara.

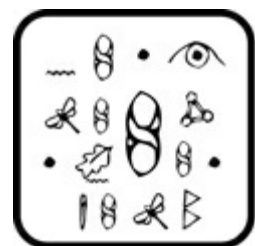
—Se han ido —anunció—. Y el túnel está a punto de cerrarse. Además, tengo las botas destrozadas. Así que, chicos, necesito algún chivo expiatorio a quien echarle las culpas.

Los hermanos Brillí se miraron el uno al otro y luego salieron pitando, corriendo con toda su alma, a la máxima velocidad que les permitían sus piernecillas diminutas.

Pero no fue lo bastante rápido.

# CAPÍTULO XIV

## EL PLAN FALLA



HOLLY sintió cómo se relajaba en cuanto entró en el túnel del tiempo.

«A salvo, de momento».

Jayjay estaba a salvo. Muy pronto, la madre de Artemis se recuperaría, y cuando eso hubiese ocurrido, Holly decidió que pensaba darle un puñetazo a su antiguo amigo en toda su cara de engreído.

«Hice lo que tenía que hacer —había dicho Artemis—. Y volvería a hacerlo».

Y ella lo había besado. ¡Lo había besado!

Holly comprendía los motivos de Artemis, pero le dolía en el alma que se hubiese creído en la necesidad de chantajearla.

«Lo habría ayudado de todos modos. Seguro».

«¿De verdad? ¿De veras habrías desobedecido las órdenes? ¿Tenía Artemis razón por haberlo solucionado a su manera?».

Eran preguntas que Holly sabía que la atormentarían durante años. Si es que aún le quedaban años.

En esta ocasión el viaje fue mucho más arduo que la vez anterior. El túnel del tiempo estaba debilitando su estado de conciencia y tuvo la espesa tentación de relajar su atención y concentración. Su mundo parecía menos importante envuelto en aquellas ondas centelleantes. Formar parte de un río eterno sería una plácida forma de existencia. ¿Y qué si una epidemia aniquilaba a todas las razas de seres mágicos?

La presencia de N<sup>o</sup>. 1 hizo que sintiera el aguijón de la conciencia, y Holly reforzó su determinación. El poder del pequeño demonio era evidente en la corriente del túnel, un hilo reverberante de color carmesí que los arrastraba a través de las emanaciones. Unas cosas se movían entre las sombras, cosas que salían disparadas, cosas afiladas. Holly tuvo la sensación de que eran dientes, o dedos en forma de ganchos y garras.

«¿No había dicho algo Número Uno de unos zombis cuánticos? Seguramente era una broma. ¡Por favor, que sea una broma!».

«¡Concéntrate! —se ordenó Holly a sí misma—. O te absorberá la corriente».

Notaba otras presencias viajando con ella. Jayjay estaba asombrosamente tranquilo, teniendo en cuenta el entorno. En algún lugar en la periferia estaba Artemis, con una determinación y una fuerza de voluntad firmes como una roca.

«Número Uno se va a llevar un susto —pensó Holly— cuando nos vea aparecer».

Nº. 1 no parecía demasiado asustado cuando el trío surgió de la corriente y se solidificó en el suelo del estudio de Artemis.

—¿Habéis visto zombis? —les preguntó, meneando los dedos con aire inquietante.

—¡Gracias a los dioses! —exclamó Potrillo desde las pantallas de televisión, y a continuación lanzó un sonoro suspiro de alivio a través de sus anchas fosas nasales—, os aseguro que han sido los diez segundos más largos de mi vida. ¿Habéis conseguido el lémur?

No hizo falta ninguna respuesta, porque Jayjay decidió que le gustaba el sonido de la voz del centauro y le dio un lametón a la pantalla que tenía más cerca. La lengua del pequeño primate chisporroteó y el animal retrocedió de un salto y lanzó una mirada asesina a Potrillo.

—Un lémur —corroboró el centauro—. ¿Ninguna hembra?

Holly se restregó las estrellitas de los ojos y se despejó la neblina espesa de la cabeza. La corriente del túnel todavía permanecía en su cerebro como ocurre con los últimos instantes de un sueño.

—No, ninguna hembra. Tendrás que clonarlo.

Potrillo se asomó para mirar detrás de Holly y vio la forma temblorosa que había en el suelo a su espalda.

El centauro arqueó una ceja.

—Veo que tenemos un...

—Ya hablaremos de eso más tarde —lo interrumpió Holly bruscamente—, ahora tenemos trabajo que hacer.

Potrillo asintió con aire pensativo.

—Deduzco, por lo que estoy viendo, que Artemis tiene previsto algún plan de los suyos. ¿Va a suponer eso un problema para nosotros?

—Solo si intentamos detenerlo —respondió la elfa.

Artemis tomó a Jayjay en brazos, acariciando el pelo del pequeño lémur, chasqueando la lengua rítmicamente para tranquilizarlo.

Holly pensó que ella también iba a tranquilizarse, no por el chasqueo con la lengua

de Artemis sino al ver su propia cara en el espejo. Volvía a ser ella misma, su mono volvía a sentarle como un guante.

Era una elfa madura. Se había acabado la confusión adolescente; y se sentiría aún mejor en cuanto recuperase su equipo. No había nada como una Neutrino en la cadera para obtener una inyección de seguridad en una misma.

—Es hora de ir a ver a mi madre —dijo Artemis en tono ceremonioso, al tiempo que sacaba un traje del armario—. ¿Cuánto líquido debería administrarle?

—Es algo muy potente —contestó Potrillo, mientras realizaba una serie de cálculos numéricos en su ordenador—. Dos centímetros cúbicos, ni uno más. Hay una jeringa automática en el botiquín de emergencia de Holly. Ten mucho cuidado con el drenaje. En el botiquín también hay una píldora anestésica. Dale una a Jayjay y no notará nada.

—Muy bien —dijo Artemis, metiéndose el botiquín en el bolsillo—. Iré yo solo. Espero que mi madre me reconozca.

—Yo también —intervino Holly—. Porque podría negarse a que un perfecto desconocido le inyectase líquido cefalorraquídeo de un lémur.

Artemis detuvo la mano unos instantes en el pomo de cristal de la puerta del dormitorio de sus padres. En las facetas del pomo, vio multitud de reflejos de su propio rostro, y cada uno de los reflejos mostraba un rostro demacrado y asolado por la preocupación.

«La última oportunidad. Mi última oportunidad de salvarla. Siempre estoy intentando salvar a alguien —se dijo—. Se supone que tengo que ser un delincuente. ¿Dónde se torcieron las cosas?».

Pero no había tiempo para esa clase de reflexiones. Había mucho más en juego que el oro o la fama. Su madre estaba muriéndose, y su salvación se encontraba encaramada al hombro de Artemis, hurgándole en el cuero cabelludo en busca de garrapatas.

Artemis sujetó con fuerza el pomo de la puerta. No había más tiempo que perder en aquellos pensamientos: había llegado el momento de pasar a la acción.

La habitación le pareció más fría de lo que él recordaba, pero sin duda eran imaginaciones suyas.

«La mente siempre juega malas pasadas a todo el mundo. Incluso a mí. El frío que

percibo solo es una proyección de mi estado de ánimo, eso es todo».

El dormitorio de sus padres tenía forma rectangular, y se extendía por el ala oeste de la casa desde la parte delantera hacia atrás. En realidad, era más bien un apartamento, y no una habitación, porque incluía una zona de sala de estar y un rincón que hacía las veces de despacho. La enorme cama con dosel estaba colocada de tal modo que la luz tintada de una pequeña vidriera medieval se derramaba sobre la cabecera tachonada en verano.

Artemis apoyó cuidadosamente los pies en la alfombra como un bailarín de ballet, esquivando la enredadera nevada de la trama.

«Pisa la nieve, cuenta hasta nueve».

Lo último que necesitaba en esos momentos era tener mala suerte.

Angeline Fowl estaba despatarrada encima de la cama, como si alguien la hubiese arrojado allí, sin más. Tenía la cabeza ladeada hacia atrás en un ángulo tan brusco que la línea que iba de la base del cuello hasta la barbilla era casi recta, y tenía la piel tan pálida que casi parecía transparente.

«No respira —pensó Artemis, y el pánico empezó a palparle en el pecho como si fuera un pájaro enjaulado—. Me he equivocado. Es demasiado tarde».

Entonces, todo el cuerpo de su madre sufrió una convulsión y exhaló un doloroso gemido.

Artemis estuvo a punto de perder entonces toda su resolución y darse por vencido. Tenía las piernas de mantequilla y le ardía la frente.

«Es mi madre. ¿Cómo puedo hacer lo que hay que hacer?».

Pero lo haría. Nadie más que él podía hacerlo.

Artemis se colocó junto a su madre y le apartó delicadamente unos mechones de pelo de la cara.

—Estoy aquí, madre. Todo saldrá bien. He encontrado una cura.

De algún modo, Angeline Fowl oyó las palabras de su hijo y abrió los ojos con un parpadeo. Hasta sus retinas habían perdido su color, pues se habían diluido en el azul cielo de un lago invernal.

—Una cura... —exhaló—. Mi pequeño Arty ha encontrado la cura.

—Eso es —dijo Artemis—. El pequeño Arty ha encontrado la cura. Era el lémur. ¿Te acuerdas del lémur de Madagascar de Rathdown Park?

Angeline levantó un dedo escuálido y lo dobló en el aire delante del hocico de Jayjay.

—Pequeño lémur. Cura.

Jayjay, nervioso por el aspecto esquelético y espectral de aquella mujer, postrada en cama, se escondió detrás de la cabeza de Artemis.

—Lémur bonito —dijo Angeline, y una débil sonrisa tiró de las comisuras de sus labios.

«Ahora yo soy el padre —se dijo Artemis—, y ella es la hija».

—¿Puedo cogerlo?

Artemis dio medio paso atrás.

—No, madre. Todavía no. Jayjay es una criatura muy importante. Éste animalillo podría salvar el mundo.

Angeline farfulló algo entre dientes.

—Déjame un momento. Solo un momento.

Jayjay bajó correteando por la parte posterior de la chaqueta de Artemis, como si entendiese lo que le pedía la mujer y no quisiese que lo cogiera ella.

—Por favor, Arty. Me consolaría mucho tomarlo en brazos.

Artemis estuvo a punto de darle el lémur. A punto.

—Pero tomarlo en brazos no te curará, madre. Necesito inyectarte un poco de líquido en las venas.

Angeline parecía estar recuperando sus fuerzas. Se movió unos centímetros hacia atrás y deslizó la cabeza por el cabecero hacia arriba.

—¿Es que no quieres hacerme feliz, Arty?

—Prefiero que estés sana a que seas feliz, por el momento —repuso Artemis, sin hacer ningún movimiento para darle el lémur.

—¿Es que no me quieres, hijo? —se lamentó Angeline—. ¿No quieres a tu pobre mamá?

Artemis se apartó bruscamente, abrió el botiquín y sujetó con los dedos la jeringa automática.

Una lágrima solitaria le rodó por la mejilla pálida.

—Te quiero, madre. Te quiero más que a mi vida. No te imaginas por todo lo que he tenido que pasar para encontrar al pequeño Jayjay. No te muevas durante cinco segundos, y luego toda esta pesadilla habrá terminado.

Angeline, con los ojos entreabiertos, lanzó a su hijo una mirada llena de astucia.

—No quiero que me pongas una inyección, Artemis. No tienes conocimientos ni práctica como enfermero. ¿No había aquí un doctor, o lo he soñado?

Artemis preparó la jeringa y esperó a que se encendiese la luz verde.

—Ya he puesto inyecciones antes, madre. Te administré tus medicinas más de una vez la última ocasión en que estuviste... «enferma».

—¡Artemis! —gritó Angeline, golpeando la sábana con la palma de la mano—. ¡Te exijo que me des el lémur ahora mismo! ¡Inmediatamente! Y llama al doctor.

Artemis extrajo una ampolla del botiquín.

—Estás histérica, madre. No eres tú. Creo que debería darte un sedante antes de administrarte el antídoto. —Colocó el contenido de la ampolla en la jeringa y trató de agarrar a su madre del brazo.

—¡No! —exclamó Angeline, casi con un alarido, al tiempo que le apartaba el brazo de un manotazo con una fuerza asombrosa—. Ni se te ocurra tocarme con tus sedantes de la PES, crío estúpido.

Artemis se quedó paralizado.

—¿La PES, madre? ¿Qué sabes tú de la PES?

Angeline se mordisqueó el labio, como una niña que se siente culpable.

—¿Qué? ¿He dicho PES? Son solo tres letras, nada más. No significan nada para mí.

Artemis retrocedió un paso más y tomó a Jayjay en sus brazos con aire protector.

—Dime la verdad, madre. ¿Qué pasa aquí?

Angeline dejó de hacerse la inocente y empezó a dar pequeños puñetazos en la cama, chillando de frustración.

—Te odio, Artemis Fowl. Humano insoportable... ¡Cuánto te odio!

No eran las palabras que uno espera oír de boca de su propia madre.

Angeline se tumbó en la cama, echando humo de pura rabia. Echando humo literalmente, por la boca. Sus ojos empezaron a girar en las cuencas y los tendones le sobresalían como cables de acero por los brazos y el cuello. No dejaba de proferir pestes.

—Cuando tenga el lémur, os aniquilaré a todos: a la PES, a Potrillo, a Julius Remo... A todos vosotros. Enviaré perros láser por todos los túneles de la corteza terrestre hasta acabar con ese odioso enano. Y en cuanto a esa capitana, le haré un lavado de cerebro y la convertiré en mi esclava. —Lanzó una mirada asesina a Artemis—. Una venganza digna, ¿no estás de acuerdo, «hijo mío»? —Las últimas dos palabras salieron de su boca como veneno de los colmillos de una víbora.

Artemis apretó a Jayjay contra su pecho con más fuerza. Sintió cómo la pequeña

criatura temblaba entre sus brazos. O puede que fuese él quien estaba temblando.

—Opal —dijo—. Nos has seguido a casa.

—¡Por *fin!* —exclamó la madre de Artemis, con la voz de Opal—. El gran genio ha conseguido descubrir la verdad. —Los miembros de Angeline se pusieron rígidos y levitó de la cama, rodeada por una nube de vapor. Sus ojos azul claro perforaron la capa de niebla y traspasaron a Artemis con su mirada enloquecida.

»¿Creías que podrías ganar? ¿Creías que habías ganado la batalla? Qué encantadoramente ingenuo... Pero si ni siquiera tienes magia. Yo, en cambio, tengo más magia que cualquier otro ser mágico desde los hechiceros demonios. Y, cuando tenga el lémur en mi poder, seré inmortal.

Artemis puso los ojos en blanco.

—No te olvides de invencible.

—¡Te oodio! —chilló Opal/Angeline—. Cuando tenga ese lémur en mi poder, te voy a... te voy a...

—¿Me vas a matar de alguna forma horrible? —propuso Artemis.

—Exactamente. Gracias.

El cuerpo de Angeline rotó rígidamente hasta colocarse en posición vertical, de manera que el halo de pelo electrizado rozaba el techo.

—Y ahora —dijo, señalando con un dedo esquelético al aterrizado lémur—. Dame ese animal.

Artemis se metió al lémur dentro de la chaqueta.

—Ven tú a por él —dijo.

En el estudio, Holly estaba explicando la teoría de Artemis.

—¿Y eso es todo? —espetó N<sup>o</sup>. 1 cuando Holly hubo terminado su explicación—. ¿No se te olvida algún detalle crucial? ¿Como la parte en que tiene sentido?

—¡Todo eso es absurdo! —vociferó Potrillo desde los monitores—. ¡Vamos, chicos! Nosotros ya hemos cumplido con nuestra parte del trato. Ahora es el momento de volver bajo tierra.

—Enseguida, Potrillo, enseguida —dijo Holly—. Démosle a Artemis cinco minutos para ponerla en práctica. Lo único que tenemos que hacer es permanecer alertas.

El suspiro de Potrillo sonó como un chasquido a través de los altavoces.

—Bueno, al menos déjame preparar la lanzadera. Los nuestros están esperando en



Tara. Esperan a recibir nuestra señal.

Holly lo pensó un momento.

—Buena idea. Tú encárgate de eso. Pase lo que pase, tenemos que estar listos para salir en cualquier momento. Y cuando hayas terminado, haz un barrido de la casa, a ver dónde está esa enfermera.

La imagen de Potrillo se desvió a la izquierda mientras hacía una llamada a Tara. Holly señaló a N°. 1.

—Tú ten lista un poco de esa magia de cosecha propia que tienes en las puntas de los dedos, por si acaso. Yo no me sentiré completamente a salvo hasta que Angeline esté bien y estemos tomándonos un *sim-café* en un bar de Refugio.

N°. 1 levantó las manos en el aire y no tardaron en quedar rodeadas por una cascada de chispas de magia roja.

—Sin problema, Holly. Estoy preparado para cualquier cosa.

A la última frase solo le faltaba un «casi».

En ese preciso instante, los monitores se fundieron en negro y la puerta se abrió de golpe con tal fuerza que llegó a estampar el pomo en la pared. El enorme cuerpo de Mayordomo apareció en el umbral.

La sonrisa se esfumó de los labios de Holly en cuanto vio la pistola que empuñaba el guardaespaldas y las gafas de sol de espejo que le tapaban los ojos.

«Va armado y no quiere estar bajo el influjo de un *encanta*».

Holly era rápida, pero Mayordomo era más rápido todavía y contaba con el factor sorpresa; a fin de cuentas, se suponía que iba de camino a China. Holly hizo ademán de desenfundar su arma, pero el guardaespaldas se plantó delante de ella y le arrebató la Neutrino de la cadera.

«Tenemos otros trucos —se dijo Holly—. Tenemos magia. Número Uno te va a hacer morder el polvo».

Mayordomo metió algo en el interior de la habitación encima de un carrito: un barril de acero con runas inscritas en el metal.

«¿Qué es eso? ¿Qué está haciendo?».

N°. 1 logró disparar un rayo, una intensa luz que chamuscó la camisa de Mayordomo y lo obligó a retroceder un paso, pero, al tiempo que se tambaleaba hacia atrás, el guardaespaldas tiró del carrito para tomar impulso y luego lo arrojó hacia el centro de la habitación como si lanzara con honda. Una masa viscosa se derramó por la boca del barril y fue a parar a las piernas de N°. 1. La masa siguió avanzando hacia

delante y tiró al suelo a Holly y a N°. 1 como si fueran un par de bolos.

N°. 1 se quedó perplejo, mirándose los dedos mientras la magia que había en cada punta se extinguía como la llama de una vela por el efecto del viento.

—No me encuentro bien —gimió, y acto seguido se cayó en redondo, con ojos parpadeantes y musitando con los labios hechizos antiguos que no sirvieron absolutamente para nada.

«¿Qué hay en ese barril?», se preguntó Holly, mientras activaba sus alas sacándolas de su funda protectora. Mayordomo agarró a Holly del tobillo justo cuando esta iniciaba el ascenso, y la metió sin ningún miramiento dentro del barril. La elfa sintió cómo aquel mejunje espeso se cerraba en torno a ella como un puño húmedo, tapándole la nariz e inundándole la garganta.

El olor era nauseabundo.

«Es grasa animal —comprendió, estremeciéndose horrorizada—. Grasa animal derretida y pura, mezclada con algunos maleficios.»

La grasa animal llevaba utilizándose como elemento supresor de la magia durante milenios.

Incluso los poderes del mejor hechicero quedaban anulados si se lo sumergía en grasa derretida. Si se metía a un hechicero en un barril de grasa, se sellaba el barril con tela de corteza de sauce y se lo enterraba en un cementerio humano consagrado, ese hechicero era igual de inofensivo que un gatito encerrado en un saco. La experiencia aún se hacía más terrible por el hecho de que la mayoría de los seres mágicos son vegetarianos convencidos y serían plenamente conscientes de cuántos animales habrían tenido que morir sacrificados para producir semejante cantidad de grasa para llenar un barril.

«¿Quién le habrá hablado a Mayordomo del poder de la grasa animal? —se preguntó Holly—. ¿Quién lo estará controlando?»

Entonces, el guardaespaldas también metió a N°. 1 en el barril, y el nivel de grasa subió hasta cubrir las cabezas de las dos Criaturas mágicas. Holly tomó impulso para propulsarse hacia arriba y, cuando consiguió limpiarse los ojos, solo le dio tiempo a ver cómo una tapadera se cerraba y eclipsaba la luz del techo.

«Y yo sin casco —se lamentó—. Ojalá tuviera aquí mi casco».

A continuación, oyó cómo el barril quedaba sellado. La grasa se deslizó por la abertura del cuello de su mono, reptó hasta su cara y se le metió en los oídos. Los maleficios iban formando remolinos en el interior como perversas serpientes,

manteniendo su magia a raya.

«Perdida —se dijo Holly—. La peor muerte que puedo imaginar. Encerrada en un espacio minúsculo, como mi madre».

Nº. 1 se retorció de dolor a su lado. El pequeño hechicero debía de sentirse como si le estuviesen arrancando el alma a tiras.

A Holly le entró el pánico. Empezó a propinar patadas y golpes a diestro y siniestro, y se destrozó los codos y se arañó la piel de las rodillas. Allí donde la magia intentaba sanarle las heridas, las serpientesmaleficio acudían en tropel y engullían las chispas.

Estuvo a punto de abrir la boca para gritar, pero un leve atisbo de razón la frenó a tiempo.

Entonces, un objeto le rozó la cara: era un tubo de plástico. Y había dos.

«Tubos para respirar.. .».

Con dedos ansiosos, Holly fue palpando el tubo hasta alcanzar el extremo. Luchó contra el impulso natural de meterle el tubo primero a Nº. 1.

«En caso de emergencia, siempre tienes que encargarte primero de ti misma antes de atender a los civiles».

Así que Holly empleó la última bocanada de aire que le quedaba en los pulmones para limpiar el tubo tal como lo haría un submarinista con su equipo de buceo. Se imaginó los pegotes de grasa saliendo disparados y desperdigándose por la habitación, al otro lado del tubo.

«Ojalá le haya destrozado el traje a Mayordomo», pensó la elfa, regocijándose.

Ahora, no le quedaba más remedio que probar el tubo e inhalar el aire, que bajó por su garganta mezclado con algunos pedazos alargados y blandos de grasa. Volvió a soplar para limpiar el tubo de los últimos restos de aquella masa viscosa.

Era el turno de Nº. 1. El pequeño demonio iba dejando de retorcerse a medida que su magia se iba extinguendo. Para alguien con tanto poder, aquella inmersión debía de ser casi insoportable. Holly tapó su propio tubo con el pulgar y a continuación limpió el segundo antes de insertarlo en la boca inerte de Nº. 1. Por un momento no hubo ninguna reacción y Holly pensó que era demasiado tarde, pero entonces Nº. 1 dio una sacudida, solió un resoplido y arrancó de nuevo, como un viejo motor en una mañana de helada.

«Vivo —pensó Holly—. Estamos vivos los dos. Si Mayordomo nos quisiera muertos, ya lo estaríamos».

Apoyó los pies en la base del barril y dio un fuerte abrazo a N°. 1. Lo que necesitaban era un poco de calma.

«Tranquilo —transmitió, aunque sabía perfectamente que la empatía de N°. 1 estaría bloqueada—. Tranquilo, amigo mío. Artemis nos salvará».

«Si es que está vivo», pensó, pero no lo transmitió.

Artemis retrocedió ante la versión infernal de su madre, suspendida en el aire ante sus ojos. Jayjay chillaba y se retorció entre sus brazos, pero Artemis lo sujetaba con fuerza, acariciando como un autómata el pelo de la coronilla de su pequeña cabeza.

—Entrégame ese animal —ordenó Opal—. No tienes otra opción.

Artemis rodeó el cuello de Jayjay con el dedo índice y el pulgar.

—Huy, sí, creo que tengo otra opción.

Opal estaba horrorizada.

—No matarías a una criatura inocente.

—Lo he hecho otras veces.

Opal estudió la expresión de su mirada.

—No creo que seas capaz de volver a hacerlo, Artemis Fowl. Mi intuición mágica me dice que no tienes tanta sangre fría como quieres aparentar.

Era cierto. Artemis sabía que era incapaz de hacerle daño a Jayjay, aunque fuese para desbaratar los planes de Opal. Sin embargo, la duendecilla no tenía por qué saberlo.

—Sí tengo mucha sangre fría, duendecilla. Utiliza un poco de esa magia empática para hurgar en mi interior.

Su tono hizo que Opal se parara a evaluar la situación. Había hablado con voz de acero, y era difícil interpretar sus verdaderas intenciones. Puede que tratar de provocarlo tan alegremente no fuese tan buena idea, después de todo.

—Muy bien, humano. Entrégame al animal y le perdonaré la vida a tus amigos.

—Yo no tengo amigos —repuso Artemis, aunque sabía que con aquel farol no iba a ninguna parte: Opal llevaba allí varios días, al menos, de modo que sin duda habría secuestrado el equipo de vigilancia y seguridad de la mansión.

Angeline/Opal se rascó la barbilla.

—Hummm... conque no tienes amigos, ¿eh? Aparte de la elfa de la PES que te acompañó al pasado y, por supuesto, del hechicero demonio que te devolvió aquí. Por no hablar del guaperas grandullón de tu guardaespaldas.

«Una aliteración —dedujo Artemis para sus adentros—. Está jugando conmigo».

—Aunque, bien pensado —reflexionó Opal/Angeline—, mayordomo ya no es tu amigo, en realidad. Sino el mío.

Aquella revelación era preocupante, y puede que incluso fuese cierta. Artemis, por lo general un experto en la interpretación del lenguaje corporal y los tics delatores, estaba desconcertado por aquella versión delirante de su madre.

—¡Mayordomo nunca sería amigo tuyo voluntariamente!

Opal se encogió de hombros. Tenía razón.

—¿Y quién te ha dicho que haya sido voluntariamente?

Artemis palideció.

«Oh, no...».

—Voy a explicarte cómo fue —empezó a relatar Opal con dulzura—. Toqueteé un poco el cerebro de mis ayudantes para que no pudiesen denunciarme y los envié de vuelta a Refugio en la lanzadera.

Luego, me colé en vuestro túnel del tiempo antes de que se cerrara. Fue algo muy sencillo para alguien con mis habilidades y de mi condición. Si ni siquiera dejasteis un maleficio en el agujero del túnel...

Artemis chasqueó los dedos.

—Ya sabía yo que me olvidaba de algo...

Opal esbozó una sonrisa leve.

—Qué gracia. Bueno, el caso es que para mí era evidente que yo era o sería la responsable de todo este asunto, así que me salí del túnel unos días antes y dediqué un tiempo a conocer a todos los de tu grupo: a tu madre, a tu padre, a Mayordomo...

—¿Dónde está mi madre? —gritó Artemis, y su ira se abrió paso a través de su fachada de calma como un martillo a través del hielo.

—Pero ¡si estoy aquí mismo, cariño! —dijo Opal con la voz de Angeline—. Estoy muy enferma y necesito que vayas al pasado y me traigas un mono mágico para que me cure. —Se rio a carcajadas con una risa burlona y desdeñosa—. Los humanos sois tan tontos...

—Entonces, ¿esto no es ningún hechizo de transformación?

—No, idiota. Sabía perfectamente que examinarían a Angeline. Los hechizos de transformación únicamente llegan a la capa superficial de la epidermis, y ni siquiera una experta como yo puede mantener ninguno por períodos prolongados de tiempo.

—¿Significa eso que mi madre no se está muriendo? —Artemis ya sabía la

respuesta, pero tenía que estar seguro.

Opal hizo rechinar los dientes, dividida entre la impaciencia y las irresistibles ganas de contar los detalles de su brillante plan.

—Todavía no. Aunque los daños a su organismo no tardarán en ser irreversibles. La he poseído a distancia, una versión superior del *encanta*. Con un poder como el mío, puedo manipular hasta sus mismísimos órganos. Imitar la maletropía fue un juego de niños. Y una vez que tenga al pequeño Jayjay en mi poder, podré abrir mi propio agujero en el tiempo.

—¿Así que tú estás por aquí cerca? ¿Tu verdadero yo?

Opal ya se había hartado de tantas preguntas.

—Sí, no. ¿Qué importa? Yo gano y tú pierdes. O lo aceptas o morirán todos.

Artemis se dirigió a la puerta.

—Ésta partida no ha terminado todavía.

Se oyó el sonido de unos pasos fuera y un extraño chirrido rítmico. «Parece una carretilla», pensó Artemis, pero lo cierto es que no estaba demasiado familiarizado con los útiles de jardinería.

—Vaya, pues yo sí creo que esta partida ha terminado, justo ahora —repuso Opal con malevolencia.

La pesada puerta retumbó en sus goznes al tiempo que recibía el impacto de un ariete desde el exterior. Mayordomo metió el carrito dentro de la habitación, apareció tambaleándose detrás de él, estaba encorvado y tenía escalofríos.

—Éste sí que es fuerte —dijo Opal, casi con admiración—. Lo he sometido a un *encanta*, pero aun así se niega a matar a sus amigos. El corazón de ese estúpido por poco le explota. Era lo único que he podido hacer para obligarlo a construir ese barril y llenarlo de grasa.

—Para suprimir la magia de las Criaturas —supuso Artemis.

—Pues claro, idiota. Y ahora, la partida ha terminado definitivamente. Terminada. Mayordomo es mi as en la manga, tal como diríais los humanos. Yo tengo todos los ases. Tú estás solo. Dame ese lémur y volveré a mi tiempo. Nadie tiene por qué sufrir.

«Si el lémur cae en manos de Opal, todo el planeta sufrirá», pensó Artemis.

Opal chasqueó los dedos.

—Mayordomo, atrapa a ese animal.

Mayordomo dio un paso hacia Artemis y luego se detuvo. Unos escalofríos le recorrían la amplia espalda, y sus dedos eran como garras retorciendo un cuello

invisible.

—He dicho que atrapes a ese animal, humano estúpido.

El guardaespaldas se hincó de rodillas en el suelo y empezó a golpear el suelo con los puños, tratando de expulsar aquella voz de su cabeza.

—¡Atrapa a ese lémur ahora! —gritó Opal.

A Mayordomo le quedaban aún fuerzas suficientes para pronunciar tres palabras.

—Vete... al... infierno.

A continuación, se agarró su propio brazo y se desplomó.

—¡Ay! —exclamó Opal—. Un ataque al corazón. Me parece que lo he destrozado.

«No te vengas abajo ahora —se dijo Artemis a sí mismo—. Puede que Opal tenga todos los ases, pero tal vez no las tenga todas consigo».

Artemis le hizo cosquillas a Jayjay en la barbilla.

—Escóndete, amiguito. Corre a esconderte.

Y acto seguido, arrojó al lémur hacia una araña de luces colgada en el techo. Jayjay sacudió las patas en el aire y luego se aferró a una de las lágrimas de cristal de la lámpara. Se desplazó ágilmente hacia el interior de la lámpara y se ocultó tras las capas de cristal.

Opal perdió de inmediato el interés en Artemis y se concentró en hacer levitar el cuerpo de Angeline hasta colocarse al mismo nivel que la lámpara. Sin embargo, soltó un chillido de frustración al darse cuenta de que una altura semejante quedaba fuera del alcance incluso de un ser poseedor de sus poderes.

—¡Doctor Schalke! —lo llamó, y en alguna parte, su verdadera boca también lo llamó—. ¡Al dormitorio, Schalke!

Artemis almacenó aquella información y luego se agachó debajo de Opal, hacia la mesilla de noche de su madre. Había un carrito desfibrilador portátil aparcado entre la hilera de instrumental médico desplegada alrededor de la cama con dosel, y Artemis lo encendió de inmediato y arrastró todo el cacharro hasta el límite del cable hasta el lugar donde Mayordomo se había desplomado en el suelo.

El guardaespaldas yacía tendido boca arriba, con las manos estiradas hacia atrás como si tuviera una roca invisible aplastándole el pecho. Tenía el rostro crispado por el esfuerzo de mover la piedra gigantesca, y los ojos cerrados, estaba bañado en sudor y tenía los dientes apretados.

Artemis desabrochó la camisa de Mayordomo y dejó al descubierto un pecho robusto, plagado de músculos, cicatrices y tensión. Un rápido examen le reveló que no

había latido: el cuerpo de Mayordomo estaba técnicamente muerto, solo su cerebro seguía con vida.

—Aguanta, viejo amigo —murmuró Artemis, tratando de no derrumbarse.

Extrajo las palas del desfibrilador de su sitio, retiró hacia atrás las películas protectoras y dejó una fina capa de gel conductor en las superficies de contacto. La palas parecían hacerse más pesadas a medida que esperaba a que el aparato se cargase, y para cuando la luz del indicador se puso en verde, era como si llevara dos rocas pesadas en las manos.

—¡Fuera! —gritó, sin dirigirse a nadie en particular, y a continuación colocó las palas con firmeza en el pecho de Mayordomo y pulsó el botón de shock que había debajo del pulgar y envió trescientos sesenta julios de electricidad al corazón del guardaespaldas. El cuerpo del guardaespaldas se arqueó y el fuerte olor a pelo y piel chamuscados impregnó las fosas nasales de Artemis. El gel crepitó y lanzó varias chispas, y dejó dos cercos gemelos donde las palas habían entrado en contacto con la piel. Mayordomo abrió los ojos de golpe y sus manos enormes sujetaron a Artemis por los hombros.

«¿Será todavía esclavo de Opal?».

—Artemis —dijo Mayordomo con un hilo de voz, pero a continuación arrugó la frente, sintiéndose confuso—. ¿Artemis? Pero ¿cómo?

—Luego, amigo mío —lo cortó el joven irlandés con brusquedad, pensando ya en el siguiente problema—. Tú ahora descansa.

No le hizo falta repetir aquella orden, porque el guardaespaldas volvió a sumirse inmediatamente en un estado de inconsciencia exhausta, pero su corazón siguió latiendo con fuerza en su pecho. No había permanecido muerto el tiempo suficiente para sufrir daños cerebrales.

El siguiente problema de Artemis era Opal, o más concretamente, cómo expulsarla del cuerpo de su madre. Si no la abandonaba pronto, Artemis no tenía ninguna duda de que su madre no superaría aquella traumática experiencia.

Haciendo acopio de todo su aplomo, Artemis centró toda su atención en el cuerpo suspendido en el aire de su madre. Daba vueltas debajo de la araña de luces como si estuviera colgada de la lámpara, dando zarpazos para tratar de atrapar a Jayjay, que parecía querer provocarla, porque lo que hacía era menear los cuartos traseros sin cesar delante de sus narices.

«¿Podría ser más surrealista toda esta situación?».



Justo entonces, el doctor Schalke entró en la habitación, empuñando una pistola que parecía demasiado grande para sus delicadas manos.

—Estoy aquí, criatura. Aunque debo decir que a mí no me gusta tu tono. Puedo estar hechizado, pero no soy un animal.

—Cierra el pico, Schalke. Veo que tendré que freírte unas cuantas neuronas más. Y ahora, por favor: ¡atrapa a ese lémur!

Schalke señaló hacia la araña de luces con cuatro dedos de la mano que le quedaba libre.

—El lémur se encuentra a una altura considerable, ¿no es así? ¿Y cómo sugieres que lo atrape?

¿Quieres que lo mate de un disparo?

Opal descendió de repente, agitando los brazos y las piernas como si fuera un molinillo.

—¡No! —gritó, golpeándole la cabeza y los hombros—. Dispararía a cientos como tú, a miles como tú, antes de dejarte tocarle un pelo a ese animal. Él es el futuro. ¡Mi futuro! ¡El futuro del mundo!

—Ya —dijo el doctor—. Si no estuviera hechizado, seguro que estaría bostezando.

—Dispara a los humanos —ordenó Opal—. Al chico primero, él es el más peligroso.

—¿Segura? Yo creo que es más peligroso otro, el que parece una montaña.

—¡Dispara al chico! —aulló Opal, y unas lágrimas de rabia y frustración empezaron a rodarle por las mejillas—. Luego a Mayordomo y luego a ti mismo.

Artemis tragó saliva. Aquello complicaba un poco las cosas; sería mejor que su cómplice pasase a la acción.

—Muy bien —dijo Schalke, peleándose con el seguro de la Sig Sauer de Mayordomo—. Cualquier cosa con tal de no soportar más teatro.

«Solo tengo unos segundos antes de que le quite el seguro a esa pistola —pensó Artemis—. Apenas unos segundos para distraer a Opal. No tengo más remedio que aferrarme al fallo que tiene su plan».

—Vamos, Opal —dijo Artemis, con una calma que no sentía en realidad—. Tú no serías capaz de matar a un crío de diez años, ¿no?

—Pues claro que sería capaz —contestó Opal, sin dudarlo ni siquiera un segundo—. Estoy pensando en clonarte para así poder matarte una y otra vez. Sería como un sueño.

Y entonces, Opal reparó al fin en todas las palabras que había dicho Artemis. En todas.

—¿Diez? ¿Has dicho que tienes diez años?

Artemis se olvidó de todo el peligro que lo rodeaba, saboreando aquel dulce momento de triunfo.

Era embriagador.

—Sí, eso es lo que he dicho. Tengo diez años. Mi verdadera madre se habría dado cuenta inmediatamente.

Opal empezó a mordisquearse los nudillos de la mano izquierda de Angeline. Estaba pensando.

—¿Tú eres el Artemis Fowl... de mi tiempo? ¡Ellos te han traído aquí, al futuro!

—Evidentemente.

Opal retrocedió en el aire, como empujada por un soplo de viento.

—Hay otro. Aquí, en alguna parte, hay otro Artemis Fowl.

—¡Por *fin*! —exclamó Artemis, sonriendo—. La genio duendecilla ha conseguido descubrir la verdad.

—¡Encuétralo! —ordenó Opal al doctor, chillando—. Encuéntralo inmediatamente. Ahora mismo.

Schalke se ajustó las gafas.

—«Inmediatamente» además de «ahora mismo». Debe de ser importante.

Opal lo vio alejarse con odio auténtico en su mirada.

—Cuando todo esto acabe, voy a destruir toda esta finca solo por gusto. Y luego, cuando vuelva al pasado...

—No me lo digas —la interrumpió el Artemis de diez años—. La destruirás otra vez.

## CASI OCHO AÑOS ANTES

Cuando el Artemis de catorce años tuvo un momento para pararse a reflexionar, en algún momento entre escalar torres de alta tensión y derrotar a antiecológicos asesinos, se percató de que había multitud de preguntas sin respuesta en torno a la enfermedad de su madre. Supuestamente, había sido él quien le había contagiado la maletropía, pero ¿quién se la había contagiado a él? La magia de Holly ya había penetrado en su cuerpo en otras ocasiones, pero la elfa estaba fuerte como un roble y

sana como una manzana. ¿Por qué no estaba enferma? O, ya puestos, ¿cómo es que Mayordomo no había contraído la infección? Lo habían curado tanta veces que, a esas alturas, ya debía de ser medio mágico.

Y de todos los millares de humanos que habían sido curados, sometidos al *encanta* u objeto de una limpieza de memoria año tras año, había sido su madre precisamente la que había tenido que caer enferma. La madre del único humano sobre la faz de la Tierra capaz de poder hacer algo al respecto.

Qué casualidad... Demasiada casualidad.

Y llegó a la conclusión de que o bien alguien había infectado a su madre de forma deliberada, o los síntomas estaban siendo reproducidos mágicamente. En cualquiera de los dos casos, el resultado era el mismo: Artemis viajaría en el tiempo para encontrar el antídoto, el lémur, Jayjay.

¿Y quién tendría tantas ganas de encontrar a Jayjay como el propio Artemis? La respuesta a esa pregunta se hallaba en el pasado: Opal Koboi, por supuesto. El pequeño primate era el último ingrediente de su cóctel mágico. Con su líquido cefalorraquídeo en su torrente sanguíneo sería literalmente el ser con más poder de todo el planeta. Y si Opal no podía echarle el guante a Jayjay en su propio tiempo, lo haría en el futuro. Haría lo que hiciese falta. Debía de haberlos seguido por el túnel del tiempo, se habría apeado de él unos días antes y habría organizado todo aquel tinglado. Supuestamente, una vez que tuviese en su poder el líquido cerebral de Jayjay, volver atrás en el tiempo no debía suponerle ningún problema.

Resultaba confuso hasta para Artemis. Opal ni siquiera estaría en su presente si él no hubiese vuelto atrás en el tiempo, y él solo había vuelto atrás en el tiempo por culpa de una situación que había creado... ella. Eran los propios intentos de Artemis de curar a su madre los que habían llevado a Opal a infectarla.

Sin embargo, si de algo estaba seguro a aquellas alturas, era de que Opal estaba detrás de todo aquello. Estaba detrás de ellos y delante de ellos: persiguiendo a su grupo para hacerlos caer en sus garras.

Una paradoja en el tiempo.

«Hay dos Opal en esta ecuación —pensó Artemis—. Creo que debería seguir habiendo dos Artemis Fowl».

Así que un plan empezó a tomar cuerpo en su mente.

Una vez que el Artemis más joven hubo sido informado de todos los detalles y convencido de su veracidad y precisión, accedió de inmediato a acompañarlos al

futuro, a pesar de las enérgicas protestas de Mayordomo.

—Es mi madre, Mayordomo —dijo—. Tengo que salvarla. Y ahora, te encomiendo la tarea de permanecer a su lado hasta que yo vuelva. Además, ¿cómo esperaban conseguirlo sin mí?

«Claro... ¿cómo habría sido eso posible?», se había preguntado Holly Canija, y luego se había regodeado un poco más de lo necesario al ver desaparecer toda esa arrogancia de la cara de susto del joven Artemis cuando el túnel del tiempo se abrió ante ellos, como las fauces de una serpiente gigante generada por ordenador.

—Tienes que echarle valor, Fangosillo —había dicho cuando el Artemis más joven vio cómo empezaba a desaparecer su brazo—. Y ten cuidado con los zombis cuánticos.

El túnel del tiempo había sido una experiencia difícil para el Artemis más viejo. Cualquier otro ser humano habría quedado descompuesto por la repetida exposición a aquellas radiaciones tan particulares, pero Artemis se mantuvo de una pieza gracias a la fuerza de voluntad pura y dura. Se concentró en la parte más desarrollada de su intelecto, resolviendo teoremas improbables con elevados cardinales y componiendo un final para la inacabada *Sinfonía n.º 8* de Schubert.

Mientras se hallaba en pleno proceso intelectual, Artemis percibía de vez en cuando los comentarios desdeñosos de su otro yo.

«¿Más B menor? ¿De verdad te parece lo más acertado?». ¿Siempre había sido así de insoportable?

Qué pesadez...

Con razón no solía caerle bien a la gente en general...

## MANSIÓN FOWL, EL PRESENTE

De vuelta en su propio tiempo, en su propia casa, el Artemis más viejo solo se paró a recoger unas cosas de su armario antes de salir rápidamente de su estudio, advirtiéndoles a Potrillo y a N.º. 1 que guardaran silencio con un simple «chist». Se desplazó rápidamente por el pasillo en dirección al hueco del montaplatos contiguo a la sala de té de la segunda planta. No era el camino más directo al Centro de Seguridad; en realidad, el camino era más bien tortuoso y lleno de recovecos, pero era la única forma de moverse por la casa sin que nadie detectara su presencia.

Mayordomo creía tener hasta el último rincón de la casa —salvo las dependencias privadas de los Fowl— bajo vigilancia, pero hacía ya tiempo que Artemis había trazado una ruta para desplazarse por la casa sin que su imagen quedara grabada en ninguna cámara. Dicha ruta incluía esconderse en alguna que otra esquina, encaramarse a los muebles, viajar por los montacargas y ladear un espejo de cuerpo entero hasta colocarlo en el ángulo correcto.

Cabía la posibilidad, naturalmente, de que alguna fuerza hostil ideara las mismas rutas, coordenadas y trayectorias, y se moviera también por la casa sin ser detectada. Era una posibilidad, en efecto, pero altamente improbable, no sin conocer la existencia de ciertos rincones y recovecos que no aparecían en ningún plano.

Artemis siguió un trazado en zigzag por el pasillo, un segundo después del barrido de una cámara de seguridad, y luego se zambulló rápidamente en el hueco del montaplatos. Por suerte, la plataforma estaba en esa misma planta, porque de lo contrario se habría visto obligado a deslizarse por el cable, y ese deporte no se le daba demasiado bien. Artemis alargó el brazo y presionó el botón de la planta baja, y logró volver a meter la mano justo a tiempo y evitar que la plataforma le pillara la muñeca al comenzar el descenso. Aunque era cierto que los equipos de seguridad registrarían el descenso del montaplatos, aquello no despertaría ninguna alarma.

Una vez en el nivel de la cocina, Artemis rodó por el suelo y abrió la puerta de la nevera para cubrir su entrada en la despensa. Unas espesas sombras lo ocultaron hasta que la cámara se alejó de la puerta y le permitió encaramarse en lo alto de la mesa y salir afuera de un salto.

Todo el tiempo sin dejar de pensar, de maquinarse.

«Tienes que estar preparado para lo peor: que el pequeño Artemis está indefenso y Holly y Número Uno ya están fuera de combate. Una hipótesis muy probable si alguien como Mayordomo está bajo los efectos de un *encanta* y se ha encargado de dejar a los otros dos fuera de combate. Opal está en alguna parte cerca del centro de control, manipulando a mi madre. Era Opal la que podía ver la magia en mi interior, no mi madre. Ella eliminó el hechizo que yo proyecté sobre mis padres».

Y luego, siguió pensando:

«Pues claro que es B menor. Si uno empieza en B menor, tiene que acabar en B menor. Eso lo sabe hasta el más tonto».

Había una armadura medieval en el centro del vestíbulo principal, la misma armadura que se había puesto Mayordomo para enfrentarse a un trol durante el asedio

a la mansión Fowl cinco años antes.

Artemis se acercó a la armadura despacio, apretando la espalda contra un tapiz de color gris oscuro abstracto que lo camuflaba casi a la perfección. Una vez oculto tras la armadura, empujó con suavidad la base de un espejo próximo hasta que reflejó el haz de luz de un reflector directamente sobre la lente de la cámara del vestíbulo.

Ahora, el camino al Centro de Seguridad ya estaba completamente despejado. Artemis se dirigió con paso decidido a la cabina. Allí era donde se encontraría Opal, estaba seguro de ello. Desde allí, la duendecilla podía vigilar la casa entera y se hallaba justo debajo del dormitorio de Angeline Fowl. Si Opal estaba realmente controlando el cuerpo de su madre, cuanto más cerca, mejor.

Saltaba a la vista desde varios metros de distancia que estaba en lo cierto: Artemis ya oía a Opal despotricando y chillando.

—Hay otro. Aquí, en alguna parte, hay otro Artemis Fowl.

O la duendecilla había hecho sus deberes, o el Artemis más joven se había visto obligado a revelar su plan.

—¡Encuétralo! —chilló Opal—. Encuéntralo de inmediato. Ahora mismo.

Artemis entró sigilosamente en la cabina de control de seguridad: una sala en un lateral del vestíbulo principal que había hecho las veces, en su correspondiente momento, de guardarropa, almacén de armas y celda de retención para prisioneros. En aquellos momentos contenía una mesa de ordenador, similar a las que suele haber en los estudios de sonido, y varios monitores apilados en los que aparecían imágenes en tiempo real de la mansión y las instalaciones.

Acurrucada ante la fila de monitores estaba Opal, vestida con el equipo de la PES de Holly. La duendecilla había robado el traje de la elfa sin tiempo que perder; apenas habían pasado unos minutos desde que Artemis lo había guardado en la caja fuerte.

La duendecilla estaba simultaneando una tarea con otra frenéticamente, escaneando los monitores mientras mantenía el control remoto de la madre de Artemis. Tenía el pelo negro bañado en sudor y le temblaban las piernecillas diminutas de tanto esfuerzo.

Artemis se desplazó a hurtadillas por la sala e introdujo rápidamente el código del armario de las armas.

—Cuando todo esto acabe, voy a destruir toda esta finca solo por gusto. Y luego, cuando vuelva al pasado...

Opal se quedó petrificada. Acababa de oír un ruido metálico. Se volvió y se

encontró a Artemis Fowl apuntándola con alguna especie de arma. Abandonó inmediatamente todos los demás hechizos y concentró todas sus fuerzas en un *encanta* desesperado.

—Suelta esa arma —entonó—. Eres mi esclavo.

Al instante, Artemis empezó a sentirse un poco aturdido, pero ya había apretado el gatillo y un dardo cargado con un «cóctel especial Mayordomo» de relajantes musculares y sedantes clavó su larga aguja en el cuello de Opal, una zona que quedaba desprotegida por el traje. Había sido un disparo magnífico, teniendo en cuenta que Artemis no era demasiado hábil con las armas de fuego, o tal como había dicho Mayordomo: «Artemis, puede que seas un genio, pero déjame a mí lo de disparar, porque tú no serías capaz de darle ni a un elefante inmóvil».

Opal se concentró furibunda en la herida del pinchazo, rociándola con chispas mágicas, pero era demasiado tarde. La droga ya estaba penetrando en su cerebro, arrebatándole el control de la magia en su interior.

La duendecilla empezó a balancearse y a emitir parpadeos, alternando entre su verdadero yo de duendecilla y la señorita Book.

«La señorita Book —se dijo Artemis—. Mis sospechas eran acertadas. La única extraña en la ecuación».

De forma intermitente, Opal fue desapareciendo por completo; su escudo se activaba y desactivaba sin cesar. Disparó rayos mágicos con los dedos, unos rayos que frieron los monitores antes de que Artemis tuviese tiempo de echar un vistazo y averiguar qué estaba ocurriendo arriba.

—Justo ahora me salen los rayos —dijo, arrastrando las palabras—. Después de estar intentando reunir magia suficiente toda la semana.

La magia fue modulándose y transformándose, hasta que al fin esbozó un dibujo en el aire. Era un retrato aproximado de Potrillo, y estaba riéndose.

—¡Te odio, centauro! —gritó Opal, abalanzándose y atravesando la imagen etérea. A continuación, los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó en el suelo con un ronquido.

Artemis se ajustó la corbata.

«Freud lo habría pasado en grande con eso», se dijo, absolutamente convencido.

Artemis se apresuró a subir las escaleras hacia la habitación de sus padres.

La alfombra estaba cubierta de un charco de grasa llena de grumos. Dos pares de

huellas de Criaturas mágicas iban del charco espeso de color gris perla hasta el baño en el extremo del dormitorio.

Artemis oyó el agua de la ducha de alta presión golpeando contra las baldosas.

«Opal ha utilizado grasa animal para eliminar la magia de Número Uno. ¡Qué ser tan despreciable! ¡Qué horror!».

El Artemis más joven estaba estudiando la masa viscosa, cada vez más extensa.

—Mira —dijo al percatarse de la presencia de su yo más viejo—: Opal ha utilizado grasa animal para eliminar la magia de Número Uno. ¡Qué ingeniosa!

Además del sonido de la ducha, se oía el ruido de unas arcadas seguido de expresiones de disgusto y protestas. Mayordomo estaba lavando a Holly y a N<sup>o</sup>. 1 con la alcachofa de la ducha y no les estaba haciendo ninguna gracia.

«Los dos están vivos. Los dos están vivos».

Angeline se encontraba tendida en su cama, tapada con un edredón de plumas. Estaba pálida y confusa, pero ¿era su imaginación o su madre había recobrado el color de las mejillas? La mujer empezó a toser e, inmediatamente, los dos Artemis acudieron a su lado.

El Artemis mayor arqueó una ceja y miró a su otro yo.

—Comprenderás que esto puede ser un poco raro —dijo, lanzándole una clara indirecta.

—Sí, desde luego —admitió el Artemis de diez años—. ¿Por qué no echo un vistazo por tu... por mi estudio? A ver si se me ocurre algo.

«Esto va a ser un problema —comprendió Artemis—. Mi propia curiosidad enfermiza. Quizá no debería haber prometido que no le haría una limpieza de memoria a mi yo más joven. Tendré que hacer algo».

Angeline abrió los ojos, unos ojos azules y tranquilos, que lo miraban desde unas cavidades oscuras por el cansancio.

—Artemis —dijo, con la voz tan áspera como el tacto de los dedos contra la corteza de un árbol—. He soñado que estaba volando. Y había un mono...

Artemis dio un suspiro de alivio. Estaba sana: la había salvado.

—Era un lémur, madre. Mamá.

Angeline esbozó una sonrisa débil y levantó la mano para acariciarle la mejilla.

—Mamá. He esperado durante tanto tiempo que me llamas así... tanto tiempo...

Y con esa sonrisa en la cara, Angeline cerró los ojos y se sumió en un largo y profundo sueño natural.



«Así es mejor —se dijo Artemis—, porque, si no, podría haberse dado cuenta de que hay seres mágicos en el cuarto de baño, o haber visto el contenido de ese barril que hay en la alfombra. O a un segundo Artemis moviéndose furtivamente entre las estanterías».

Mayordomo salió del cuarto de baño chorreando, sin camisa y con las marcas de las palas todavía dibujadas en la piel. Estaba más pálido que de costumbre y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caerse.

—Bienvenido de nuevo —saludó al Artemis más viejo—. Ése renacuajo de ahí es igualito que tú.

Buena pieza está hecho...

—Es que soy yo —contestó Artemis secamente.

Mayordomo señaló entonces con el pulgar por encima de su hombro.

—A esos dos no les ha gustado la inmersión en el barril.

—La grasa animal es veneno para los seres mágicos —explicó Artemis—: bloquea el flujo de la magia. Vuelve rancios los poderes.

Una sombra se asentó en la frente de Mayordomo.

—Opal me obligó a hacerlo. Ella... la señorita Book me abordó en la puerta principal cuando me dirigía al aeropuerto. Me quedé atrapado en mi propio cerebro.

Con suma delicadeza, Artemis apoyó la mano en el antebrazo de su guardaespaldas.

—Ya lo sé. No hace falta que te disculpes.

Mayordomo se acordó de que no tenía su arma, y recordó quién sí la tenía.

—¿Qué has hecho con Schalke? ¿Un dardo tranquilizante?

—No. Nuestros caminos no se han cruzado.

Mayordomo se dirigió con paso tambaleante a la puerta del dormitorio, seguido inmediatamente por Artemis.

—Opal lo tiene bajo control, aunque el doctor le está haciendo sudar la gota gorda para conseguirlo. Tenemos que reducirlos a los dos ahora mismo.

Tardaron varios minutos en llegar a la cabina de seguridad, pues Mayordomo necesitaba apoyarse en las paredes para seguir avanzando, y para entonces, Opal ya no estaba allí. Artemis corrió a la ventana justo a tiempo de ver cómo la parte trasera de un Mercedes antiguo tomaba la curva del camino de entrada a la casa. Una figura menuda rebotaba en el asiento de atrás. Rebotó dos veces: la primera era Opal, mientras que la segunda era la señorita Imogen Book.

«Ya está recuperando sus poderes», comprendió Artemis.

Mayordomo se acercó a él, jadeando.

—Esto no ha terminado todavía —dijo.

Artemis no respondió a aquel comentario; Mayordomo estaba simplemente constatando un hecho que resultaba más que obvio.

Entonces, el ruido del motor aumentó de volumen e intensidad.

—Un cambio de marchas —dijo Mayordomo—. ¡Va a volver! «Pues claro que va a volver —pensó Artemis—. Nunca tendrá otra oportunidad como ésta. Mayordomo apenas si puede andar; Holly y Número Uno estarán debilitados durante horas, y yo no soy más que un simple humano. Si se retira ahora, Jayjay se librará de ella para siempre. El escuadrón de Potrillo no tardará en llegar de Tara y llevarse al pequeño lémur bajo tierra. Durante cinco minutos tal vez, Opal lleva todas las de ganar».

Artemis urdió un plan en un abrir y cerrar de ojos.

—Tengo que llevarme a Jayjay de aquí. Mientras el lémur esté en la mansión, todo el mundo corre peligro. Opal nos matará a todos para borrar sus huellas.

Mayordomo asintió, y las gotas de sudor le penaban las arrugas de la frente.

—Tienes razón. Podemos llegar a la Cessna.

—Yo puedo llegar a la Cessna, amigo mío, no tú —lo corrigió Artemis—. Tú te encargarás de proteger a mi madre y a mis amigos, por no hablar de mantener alejado a mi otro yo de Internet. Es igual de peligroso que Opal.

Era una estrategia de acción muy sensata, y Mayordomo ya sabía que era el plan más acertado antes de que Artemis lo formulara en palabras. Estaba en tan malas condiciones físicas que lo único que conseguiría sería hacer perder tiempo a Artemis. No solo eso, sino que las puertas de la mansión quedarían abiertas de par en par para que cualquiera de los esclavos de Opal entrase y ejecutase su venganza.

—Muy bien. Pero no subas con la avioneta a más de tres mil metros y cuidado con los alerones: se encallan un poco.

Artemis asintió como si no lo supiera. El hecho de dar instrucciones reconfortaba a Mayordomo.

—Tres mil metros. Alerones. De acuerdo.

—¿Quieres un arma? Tengo una Beretta estupenda.

Artemis negó con la cabeza.

—Nada de armas. Tengo tan mala puntería que, aun con la ayuda del ojo de Holly, lo único que conseguiría sería acertar en un dedo o dos. No, lo único que necesito es

el cebo. —Hizo una pausa—. Y mis gafas de sol.



había concentrado muchísimo en sus músculos durante los viajes.

Había intentado tonificarlos con el poder de la mente, un pequeño experimento que, por desgracia, no había surtido los efectos deseados.

La vieja valla del prado estaba cerrada, por lo que Artemis decidió escalarla en lugar de pelearse con el pesado cerrojo. Sentía el calor que emitía el cuerpo simiesco que llevaba dentro de la chaqueta, y las manos del animalillo se aferraban con fuerza a su cuello.

«Hay que poner a salvo a Jayjay —pensó—. Hay que salvarlo».

Las puertas del cobertizo eran más robustas de lo que parecían, y estaban protegidas por un sistema de entrada electrónico. Artemis introdujo el código y las puertas se abrieron de par en par, momento en que la luz anaranjada de los primeros rayos de la tarde inundó el interior. Dentro, acomodada en una serie de bancos y carritos de herramientas colocados en forma de herradura, estaba la Cessna modificada, sujeta a un cable de alimentación suplementario. Artemis desenchufó el cable de su enchufe del fuselaje y se encaramó a la cabina. Se abrochó el cinturón en el asiento del piloto y se paró un momento a recordar la primera vez que había pilotado el aparato él solo.

«Tenía nueve años. Necesitaba un asiento propulsor».

Los motores arrancaron de inmediato y prácticamente sin hacer ruido. Solo se oían el zumbido de las hélices y los clics de los interruptores cuando Artemis realizó las comprobaciones necesarias antes de comenzar un vuelo.

El resultado era, en general, bueno. Ochenta por ciento de potencia. Eso le daba a la avioneta una autonomía de varios cientos de kilómetros, lo bastante para llevarse a Opal a dar un buen paseo por la costa irlandesa. Sin embargo, los alerones se encallaban.

«No subas a más de tres mil metros».

—Todo va a salir bien —le dijo al pasajero que llevaba dentro de la chaqueta—. Todo va a salir muy bien.

¿Era verdad? No podía estar seguro.

El prado era lo bastante ancho y largo, y se prolongaba en una suave cuesta hacia el muro de la finca. Artemis sacó la avioneta del hangar y tiró del morro con fuerza para que girase y así conseguir el máximo impulso para el despegue. En circunstancias normales, los quinientos metros de hierba eran una pista más que suficiente para despegar, pero había viento de cola y la hierba era unos cuantos centímetros más alta

de lo necesario.

«A pesar de todos esos pormenores, todo debería salir bien. He volado en condiciones mucho peores».

El despegue fue de manual. Artemis tiró del morro hacia atrás en la marca de los trescientos metros y superó cómodamente el muro norte. A pesar de la baja altitud, vio el mar de Irlanda al oeste, teñido completamente de negro salvo por las guadañas de luz solar que segaban la superficie de las olas.

Durante una fracción de segundo tuvo la tentación de salir huyendo, de irse muy lejos, pero no lo hizo.

«¿Será verdad que he cambiado por completo?», se preguntó Artemis. Se dio cuenta de que cada vez le costaba más trabajo considerar aceptable un delito. No hacía tanto tiempo, casi todos le parecían tolerables.

No, decidió. Todavía había gente que merecía que le robasen, o que la desenmascarasen, o que la soltasen en plena selva con solo unas chanclas y una cuchara. Solo tendría que poner más empeño en encontrar a esa clase de gente.

Artemis activó las cámaras de las alas: ahí abajo había un ser que reunía esas características. Una duendecilla megalómana y sin corazón: Opal Koboí.

Artemis la vio acercarse a la mansión dando grandes zancadas, y con el casco de Holly en la cabeza.

«Me lo temía. Se ha acordado de coger el casco, una herramienta muy valiosa».

Pese a todo, no tenía más alternativa que atraer su atención; las vidas de su familia y sus amigos estaban en juego. Artemis bajó treinta metros con la Cessna, siguiendo el camino de Opal hacia la mansión. Puede que ella no oyese el motor de la avioneta, pero los sensores del casco de la elfa activarían una docena de luces rojas.

Y dicho y hecho, Opal se paró en seco, volvió la cabeza hacia arriba y captó la presencia de la avioneta con su mirada.

«Venga, Opal —pensó Artemis—. Muerde el anzuelo, haz un escáner térmico».

Opal se encaminó con paso decidido hacia la mansión hasta que se tropezó, chocando con la parte delantera de una bota de la PES con el talón de la otra.

«Estúpida elfa alta —pensó, furiosa, levantándose del suelo—. Cuando sea reina..., no, cuando sea emperatriz, haré que les modifiquen las piernas a todas las Criaturas altas. O, mejor aún, haré que me implanten una glándula pituitaria humana y entonces seré yo la alta. Una gigante entre los seres mágicos, física y mentalmente».

También tenía otros planes, como un molde facial de cosmética opalesca que daría a cualquiera de sus fans más entusiastas el look Koboi en apenas segundos. Un sillón homeopático de suspensión hidráulica recubierto de barras de masaje y sensores de humor que interpretarían su estado de ánimo y la rociarían con los aromas necesarios para levantárselo en caso necesario.

Pero todos esos planes podían esperar hasta que fuese emperatriz. Por el momento, el lémur era su prioridad absoluta: sin su líquido cefalorraquídeo, tardaría años en completar sus planes. Además, la magia era mucho más fácil que la ciencia.

Opal se encasquetó el casco de Holly en la cabeza. Las almohadillas interiores se inflaron automáticamente para adaptarse a su perímetro craneal. Se encontró con algunas medidas de seguridad que se desactivaban mediante un código, medidas que burló desdeñosamente con una serie de parpadeos y movimientos de las manos. Aquéllos cascos de la PES no eran ni la mitad de avanzados que los modelos de su departamento de I+D.

Una vez que tuvo acceso a todas las funciones del casco, la pantalla de visualización del visor empezó a vibrar y a cambiar de color. ¡Alerta roja! Algo se estaba acercando; un barrido con el radar tridimensional reveló una pequeña aeronave en el aire, y el software de reconocimiento no tardó en clasificarla como una avioneta Cessna de fabricación humana.

Rápidamente seleccionó la secuencia para ejecutar un escaneo térmico, y el detector de infrarrojos del casco analizó la radiación electromagnética que manaba del interior de la aeronave. Había algunas emisiones procedentes de las placas solares, pero el escáner logró aislar una mancha anaranjada en el asiento del piloto. Solo un pasajero. El lector biométrico del casco identificó adecuadamente al piloto como Artemis Fowl y dibujó un icono tridimensional en su figura borrosa.

—Un pasajero —murmuró Opal—. ¿Es que acaso intentas alejarme de la casa, Artemis Fowl?

¿Por eso vuelas tan bajo?

Pero Artemis Fowl era un experto en tecnología, ya contaría con la posibilidad de que lo sometieran a un escáner térmico.

—¿Qué es lo que escondes en la manga? —se preguntó la duendecilla—. ¿O es bajo la camiseta?

Amplió la zona del corazón de Artemis y descubrió una segunda fuente de calor superpuesta a la primera, discernible únicamente por una tonalidad más leve de

rojo.

Aun en un momento tan crítico, Opal no pudo evitar sentir admiración por aquel joven humano, que había intentado enmascarar la emisión de calor del lémur con su propio cuerpo.

—Inteligente, pero no ingenioso.

Y tendría que ser ingenioso para vencer a Opal Koboi. Eso de llevarse consigo al segundo Artemis había sido un buen truco, pero ella debería haber sido capaz de preverlo.

«Me derrotó mi propia arrogancia —comprendió—. Eso no volverá a suceder».

El casco sintonizó automáticamente la frecuencia de radio de la Cessna y Opal envió un mensaje a Artemis.

—Voy a ir a por el lémur, chico —dijo y, con unas ráfagas de magia, las alas del traje empezaron a agitarse—. Y esta vez no tendrás a tu otro tú para acudir en tu rescate.

Artemis no podía ver ni percibir las distintas ondas que estaban analizando la Cessna, pero suponía que Opal emplearía el escáner de imágenes térmicas del casco de Holly para ver cuántos cuerpos emisores de calor iban a bordo de la avioneta. Puede que realizase incluso un examen con rayos X. Parecería que Artemis intentaba ocultar el calor que emitía el cuerpo de Jayjay con el suyo, pero esa treta era transparente, y no conseguiría engañar a Opal ni por un segundo. Cuando la duendecilla supiese que su presa estaba a punto de escapar, ¿cómo no iba a seguirlos?

Artemis viró a la derecha para mantener a Opal en el encuadre de la cámara y se sintió satisfecho al ver un par de alas desplegarse por debajo del traje de Holly.

«Empieza la persecución».

Había llegado el momento de que el cebo simulase que intentaba escapar.

Artemis se alejó a toda velocidad de la finca en dirección al mar púrpura oscuro, satisfecho con la suave aceleración de la avioneta. Las baterías canalizaban un suministro regular de energía a los motores sin liberar un solo gramo de dióxido de carbono a la atmósfera.

Comprobó las imágenes que transmitía la cámara de la cola y no se llevó ninguna sorpresa al ver a la duendecilla volando en el monitor.

«El sedante le resta capacidad de control sobre su magia —supuso Artemis—. Puede que apenas le haya quedado suficiente para arrancar el traje, pero, en cuanto se



pase el efecto del dardo, puede que empiece a soltar rayos y relámpagos y me destruya un ala».

Artemis viró en dirección sur, siguiendo el contorno irregular de la costa. El movimiento y el bullicio de los bloques de apartamentos de altura descomunal que poblaban Dublín, las chimeneas humeantes y los enjambres de helicópteros dieron paso a largos trechos de rocas grises ensombrecidos por la línea del ferrocarril que se extendía de norte a sur. El mar embestía la costa con sus olas, arrastrando tras de sí montones de arena, maleza y esquirolas.

Los barcos pesqueros avanzaban entre las boyas, dejando tras de sí estelas como serpientes blancas, mientras los pescadores recogían las jaulas de langostas con arpones de largos mangos. Unas pesadas nubes se arremolinaban con aire amenazador a cuatro mil metros, con las gotas de lluvia acumulándose en sus entrañas.

«Una tarde plácida, siempre y cuando nadie levante la vista hacia el cielo».

Aun volando a aquella altitud, la borrosa figura de Opal podía confundirse con un águila.

El plan de Artemis siguió yendo sobre ruedas mucho más tiempo del que él esperaba. Voló más de noventa kilómetros sin que Opal lo molestase ni una vez siquiera. Artemis se permitió entonces sentir un rayito de esperanza.

«Pronto... —se dijo—. Los refuerzos de la PES llegarán muy pronto».

Y entonces, la radio de la avioneta cobró vida.

—¿Artemis? ¿Estás ahí, Artemis?

Mayordomo. Su voz parecía extremadamente serena, como cada vez que tenía que anunciarle la gravedad de alguna situación.

—Mayordomo, viejo amigo. Estoy aquí. Dime cuáles son las buenas noticias.

El guardaespaldas lanzó un suspiro en el micrófono y se oyó una breve ráfaga de interferencias.

—No van a ir a por la Cessna. Tú no eres la prioridad.

—La prioridad es Número Uno —dijo Artemis—. Tienen que llevárselo al mundo subterráneo cuanto antes, lo entiendo.

—Sí, a él y a...

—No digas nada más, viejo amigo —lo cortó Artemis bruscamente—. Opal está escuchando.

—La PES está aquí. Quiero que des media vuelta y regreses.

—No —contestó Artemis con firmeza—. No voy a volver a poner la vida de mi

madre en peligro.

Artemis oyó un extraño chasquido y supuso que Mayordomo acababa de romper el soporte del micrófono.

—De acuerdo, en otro sitio entonces. En algún lugar donde podamos atrincherarnos.

—Muy bien, voy en dirección sur de todos modos, así que por qué no...

Artemis no pudo terminar de formular su sugerencia porque su canal quedó bloqueado por un estallido ensordecedor de ruido blanco. El estruendo hizo que le pitaran los oídos y por un momento perdió el control de la Cessna.

Acababa de recuperarlo cuando un golpe sordo en el fuselaje hizo que lo perdiera de nuevo.

Varias luces rojas parpadearon en el icono de visualización de las pantallas solares. Al menos diez solares habían sufrido daños por el impacto.

Artemis empleó medio segundo en comprobar la cámara posterior. Opal ya no lo seguía en la cola.

No era de extrañar.

La voz de la duendecilla llegó a través de los altavoces de la radio, impregnada de arrogancia y maldad.

—Ahora soy muy fuerte, Fangosillo —dijo—. Tu veneno ha desaparecido del todo, ya no fluye por mi organismo. Mi poder crece y siento ansias de mucho más.

Artemis no entabló conversación con ella. Iba a requerir toda su capacidad de concentración y su pericia para pilotar la Cessna.

Opal volvió a golpear el ala izquierda, desplomando sus antebrazos sobre los paneles solares, y los destrozó como un chiquillo haría añicos las capas de hielo de un charco, formando molinillos con los brazos efusivamente, haciendo zumbir las alas para no perder el ritmo. La avioneta empezó a dar bandazos y sacudidas, y Artemis tiró de la palanca de mando para tratar de nivelar el aparato.

«Está loca —se dijo Artemis—. Loca de remate».

Y...

«Ésos paneles solares son piezas únicas. Y se llama a sí misma científica».

Opal se puso a corretear por el ala y pegó un puñetazo de acero en el mismísimo fuselaje. Destrozó más paneles solares, y unas muescas diminutas del tamaño de los puños de la duendecilla abollaron el polímero justo encima del hombro de Artemis. Unas grietas rodearon cada una de las marcas, provocadas por la acción del viento.

La voz de Opal se oía con gran intensidad a través de los altavoces.

—Aterriza, Fowl. Aterriza y puede que entonces no vuelva a la mansión cuando haya acabado contigo. ¡Aterriza! ¡Aterriza!

Y cada orden de aterrizar iba acompañada por otro golpe en la cabina. El parabrisas estalló hacia dentro y proyectó sobre Artemis una lluvia de pequeños proyectiles de plexiglás.

—¡Aterriza! ¡Aterriza!

«Tú tienes la mercancía —se recordó Artemis a sí mismo—. Así que tú tienes el poder. Opal no puede permitirse el lujo de matar a Jayjay».

El viento soplaba en la cara de Artemis, y las lecturas de los indicadores de vuelo no tenían ningún sentido a menos que Opal estuviese haciéndolos enloquecer con el campo magnético de su traje de la PES. Pero a Artemis aún le quedaba una posibilidad, todavía le quedaban ganas de pelear.

Apuntó hacia abajo con el morro, virando con brusquedad hacia la izquierda. Opal reprodujo el mismo movimiento con toda facilidad, sin dejar de arrancar nuevas tiras de fuselaje. Era como una sombra destructora bajo la luz menguante del atardecer.

Artemis percibía el olor del mar.

«Vuelo demasiado bajo, demasiado pronto».

Más luces rojas en el panel de instrumentos. El suministro eléctrico se había interrumpido; las baterías estaban rotas; el altímetro emitía zumbidos y pitidos sin cesar.

Opal estaba en la ventanilla; Artemis veía cómo le sonreía con sus dientes diminutos. Estaba diciéndole algo, gritándole, pero la radio ya no funcionaba. Seguramente era lo mejor.

«Lo está pasando en grande —comprendió—. Está disfrutando como una enana».

Artemis se peleó con los mandos de control. Los alerones defectuosos eran en esos instantes el menor de sus problemas.

Si Opal decidía jugar con los cables, Artemis perdería definitivamente cualquier control sobre el aparato. Aunque era demasiado pronto, Artemis hizo bajar el tren de aterrizaje. Si Opal sabotaba el mecanismo, al menos así ya habría sacado las ruedas.

Siguieron cayendo en picado hacia la superficie, completamente unidos, como un gorrión encima de un águila. Opal estrelló su cabeza protegida contra el plexiglás de la

ventanilla de la puerta, sin dejar de gritar en el interior del casco, rociando el visor con saliva. Estaba gritándole órdenes que Artemis no podía oír, y no podía dedicar ni un solo segundo a tratar de leerle los labios. Vio cómo los ojos de la duendecilla emitían destellos rojos de magia, y saltaba a la vista por la expresión demencial de su rostro que ya no tenía ningún tipo de contacto con su parte racional.

Más gritos. Amortiguados detrás del visor. Artemis lanzó una mirada burlona a la radio, que seguía enmudecida y oscura en su soporte.

Opal vio aquella mirada y se levantó la visera del casco, gritando a pesar del viento, demasiado impaciente para activar los altavoces del casco.

—Dame el lémur y te salvaré —dijo, con la voz del *encanta*—. Tienes mi...

Artemis esquivó su mirada, sacó la pistola de bengalas para emergencias de debajo del asiento y apuntó con ella a la cara de la duendecilla.

—No me dejas más opción que dispararte —dijo, con voz fría y firme. No era una amenaza, sino la constatación de un hecho.

Opal sabía reconocer una verdad cuando la oía, y por un segundo su determinación flaqueó. Se echó hacia atrás, pero no lo bastante rápido para impedir que Artemis le disparase con la bengala directamente al casco, antes de bajarse la visera.

Opal se alejó de la Cessna a toda velocidad, dando vueltas sin cesar y dejando a su espalda una estela de humo negro, mientras las chispas rojas le rodeaban la cabeza como un enjambre de abejas furiosas. Se golpeó el ala contra el ala de la Cessna, y ninguna de las dos sobrevivió al impacto. Las esquirlas de las células solares brillaban como si fueran polvo de estrellas, y las plumas de la cola del equipo de vuelo de Opal cayeron revoloteando lentamente sobre el suelo. La avioneta viró hacia la derecha, gimiendo como un animal herido.

«Tengo que aterrizar ahora mismo».

Artemis no se sentía culpable por lo que acababa de hacer. Las quemaduras de bengala no detendrían a un ser con el poder regenerador de Opal por mucho tiempo. La magia ya estaría reparándole las heridas epidérmicas. Como mucho, habría conseguido unos minutos de tregua.

«Cuando Opal vuelva al ataque, estará hecha una furia. Completamente ofuscada».

Artemis esbozó una sonrisa malévola, y por un momento se sintió como su antiguo yo maquiavélico, antes de que Holly y su madre le hubiesen enseñado las

bondades de los molestos códigos morales.

«Muy bien. Si está ofuscada, tal vez yo pueda sacarle partido a su ofuscación».

Artemis hizo todo lo posible por nivelar el aparato, reduciendo la velocidad de descenso. El viento le azotaba la cara y le zahería la piel. Protegiéndose los ojos con el antebrazo, miró hacia abajo a través del movimiento borroso de la hélice.

A sus pies, la península de Hook Head se adentraba en la espesura del mar como una punta de flecha de color pizarra. Un cúmulo de luces parpadeaba en el extremo oriental. Aquél era el pueblo de Duncade, donde Mayordomo había estado esperando el regreso del limbo de su joven protegido, un recóndito y mágico lugar que en otros tiempos había albergado la isla de los demonios de Hybras. La totalidad de la zona era un centro de acumulación de magia que activaría todos los espectrómetros de la PES.

Estaba anocheciendo muy deprisa, y resultaba difícil distinguir el mar de la tierra firme. Artemis sabía que desde Duncade hasta el faro de Hook Head se extendía en línea recta un buen tramo de pradera, pero solo veía la franja de hierba cada cinco segundos, cada vez que parpadeaba en color esmeralda cuando la iluminaba la luz de la torre.

«Mi pista de aterrizaje», pensó Artemis.

Colocó la Cessna en la mejor posición de aproximación posible y descendió dando breves sacudidas bruscas e irregulares. Los paneles solares se desprendieron del morro y las alas y fueron cayendo rezagados detrás de la nave.

Opal seguía sin dar señales de vida.

«Va a aparecer, de eso puedes estar seguro».

Con cada parpadeo de verde, el suelo firme corría a su encuentro.

«Demasiado deprisa —pensó Artemis—. Me estoy acercando demasiado deprisa. No me van a dar nunca la licencia oficial de piloto como siga así».

Apretó la mandíbula y sujetó con fuerza la palanca. El momento de tomar tierra iba a ser muy duro.

Y lo fue, aunque no tanto como para romperse la crisma. Al menos no la primera vez que tocó tierra. Fue la segunda vez cuando Artemis salió disparado hacia delante y oyó cómo le crujía la parte izquierda de la clavícula, un sonido espantoso que hizo que se le encogiera el estómago.

«Todavía no siento dolor. Solo tengo frío. Y voy a entrar en estado de shock».

Las ruedas de la Cessna rebotaron en la hierba, que estaba cubierta por una fina película de espuma marina, más resbaladiza que el hielo. Artemis torció el gesto, pero

no por sus heridas, sino porque ahora su destino quedaba a merced de la suerte, no tenía el menor control sobre él. Opal iría a por Jayjay y él debía hacer todo cuanto estuviera en sus manos para impedirselo.

El mundo exterior se empeñaba en irrumpir violentamente en los pensamientos de Artemis. La horquilla de la rueda delantera rebotó contra una roca puntiaguda y quedó destrozada por completo.

Durante varios segundos, la rueda siguió girando bajo el aparato, hasta que al fin quedó engullida por la oscuridad.

Un nuevo golpe más y la Cessna cayó sobre el morro, cuya hélice empezó a arar surcos en la tierra. Las briznas de hierba comenzaron a salir despedidas por el aire, revoloteando, y una lluvia de estiércol entró por los agujeros del parabrisas.

Artemis probó la tierra y pensó:

«Pues yo no sé qué es lo que le encuentra Mantillo; ni que fuera mousse de langosta...».

Luego se bajó de la avioneta y salió dando tumbos hacia la costa peñascosa. Artemis no gritó pidiendo auxilio, porque tampoco habría acudido nadie. En las rocas reinaban las sombras, un entorno traicionero y desierto. La mar bramaba enfurecida, y el viento soplaba con fuerza. Y aunque la luz del faro hubiese retratado a la avioneta cayendo desde el cielo, aún tendría que pasar largo rato para que los lugareños, desarmados y confiados, se acercaran a brindarle su ayuda. Y para entonces ya sería demasiado tarde.

Artemis siguió avanzando a trompicones, con el brazo izquierdo caído. Con la mano buena acariciaba la cabecita peluda que asomaba por la parte delantera de la chaqueta.

—Ya casi estamos —dijo, jadeando.

Un par de chimeneas litorales sobresalían de las aguas como si fueran los últimos dos dientes de las encías de un gran masticador de tabaco. Eran columnas de roca de treinta metros de altura que habían resistido la acción erosiva de las olas y el viento. Las gentes del lugar las llamaban Las Monjas, por su apariencia, propia de dos hermanas de un convento, vestidas con hábitos de pies a cabeza.

Las Monjas eran la atracción local por excelencia, y unos resistentes puentes de cuerda salvaban el abismo que se abría entre la costa y la Hermana Pequeña, por un lado, y la Madre Superiora, después.

Mayordomo le había contado a Artemis que había pasado muchas noches en vela

en la segunda chimenea equipado con unos prismáticos de visión nocturna, rastreando el océano para ver alguna señal de Hybras.

Artemis se subió al primer tramo del puente, que cedió y crujió un poco bajo sus pies, pero se mantuvo firme. Vio el mar mucho más abajo, a través de las rendijas entre los tablones del puente, con unas rocas planas que luchaban por salir a la superficie como hongos en la tierra arcillosa. El cuerpo de un desdichado perro yacía inerte sobre una de las rocas más bajas, el crudo recordatorio de lo que podía pasarte si perdías el equilibrio en una de las dos Monjas.

«Voy derecho a un callejón sin salida —se dijo—. Cuando llegue a la segunda chimenea, no hay adónde ir más que abajo».

Pero no tenía elección. Al echar un rápido vistazo por encima del hombro, vio que Opal ya estaba allí. Ni siquiera necesitó sus gafas de sol con filtro para verla. A la duendecilla no le quedaba magia para poder hacerse invisible. Avanzaba como una zombi por el prado, con un halo rojo de magia iluminándole la cara en el interior del casco, los puños cerrados con fuerza a cada lado del cuerpo. Tenía las alas desplegadas, pero estaban destrozadas, hechas jirones. No iba a irse volando a ninguna parte con aquellas alas. Ahora, solo el poder de Jayjay podía salvar a Opal; el animal era su única posibilidad de victoria. Si no se inyectaba su líquido cefalorraquídeo cuanto antes, seguro que los de la PES aparecerían para proteger al lémur en peligro.

Artemis avanzó por el puente, con cuidado de no golpearse el brazo magullado contra la baranda.

Milagrosamente, el dolor que sentía no era constante, pero, con cada paso que daba, una punzada lacerante de dolor le atravesaba la parte superior del pecho.

Tenía que distraerla un poco más. Luego seguro que llegaría al fin la caballería, la caballería alada e invisible. Ellos no lo abandonarían, ¿no?

—¡Fowl! —El grito procedía de algún lugar a su espalda. Más cerca de lo que esperaba—. ¡Dame ese mono!

La voz estaba impregnada de magia malgastada. Ningún contacto visual. Ni rastro del *encanta*.

«Un mono —pensó Artemis, sonriendo—. ¡Ja!».

Siguió caminando por encima del abismo. Oscuridad absoluta arriba y abajo, puntas de estrellas en el cielo y en el mar. Olas que rugían como tigres. Hambrientas.

Artemis avanzó con paso tambaleante hacia la primera Monja. La Hermana

Pequeña. A punto de pisar una masa rocosa que la erosión había convertido en traicionera. El pie le resbaló en la superficie y empezó a dar vueltas por el diámetro de la cima como un bailarín con una pareja invisible.

Oyó gritar a Opal: la muerte de Jayjay en ese momento sería una catástrofe para ella, pues se quedaría atrapada en aquel tiempo con la PES pisándole los talones y sin poderes de ninguna clase.

Artemis no miró atrás, a pesar de que se moría de ganas de hacerlo. Oyó los pasos de Opal sobre los tablones del puente, soltando imprecaciones con cada jadeo. Las palabras casi parecían cómicas en su vocecilla de duendecilla.

No había sitio adonde ir más que adelante. Artemis por poco se cae en el segundo tramo del puente, y avanzó sujetándose a la barandilla de cuerda hasta que llegó a la Madre Superiora. Los lugareños decían que, si te situabas en el lugar preciso de la costa al amanecer y entrecerrabas un poco los ojos, se veían las facciones severas del rostro de la Madre Superiora.

En esos momentos, la roca parecía más severa todavía; sombría e implacable. No le permitiría ni un solo paso en falso.

Artemis se puso de rodillas en el recodo de la superficie de la roca, sujetándose el codo izquierdo con la palma de la mano derecha.

«No tardaré en quedarme paralizado por el dolor y el estado de shock. Pero todavía no, genio. Aguanta un poco más».

Artemis miró en el interior de la chaqueta: la cabecita peluda había desaparecido.

«Se me he debido de caer en la Hermana Pequeña. Estará esperando a Opal».

Sus temores se vieron confirmados por un súbito grito de alegría a su espalda. Artemis se volvió despacio e hizo un gran esfuerzo por enfrentarse a su enemiga. Le parecía que hubiese estado luchando con ella desde siempre.

La duendecilla se detuvo en lo alto de la chimenea, casi bailando de alegría. Artemis vio una pequeña figura peluda junto a ella, a sus pies.

—Lo tengo —exclamó Opal, victoriosa—. ¡Con lo inteligente que tú eres! ¡Con tu genialidad indiscutible! ¡Y se te ha caído! ¡Se te ha caído sin más!

Artemis sintió cómo la punzada de agonía empezaba a invadirle el hombro. Al cabo de solo un minuto, sería mucho peor, estaba seguro de ello.

Opal extendió ambas manos para atrapar a su codiciada presa.

—Es mío —dijo con aire reverencial, y Artemis habría jurado oír un trueno a lo lejos—. Tengo en mi poder la magia definitiva. Tengo al lémur.



Artemis habló en voz alta y clara, para que sus palabras llegaran al otro lado del abismo.

—No es un lémur —dijo—. Es un mono.

La sonrisa de Opal se paralizó en su boca, repleta de dientes diminutos, y asió en sus brazos lo que creía que era Jayjay. El cuerpo era muy blando en sus manos.

—¡Un muñeco! —exclamó, sin aliento—. ¡Es un muñeco!

El dolor y el cansancio ensombrecieron el triunfo de Artemis.

—Opal, te presento al profesor Primate, el muñeco de mi hermano.

—Un muñeco —repitió Opal, consternada—. Pero si había dos fuentes de calor..., las vi yo misma.

—Una bolsa de gel para microondas, metida dentro de la espuma aislante —explicó Artemis—. Todo ha terminado, Opal. Jayjay ya está en Ciudad Refugio ahora mismo, no puedes atraparlo. Entrégate y no tendré que hacerte daño.

El rostro de Opal estaba crispado de rabia.

—¿Hacerme daño? ¿Hacerme daño tú a mí?

Golpeó el mono de peluche contra la superficie de la roca una y otra vez hasta que saltaron los dispositivos mecánicos. Una voz metálica se oyó a través del altavoz.

—«Éste día pasará a la historia... Éste día... Éste día pasará a la historia».

Opal se puso a chillar, y unas chispas rojas se concentraron alrededor de las puntas de sus dedos.

—No puedo volar ni puedo disparar rayos, pero todavía tengo suficiente magia para freírte el cerebro.

Los sueños de Opal de dominación suprema del mundo acababan de caer en el olvido; en ese momento, lo único que quería era acabar con Artemis Fowl. Se subió al segundo tramo del puente con ese único objetivo en la cabeza.

Artemis se levantó tambaleante y se llevó la mano al bolsillo.

—El traje debería salvarte la vida —le explicó a Opal, con voz firme y serena—. Será un infierno, pero la PES te sacará de ahí debajo.

Opal soltó una risotada burlona.

—Más tretas de las tuyas. Un farol tras otro. Ésta vez no, Artemis.

—No me obligues a hacerlo, Opal —le suplicó el muchacho—. Siéntate ahí y espera a la PES.

Nadie tiene por qué resultar herido.

—Huy, sí, ya lo creo que tiene que haber alguien que resulte herido... —dijo Opal.

Artemis se sacó un puntero de láser modificado del bolsillo, activó el haz de luz y apuntó con él a la base de la Hermana Pequeña.

—¿Qué vas a hacer con esa cosa? Tardarás cien años en talar esa roca.

—No intento talarla —contestó Artemis, sin apartar el haz de luz—. Y no es una roca.

Opal extendió los brazos, con las chispas de magia entrelazadas como una malla metálica alrededor de sus dedos.

«Basta ya de hablar».

El láser de Artemis penetró en la base de la Hermana Pequeña hasta perforar la capa externa y llegar a la inmensa bolsa de gas metano que había debajo de ella.

La Hermana Pequeña no era una roca: era el séptimo *kraken*, atraído por los ecos mágicos de Hybras. Artemis llevaba años observándolo. Ni siquiera Potrillo sabía que estaba allí.

La explosión fue descomunal, y provocó una columna de fuego que alcanzó quince metros. El caparazón externo se derrumbó por debajo de Opal y la atrapó en una tormenta de metralla.

Artemis oyó el chasquido metálico del blindaje de la PES al intentar flexionarse para absorber el impacto.

«El traje blindado debería salvarla».

Se echó cuerpo a tierra en lo alto de la chimenea, soportando la lluvia de rocas, algas y hasta pescado en su espalda y sus piernas.

«Ahora solo me salvará la suerte, solo la suerte».

Y la suerte lo salvó. Sobre la superficie de la cima de la chimenea cayó un auténtico aluvión de proyectiles de diverso tamaño, pero ninguno golpeó a Artemis. Sí recibió el impacto de otros objetos más pequeños, y tendría un centenar de magulladuras y cortes que añadir a su lista de heridas, pero no se le rompió un solo hueso.

Cuando le pareció que el mundo había dejado de temblar, Artemis se arrastró hasta el borde de la chimenea y miró al mar embravecido bajo sus pies. Una pirámide de escombros humeaba suavemente entre las olas, donde había estado el *kraken*. Ahora la bestia colosal se desplazaría sigilosamente, en busca de otro punto de concentración de magia. No había ni rastro de Opal.

«La PES la encontrará».

Artemis se puso boca arriba y contempló las estrellas. Lo hacía a menudo y, al

contemplantas, normalmente se preguntaba cómo podría llegar hasta los planetas que orbitaban alrededor de aquellas tachuelas de luz, y qué habría en ellos. Aquella noche, las estrellas solo le hicieron sentirse minúsculo e insignificante. La naturaleza era inmensa y poderosa, y al final acabaría engulléndolo, engulliría hasta su recuerdo. Permaneció allí tendido, solo y aterido de frío, esperando una sensación de triunfo que no llegaría nunca, y oyendo los gritos lejanos de los lugareños mientras se dirigían hacia el prado.

Holly llegó antes que los lugareños, aterrizando sin hacer ruido en lo alto de la chimenea, procedente de la dirección norte.

—Estás volando —señaló Artemis, como si nunca la hubiera visto volar.

—He tomado prestado un traje de uno de los guardaespaldas de Número Uno. Bueno, cuando digo prestado...

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber Artemis, aunque lo adivinaba.

—Bueno, vi una explosión alucinante y me dije: «¿Quién puede haber provocado eso?».

—Hummm... —murmuró Artemis—. Ya veo que me he delatado yo solo.

—Además, seguí el rastro de las radiaciones de mi traje viejo. Todavía las sigo. —Se llevó un dedo al visor, y el filtro cambió de color—. Menudo montón de rocas has tirado encima de Opal. Al equipo de Recuperación le va a costar un montón de tiempo sacarla de ahí debajo. Está soltando palabrotas como un enano de túnel ahí dentro. ¿Qué le has hecho?

—El séptimo *kraken* —le explicó Artemis—. El que Potrillo no tenía localizado porque era tubular en lugar de cónico, diría yo. Capté su señal en un satélite meteorológico.

Holly apoyó un dedo en la frente de Artemis.

—Muy típico de Artemis Fowl: hecho picadillo y aún le quedan fuerzas para soltar uno de sus discursos.

Unas chispas mágicas brotaron de los dedos de Holly y envolvieron a Artemis como en un cascarón. Se sintió inmediatamente cómodo y relajado, como un bebé dentro de su arrullo.

Desaparecieron todos sus dolores, y la clavícula rota se disolvió y luego se solidificó por completo.

—Un buen truco —comentó, sonriendo, con ojos vidriosos.

—Actúo aquí todos los martes —dijo Holly, devolviéndole la sonrisa—. Número Uno me ha llenado el depósito.

Artemis levantó la vista para mirar a su amiga a través de un velo rojo.

—Siento mucho haberte mentido, Holly. De verdad. Has hecho tanto por mí...

La mirada de Holly era distante.

—Puede que tomaras una decisión equivocada, puede que yo también hubiese hecho lo mismo en tu lugar. Somos de mundos distintos, Artemis. Nunca confiaremos del todo en el otro. Pero debemos pasar página y dejar el pasado en el pasado, donde debe estar.

Artemis asintió. Era lo máximo que iba a conseguir, y más de lo que se merecía.

Holly se sacó una soga del cinturón y rodeó con ella los brazos de Artemis.

—Y ahora, vamos a llevarte a casa antes de que a los lugareños les dé por construir una horca.

—Buena idea —repuso Artemis, un poco mareado por los efectos de la cura mágica.

—Sí, lo creas o no, a los demás también se nos ocurren ideas de esas de vez en cuando.

—Solo muy de vez en cuando —replicó Artemis, y luego echó la cabeza hacia atrás y se quedó dormido.

Holly realizó los ajustes necesarios en sus alas para adecuarlas al peso adicional y emprendió el vuelo lanzándolos a ambos por el borde de la chimenea litoral, volando a baja altura para esquivar la luz de las antorchas con que los lugareños examinaban el cielo nocturno.

Potrillo sintonizó la frecuencia del casco de Holly durante el vuelo.

—El séptimo *kraken*, supongo. Por supuesto, yo ya tenía mis sospechas... —Hizo una pausa—. Sería una oportunidad estupenda para hacerle una limpieza de memoria a Artemis —propuso—. Así nos ahorraríamos un montón de problemas en el futuro.

—¡Potrillo! —exclamó Holly, escandalizada—. No hacemos limpiezas de memoria a nuestros amigos. Además, gracias a Artemis hemos recuperado a Jayjay. ¿Quién sabe cuántas curas más puede haber en el cerebro de ese lémur?

—Era una broma, solo una broma. ¿Y sabes lo mejor? Ni siquiera tendremos que extraerle líquido del cerebro a Jayjay: Número Uno ha conseguido sintetizarlo mientras esperaba la lanzadera. Ése diablillo es único.

—Últimamente me tropiezo con muchos de éstos. Por cierto, necesitamos enviar

un equipo por Opal.

—Ya van en camino. Me parece que cuando llegues, te va a caer otro buen rapapolvo de los de Asuntos Internos.

Holly soltó un resoplido.

—Menuda novedad...

Potrillo se quedó en silencio, esperando que Holly compartiera con él los detalles de sus aventuras.

Pasado un rato, no pudo aguantar más.

—Está bien, tú ganas. Te lo preguntaré. ¿Qué pasó entonces... hace ocho años? Por todos los dioses, debió de ser algo muy gordo...

Holly sintió un cosquilleo en los labios, en el lugar donde había besado a Artemis.

—Nada. No pasó nada. Fuimos, nos hicimos con el lémur y volvimos. Se nos presentaron uno o dos problemas técnicos, pero evidentemente, nada que no pudiéramos resolver.

Potrillo no insistió para que le revelara más detalles. Holly se lo contaría cuando lo hubiese asimilado del todo.

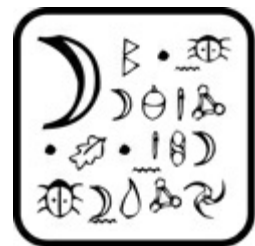
—¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza que tal vez te gustaría ir a trabajar y luego volver a tu casa sin más? Nada de emociones fuertes y todo eso.

Holly vio brillar el océano bajo sus pies y sintió el peso de Artemis Fowl en sus brazos.

—No —contestó—. Nunca lo pienso.

# CAPÍTULO XVI

## UN EQUIPO DE PELUQUEROS



MENOS de una hora después, aterrizaron en la mansión Fowl. Artemis se despertó justo cuando los pies de Holly pisaban la gravilla y se puso inmediatamente alerta.

—La magia es un invento maravilloso —dijo, pellizcándose el brazo izquierdo.

—Pues, en ese caso, deberías haber conservado la tuya —bromeó Holly.

—Ironías de la vida, si no hubiese intentado curar a madre, Opal le habría dejado recuperarse. Fue mi viaje al pasado lo que sirvió de base a Opal para todo su plan, que incitó siguiéndonos al futuro.

—Me gustabas más dormido —comentó Holly, recogiendo la cuerda—. Me dolía menos la cabeza.

—Es la gran paradoja del tiempo: si no hubiese hecho nada, no habría hecho falta hacer nada.

Holly se tocó el casco.

—Deja que llame a Potrillo por el intercomunicador, así los dos podríais hablar al mismo tiempo.

Las luces exteriores de la casa proyectaban un tenue resplandor sobre la gravilla, y hacían que los guijarros brillasen como gemas. Los majestuosos árboles de verde perenne se mecían en la brisa suave, como llenos de vida. Igual que las criaturas de Tolkien.

Artemis vio a Holly dirigirse hacia la puerta principal.

«Ojalá... —pensó—. Ojalá...».

Nº. 1 estaba sentado en el escalón delantero, flanqueado por un grupo de agentes de la PES guarnecidos con las armas de ultimísima generación. Artemis sabía que su ADN estaba codificado en sus armas, y que lo único que tenían que hacer era seleccionar su icono de una lista y no habría escapatoria.

Jayjay se había hecho un ovillo en la coronilla del demonio como si fuera un gorro de cazador, y parecía la mar de cómodo subido ahí arriba. Se levantó al ver a Artemis y se arrojó de un salto a los brazos del chico. Una docena de rifles de la PES

empezaron a emitir pitidos inmediatamente, y Artemis supuso que acababan de seleccionar su icono.

—Hola, amiguito. ¿Qué? ¿Te gusta el presente?

Nº. 1 respondió por el lémur.

—Le gusta mucho. Sobre todo ahora que nadie le va a pinchar con ninguna aguja en la cabeza.

Artemis asintió.

—Has conseguido reproducir el líquido. Ya había pensado en esa opción. ¿Dónde está el doctor Schalke?

—Se desplomó en el suelo en cuanto Opal se fue. Mayordomo lo ha alojado en el cuarto de invitados.

—¿Y Artemis junior?

—Técnicamente, tú eres Artemis junior —contestó Nº. 1—, pero ya sé lo que quieres preguntarme. Tu otro yo ha sido devuelto a su tiempo. Envié a un capitán de Recuperación con él y yo me quedé aquí como marcador. Pensé que lo querías fuera de en medio lo antes posible, más teniendo en cuenta que tu padre y los gemelos están a punto de llegar a casa.

Artemis le hizo cosquillas a Jayjay debajo del hocico.

—Sí, habría sido un poco raro.

Holly estaba preocupada.

—Ya sé que prometimos que no le haríamos una limpieza de memoria, pero no es que me entusiasme la idea de que haya un pequeño Fowl por ahí suelto con información sobre los seres mágicos almacenada en su retorcido cerebro.

Artemis arqueó una ceja.

—¿Retorcido cerebro? Me gusta.

—Me alegro.

Nº. 1 palideció un poco. Flexionó levemente la cola y se apoyó en ella para levantar sus cuartos traseros del escalón.

—Sobre lo de esa promesa de no hacer limpiezas de memoria... El caso es que a mí nadie me dijo nada.

Holly lo miró atónita.

—¿Así que le hiciste una limpieza de memoria?

Nº. 1 asintió.

—Y a Schalke. También dejé un hechizo residual en los globos oculares de

Artemis, para que hechizase a Mayordomo al verlo. Nada demasiado sofisticado, solo una capa de pérdida de memoria. Sus cerebros rellenarán las lagunas y se inventarán recuerdos verosímiles.

Holly se estremeció solo de pensarlo.

—Has dejado un hechizo en sus globos oculares. Eso es asqueroso.

—Asqueroso... pero también muy ingenioso —repuso Artemis.

Holly estaba sorprendida.

—No pareces demasiado indignado. Esperaba que me largases uno de tus discursos, que pusieses los ojos en blanco, que empezases a hacer aspavientos..., ya sabes, todo ese rollo tan típicamente Fowl.

Artemis se encogió de hombros.

—Sabía que sucedería. Yo no me acordaba de nada, así que debí de sufrir una limpieza de memoria y, por tanto, nosotros debimos de ganar hace ocho años.

—Lo has sabido desde el principio.

—No sabría cuál sería el precio que tendríamos que pagar.

Nº. 1 lanzó un suspiro.

—¿Conque me he librado de una buena, tal como decís los humanos?

—Por supuesto —contestó Holly, dándole una palmadita en el hombro—. Ahora me siento mucho mejor.

—Mirándolo por el lado positivo, he reforzado vuestra estructura atómica. Teníais los átomos un poco escacharrados por culpa del túnel del tiempo. Me extraña que sigáis enteros. Me imagino el inmenso esfuerzo que debéis de haber hecho por concentraros.

—Bueno, tú me habías reforzado los átomos, y yo tengo que pedirte un último favor —dijo Artemis—. Necesito que envíes una nota al pasado.

—Me han dado órdenes explícitas de no volver a abrir el túnel del tiempo, pero a lo mejor podemos colar una última cosa más —contestó Nº. 1.

Artemis asintió.

—Eso creía yo.

—¿A qué momento y adónde?

—Holly lo sabe. Puedes hacerlo desde Tara.

—¿Cómo se deletrea «formidable»? —dijo Holly, sonriendo.

Artemis retrocedió un paso, estirando el cuello para ver la ventana del dormitorio de sus padres.



Jayjay lo imitó, se encaramó al hombro de Artemis y echó su cabecita hacia atrás.

—Me da miedo subir, no sé por qué.

Advirtió que se estaba retorciendo los dedos de las manos, y se las metió en los bolsillos de la chaqueta.

—No quiero ni pensar en todo por lo que mi madre habrá tenido que pasar. Todo lo que debe de haber...

—No te olvides de nosotros —lo interrumpió N°. 1—. A nosotros nos sumergieron en grasa animal. No tienes ni idea de lo repugnante que es eso. Los hechizos en los globos oculares son el colmo del buen gusto comparados con la grasa animal.

—Y yo me convertí en una adolescente —dijo Holly, guiñándole un ojo a Artemis—. Eso sí que fue asqueroso.

La sonrisa de Artemis era forzada.

—Es curioso, pero tantas acusaciones indirectas no hacen que me sienta mejor. Y los cañones de las armas de la PES tampoco ayudan mucho, la verdad.

Holly hizo unas señas a los agentes de la PES para que bajasen las armas y, acto seguido, ladeó un poco la cabeza para escuchar un mensaje entrante.

—Un helicóptero viene hacia aquí. Tu padre. Tenemos que salir volando.

N°. 1 levantó un dedo admonitorio.

—Y en este caso no es solo una metáfora. De verdad tenemos que irnos de aquí volando. Sé que los humanos utilizan esa expresión aunque no pretendan volar en realidad, así que para evitar confusiones...

—Ya lo entiendo, Número Uno —dijo Artemis en voz baja. Holly levantó el antebrazo y Jayjay se encaramó a él.

—Estará más seguro con nosotros.

—Lo sé.

Se volvió hacia Holly y la miró a los ojos, los ojos azul y avellana.

Ella lo miró un segundo y luego activó las alas y se elevó unos centímetros de la superficie.

—En otro tiempo —dijo, y lo besó en la mejilla.

Él estaba ya en la puerta principal cuando Holly lo llamó y le dijo:

—¿Sabes una cosa, Fowl? Has hecho algo bueno de corazón. Sin segundas intenciones. No has sacado ni un solo penique de beneficio.

Artemis sonrió.

—Ya lo sé. Estoy horrorizado.

Se miró los pies, tratando de componer algún comentario como despedida, pero, para cuando levantó la vista de nuevo, el camino de entrada a la casa estaba ya vacío.

—Adiós, amigos míos —dijo—. Cuidad de Jayjay.

Cuando llegó al dormitorio de su madre, Artemis oyó el ruido de las palas del helicóptero a lo lejos. Tendría que dar unas cuantas explicaciones, pero estaba seguro de que Artemis padre no insistiría mucho en saber todos los detalles cuando viese que Angeline estaba completamente sana.

Artemis flexionó los dedos, armándose de valor, y luego empujó la puerta de la alcoba. La cama estaba vacía. Su madre estaba sentada frente al tocador, desesperada por el penoso aspecto de su pelo.

—Oh, Arty, querido... —exclamó con fingido horror al ver la imagen de su hijo en el espejo—. Mírame. Necesito que venga un equipo de peluqueros de Londres inmediatamente.

—Estás estupenda, madre... mamá. Guapísima.

Angeline se pasó un cepillo con el mango de nácar por la larga melena, que iba adquiriendo cada vez más brillo con cada nuevo movimiento del cepillo.

—Teniendo en cuenta por lo que he pasado...

—Sí. Has estado enferma. Pero ahora estás mejor.

Angeline se volvió en su taburete y extendió los brazos.

—Ven aquí, mi héroe. Dale un abrazo a tu madre.

Artemis hizo lo que le decía, encantado de poder hacerlo.

De pronto, reparó en algo.

«Héroe. ¿Por qué me ha llamado héroe?».

Por lo general, las víctimas de un *encanta* no recordaban nada de sus desventuras. Sin embargo, Mayordomo sí había recordado lo que le había hecho Opal, hasta le había descrito la experiencia a Artemis. A Schalke le habían hecho una limpieza de memoria, pero ¿y a su madre?

Angeline lo abrazó con fuerza.

—Has hecho tanto por mí, hijo. Lo has arriesgado todo.

Las palas del helicóptero se encontraban ya a baja altura, resonando contra los cristales de las ventanas. Su padre estaba en casa.

—Tampoco ha sido para tanto, mamá. Lo que habría hecho cualquier otro hijo.

Angeline le acarició la cabeza con la mano. Artemis notó las lágrimas de ella en

sus mejillas.

—Lo sé todo, Arty. Absolutamente todo. Ésa Criatura me dejó sus recuerdos. Intenté luchar con ella, pero era demasiado fuerte.

—¿Qué Criatura, madre? Fue la fiebre. Tuviste una alucinación, eso es todo. Angeline lo apartó a un metro de sí.

—Yo estuve en el infierno demencial del cerebro de esa duendecilla, Artemis. No te atrevas a mentirme y decir que no lo viví. Vi a tus amigos a punto de morir por ayudarte. Vi cómo se le paraba el corazón a Mayordomo. Te vi salvarnos a todos. Mírame a los ojos y dime que todas esas cosas no han sucedido.

A Artemis le costaba mucho mirar a su madre a los ojos y, cuando lo hacía, le era imposible mentirle.

—Sucedieron. Todas esas cosas y mucho más.

Angeline arrugó la frente.

—Tienes un ojo castaño. ¿Por qué no me he dado cuenta de eso?

—Te eché un hechizo —dijo Artemis en tono compungido.

—¿Y a tu padre?

—A él también.

En el piso de abajo, la puerta se abrió con gran estruendo. Los pasos de su padre atravesaron corriendo el vestíbulo y luego subieron las escaleras.

—Me has salvado la vida, Artemis —se apresuró a decir su madre—, pero tengo la sensación de que cuando practicaste magia con nosotros, de algún modo, nos metiste a todos en este lío. Así que quiero saberlo todo. Todo. ¿Lo entiendes?

Artemis asintió. No sabía cómo iba a escapar esta vez. Estaba en un callejón sin salida, y la única forma de salir era diciendo la verdad.

—Ahora les daremos a tu padre y a los gemelos tiempo para abrazarme y besarme y luego tú y yo vamos a tener una pequeña charla. Será nuestro secreto. ¿Entendido?

—Entendido.

Artemis se sentó en la cama. Volvía a sentirse como un chiquillo de seis años, cuando lo habían pillado hackeando los ordenadores de la escuela para hacer las preguntas del examen un poco más emocionantes.

Su padre había llegado al descansillo. Artemis sabía que su vida secreta terminaba ese día; en cuanto su madre se reuniese con él a solas, tendría que contárselo todo. Desde el principio. Secuestros, levantamientos, viajes en el tiempo, revoluciones de goblins... todo.

«Toda la verdad», pensó.

Artemis Fowl sintió un escalofrío.

Varias horas más tarde, el dormitorio principal estaba patas arriba por culpa de un torbellino conocido con el nombre de Beckett Fowl. Había cajas de pizza en la mesilla de noche, y las paredes estaban manchadas con huellas de dedos con salsa de tomate. Beckett se había quitado la ropa y se había puesto una de las camisetas de su padre, que se había atado en un nudo a la altura de la cintura. Se había pintado un bigote con rímel y marcas de cicatrices en la cara con pintalabios, y en esos momentos estaba haciendo esgrima con un enemigo invisible utilizando una de las viejas prótesis para la pierna de su padre como espada.

Artemis estaba terminando su explicación de la milagrosa recuperación de su madre.

—Y entonces descubrí que mamá había tenido la mala suerte de contraer la fiebre de Glover, cuya zona de influencia normalmente se limita a Madagascar, así que sinteticé la cura natural que utilizan los habitantes de la isla y se la di. El efecto fue inmediato.

Beckett advirtió que Artemis había dejado de hablar y lanzó un melodramático suspiro de alivio.

Se puso a cabalgar un caballo imaginario por la habitación y dio un golpecito a Myles con la prótesis.

—¿Buena historia? —le preguntó a su hermano gemelo.

Myles se bajó de la cama y acercó la boca al oído de Beckett, tapándose con la mano.

—Artemis tonto-rrón —le confió.

# EPÍLOGO

## HOOK HEAD, IRLANDA

EL COMANDANTE Camorra Kelp dirigió él mismo las operaciones del equipo de Recuperación para extraer a Opal Koboi de debajo de los escombros. Hincharon una burbuja de distorsión que cubría la totalidad de la zona de trabajo para poder disparar los láseres de la lanzadera sin temor a ser descubiertos.

—Date prisa, Furty —ordenó Camorra por un canal abierto—. Solo nos queda una hora antes de que amanezca. Saquemos a esa duendecilla megalómana de ahí abajo y llevémosla de vuelta a su tiempo.

Tenían mucha suerte de contar con un enano en su equipo. Por regla general, los enanos eran muy reacios a colaborar con las autoridades, pero aquel en concreto había accedido hacerlo a cambio de no tener que trabajar ninguno de los ciento noventa y pico días de fiestas sagradas que tenían los enanos y de que la PES le pagase sus exorbitantes honorarios como asesor.

En una situación como aquélla, los enanos eran valiosísimos. Podían trabajar con los escombros como ninguna otra especie, y si querías sacar algo de las entrañas de la tierra con vida, los enanos eran los más indicados. Lo único que tenían que hacer era dejar que los pelos de su barba explorasen una superficie y eran capaces de darte más información sobre lo que ocurría por debajo de esa superficie que cualquier equipo sísmico o geológico, por moderno que fuera.

En ese momento, Camorra Kelp estaba siguiendo los avances de Furty Pullchain entre los restos del *kraken* a través de las imágenes de la cámara de su casco. Las extremidades del enano eran un tono más claro de lo normal en el filtro de visión nocturna. Con una mano empuñaba la boca de una manguera de espuma de apoyo que recubría la pared del túnel en los puntos donde había mayor presión, y tenía la otra mano metida debajo de la barba para recolocarse la mandíbula.

—Muy bien, «comandante» —dijo, pronunciando la palabra en un tono que casi parecía un insulto—. Ya he llegado al punto. Es un milagro que todavía esté vivo. Ésta cosa es tan estable como un castillo de naipes en un huracán.

—Bueno, sí, lo que sea, Furty. Eres una maravilla. Y ahora, sácala de ahí y larguémonos al mundo subterráneo. Tengo una capitana por ahí abajo a la que debo

disciplinar.

—No pierda las bellotas, comandante. Recibo la señal alta y clara.

Camorra estaba que echaba humo. Puede que Holly Canija no fuese la única a la que había que disciplinar.

Siguió los movimientos del enano en tiempo real, viendo a Furty apartar las rocas, las algas y los fragmentos de caparazón que cubrían el traje de Holly... Solo que no había ningún traje. Tan solo un casco con la parpadeante señal del localizador.

—¿He venido hasta aquí solo por un casco? —exclamó Furt indignado—. Aquí no hay ninguna duendecilla, solo queda el olor de su rastro.

Camorra se incorporó.

—¿Estás seguro? ¿Es posible que te hayas equivocado de sitio?

Furty soltó un bufido.

—Sí, claro. Estoy en el otro sitio donde hay enterrado otro casco de la PES. Pues claro que estoy seguro.

Había desaparecido. Opal había desaparecido.

—Imposible. ¿Cómo ha podido desaparecer?

—Ni idea —dijo Furty—. A lo mejor se deslizó por un túnel natural. Los duendecillos son seres muy resbaladizos. Esto me recuerda una vez cuando era más enano aún: Kherb, mi primo, y yo entramos en un...

Camorra lo interrumpió. Aquello era muy serio. Opal Koboi andaba suelta por el mundo. Realizó una videollamada a Potrillo, que estaba en el Cuartel General de Policía.

—No me lo digas —dijo el centauro, pasándose la mano por su alargada cara.

—Se ha ido. Ha dejado el casco para que la señal del localizador nos llevase hasta ahí. ¿Tenemos lecturas de las constantes vitales del traje?

Potrillo realizó las comprobaciones en el monitor.

—Nada. Lo estaba recibiendo todo alto y claro hasta hace cinco minutos. Creía que era alguna avería del traje.

Camorra inspiró hondo.

—Activa la alerta. Máxima prioridad. Quiero que se triplique la guardia que custodia a nuestra Koboi en la prisión de Atlantis. Sería muy propio de Opal que se ayudase a escapar a sí misma.

Potrillo se puso manos a la obra. Una Opal Koboi había estado a punto de dominar el mundo, dos seguramente lo intentarían con la galaxia entera.

—Y llama a Holly —continuó el comandante Kelp—. Informa a la capitana de que acabo de anular su permiso de fin de semana.

## MANSIÓN FOWL, CASI OCHO AÑOS ANTES

Artemis Fowl se despertó en su propia cama y, por un momento, vio unas chispas rojas al abrir los ojos.

Brillaron y parpadearon hipnóticamente antes de desaparecer por completo.

«Chispas rojas —pensó—. Qué raro. Había visto estrellas alguna vez, pero nunca chispas».

El chico de diez años se desperezó, agarrando dos partes de su propio edredón. Por alguna razón, estaba más contento que de costumbre.

«Me siento seguro y feliz».

Artemis se incorporó en la cama de golpe.

«¿Feliz? ¿Me siento feliz?».

No recordaba haberse sentido verdaderamente feliz desde que su padre había desaparecido, pero esa mañana estaba a punto de ponerse a dar saltos de alegría.

«A lo mejor ha sido por lo del trato con los antiecológicos. Mi primer negocio importante con grandes beneficios».

No, eso no podía ser. Ésa transacción en concreto había dejado a Artemis muy mal sabor de boca.

Tanto, que ni siquiera podía pensar en el trato sin que se le revolviera el estómago; prefería no volver a recordar nunca más los días anteriores.

De modo que ¿a qué podía atribuir aquella sensación de optimismo a raudales? Debía de estar relacionado con el sueño que había tenido. Un plan. Un nuevo plan con el que obtendría beneficios suficientes para financiar cien expediciones al Ártico.

Eso era. El sueño. Pero ¿qué era lo que había soñado?

Se le escapaba por momentos; las imágenes ya se estaban desvaneciendo por completo.

Sus labios dibujaron una sonrisa cargada de astucia.

«Seres mágicos. Era algo con unos seres mágicos...».

FIN